



# PROTEGIDA POR EL GUERRERO

Mackenzie III



EMMA G. FRASER

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: Protegida por el guerrero.

©Emma Fraser, 2021.

Diseño de portada: Ana B. López.

Corrección y maquetación: Ana B. López.

Imágenes tomadas de: Pixabay, Shutterstock y Klipartz.

PROTEGIDA POR EL GUERRERO



Emma G. Fraser

# Capítulo 1

Castillo Mackay, marzo de 1609

Los pasos apresurados de Iona resonaban a lo largo del amplio y solitario pasillo. En su perfecto rostro ovalado y pálido se dibujaba una expresión de enojo que le era imposible ocultar a pesar de que siempre había sido una joven que había aprendido a manejar muy bien sus emociones. Su melena lisa y rubia caía suelta por su espalda y ondeaba con fiereza a cada paso que daba. Sus ojos azules, normalmente huidizos, miraban fijamente al frente y estaban ligeramente entornados debido a la rabia que sentía en su interior, incluso parecía que gracias a ese sentimiento las pecas de sus mejillas se habían oscurecido. En sus voluptuosos labios mostraba un mohín que indicaba su oposición a algo que roía su interior.

Iona se había visto obligada a vestirse con sus mejores vestidos durante los días en los que los invitados a la boda de su hermano Math estuvieran pululando libremente por el castillo, y el que vestía sin duda destacaba su extrema belleza. De color azul pálido y ribetes dorados, aquella prenda se ajustada a la perfección en su menuda y delgada figura, resaltando la sensualidad de sus pechos, que sobresalían entre la tela del escote que sin duda había hecho que su padre pusiera el grito en el cielo. Pero poco le importó cuando a la hora del desayuno los ojos de su padre casi salieron de sus órbitas al verla aparecer. Estaba enfadada con la llegada de tantos invitados al castillo, pues eso suponía mucho trabajo, pero lo peor de todo no era eso, sino el hecho de que unos de ellos eran unos primos lejanos por parte de padre. El hijo de estos siempre la había molestado desde pequeña, y ahora no iba a ser menos.

Sus ojos se entornaron más al recordar a su primo lejano, pues él era uno de los motivos de su tremendo enfado. Apretó el paso a través de los diferentes corredores del castillo. Adoraba su casa, pero cuando tenía prisa, lo odiaba, pues era un castillo cuyos pasillos eran casi laberínticos, oscuros y solitarios. Buscaba el salón donde sabía que encontraría a su madre junto a su tía, recién llegada del día anterior para ayudar en lo que fuera necesario. Iona quería contarle algo en relación a su primo lejano y a varios miembros de los clanes invitados a la boda. Sin duda, su padre había decidido que fuera un enlace de alto copete en el que gastarían gran parte de lo recaudado hacía poco a lo largo de todas las tierras del clan Mackay. Por fin se casaba el hijo del laird, su primogénito, y desde hacía demasiados años en el castillo no se celebraba una boda de esas características, pues la boda de sus padres se había festejado en el clan de su madre, los Gordon.

Iona lanzó un resoplido cuando por fin divisó la puerta que buscaba. La joven levantó su mano y la abrió con fuerza para entrar como una exhalación dentro del pequeño salón. Vio cómo su madre daba un respingo en su silla y se giraba hacia ella con el gesto ligeramente enfadado. Su tía, por el contrario, levantó la mirada de las flores con las que estaba adornando varios jarrones y le dedicó una sincera sonrisa.

—¡Iona! —exclamó Neris, su madre—. ¿Acaso no te he enseñado que hay que llamar a las puertas antes de entrar?

El tono ligeramente enojado de su madre hizo que su enfado disminuyera en parte, pero tan solo se limitó a decir un simple:

—Lo siento, madre —susurró antes de cerrar la puerta tras ella.

Neris suspiró y dejó las flores sobre la mesa para levantarse y girarse por completo hacia su hija. Después dio un paso hacia ella y la tomó por los hombros:

—¿Qué te ocurre?

La mirada de indignación volvió a aparecer en los ojos azules de la joven, que se entornaron de nuevo antes de lanzar un bufido poco femenino.

—Se trata de Hamish —exclamó con cierto asco cuando pronunció el nombre de su primo lejano.

Su madre puso los ojos en blanco antes de preguntarle:

—¿Qué pasa con él? Cada vez que os veis acabáis enfrentándoos.

—Y no es para menos, madre —se quejó Iona—. Lleva toda la mañana intentando cortejarme. ¿Se lo puede creer? Y no solo él. Varios guerreros de los otros clanes también se han acercado a mí con claras intenciones de cortejo. Y los que no se han acercado tienen cara de querer hacerlo, madre.

La cara de asco que mostraba Iona ante un posible pretendiente casi hizo reír a Neris, pero logró contenerse a tiempo. Elevó su mano y tocó con suavidad la mejilla de Iona. Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios. Su hija se hacía mayor y sin lugar a dudas la belleza con la que resplandecía a diario no le pasaba desapercibida a ningún hombre, no solo a los recién llegados, sino también a varios guerreros del clan.

—Ya tienes edad casadera, hija. Deberías planteártelo.

Iona volvió a lanzar un bufido de repugnancia.

—Madre, algunos de ellos no tienen la dentadura completa...

Neris sonrió.

—Solo digo que ahora tienes muchos pretendientes entre los que elegir —explicó.

Iona frunció el ceño y tras un escalofrío al pensar en el mero hecho de casarse, negó rotundamente con la cabeza.

—Calma, hija. No pasa nada porque hables con alguno de ellos y muestres cierto interés. Tu padre ha invitado a muchos guerreros de las Tierras Altas, entre ellos algunos lairds aún solteros, como Andy MacLeod, que es muy apuesto.

Iona dio un paso atrás y volvió a negar con la cabeza.

—No quiero, madre. No imagino mi vida ligada a un hombre únicamente por su posición o su dinero.

Neris le dedicó una mirada cargada de pesimismo.

—Hija, vivimos en un mundo en el que tiene que ser así.

—Pues me niego, madre —respondió enérgicamente—. No podría vivir con un hombre que me inspira asco solo por un plato en la mesa.

Y antes de darle tiempo a su madre para responder, Iona salió del salón de la misma forma que había llegado, como una exhalación.

Neris suspiró largamente y con cierta tristeza antes de girarse hacia su hermana, que había preferido mantenerse al margen de la discusión, y esta la miró con una expresión entre divertida y preocupada.

—No recordaba que Iona tuviera tanto carácter —le dijo para intentar relajar el ambiente.

—Y realmente no lo tiene, pero desde que le dijimos que habíamos invitado a Hamish está malhumorada.

—Deja que se relacione estos días con los guerreros que han llegado. Seguro que alguno le hace borrar de su mente la idea que tiene del matrimonio.

Neris asintió con seriedad y volvió a tomar entre sus manos las flores. Ese día por la tarde era la boda de su hijo mayor, Math, y no podía albergar en sus pensamientos nada que no tuviera que ver con la felicidad que le producía esa unión.

Iona volvió sobre sus pasos a través del laberíntico pasillo. Durante unos instantes creyó que una conversación con su madre para dejarle entrever su malestar con ciertos invitados llegaría a quitarle el sentimiento que le recorría el cuerpo. Pensó que su madre le daría la razón respecto a lo que pensaba de su primo lejano, pero no fue así, sino que el hecho de haber escuchado de su boca que le diera una oportunidad a alguno de los pretendientes había provocado que su ira aumentara. Y en ese momento no deseaba ver a nadie más hasta que llegara el momento para cambiarse de ropa para la boda.

Sin embargo, cuando giró en una de las esquinas del pasillo y se chocó contra el enorme pecho de un hombre torció más el gesto.

—Lo siento —se disculpó cuando se vio impulsada hacia atrás por aquella mole de hombre y estuvo a punto de caer al suelo.

No obstante, unas manos fuertes la sujetaron antes de que perdiera el equilibrio y cuando levantó la cabeza para comprobar de quién se trataba, se quedó sin aliento por la intromisión.

—No pasa nada, prima.

La voz masculina y pedante de su primo Hamish llegó hasta sus oídos y necesitó de toda su fuerza de voluntad para no soltar un impropio poco femenino delante de él. Se soltó de sus manos con ímpetu, estiró la espalda cuanto pudo y lo miró con el mismo odio que una hora antes cuando lo vio por última vez.

—¿Acaso me estás siguiendo? —le preguntó de mala manera.

Hamish sonrió de lado y se cruzó de brazos frente a ella al tiempo que también estiraba la espalda por completo, como había hecho la joven. Iona tragó saliva. Nunca había estado tan cerca de él ni tan a solas con ningún otro hombre, por lo que se puso ligeramente nerviosa. Hamish era más alto que ella, de complexión fuerte y no resaltaba precisamente por su belleza. Desde pequeño tenía la nariz torcida tras una pelea, una cicatriz le cruzaba la frente y cuando sonreía mostrando sus dientes, Iona tenía que hacer acopio de su fuerza de voluntad para no vomitar tras ver varias piezas negras. Eso sin contar que cada vez que hablaba escupía saliva por todas partes.

—La verdad es que solo estaba dando una vuelta para matar el tiempo, pero ahora que el destino ha vuelto a ponerte en mi camino no estaría mal que saliéramos a dar una vuelta por los alrededores del castillo.

Iona levantó una ceja y apretó los puños con fuerza.

—Vaya, primo —comenzó con ironía—, no sabía que además de pesado fueras tonto.

Hamish enarcó una ceja.

—Está lloviendo.

Iona dio un paso hacia un lado e intentó bordearlo para seguir con su camino, pues no podía aguantarlo por más tiempo. Estaba de mal humor y no quería aguantar las impertinencias de nadie. Sin embargo, Hamish se movió y le cortó el paso haciendo que la joven volviera a chocar contra él.

—¿Te he dicho alguna vez que me gustan las mujeres mordaces? Como tú...

Iona estaba al borde de darle una sonora bofetada, pero sabía que si lo hacía podía aguar la boda de su hermano, por lo que se contuvo.

—¿Te he dicho que me gusta cualquier hombre menos tú?

El guerrero lanzó una carcajada y estiró una mano para pasar un mechón de pelo tras la oreja de Iona, que estuvo a punto de caerse de espaldas cuando se echó hacia atrás para no sentir su mano sobre ella.

—Me encantas, Iona. En mi vida me haces mucha falta.

—Pues no creo que tu vida haya sido un infierno hasta ahora.

—Lo ha sido, de verdad. —Hizo una mueca teatral—. Me gustaría mucho poder cortejarte.

La joven lanzó un bufido.

—Y a mí que dejes de hacerlo. ¿No entiendes que no me gustas?

Hamish dio un paso hacia ella y la acorraló contra la pared.

—¿Y tú no sabes que cuanto más te resistes más me gustas?

Nerviosa, Iona lo empujó lejos de ella, haciendo que el guerrero dejara escapar una sonora carcajada. La joven lo miró mal y antes de que tuviera tiempo para volver a la carga, retomó su camino.

—¡Sería un honor que me dedicaras un baile! —exclamó el joven parado en el sitio.

Iona, sin mirar atrás, le espetó:

—¡Antes prefiero comerme el estiércol de los cerdos!

—Yo no me rindo, prima.

—¡Pues deberías!

Y cuando giró en el pasillo para dirigirse a las escaleras, volvió a escuchar de nuevo la carcajada de Hamish.

—Maldita sea... —gruñó para sí Iona antes de echar a correr por el pasillo.

Faltaba menos de una hora para la boda cuando la doncella ató el último cordón del vestido de Iona. Su madre había insistido en que se pusiera esa prenda y no la que ella había elegido, pues no quería destacar frente a las demás mujeres, al contrario, deseaba que las miradas no estuvieran puestas en ella. Pero su madre no pensaba lo mismo y le había exigido, con sutileza, que se pusiera aquel vestido, y cuando al mirarse en el espejo descubrió que estaba más bella que nunca, Iona torció el gesto. Su madre le dejaba claro con esa prenda que deseaba que los pretendientes que sabía que tenía pusieran sus ojos sobre ella.

—Estáis preciosa, señorita.

Ann, la sirvienta que la había ayudado a vestirse, desconocía que ella no deseaba estar tan llamativa. Hubiera preferido ponerse los ropajes de la muchacha antes que aquel precioso atuendo. De azul celeste y ribetes bordados en diferentes colores, el vestido se adhería a la perfección a su figura, haciendo resaltar la curvatura de sus pechos con un escote pronunciado. Las mangas caían abiertas a su costado, mostrando parte de su antebrazo y la blancura de su piel. Sin lugar a dudas, era un vestido que dejaba poco a la imaginación de los pretendientes, pues era más que evidente que estaba confeccionado para atraer las miradas de los hombres y así buscar un marido. Pero ella no lo deseaba.

Iona miró de reojo a Ann y torció el gesto.

—Habría preferido ponerme el vestido marrón.

La doncella abrió desmesuradamente los ojos.

—¿El marrón? Señorita, ese parece un saco. No resaltaría tanto vuestra belleza.

Iona sonrió.

—Eso es lo que quiero.

—Por lo que he oído, tenéis varios pretendientes entre los asistentes a la boda de vuestro hermano —le dijo mientras Iona se dirigía hacia la silla para preparar el peinado—. ¿No estáis

contenta?

Iona no pudo evitar lanzar una carcajada.

—¿Tú estarías contenta con alguien como Hamish detrás de ti? —le preguntó enarcando una ceja.

Ann sonrió levemente.

—Bueno... la verdad es que muy apuesto no es, señorita. —Iona rio por lo bajo—. Pero me he cruzado con el laird MacLeod y es muy guapo.

Las mejillas de la doncella se tiñeron de rojo e Iona puso los ojos en blanco.

—No estoy interesada en nadie, Ann. Quiero ser libre.

La doncella la miró a través del espejo mientras trenzaba la larga melena de la joven.

—Pero una mujer como vos necesita a un hombre a su lado, señorita.

Iona le devolvió la mirada.

—¿Te ha pagado mi madre para que me insistas sobre los pretendientes?

—Solo deseo vuestro bien.

—Pues deséame que no me mire nadie.

Ann se encogió de hombros, sabedora de que no sería así, y al cabo de unos minutos terminó de recoger su pelo en la trenza.

Media hora después, Iona esperaba a su futura cuñada justo al lado de su madre. Movía el pie con nerviosismo y cierto enfado. Al entrar en la capilla de las afueras del castillo las miradas de muchos hombres se habían dirigido directamente hacia ella, provocando que su madre levantara el mentón con orgullo. Iona tuvo que tragarse el gruñido y miró al frente, intentando no cruzar su mirada con algunos de ellos, pero sí podía sentir las fijas sobre su espalda. Cuando llegó a su asiento y su padre vio el vestido, Iona le señaló a su madre para hacerle ver que ella no tenía nada que ver, pero aún así, su padre frunció el ceño al verla.

Su hermano, por el contrario, le dedicó una sonrisa irónica e Iona estuvo a punto de hacerle un gesto obsceno para que dejara de burlarse. Amaba con locura a Math. Desde pequeños habían crecido apoyándose el uno en el otro, jugando y metiéndose en líos por todos los rincones del castillo y en parte echaba de menos aquella época en la que el único problema que tenía era pensar una broma para hacerle a su hermano. Al cabo de unos segundos, Iona le dedicó una sonrisa amplia y sincera, y Math se la devolvió. Estaba muy orgullosa y feliz por él, pues sabía que amaba con locura a la que sería su esposa. Y durante un segundo, sintió celos de él. Ella pensaba que jamás sentiría algo así por alguien, pues temía que su padre finalmente la casara con un hombre únicamente como moneda de cambio y no por amor.

Iona miró hacia atrás cuando escuchó que ya llegaba la novia, pero lo primero con lo que sus ojos se cruzaron fue con la mirada de su primo Hamish. Esta estaba fija sobre ella, haciendo que pusiera los ojos en blanco y apretara los puños con fuerza. Resopló para ella y desvió la mirada, pero sabía que su primo lejano seguía observándola.

La ceremonia fue más corta de lo que pensó. Los novios estaban resplandecientes y todos los invitados de otros clanes fueron enseguida a darles la enhorabuena. Iona también estaba feliz y no pudo evitar lanzarse a abrazar a su hermano entre toda esa gente.

—Enhorabuena, hermano —le dijo cuando se separó de él.

—Tú eres la siguiente.

—¿Quieres morir nada más casarte? —le advirtió sin perder la felicidad de sus ojos.

Math lanzó una carcajada y la sonrisa de Iona se amplió. Sin embargo, cuando la joven se acercó a la que ya era su cuñada, su sonrisa se quedó congelada momentáneamente, pues sintió

cómo una mano enorme tocaba sin ningún pudor sus nalgas. La joven dio un respingo y se volvió enseguida, pero eran tantos los hombres que había a su alrededor que no supo averiguar quién había sido el culpable. No obstante, ese gesto simple hizo que toda su felicidad desapareciera de golpe. Creyó distinguir cerca de ella la figura de Hamish, pero no podía culparlo abiertamente.

Iona intentó disimular por su familia y tras dar un simple beso a su cuñada, se alejó de allí en dirección al castillo. No soportaba más el aire viciado que se había levantado de golpe a su alrededor y para evitar asfixiarse, decidió salir de allí cuanto antes.

Tres horas después, el salón donde sus padres iban a celebrar la boda de su hermano estaba repleto de gente. Iona no se había separado de su madre y su tía durante la comida y ahora que el baile ya había comenzado seguía tan hierática como horas antes.

—Hija, sonrío un poco, por favor —le pidió su madre mientras miraban bailar a los invitados.

Iona no había dejado de observar a todos y cada uno de los invitados a la boda, pero no pudo averiguar quién podía haber sido el culpable de tocarla donde no debía. Pero sus ojos buscaban una y otra vez a Hamish, pues estaba segura de que había sido él. Aunque otros hombres habían intentado cortejarla, ninguno había sido tan recurrente como su primo, por lo que cada vez que sus miradas se encontraban, los ojos de Iona parecían echar chispas.

—Ya has rechazado a varios bailarines que bien podrían haberse convertido en pretendientes.

—No quiero bailar con ninguno, madre. —Al cabo de unos segundos suspiró y miró a su madre—. Me gustaría contarle algo.

Le había costado mucho tomar esa decisión, y sabía que pasaría mucha vergüenza al comentarle lo sucedido en la capilla. Sin embargo, cuando su madre se giró hacia ella y abrió la boca para responderle, una sombra se cernió sobre ellas.

—Cuanto bueno por aquí.

Iona apretó los puños con fuerza e intentó contener la rabia por la presencia, otra vez, de Hamish cerca de ella. Lo miró como si quisiera matarlo allí mismo, pero su madre intervino para suavizar la situación.

—¿Cómo estás, Hamish? Hacía mucho tiempo que no te veía.

—Pues si me lo permitís, me gustaría venir más veces a ver a Iona.

—Madre... —intervino la joven.

Neris la miró, cortándola al instante.

—Sabes que siempre serás bien recibido en este castillo.

Hamish sonrió y miró a Iona, que se cruzó de brazos mientras dirigía su mirada hacia el centro del salón, donde bailaba mucha gente en ese preciso momento.

—Y ahora me gustaría bailar con ella esta pieza si me lo permitís.

Iona giró la cabeza hacia él como movida por un resorte y lo miró con el ceño fruncido. Tras esto, dirigió su mirada hacia su madre para advertirle que no quería bailar. Sin embargo, esta asintió con una sonrisa y le dijo:

—Iona está un poco aburrída y la juventud debe divertirse.

—Madre... —comenzó antes de que Neris le cortara.

—Venga, hija, no hagas esperar a tu primo.

Iona la miró entre sorprendida y enfadada, pero su madre supo disimular con su perpetua sonrisa y la joven no tuvo otra opción más que aceptar la mano de Hamish, que la esperaba con paciencia.

Sin disimular su cara de asco, Iona tomó la mano del guerrero y se vio arrastrada hacia el centro del salón. Sin gana, comenzó a saltar mientras intentaba no mirar hacia su primo lejano,

pero la voz de este logró hacerse un hueco entre la música y las voces de los demás.

—¿Cómo era eso del estiércol, prima?

—Vete al infierno, Hamish —le respondió de mala gana.

El guerrero lanzó una carcajada y tomó su mano para girarla, aunque esta la soltó en cuanto pudo para evitar su contacto.

—¿Por qué no dejas ese carácter a un lado y aceptas que te corteje?

—Porque no me gustas. ¿Cuántas veces necesitas que te lo repita?

Hamish sonrió de lado y en ese momento su mirada se oscureció tanto que Iona tragó saliva. No le quedó ninguna duda de que él era el culpable de lo sucedido en la capilla, pues en ese instante la estaba mirando como si de un trozo de carne se tratara o tal vez una joya que estaba a punto de adquirir para sí. Y eso no le gustó a la joven.

—¿Qué pretendes, Hamish? A mí no me engañas con tus sonrisas ni tus palabras. ¿Por qué demonios has hecho eso en la capilla?

Iona no se dio cuenta de que había alzado demasiado la voz hasta que un par de bailarines al lado de ellos dirigieron sus miradas hacia ellos.

—No sé a qué te refieres, prima.

Iona frunció el ceño y dejó de bailar para levantar un dedo y señalarlo.

—No quiero que vuelvas a acercarte a mí. Si lo haces, se lo diré a mi padre.

Y antes de que el guerrero le respondiera de nuevo, Iona se alejó de él y volvió junto a su madre, que la miró con una ceja levantada y el rostro perlado de resignación. Desde allí la joven intentó vislumbrar a su padre, pero lo vio hablando con el laird Sutherland y MacDonell, con los que sabía que su progenitor quería unir lazos, por lo que en ese momento no podía hablar con él sobre lo sucedido en la capilla. Así que se resignó a esperar al día siguiente.

Al cabo de unos minutos, en los que la tensión creció junto a su madre, que la miraba de reojo a cada movimiento que hacía, Iona la miró y le dijo:

—Si me disculpa, madre, estoy demasiado cansada. Ha sido un día muy largo y solo quiero dormir.

—¿Te vas ya de la fiesta?

—La verdad es que no estoy de humor para aguantar la música. Espero que pueda entenderlo.

Neris la miró largamente hasta que asintió y la dejó marchar. Sin mirar a nadie, Iona dejó atrás el salón y solo cuando estuvo a una distancia prudencial del mismo y la música ya no se escuchaba tanto, lanzó un largo suspiro de alivio y se recostó ligeramente en la pared de piedra. Necesitaba silencio y soledad para recuperarse. Había sido un largo día lleno de emociones, pero lo que más le había costado superar fue lo sucedido en la capilla. ¿Cómo podían haberse atrevido a tocar así a la hija del laird Mackay? Durante gran parte de la tarde se había sentido como un trozo de carne que cualquiera podía admirar, pero no era así. Y eso la enfurecía.

Con paso lento, retomó su camino al cabo de unos minutos y sorteó los diferentes pasillos hasta que logró encontrar las escaleras para subir a su dormitorio. Sus pasos resonaban en todo el corredor, pues en esa zona no se escuchaba la música al estar en el otro ala del castillo, por lo que el silencio resultaba casi abrumador. Pero aquello era lo que deseaba y saber que estaba fuera de la vista de Hamish le hizo casi sonreír.

Subió las escaleras despacio, pues ya no tenía tanta prisa por llegar a su dormitorio. De hecho, si no hubiera sido por la presencia de tantos hombres extraños en el castillo, habría salido a dar un paseo.

Deseando llegar al dormitorio para quitarse el corsé, que le comprimía las costillas, tomó el

pasillo hacia él. A un lado y otro del corredor había dormitorios, que normalmente estaban vacíos, pero que desde hacía un par de días los invitados habían ocupado casi en su totalidad. Iona respiró largamente cuando posó su mirada en el suyo, pero cuando pasó justo por delante de un dormitorio vacío, vio de reojo que la puerta se abría de golpe.

Iona giró la cabeza en esa dirección para intentar averiguar de quién se trataba, pero no tuvo tiempo de verlo, ya que una mano fuerte y grande se posó en su boca, impidiendo que de ella saliera sonido alguno. Y aunque la joven intentó resistirse, se vio empujada irremediabilmente hacia el interior de la habitación. Cuando la puerta se cerró, sumiéndola en la más absoluta oscuridad, intentó clavar las uñas en su atacante, logrando arrancarle un gruñido de dolor.

Iona se debatía con fuerza, pero sabía que no tenía nada que ganar contra él. Si aquello era una broma de Hamish no tenía ninguna gracia y en cuanto tuviera oportunidad de clavaría las uñas en los mismísimos ojos. Sin embargo, a pesar de intentar deshacerse de su atacante, no lograba absolutamente nada. La joven consiguió pisar uno de sus pies, volviendo a escuchar después otro gruñido, pero ni una sola palabra que pudiera decirle de quién se trataba en realidad. Iona intentó gritar a pesar de tener la mano contra su boca, no obstante, lo único que logró salir fue un gruñido sofocado.

Segundos después, como si todo ocurriera demasiado deprisa a su alrededor, se vio impulsada contra la cama que sabía que había en el centro de la estancia. La joven lanzó un quejido cuando sintió contra su espalda la empuñadura de la espada del hombre y con las manos intentó cogerla, logrando conseguir únicamente un manotazo. Las lágrimas acudieron a sus ojos, dejándose caer al instante por sus mejillas y perdiéndose entre los pliegues de la mano de su atacante y a pesar de clavar las uñas en su carne, tan solo consiguió que el guerrero le diera un puñetazo en las costillas.

Iona gritó de dolor contra su mano y sintió como si las fuerzas la abandonaran de golpe. El hombre la giró y la apretó contra la cama, y la joven eligió ese momento para tocar el rostro de su atacante. Todo estaba demasiado oscuro y no era capaz de ver absolutamente nada, pero sí pudo distinguir que el hombre llevaba un pañuelo en la cara. Al instante, este se alejó levemente de ella y aprisionó sus manos contra el colchón mientras que con una sola mano levantaba la ropa de Iona.

La joven abrió los ojos desmesuradamente al comprender lo que estaba a punto de suceder y se agitó con fuerza para intentar soltarse, sin éxito. Un auténtico terror sacudió su cuerpo de arriba abajo al saber que ese hombre iba a arrebatarle su virtud y aunque luchó con todas sus fuerzas, finalmente la verdadera oscuridad se cernió sobre ella y su cuerpo quedó laxo entre las sábanas.

Cuando el primer rayo de luz entró por la ventana y le dio de lleno en el rostro, Iona giró la cabeza al tiempo que de su boca salía un gemido ronco. La joven intentó mover la postura de su cuerpo en la cama, pero cuando sintió una punzada de dolor en la espalda y entre sus piernas, recordó todo de golpe.

Iona abrió los ojos al instante, pero necesitó entrecerrarlos unos instantes para que estos se acostumbraran a la luz, y enseguida miró a su alrededor en busca de la persona que la había atacado, pero descubrió que se encontraba sola en la estancia. Durante unos segundos suspiró aliviada por esa soledad, pero en el momento en el que intentó moverse de nuevo y sintió que aparecía otra vez el dolor, dejó escapar un gemido. ¿Acaso su atacante la había golpeado mientras estaba inconsciente? No sin dificultad, Iona se incorporó lentamente en la cama y descubrió que tenía la falda del vestido subida hasta la cadera.

Las lágrimas llegaron de nuevo a sus ojos, pero hizo acopio de todas sus fuerzas para no derramarlas. Con el corazón latiendo con fuerza, descubrió que una parte del vestido, cerca de su cadera, tenía una mancha de sangre y, al darse cuenta de que finalmente no se había apiadado de ella y la había deshonrado, no pudo evitar que las lágrimas cayeran raudas por sus mejillas.

Tras unos minutos, como pudo, intentó sin éxito limpiar la sangre seca de su vestido y se sorprendió al sentirse sucia. Con las lágrimas saliendo a borbotones, Iona recompuso su ropa y la colocó de nuevo tal y como debía estar. El cuerpo le dolía en demasía y se movía lenta, temerosa de que más sangre saliera de su cuerpo. Pero al cabo de unos minutos, en los que logró recomponerse de las lágrimas y la pena que parecía consumirla por dentro, Iona se levantó, lanzando un gemido de dolor, y se dirigió con paso lento hacia la puerta. Sentía un intenso escozor en la entrepierna y a pesar de que sus ojos clamaban por más lágrimas, se obligó a no derramarlas.

La joven abrió la puerta despacio para comprobar que no hubiera nadie en el pasillo en ese momento y cuando asomó la cabeza y vio que todo estaba en calma, casi voló hacia su dormitorio. Se encerró en él con un sonoro portazo y dejó escapar las lágrimas de nuevo. Sentía que tenía el corazón roto y el cuerpo sucio. Aún no era capaz de poder pensar con claridad ni de ser consciente de lo que realmente había sucedido. No sabía qué podía haber llevado a ese hombre a atacarla de esa manera, pero tenía algo claro: y era que el culpable de la pérdida de su virtud era su primo lejano Hamish. No había otro. Varios hombres de otros clanes se habían acercado para cortejarla, pero se habían mostrado corteses con ella, y en ningún momento habían sido tan insistentes ni la habían mirado tanto como Hamish.

Un odio inmenso comenzó a recorrer su cuerpo al pensar en él. Le produjo asco el recuerdo de sus manos sobre su cuerpo y con manos temblorosas comenzó a desatarse los cordones del vestido. Cuando logró quitárselo, se dirigió hacia la chimenea, donde ardía el fuego con poderío y, sin pensárselo, lo tiró sobre él. Sus ojos se quedaron fijos sobre el vestido cuando las llamas comenzaron a devorarlo. No lo echaría de menos, pues no le gustaba, pero estaba segura de que jamás olvidaría el último día en el que se lo puso.

Con lágrimas en los ojos, se dirigió hacia la mesa donde tenía una palangana y una jofaina. Con manos temblorosas, echó agua dentro y tomó entre sus manos el jabón. Después comenzó a frotarse con energía los brazos, el pecho y las piernas. Cuando llegó a estas y vio un pequeño rastro de sangre, sintió de nuevo la pena y pensó que sus piernas no iban a sostener su cuerpo. Sin embargo, se dijo que debía continuar para llevar a cabo lo que tenía pensado. No podía dejar pasar lo sucedido e intentar olvidarlo como si nunca hubiera pasado. Hamish no iba a irse del castillo tranquilamente y desaparecería de su vida sin pagar por lo que había hecho. Con lentitud, casi acariciando sus muslos, retiró los restos de sangre y, tras esto, secó su cuerpo.

Poco a poco, la rabia iba abriéndose paso entre la pena y el dolor. La habían manoseado como un trapo, como una de esas mujeres que dedicaban su vida a vender su cuerpo y, tras haberla usado, la dejaban tirada en el suelo. Se obligó a no llorar y cuando hubo secado su cuerpo, corrió hacia su baúl para ponerse uno de los vestidos más simples que tenía, así no llamaría la atención de nadie. Tras colocarse también el pelo, comenzó a armarse de valor para hacer lo que tenía pensado. Contarle lo sucedido a su padre no sería nada fácil, pues lo conocía y sabía de su malhumor, pero estaba segura de que lograría entenderla y hacerle pagar a Hamish lo que le había hecho.

Por ello, pasados unos minutos, se dirigió hacia la puerta y salió de su dormitorio sin dudar. Caminó con paso recto, o al menos lo más recto que el escozor entre sus piernas le permitía, y

bajó las escaleras lentamente. La tensión que sentía en la espalda la obligaba a mantenerse recta y inexpresiva. Cuando llegó al piso inferior, caminó con prisa hacia el despacho de su padre, donde estaba segura que estaría, y aunque se cruzó con varios invitados a la boda, apenas los miró a su paso. Mantenía la cabeza erguida y fría ante los demás y hasta que no estuvo frente al despacho de su padre, los nervios no hicieron su aparición.

En ese momento dudó de nuevo. Miró de un lado a otro del pasillo, como si temiera ser asaltada de nuevo y, tras esto, levantó la mano y llamó con los nudillos en la puerta. Al escuchar la voz de su padre, sus manos temblaron ligeramente, pero se armó de valor para contarle lo que debía. Tragó saliva lentamente y abrió la puerta. Entró en el despacho y descubrió que su padre la esperaba tras su imponente mesa y la observaba con el ceño ligeramente fruncido.

—¿Qué deseas, hija?

Gavin Mackay era un hombre muy directo. Eso lo caracterizaba e Iona sabía que era algo que le había traído muchos quebraderos de cabeza a lo largo de toda su vida. Además, Gavin era un hombre que no destacaba precisamente por su simpatía y amor a sus hijos. Los quería, sí, pero siempre había sido muy duro con ellos, y la joven lo sabía, pues lo había sufrido en sus propias carnes. Por ello, miró de reojo hacia atrás, como si aquello fuera una vía de escape para no enfrentarse a su padre.

—Tengo que ir a despedir a parte de nuestros invitados que parten ya a sus tierras. Si has venido para hacerme perder el tiempo, puedes volver por donde has venido, hija.

Iona carraspeó y negó con la cabeza mientras cerraba la puerta tras de sí y caminaba con paso lento hacia la mesa de su padre.

—Necesito hablar con usted.

—¿Y no puede esperar?

Iona negó con la cabeza de nuevo y se sentó frente a él. Siempre se había sentido pequeña ante su mirada, y ese momento no iba a ser menos. Respiró hondo lentamente, llenando sus pulmones de todo el aire que pudo reunir y, finalmente, abrió la boca para comenzar a hablar.

—Lo que he venido a contarle es un hecho muy grave, padre. La verdad es que no es fácil para mí decirle esto, pero espero que tome medidas inmediatamente, antes de que los invitados a la boda vuelvan a sus casas.

—Me tienes en ascuas, hija.

Gavin apoyó los brazos en la mesa y se inclinó levemente hacia adelante, clavando la mirada en ella.

—Ayer después de la ceremonia en la capilla, cuando acudí a Math para felicitarlo, alguien me... tocó.

El nerviosismo de Iona era evidente y Gavin lo notaba, pero se mantuvo en silencio para que la joven pudiera continuar.

—Y luego... —tartamudeó.

Iona no estaba segura de poder continuar con ello. Sentía que su cara ardía por la vergüenza que le daba tener que contar ello a su padre. Podría haber ido directamente a su madre y que fuera esta la que lo contara a su padre, pero estaba segura de que de esta forma varios invitados se habrían ido ya del castillo, entre ellos Hamish, y no podría vengar su humillación. Iona retorció sus manos contra el vestido, arrugándolo irremediablemente.

—Me retiré de la fiesta antes de tiempo porque estaba cansada y cuando estaba a punto de llegar a mi dormitorio... alguien me atacó.

Iona vio cómo su padre apretaba los puños.

—¿A qué te refieres, hija?

La joven retiró la mirada, incapaz de soportar la de su padre y con las mejillas teñidas de rojo, le dijo:

—Ya sabe, padre.

—¿Te deshonró?

Iona sintió en ese momento que las lágrimas volvían a aparecer en sus ojos, pero se obligó a no derramarlas. Debía hacerse dura y fuerte y aunque le costara, lograría hacerlo.

—Sí, padre.

Gavin clavó los puños en la mesa, haciendo que Iona diera un respingo por el susto. Sabía que reaccionaría así, y en parte temía que la culpaba de lo sucedido.

—¿Viste el rostro de ese malnacido?

—No, pero sé quién es.

Gavin frunció el ceño y le hizo un gesto con las manos para que continuara.

—Hamish, el hijo de su primo lejano, no ha dejado de acosarme desde que llegaron al castillo, y durante la fiesta insistió varias veces para que bailara con él. Me miraba... raro.

—¿Fue él quien te tocó en la capilla?

—No logré ver tampoco al culpable, pero él estaba muy cerca.

—Maldita sea... Avisaré a John para que venga aquí con su hijo. No te muevas.

Iona asintió y vio marchar a su padre, quedándose sola al instante. Estaba segura de que había hecho lo correcto, pues la otra opción que tenía era callarse y dejar el tiempo pasar, pero ¿y si había quedado embarazada? Un intenso nerviosismo cruzó por su estómago en ese momento al pensar en esa posibilidad, pues quedaría marcada de por vida, haciendo que su vergüenza aún fuera mayor.

Cuando sintió que le faltaba el aire, se levantó de la silla y comenzó a caminar de un lado a otro del despacho. Los minutos pasaban y su padre aún no volvía. ¿Y si John y Hamish se habían ido ya del castillo? No, se intentó convencer de que no era así y que los encontraría en cuestión de minutos. Iona se dirigió hacia la ventana y para calmarse miró el precioso valle que se extendía frente a ella. Desde allí había unas vistas maravillosas y a pesar de que el mar estaba a varios kilómetros de allí, podía oler la salinidad que el viento traía del mismo.

Poco a poco, los latidos de su corazón se fueron templando y su nerviosismo, desapareciendo. Aún quedaba mucho para que la vergüenza desapareciera, pero sabía que cuando todo pasara, volvería a ser la misma Iona de siempre.

Al cabo de unos minutos, varios pasos apresurados se escucharon en el silencioso pasillo e Iona se volvió hacia la puerta para verlos llegar.

—Lo que ha sucedido es algo muy grave que hay que solucionar antes de que os vayáis — escuchó que su padre decía antes de abrir la puerta.

Cuando esta dejó pasar a los recién llegados, Iona volvió a temblar. No pensó que volver a ver a Hamish le produciría aquella reacción, pero al cruzar sus ojos con los de su primo lejano casi le hizo venirse abajo de nuevo. El tacto que había sentido de las manos de su atacante se hizo más patente que nunca y el asco que le producía el simple hecho de pensar en lo sucedido en aquel dormitorio, casi hizo que se lanzase contra él por haberla deshonrado. Sin embargo, logró mantenerse firme y distante.

Gavin cerró la puerta tras los invitados y caminó con prisa hacia su asiento tras la mesa. Al instante, hizo un gesto a Iona para que se acercase, pero esta tan solo dio unos pasos, pues no podía aproximarse más al culpable de todos sus males.

—¿Qué sucede, Gavin? Me estás asustando —preguntó John con voz suave.

El aludido soltó el aire de golpe, enfadado, y cuando levantó la mirada de nuevo hacia ellos le espetó:

—Tu hijo ha cometido un acto deleznable entre los muros de este castillo.

Hamish enarcó una ceja antes de dirigir su mirada hacia Iona, que levantó el mentón con orgullo para evitar mostrar lo que realmente sentía, un miedo terrible.

—Si no te explicas mejor, no lograré entenderte —le respondió con cierta inquina en la voz.

—Anoche, mi hija se retiró pronto de la fiesta y tu hijo la atacó en el pasillo superior, deshonrándola y haciendo que la vergüenza se extienda en nuestra familia.

—¿Qué? —vociferó Hamish cuando escuchó las acusaciones que vertían sobre él.

Su padre se giró hacia él y lo miró iracundo.

—Padre, le juro por mi vida que yo no he cometido tal acto.

—¿Y por qué la hija de mi primo te acusa de tal cosa?

—¡No lo sé! —se defendió antes de mirarla con odio—. ¡Esas palabras no son ciertas!

Gavin se levantó de su asiento y dio un manotazo sobre la mesa.

—¿Estás acusando a mi hija de mentirosa?

—¡Sí! —respondió enérgicamente—. Y lo hago porque no soy el culpable de eso.

—No mientas, Hamish —intervino Iona por primera vez intentando contener toda la rabia que corría por sus venas—. Desde que llegaste al castillo has estado detrás de mis pasos continuamente y durante la fiesta no paraste hasta que bailé contigo. Eso sin contar lo que pasó en la capilla. ¿Por qué lo has hecho, porque te he rechazado en varias ocasiones?

Hamish intentó dar un paso hacia ella, pero su padre lo aferró del brazo, aunque la ira que sentía por dentro estaba reflejada en su rostro.

—Yo no te he violado —dijo lentamente, marcando cada sílaba que salía de su boca—. Tal vez la culpable seas tú teniendo en cuenta los vestidos que te pones.

—Pero ¿qué dices?

Iona dio un par de pasos hacia él y lo abofeteó con fuerza.

—¿Te crees que soy el único que se ha fijado en los escotes que te has puesto estos días? A lo mejor tu padre debería haberte metido en un convento para que no te pasara algo así.

—¡Eres un desgraciado!

Iona levantó de nuevo la mano para abofetearlo, pero la voz de su padre la cortó:

—¡Ya basta! No estamos aquí para hablar de ropa, sino de algo más importante y serio.

—Entonces, créame, señor, cuando le dije que yo nunca he tomado por la fuerza a su hija. Si ella ha cometido la locura de acostarse con alguien del que ahora se arrepiente, yo no tengo la culpa.

—¡Eso es una falacia, padre! —vociferó la joven.

—¡Iona! —le devolvió el grito con rabia—. Voy a preguntártelo una sola vez más. ¿Estás segura de que fue Hamish?

Las manos comenzaron a temblarle. Durante unos segundos recordó lo sucedido y miró las manos de Hamish. La duda comenzó a extenderse en todo su ser, ya que no estaba segura de lo que realmente había pasado. ¿Y si no había sido Hamish? Pero si no era él, ¿quién? Iona miró a los allí presentes, que estaban esperando una respuesta por su parte.

—No le vi la cara —admitió entre dientes.

—Entonces, ¿cómo te atreves a culpar a mi hijo, muchacha?

—Porque me ha estado acosando todo el rato —se defendió con lágrimas en los ojos.

—Eso no lo culpa, Iona —dijo su padre con el rostro marcado por la ira—. ¿Yaciste de forma voluntaria con un hombre?

La joven dio un respingo al escuchar su pregunta y al instante una insoportable vergüenza subió hasta sus mejillas, llenándolas de un rojo intenso.

—¡No! —dijo intentando que fuera una exclamación fuerte, pero que tan solo se quedó en un suspiro.

—Gavin, habéis acusado a mi hijo de algo que él no ha hecho. Exijo una compensación.

El aludido se giró hacia su primo lejano. Sabía que por culpa de Iona ahora estaba metido en un lío pues podrían levantarse en armas contra él. Sin embargo, una idea cruzó por su mente.

—Lo siento, primo. Solo quería aclarar lo sucedido, no acusaros de algo que no habéis hecho.

—Pero, padre... —comenzó la joven.

—¡Ya basta, Iona! ¡Te has equivocado! Has juzgado a tu primo y has fallado. Ya hablaremos de lo sucedido y buscaremos un hombre con el que casarte de inmediato.

En ese instante, cuando Iona abrió los ojos desmesuradamente tras escuchar el plan de su padre, Hamish dio un paso al frente.

—Si me permite, señor, me gustaría proponeros algo.

Gavin lo miró con el rostro marcado por la curiosidad.

—Sé que tal vez no es el momento, pero me gustaría ser yo el hombre con el que Iona se despose.

Cuando la joven escuchó esas palabras sintió que sus piernas iban a fallarle, por lo que dio un paso atrás y se apoyó en la mesa de su padre.

—Pero ¿qué dices, hijo? —preguntó John—. La han deshonrado.

—Lo sé, pero no me importa —respondió mirando fijamente cada reacción de Iona—. Me gustaría casarme con ella si usted lo permite.

Gavin lo sopesó durante unos instantes. La verdad es que sabía que no podría hacer un buen casamiento con su hija ya deshonrada, por lo que si Hamish, sabiéndolo, quería casarse con ella, era la mejor opción que encontraría jamás.

—Acepto tu proposición, muchacho —sentenció.

—¡Pero, padre...! —se quejó Iona temblando como una hoja.

—¡No hay más que hablar!

—¿No se da cuenta de que si quiere casarse conmigo es porque el culpable de mi violación es él?

Gavin se acercó a ella y la aferró con fuerza del brazo.

—¡Ya basta! No quiero volver a oír hablar del tema. Te casarás con Hamish dentro de una semana. Tengo la sensación de que te has inventado todo esto para culpar a tu primo porque te cae mal, pero lo mejor para que no haya problemas entre las familias es un matrimonio. Con el paso del tiempo llegarás a quererlo, así que no hay más que hablar.

—¿De verdad cree que me inventaría algo así?

No lo vio venir. Tan solo fue consciente de lo que había pasado cuando un intenso dolor en su mejilla la obligó a cerrar los ojos. Tras el paso de varios segundos, Iona levantó la mirada al tiempo que llevaba una mano a su mejilla dolorida. No podía creer que su padre le hubiera pegado y con lágrimas en los ojos, escuchó sus últimas palabras:

—Ahora tengo que hablar con mi primo y con Hamish los pormenores de vuestra boda, así que vete a tu dormitorio y espero que no salgas de allí en todo el día. Aprovecha y reflexiona sobre tus acciones.

Iona abrió la boca varias veces para intentar decir algo, pero supo que su padre no entraría en razones para escucharla de nuevo. Por ello, con pasos lentos se acercó a la puerta y salió del despacho cerrando tras de sí y sin poder creer lo que acababa de pasar.

La joven arrastró los pies por el pasillo y apenas era consciente de que iba caminando hasta que se chocó contra alguien.

—Lo siento.

—No pasa nada —respondió el hombre con una sonrisa.

Iona lo miró antes de que el guerrero la sorteara y siguiera su camino. Era uno de los invitados a la boda de su hermano y, si mal no recordaba, era Andy MacLeod. Sin saber por qué, a su mente llegaron las palabras que Ann le dijo antes de salir hacia la boda sobre la masculinidad y belleza de ese hombre, y a pesar de que no estaba de humor, debió reconocer que así era.

Al cabo de unos segundos, se dio cuenta de que se había quedado mirando el pasillo por el que había desaparecido el laird MacLeod y finalmente, sacudió la cabeza para volver a retomar su camino. No podía creer que su padre la hubiera prometido a su primo Hamish después de que este la hubiera violado. Mientras subía por las escaleras, apretaba los puños con fuerza, incapaz de pensar con claridad. Al tiempo que abría la puerta de su dormitorio, pensó que tal vez debió haber acudido a su madre para comentarle lo sucedido en lugar de ir directamente a su padre. Tal vez ella hubiera hablado más suavemente con los aludidos y Hamish hubiera confesado al verse rodeado de mujeres. Se había equivocado. A pesar de la insistencia de su primo para negar lo sucedido, Iona estaba segura de que él era el culpable de todo. Nadie lograría quitarle eso de la cabeza.

—¿Qué puedo hacer? —se preguntó mientras paseaba entre los muros de su dormitorio.

Estaba nerviosa y a punto de volver a llorar. Su vida se acababa de desmoronar y no podía permitir que su padre la casara con el hombre que más odiaba sobre la faz de la Tierra. Nunca había soportado a Hamish, y jamás lograría hacerlo por muchos años que estuvieran casados. Y desde luego, el mero hecho de pensar que tendría que yacer con el que le arrebató su virtud le provocaba náuseas.

Iona respiró hondo y a medida que pasaban los minutos se ponía cada vez más nerviosa. Pero ¿qué podía hacer para impedir la boda? Por su mente cruzó la idea de matar a su primo, pero ella no era así ni podría vivir con aquella muerte sobre su espalda. Por ello, cuando transcurrida una hora tuvo la idea de escaparse del castillo y alejarse de allí tan rápido y lejos como pudiera, no lo pensó dos veces. La noche sería la que cubriría sus espaldas para salir de allí, así que en un morral metió un vestido simple y parte de la comida que le llevaron horas después.

—Prefiero morir antes que unir mi camino al de Hamish —se dijo a sí misma frente al espejo para convencerse aún más de lo que estaba a punto de hacer.

Las horas fueron pasando y su nerviosismo, creciendo, hasta que estuvo segura de que podía salir del dormitorio y supo que nadie la vería. Se colgó una capa para evitar ser reconocida y, con el morral a cuestas, dejó todo atrás.

## Capítulo 2

Tierras Mackenzie, mayo de 1609

La carcajada de Irvin provocó que varios pájaros que cantaban tranquilos desde los árboles levantaran el vuelo de inmediato y se alejaran de allí. A pesar del cansancio que tanto él como Duncan y Archie tenían, no podían evitar rememorar lo sucedido la última vez que fueron a la taberna cercana al pueblo y bromear sobre lo sucedido con su compañero Sloan, que se había quedado en el castillo mientras ellos llevaban a cabo la misión que Alec les había encomendado.

—¿Os imagináis cómo le deben de escocer los huevos? —exclamó Irvin con lágrimas en los ojos por la risa—. A pesar de que ha pasado una semana aún camina con las piernas separadas.

—Brigitte es muy pasional —dijo un sonriente Duncan—. ¿Qué hicieron con la cama?

Irvin volvió a reír.

—La usarían para encender el fuego porque rompieron las cuatro patas.

Archie necesitó un par de segundos para tomar aire, pues con la risa sentía que se estaba ahogando.

—Pues yo en cuanto volvamos al pueblo pienso ir directamente a Brigitte. Y si rompemos la cama, mejor. Prefiero que me escuezan los huevos a estar sin probar a una hembra durante tantos días. ¿Cuándo demonios vamos a regresar?

Los hombros de Irvin aún se sacudían cuando se giró a él para responderle.

—Tenemos que inspeccionar bien toda la frontera. Mi hermano me ha dicho que los mercenarios han hecho muchos estragos en los clanes vecinos, y está seguro de que en los próximos días seremos nosotros quienes seamos atacados.

Alec Mackenzie había recibido el aviso de varios clanes vecinos de que en los límites de sus tierras habían sufrido los ataques de los que parecían ser mercenarios, logrando hacer demasiados estragos que les llevarían meses reparar. Tras lo sucedido un par de años antes con Callum Bruce, Alec estaba preocupado de que volviera a suceder lo mismo o algo parecido en sus tierras. Y si realmente se trataba de mercenarios, mucho peor, pues estos no respondían ante ningún clan y eran capaces de hacer lo que fuera, incluso asesinar a mujeres y niños tan solo por unas monedas.

Por ello, Alec había enviado a su hermano pequeño Irvin, junto con Duncan y Archie para explorar las zonas limítrofes con los clanes afectados para ver si sucedía algo extraño por allí. Desde el castillo hasta la frontera había más de tres días de viaje y apenas habían parado para descansar, pues tenían mucho que hacer. A pesar de su buen humor y su visible relajación, Irvin también estaba preocupado. No deseaba ninguna guerra en su clan, ya que había tenido más que suficiente con lo sucedido años atrás con los Ross y los Campbell, y tan solo deseaba poder volver a seguir viviendo su vida.

Una sonrisa fugaz cruzó por su rostro cuando recordó a sus sobrinos. Desde que los tres habían nacido el castillo se había llenado aún más de vida, gritos, juegos y bromas. Muchas bromas. El primogénito de su hermano Alec, Andrew, al cual le habían puesto el nombre de su abuelo, era poco más que un duende que siempre se escondía detrás de cualquier objeto para asustarlo o tirarle cosas. Desde que Andrew había aprendido a caminar puso su mira sobre su tío Irvin y sus bromas y juegos siempre iban dirigidos a él, algo que al guerrero no le importaba,

pues le recordaba a él mismo.

Morgan, la segunda hija de Alec, era todo lo contrario, una niña muy tranquila que lograba entretenerse con un simple palo hasta que su madre llegaba a buscarla para comer.

Y Bonnie... Una amplia sonrisa se dibujó en su rostro. Aún no podía creer lo que su hermano Malcolm había podido cambiar durante esos dos años. Con la llegada de su hija Bonnie había tenido sentimientos encontrados, y eso era algo que mostraba a diario con todo el mundo. Tan pronto estaba amable, cordial y cercano como de repente cambiaba y deseaba matar a cualquiera que se cruzara con él. Y no era para menos. Desde el primer momento de vida, Bonnie no había dejado de llorar y a pesar de que ahora tenía dos años, siempre corría detrás de su padre con lágrimas en los ojos. Aily intentaba esconder su risa a toda costa, pues la niña nunca la buscaba a ella y todo el rato quería estar con su padre, haciendo que este estuviera a punto de volverse loco... o de matar a alguien.

Pero Irvin estaba feliz por sus dos hermanos. Nunca los había visto tan radiantes como en los últimos años y a pesar de los típicos problemas con los niños, sabía que amaban a sus mujeres como nunca creyó que podrían amarlas. Irvin nunca se había planteado la opción de casarse, pues vivía su vida como deseaba y cuando necesitaba de una mujer, marchaba a la taberna a encontrarla. La verdad era que no tenía ninguna queja sobre su propia vida y aunque a veces tenía que viajar como en ese momento, en parte lo agradecía, pues estaba seguro de que él no podría echar raíces en un lugar y no moverse de allí jamás. Él era un hombre de acción, de amoríos y de meterse en líos.

—Podríamos ir a la taberna del siguiente pueblo —sugirió Archie sacándolo de sus pensamientos—, así podemos probar la carne del norte.

Irvin dio un respingo al escucharlo, pues había olvidado por completo que estaba acompañado, y lo miró con una sonrisa en los labios.

—¿No quieres esperar a que Brigitte te afile la espada?

Duncan rio mirando a Archie.

—Nunca está de más afilarla varias veces, amigo —le respondió haciendo un gesto obsceno con la mano.

Irvin lanzó de nuevo una carcajada y tiró de las riendas de su caballo para frenarlo, algo que hizo que sus amigos se pusieran serios de golpe.

—¿Qué ocurre?

El guerrero los miró con su habitual sonrisa y una mirada irónica.

—¿Sabéis que parece que os habéis meado encima? ¿Tenéis miedo de los mercenarios?

—¿Lo has hecho aposta?

Irvin negó y se bajó del caballo.

—He parado porque me estoy meando, algo que puede llegar a ser más terrorífico que los mercenarios...

Duncan lanzó un bufido mientras Archie simulaba una arcada.

—No hace falta ser tan descriptivo.

El aludido rio entre dientes mientras se alejaba de sus amigos.

—¡Ten cuidado! ¡Si te encuentras con algún mercenario, enséñale tu espada aunque esté desafilada! —le gritó Archie antes de que desapareciera entre los árboles.

Irvin sonrió, pero no le respondió. Se internó entre la pequeña arboleda y matorrales que había alrededor de un río. El sonido del agua pareció envolverlo por completo y durante unos segundos, se limitó a cerrar los ojos y disfrutar de la soledad que le ofrecía ese momento.

Siempre estaba rodeado de gente y apenas tenía un momento de soledad y silencio como ese, por lo que su cabeza no podía parar. Y ahora que lo único que escuchaba era el canto de los pájaros se sintió pleno.

Al cabo de unos segundos, se apartó de la orilla del río y se acercó a un árbol para descargar su vejiga, lanzando un suave suspiro cuando terminó. Después se aproximó de nuevo a la orilla para lavarse las manos y cuando se giró para regresar junto a sus compañeros, escuchó un quejido ahogado que lo obligó a quedarse quieto y ponerse alerta.

El joven frunció el ceño mientras intentaba adivinar de dónde vino ese quejido cuando volvió a escuchar uno igual. Irvin giró la cabeza hacia su derecha al tiempo que sacaba la espada despacio, temiendo hacer ruido y alertar al causante de ese gemido ahogado.

—¡Suéltame! —escuchó de los labios de una mujer.

Apretando el paso, Irvin se asomó entre los matorrales para encontrarse con una escena que lo encolerizó. A tan solo una decena de metros había un guerrero intentando forzar a una joven cuya belleza hizo que su estómago saltara por los aires. Cuando la joven giró la cabeza para intentar escapar de los labios de su atacante, el guerrero admiró ese rostro tallado en marfil que sin duda era uno de los más bellos que había visto jamás. La joven se resistía a su atacante e intentaba arañarlo en la cara mientras el que parecía ser un mercenario llevaba sus manos a distintas zonas de su cuerpo para violarlo.

Al instante, una ira arrebatadora lo consumió. Su padre los había educado a él y a sus hermanos en que jamás debían violar a una mujer, al contrario, debían tratarlas como si de un preciado tesoro se tratara y admirarlas, cuidarlas y tratarlas de la mejor manera posible. Y ver aquello lo enfureció, haciendo que saliera de su escondite al instante y se aproximara a ellos.

—Vaya, lamento interrumpir.

El hombre dio un visible respingo al escuchar su voz con un cierto deje de peligrosidad mientras que en el bello rostro de la muchacha se formó una expresión de alivio. Al instante, el mercenario, cuyo rostro podía haber causado terror en cualquiera que no supiera manejar un arma, soltó a la joven y se levantó, desenvainando la espada y poniéndose en alerta.

—Me parece que no te habías dado cuenta, pero la joven no deseaba lo que quisieras darle —siguió Irvin.

—¿Qué demonios quieres? —La voz ronca y profunda del hombre hizo que la joven, que ya se había levantado y alejado prudentemente de ellos, diera un nuevo respingo—. Nadie te ha llamado.

—Bueno, lo que me ha hecho venir ha sido la queja de esta joven y, si no me equivoco, tú no has sido invitado a estas tierras...

—Yo voy donde quiero —respondió el hombre poniéndose en guardia y a punto de atacar—. Y alguien como tú no va a impedírmelo.

Y antes de que Irvin pudiera responder, el mercenario se lanzó contra él con la espada en alto.

—No sabes con quién te has metido —dijo el hombre cuando las espadas de ambos entrechocaron.

—Me parece que tú tampoco —respondió Irvin antes de separarse, coger fuerzas y atacar él.

El joven intentó que su espada se dirigiera hacia el costado del mercenario, pero este era muy buen contrincante y lograba parar todos sus movimientos con destreza.

—¿Qué haces en nuestras tierras además de intentar violar a una muchacha? —preguntó Irvin antes de parar un golpe de espada y patearlo en la pierna para hacerlo caer, algo que consiguió.

El hombre giró sobre sí mismo e intentó atacar con su espada desde el suelo, pero Irvin logró

frenarlo y se alejó de él al tiempo que vio de soslayo cómo la joven a la que estaba intentando defender se alejaba de ellos lentamente hasta girarse hacia el bosque y correr. Al instante, Irvin torció el gesto y chasqueó la lengua, contrariado por la huida de aquella ninfa, pero se obligó a mantener la cabeza fría y derrotar a su contrincante. Este esbozó una sonrisa al mismo tiempo que se levantaba y clavaba su mirada en él.

—¿Crees que estoy solo? —preguntó con una sonrisa—. Somos muchos más y nos contrataron para encontrar a esa zorrilla.

Irvin frunció el ceño y miró hacia el camino que había tomado la joven.

—Pero por el camino hemos ido tomando lo que nos ha dado la gana.

El guerrero tragó saliva y comenzó a caminar en círculos sin dejar de mirarlo fijamente.

—¿Qué os ha hecho esa muchacha?

—No es de tu incumbencia —respondió el mercenario antes de volver a lanzarse contra él.

Irvin estaba tan sorprendido por lo poco que le había contado que reaccionó tarde y no pudo apartarse a tiempo. El hombre logró hacerle un corte en el brazo. Irvin lanzó un quejido a ver brotar la sangre, lo cual lo enfureció más. Estaba deseando saber más de aquella muchacha tan bella que había huido de allí sin dar explicaciones, así que reunió toda su fuerza y lo atacó con fiereza, logrando que las fuerzas del hombre mermaran y finalmente Irvin pudiera acabar con él. Cuando la sangre brotó de la garganta del mercenario, sus ojos se abrieron desmesuradamente, sorprendido al saber que la muerte estaba cerca, pero cuando cayó de rodillas le dedicó a Irvin su última sonrisa.

Al cabo de unos segundos, aparecieron Duncan y Archie entre los matorrales y lo miraron con una expresión divertida.

—Os hemos visto y no queríamos interrumpir, pero ya estábamos pensando en que no podías con él, amigo —se burló Archie.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Duncan.

—Estaba intentando forzar a una muchacha.

Archie enarcó una ceja y miró a su alrededor.

—¿Y esa joven es invisible?

—Ha huido —les explicó con el rostro serio mirando el camino que había tomado la chica.

—¿Sin darte las gracias? —siguió Archie con la burla—. Estás perdiendo tu atractivo, amigo.

Irvin dejó escapar el aire con fuerza y se encaminó hacia el lugar por donde había desaparecido la joven.

—¿A dónde vas?

—A encontrarla —respondió Irvin—. Es a ella a quien buscan los mercenarios que han atacado las fronteras de otros clanes.

—¿A ella? —preguntó Duncan corriendo tras él.

Pero Irvin no respondió. Se precipitó por el camino para intentar encontrarla y corrió lo más rápido posible, obviando el escozor de su brazo. El joven no sabía con exactitud hacia dónde se dirigía, pues la muchacha podría estar ya en cualquier sitio. Sin embargo, cuando hubo recorrido unos cien metros, la divisó no muy lejos de él.

—¡Espera, muchacha! —vociferó para que intentara parar.

La aludida dio un respingo y miró hacia atrás, asustada, y al verlo a tan solo una veintena de metros de ella apretó el paso con el rostro tornado en terror, pues al instante vio aparecer tras él a los dos acompañantes del guerrero.

—¡No vamos a hacerte nada! —gritó Irvin.

Sin embargo, la joven no mostró intenciones de parar. Al contrario, apretó el paso para intentar alejarse lo antes posible de ellos y desaparecer de su vista, pero Irvin no se dio por vencido. La reticencia que sentía la joven por ellos hacía que aumentara su interés por ella. Vio su pelo rubio ondear al viento completamente suelto, dándole un aspecto salvaje a la joven. No estaba seguro, pero cuando la vio cerca de él junto al mercenario creyó ver unos ojos azules que ahora tenían una mezcla de pánico y rabia por ser perseguida de nuevo. El vestido que llevaba era sencillo y no llevaba los colores típicos del clan Mackenzie. De hecho, no llevaba ningún distintivo que indicara el clan al que pertenecía, y estaba seguro de no haberla visto jamás en esas tierras.

Irvin apretó el paso y acortó la distancia con la joven, que lanzó un pequeño grito de desesperación cuando miró hacia atrás y descubrió que el guerrero le ganaba terreno.

—¡Solo quiero hablar contigo! —le dijo el joven.

—¡Dejadme en paz! —gritó ella casi sin aliento.

El costado comenzó a dolerle y el aire le faltaba a cada paso que daba. Sentía cada piedra clavándose en la planta de sus pies y ya casi no le quedaban fuerzas para seguir sujetándose la falda para que esta no se le enredara y cayera al suelo. Se sentía aterrada. Cuando el mercenario le había dicho que la estaban buscando, un pánico terrible la invadió y el simple hecho de no conocer a ese guerrero que la perseguía, a pesar de que la había ayudado a escapar del mercenario, no la calmaba. Al contrario, temía que fuera otro hombre contratado por su padre o por el que era su prometido, por lo que no se podía permitir ser atrapada por él.

La joven intentó apretar el paso, pero en un momento en el que giró levemente la cabeza para ver a qué distancia estaba el guerrero, no vio una rama que había en el suelo unos metros más adelante, así que tropezó en ella y cayó estrepitosamente al suelo. Un rugido poco femenino salió de su garganta cuando rodó varias veces y sintió un pinchazo en la rodilla. Y cuando intentó levantarse para correr de nuevo, la sombra alargada y musculosa del guerrero se cernió sobre ella.

—Vaya, eres rápida —bromeó Irvin con el aliento entrecortado, pero con una breve sonrisa en los labios.

La joven se levantó como pudo, ignorando el escozor de la rodilla, y lo encaró con la cara contraída por la rabia.

—¿Qué quieres? —le espetó.

Con el aliento aún entrecortado, Irvin enarcó una ceja y dejó escapar una leve risa mientras sus compañeros y amigos llegaban a ellos y se quedaban parados a varios metros para no interrumpir, pero sin quitarle la vista de encima a la joven.

—Bueno, pues la verdad es que me hubiera bastado con un simple gracias y tu nombre.

La joven frunció el ceño y lo miró con escepticismo.

—No necesitaba tu ayuda, y mi nombre no es asunto tuyo.

Irvin entrecerró los ojos y sonrió de lado. Cerca de ellos se escuchó el silbido de Archie, que claramente se estaba divirtiendo con la conversación que estaba teniendo con ella. Y la verdad es que él también sentía cierta diversión al ver el rostro enfadado de aquella muchacha. Durante un segundo se paró a admirar el rostro ovalado de la joven, sus ojos azules, aquella nariz chata y, por supuesto, unos labios voluminosos que ahora estaban fruncidos en un gracioso mohín y que parecían llamarlo con insistencia. Nunca había podido resistirse a la belleza de una mujer, y desde luego en esa ocasión no iba a ser menos, pero las mujeres con las que había estado eran taberneras, mujeres de la buena vida que se dedicaban a satisfacer a los hombres que llegaban. Y

esa muchacha no tenía pinta de haber salido de una taberna. Al contrario, sus ojos se dirigieron a sus manos y vio que apenas habían trabajado la tierra, por lo que tampoco era granjera, y aunque se encontraba sucia y vestía ropa sencilla, algo le dijo que esa joven guardaba un secreto que se empeñaba en esconder a toda costa. Y si tenía que ver con los mercenarios, tampoco podía dejarlo pasar.

—¿Tal vez hubieras preferido que no matara al hombre que estaba intentando forzarte? —le preguntó esperando su reacción.

Una reacción que no tardó en llegar. En el rostro de la joven se dibujó una expresión de incomodidad y miedo que le hizo dar un paso hacia atrás y mirar con reticencia a los dos amigos del guerrero.

—Repito que nosotros no queremos hacerte daño, pero está claro que ese mercenario, sí, y hay más como él, por lo que ahora no es seguro caminar sola por estos lares —le dijo intentando obviar el hecho de que sabía que el hombre al que había matado, junto con sus compañeros, la estaban buscando—. Será mejor que te acompañemos a casa.

La joven abrió mucho los ojos y al instante negó con la cabeza repetidamente. No obstante, a pesar de su gesto, Irvin se acercó a ella.

—¿Dónde vives?

La joven dio un paso hacia atrás para alejarse de él otra vez.

—No te importa —le espetó sin fiarse de él.

—¿Eres del clan Mackenzie? —le preguntó intentando suavizar más la voz.

Una expresión de incomodidad y nerviosismo se dibujó en el rostro de la joven.

—Eso tampoco te importa.

Finalmente, Irvin no pudo evitar una amplia sonrisa que le iluminó el rostro, haciendo que la joven se quedara prendada de ella. A pesar de estar en alerta todo el rato, sus ojos se quedaron fijos sobre esa sonrisa, pues era la más sincera y bonita que había visto jamás. Aunque intentaba por todos los medios mantener la cordura, sentía que no podía, pues el rostro del joven llamaba poderosamente su atención. Tenía los ojos más bonitos que había visto jamás, con un color verdoso en el que parecía ver las montañas de las Tierras Altas reflejadas en ellos. La viveza de estos también llamó su atención, pues aunque se tratara de un guerrero, no parecía uno cualquiera, al menos no como los que ella había conocido. A pesar de que intentaba mostrarse serio, veía un fondo divertido y burlón en él que le hacía desear saber más de él. Una pequeña cicatriz se escondía bajo la barba de varios días y, para su sorpresa, se vio a sí misma acariciándola. Pero no solo se trataba de su rostro, sino también la altura y la corpulencia del joven eran llamativas, y cuando se dio cuenta de lo que estaba pensando, sintió cómo la vergüenza subía hasta sus mejillas.

La joven carraspeó, incómoda, y dio un paso atrás, como así pudiera apartar de ella aquellos pensamientos que la atormentaron durante unos segundos. Cuando sintió que se recuperaba, miró de nuevo a los ojos del guerrero e intentó centrarse en lo que le estaba diciendo:

—Lamento decepcionarte, pero es de mi incumbencia saber quién anda por las tierras de mi hermano.

La joven sintió que se le aceleraba el corazón, y miró nerviosa a los otros dos guerreros que, aunque se mantenían al margen, estaban muy atentos a lo que pasaba. Al cabo de unos segundos volvió a mirar de nuevo al guerrero que había frente a ella y le preguntó:

—¿Eres hermano del laird Mackenzie?

Irvin asintió en silencio mientras clavaba la mirada en aquellos ojos azules que durante unos

momentos parecieron atormentados, y antes de que nadie tuviera tiempo de decir nada, la joven se dio la vuelta e intentó retomar el camino para alejarse de allí. No obstante, Irvin la aferró con fuerza del brazo para retenerla y, a pesar de la extraña corriente que sintió al tocarla, le dijo:

—Mi hermano ha ordenado que todos aquellos que no hemos visto nunca y que pasan por nuestras tierras se identifiquen —le dijo con voz más seria.

La joven se volvió hacia él y, sorprendiendo a los tres guerreros, le dio una patada a Irvin en la entrepierna con todas sus fuerzas, logrando que el joven se doblara sobre sí mismo al tiempo que un gruñido de dolor se escapaba de su garganta. Sin esperar la reacción de los otros dos guerreros, la joven se giró y huyó de nuevo, dejándolos con una mezcla de sorpresa y diversión.

—Maldita sea... —refunfuñó Irvin cuando pudo recuperar el aliento.

Archie y Duncan corrieron junto a él para socorrerlo y, en lugar de ir hacia la joven, se quedaron a su lado con un deje de diversión en el rostro, especialmente Archie, que intentaba por todos los medios esconder la sonrisa que tenía dibujada en los labios.

—¿Quieres que te parta la cara? —gruñó Irvin cuando logró incorporarse ligeramente.

—¿Y tú, necesitas ayuda con esa muchacha? Estás perdiendo tu encanto, amigo. Es la primera mujer que no cae a tus pies.

Irvin se irguió finalmente y lo miró con odio.

—¿Te estás divirtiendo?

—No sabes cuánto...

Lanzando un bufido de rabia, Irvin lo apartó de su camino y corrió de nuevo hacia la joven, que apenas se había alejado una decena de metros.

—¿Pero por qué no la dejas y nos vamos? —le preguntó Duncan.

—¡Porque es la primera mujer a la que deseo matar lentamente!

## Capítulo 3

No podía creer que se hubiera recuperado tan pronto de la patada que le había dado. Incluso a ella le dolía soberanamente el pie a medida que lo plantaba para correr con más fuerza. Pero ¿es que no se iba a cansar de seguirla? Ella no se había metido con nadie. Tan solo había salido a recoger algunas hierbas para hacer las comidas y en menos de una hora se había cruzado con aquellos que la buscaban y con un guerrero que no cesaba en su intento de descubrir cosas sobre ella.

—Maldición —susurró con la voz entrecortada por el cansancio.

Sabía que estaba cerca de un río amplio y hondo y, gracias a que sabía nadar, podría cruzarlo sin problema. Sin embargo, cuando vio su objetivo cerca de ella, su esperanza se fue al traste al sentir que algo la impulsaba y la hacía trastabillar, cayendo al suelo de forma estrepitosa. No obstante, a pesar de que cerró los ojos para evitar sentir el impacto, notó que chocó contra algo más blando de lo que pensaba. La joven abrió entonces los ojos y descubrió que aquello sobre lo que había caído era el guerrero.

Se dio cuenta entonces de que algo extraño se le clavaba en la baja espalda y cuando descubrió que no se trataba de la empuñadura de la espada, un intenso color rojo invadió sus mejillas. Las manos del guerrero estaban puestas en su cintura, por lo que intentó quitarlas con todas sus fuerzas, aunque lo único que consiguió fue que este se moviera con rapidez, girara sobre sí mismo y la pusiera contra el suelo.

—¿Vas a hacer tú también lo mismo? —vociferó la joven refiriéndose al mercenario que había intentado forzarla.

Se movió con todas sus fuerzas para desasirse de él, pero este aferró sus muñecas sobre la cabeza de ella y se sentó sobre su cadera, aplastándola contra el suelo.

—La verdad es que lo que más me apetece ahora es matarte, demonio de mujer —respondió con un deje de enfado en la voz—. ¿Sabes? Me has dejado en ridículo delante de mis amigos y ahora se reirán de mí durante meses.

—Eso te pasa por haberte metido en mi camino —respondió ella moviendo las caderas cuando no pudo aguantar más el dolor que le provocaba una piedra en la espalda—. Si me hubieras dejado en paz...

Irvin enarcó una ceja, intentando dejar pasar la excitación que le provocaba aquel movimiento inconsciente de cadera de aquella preciosa mujer. Carraspeó con incomodidad por primera vez en su vida. No podía creer que esa mujer a la que no conocía y que no parecía ser una tabernera le provocara esas sensaciones tan placenteras que solo encontraba entre los brazos de una prostituta.

—Tienes una lengua un poquito larga, señorita misteriosa. ¿Estás segura de que no acompañabas al mercenario?

—Soy una mujer libre.

—¿Y esta mujer libre tiene un nombre? Porque si no me lo dices, tendré que llamarte demonio, que es lo que pareces.

La joven frunció el ceño y lo miró mal antes de responder:

—Mi nombre es Iona.

Irvin se inclinó y acercó su rostro al de ella, quedándose a solo un palmo de sus labios.

—¿Y tu apellido?

Iona dudó durante unos segundos. No quería decirle la verdad, pues si lo hacía debía confesar muchas cosas que no deseaba que él las supiera. Además, tal vez al confesar quién era en realidad, la devolverían al inicio de todo. Y antes prefería morir que volver a su clan.

—Mackenzie —mintió tras unos segundos de indecisión—. Soy Iona Mackenzie.

El guerrero frunció el ceño y se separó de ella unos centímetros para observarla mejor. Había algo que no entendía y que no llegaba a creer, por lo que le preguntó para cerciorarse de que fuera verdad.

—¿Una Mackenzie? —No le pasó desapercibida la expresión de duda de la joven—. ¿De dónde?

—De aquí —respondió ella al instante—, de la frontera.

El guerrero entrecerró los ojos un instante y la miró fijamente.

—Y ahora suéltame —le exigió moviéndose de nuevo contra él—. No sabía que el laird dejaba que se traten así a sus propios vecinos.

Irvin sonrió de lado y soltó sus muñecas, aunque se quedó sentado sobre sus caderas, sintiendo que iba a volverlo loco la presión que la joven ejercía sobre su entrepierna.

—A los vecinos no, pero sí a los mentirosos.

Iona lo empujó para intentar apartarlo. En su rostro se dibujó una expresión de rabia al tiempo que sus labios dibujaron un mohín que Irvin quiso arrebatarse con un beso.

—¡No soy una mentirosa!

Irvin se levantó de inmediato, incapaz de resistir la tentación de su cuerpo y, con el gesto serio, más por lo que Iona le hacía sentir que por la mentira, le dijo:

—Eso deberá juzgarlo mi hermano.

Iona arrugó el rostro, cargado de enfado, por lo que acababa de decirle. Se levantó sin dejar de observarlo y se alejó de él unos pasos. No podía ir con él al castillo Mackenzie. Si lo hacía, estaba segura de que el laird tal vez la reconocería o habría recibido un aviso sobre ella. El guerrero que tenía enfrente no podía saber quién era ella ni el motivo por el que estaba en sus tierras. Si al final se sabía, su vida como ella la conocía y quería vivirla, acabaría allí mismo.

—¿A qué te refieres? —preguntó casi sin aliento.

—A que vendrás con nosotros —sentenció.

A pesar de haber intentado convencerlo de que era una Mackenzie y de que no intentaba hacer nada malo, no había conseguido nada. Después de cabalgar durante varias horas, habían parado a descansar y comer algo antes de retomar su camino. Iona se encontraba sentada en una piedra con los brazos cruzados en el pecho. En su rostro se dibujaba una intensa expresión de enfado y odio hacia Irvin, al que miraba a ratos para hacerle ver lo que sentía hacia él por haberla sacado del que consideraba su único lugar seguro desde hacía semanas. O al menos era seguro hasta que la habían encontrado...

La joven rechazó un trozo de queso que le ofrecía el guerrero que había sentado a su lado. Por lo que había oído minutos antes, se llamaba Duncan, y a pesar de que estaba preparando la comida para todos, no le quitaba ni un ojo de encima. Cualquiera que fuera su movimiento, allí estaban los ojos de ese hombre, al que intentaba no mirar, pero cuando lo hacía, le dejaba claro lo que sentía hacia él y los demás.

Desde hacía dos meses había logrado la tranquilidad que anhelaba. Tras escapar del castillo de su padre y de las tierras Mackay, había huido todo lo deprisa que sus piernas le permitían. Había

tenido que dejar atrás el miedo para continuar hacia adelante, pues era aún peor lo que la aguardaba en su clan. No estaba dispuesta a ser ella la que pagara por lo que su primo Hamish le había hecho, pues a pesar del paso de las semanas, en su mente seguía pensando que el culpable de su violación había sido él. Y lo que se lo había confirmado fue el deseo que mostró por casarse con ella a pesar de estar deshonrada. Algo le decía que la había violado con esa intención, pues no había cejado en su empeño por que la joven cayera a sus pies. Lo odiaba, y lo hacía con toda su alma, por haberla seguido, por violarla y por obligarla a dejar los muros que supuestamente la protegían para escapar e intentar vivir una vida mejor que a su lado, pues junto a Hamish jamás sería feliz.

Y desde entonces no había hecho otra cosa más que alejarse de las tierras Mackay. Había vagado algunos días por las tierras Sutherland y MacLeod hasta que llegó a las tierras Mackenzie, donde encontró una hermosa cabaña guarecida en medio de un bosque y donde estaba segura que jamás la encontraría su padre. Allí había logrado vivir gracias a sus conocimientos de las hierbas y cazando algunos animales como podía, pues sobre eso no había aprendido mucho. Pero al menos había logrado sobrevivir sin su padre cerca de ella. No obstante, la habían encontrado... Y aún se preguntaba cómo lo habían hecho, ya que pensaba que su padre no la buscaría tan lejos de sus tierras.

Iona miró hacia el frente y vio que el guerrero que la había obligado a ir con ellos la estaba observando en ese momento desde la distancia. Su rostro se arrugó al descubrir aquella mirada, lo cual hizo que el joven esbozara una pequeña sonrisa de lado que logró hacer que su corazón se sobresaltara. Pero ¿qué demonios le estaba ocurriendo? ¿Acaso se estaba volviendo loca? Por su culpa, el hermano del guerrero iba a descubrir quién era ella y que la estaban buscando, por lo que su vida corría peligro mientras estuviera en sus manos. Debía escapar de ellos en cuanto tuviera la primera oportunidad, pero ¿cómo? Aún no lo sabía, pero estaba dispuesta a hacer lo que fuera...

Irvin tenía la sensación de que no era capaz de apartar la mirada de aquel rostro angelical y demoníaco al mismo tiempo. Aquella misteriosa joven con la que se habían cruzado por casualidad había logrado atrapar su interés por completo, haciendo que hubiera olvidado momentáneamente el motivo que los había llevado a la frontera. Durante el trayecto hasta ese lugar, Iona había montado en el mismo caballo que él y en todo momento la joven hizo lo posible para que su espalda no chocara con su pecho, algo que le hacía gracia, pues era la primera mujer que no deseaba tocarlo, ni aunque fuera un simple roce, y eso llamaba aún más su atención.

Aún no había olvidado la frase del mercenario diciendo que los habían contratado para encontrarla. ¿Encontrarla para qué? ¿Quién demonios era esa muchacha de bello rostro? O mejor, ¿qué había hecho para llevar tras su rastro a varios mercenarios? Algo le decía que debía de ser muy grave, y desde luego estaba dispuesto a descubrirlo.

—Tal vez anden cerca los mercenarios.

La voz de Archie lo sacó de sus propios pensamientos. Irvin reaccionó y desvió la mirada hacia él. El rostro de su amigo mostraba una expresión grave y, por primera vez en mucho tiempo, lo vio preocupado.

—¿Y si son más numerosos que nosotros? Debimos venir con más, como dijo Alec.

Irvin asintió lentamente, pensativo.

—Tenemos que encontrarlos para evitar más daños —le respondió el joven.

Archie bufó.

—Pero con ella vamos muy lentos. ¿Por qué no la dejamos? No ha hecho nada malo. Y si es verdad lo que dijiste y la están buscando, tal vez lo único que debemos hacer es expulsarla del clan.

En el rostro de Irvin se dibujó una expresión negativa al tiempo que movía la cabeza de un lado a otro, negándose a hacer lo que su amigo pedía.

—¿Qué habrá hecho?

—No estoy tan seguro de que la pregunta sea esa, sino quién es. Alguien con mucho dinero ha debido de contratar a esos mercenarios, por lo que ella puede no ser quien nos quiere hacer creer. Y la he observado bien, y sus movimientos y sus manos delicadas me hacen pensar que no es una campesina cualquiera.

—¿Crees que ha escapado de algún sitio o de alguien?

El joven asintió.

—Pero ¿de quién? —preguntó Archie.

—No lo sé, pero estoy dispuesto a averiguarlo. No podemos regresar aún. Tenemos que encontrarlos —respondió mientras se giraba hacia la joven.

Archie hizo lo mismo y después volvió a mirar a Irvin.

—¿Crees que dice la verdad?

—¿Sobre su identidad? —Archie asintió—. No creo que sea una Mackenzie, y como ya te he dicho, no parece una campesina, así que creo que no es de los nuestros. Y si se ha escondido en nuestras tierras debemos averiguar por qué.

—¿Entonces estás empeinado en que venga con nosotros aunque nos haga ir más lentos?

—Sin dudarlo —respondió Irvin.

Archie lanzó una carcajada que sorprendió al guerrero y cuando este lo miró, puso los ojos en blanco.

—Lo siento, pero no puedo evitar pensar en que nos la llevamos por otro motivo.

—No lo hay —dijo Irvin, incómodo.

—Amigo, te conozco demasiado y sé que su belleza no te pasa desapercibida.

—No empieces, Archie...

El aludido lanzó otra carcajada y le dio una palmada en el hombro.

—Por cierto, ¿han dejado de dolerte ya los huevos o el dolor ha ido a más después de cabalgar con ella?

—¿Quieres que te rompa los tuyos? —le preguntó con enfado.

En lugar de cejar en su empeño, Archie volvió a reír, y le dijo:

—Amigo, espero equivocarme, pero tengo la sensación de que el día en que todos podamos devolverte las bromas está más cerca.

Irvin frunció el ceño y dio un paso atrás.

—¿A qué te refieres?

—A que creo que tus hermanos se van a divertir de lo lindo como se den cuenta de que esa muchacha no te es indiferente.

—No te emociones, solo digo que es bella. Nada más.

—Ya, pero es la única que se te ha resistido y te ha pateado los huevos en lugar de aferrarse a ellos como las taberneras del pueblo...

—Estás desvariando... —dijo Irvin con visible incomodidad alejándose de él y regresando junto a Duncan e Iona.

La risa de Archie le hizo refunfuñar cuando tomó entre sus manos el trozo de queso que su

amigo le ofrecía y a pesar de su mirada inquisidora, intentó no hacerle caso y se sentó a comer mientras dirigía su mirada al suelo.

—¿Cuál es el plan, Irvin? —preguntó Duncan.

Iona levantó la mirada al escuchar el nombre del guerrero. Hasta entonces no lo había oído y, sin saber muy bien por qué, algo en él llamó su atención. Cuando este levantó la mirada y se dio cuenta de que la joven lo estaba mirando, le devolvió el gesto, clavando en ella su mirada verde, por lo que Iona, incómoda y ligeramente abrumada, la apartó de nuevo y la volvió hacia el suelo.

Su ceño se frunció y se preguntó qué demonios le estaba pasando con ese joven. Debía odiarlo con toda su alma, gritarle, tirarle todas las piedras que estuvieran a su alcance para lograr huir de él, y en lugar de eso, se sonrojaba cuando este la miraba y su corazón latía con tanta fuerza que parecía que tenía una decena de caballos correteando en su pecho.

Sintió sobre ella la mirada del guerrero durante unos segundos más, y cuando este la apartó, respondió a Duncan:

—Debemos ir a otros lugares para inspeccionar e intentar encontrar a los demás mercenarios.

El corazón de Iona saltó al escuchar la última palabra, pero se desbocó cuando escuchó lo siguiente que dijo:

—A no ser que nuestra querida invitada sepa dónde están...

Iona levantó la mirada de nuevo y la clavó en él. Su rostro se endureció y sus manos comenzaron a temblarle. Vio que Archie se sentaba al lado de Irvin al tiempo que Duncan se volvía sorprendido hacia ella.

—¿Y yo por qué tendría que saberlo?

Irvin se encogió de hombros y la miró con un deje irónico.

—No lo sé, pensaba que tal vez podríais haber entablado amistad.

Iona entornó los ojos y lo miró con rabia.

—Ese desgraciado intentaba forzarme —dijo con énfasis—. Eso es lo único que sé de él.

—¿Entonces no sabías que esos mercenarios te están buscando? —le espetó de golpe.

Duncan estuvo a punto de atragantarse con la comida cuando lo escuchó mientras que Iona perdía el color del rostro por momentos. ¿Cómo lo había adivinado? ¿Acaso ese guerrero sabía quién era? Un pánico incipiente comenzó a azotarla por dentro e inconscientemente miró hacia los límites del bosque.

—No huirás de mí, muchacha —le advirtió Irvin—, así que no pienses en escapar. ¿Qué es lo que escondes?

—Yo no escondo nada —se apresuró a decir con nerviosismo.

Irvin sonrió de lado. A pesar de que aquello era realmente serio, debió admitir que le divertía ver las diferentes expresiones de la joven y su nerviosismo, pues aumentaban la belleza de su rostro.

—Antes de matar a ese mercenario me confesó que alguien le había pagado para buscarte. ¿Quién? ¿Y quién eres en realidad?

Iona intentaba ocultar el temblor que se había apoderado de todo su ser. No podía echar a perder esos dos meses de libertad por lo que ese joven le hacía sentir. Tenía la sensación de que dentro de él no había la maldad que había descubierto a base de golpes en otros hombres, pero eso no era motivo para confesarle su identidad. No, definitivamente no podía hacerlo, así que optó por seguir con su farsa.

—Soy Iona Mackenzie, ya te lo he dicho.

Irvin resopló con fuerza, enfadado por no conseguir la información que deseaba.

—Entonces vendrás con nosotros al este para intentar buscar a esos mercenarios, y a ver qué tienen que decirnos.

—¿Qué? —preguntó elevando la voz al tiempo que se ponía en pie—. Exijo que me liberéis. Yo no he hecho nada y me habéis traído aquí en contra de mi voluntad. Pienso quejarme al laird.

Irvin se levantó también, tirando sin querer la comida al suelo y, tras acercarse lentamente a ella, como si de un gato se tratara, le dijo mirándola a los ojos:

—El laird es mi hermano y me ordenó venir a la frontera a mantener el orden. Si esos mercenarios están en nuestras tierras por ti, llegaré al final de la historia. Y créeme, soy muy insistente.

—Créeme a mí también, soy muy obstinada.

Archie esbozó una sonrisa y le dio un manotazo a Duncan en la pierna para llamar su atención:

—Tengo la sensación de que estos días serán divertidos.

—¿Cuánto tardará en caer? —le preguntó haciendo referencia a Iona.

—Le doy dos días —respondió con una sonrisa.

—Yo apuesto por tres.

—Hecho.

En los labios de Irvin se dibujó una sonrisa y dio un paso más hacia ella, quedándose a tan solo unos centímetros de su rostro. Iona estuvo a punto de dar un paso atrás, pero cuando pensó que sería demostrar debilidad, se mantuvo en el sitio, aunque sin dejar de temblar por su cercanía.

—Ya veremos lo que dura esa terquedad —la amenazó.

—Toda mi vida —insistió ella con el mentón levantado por el orgullo.

—Entonces será una pena pasar una vida entera encerrada en las mazmorras de nuestro castillo.

Al escuchar esas palabras, la seguridad de Iona cedió ligeramente, pero al instante volvió a mostrarse orgullosa y antipática.

—Y ahora, nos vamos... —ordenó antes de aferrarla del brazo y arrastrarla hacia los caballos mientras Archie y Duncan recogían.

El guerrero intentó que su mente estuviera lúcida y fría respecto a aquella joven, pero cuanto más lo intentaba, más se sentía atraído por ella. Él nunca había sido ajeno a la belleza de las mujeres, y cuando veía una como aquella hacía lo que fuera para conseguir sus favores, y siempre se salía con la suya. Pero en ese momento se sentía perdido, como si lo que sentía en su interior se le escapara de las manos y no pudiera salir de un pozo en el que no sabía cómo se había metido. Sabía que Alec pondría el grito en el cielo por haber llevado hasta allí a la joven, pero a pesar de eso, no le importaba. Algo dentro y profundo de él la necesitaba cerca, como si quisiera protegerla de algo que no sabía realmente qué era. Y aunque no sabía qué podía esperar de ella o de los que la perseguían, no estaba dispuesto a dejarla marchar. Simplemente no podía. Pero ¿por qué? Ese extraño sentimiento lo hacía estar molesto y alterado, pues no era capaz de controlarse y al ser la primera vez que sentía algo así no sabía cómo reaccionar.

Irvin resopló, enfadado por primera vez en mucho tiempo, y ayudó a montar a la joven, que se resistía a cada momento. Tras ella montó él y cuando vio a sus compañeros, les dijo:

—Iremos al este. Han ido causando estragos en esa dirección, así que espero encontrarlos en los próximos pueblos antes de que hagan más destrozos. Eso nos llevará unos tres o cuatro días más de lo esperado.

Archie elevó una ceja al tiempo que montaba.

—Me parece que eres muy optimista con los días.

—Intentaremos que sean aún menos.

Duncan sonrió.

—¿Con ella a rastras? Lo dudo. No me fiaría de ella aunque estuviera durmiendo.

Iona lanzó un resoplido.

—Estoy aquí y te estoy escuchando perfectamente.

Duncan sonrió de lado, pero no le respondió, haciendo que el enfado de la joven aumentara. Cuando el caballo inició la marcha y se vio impulsada hacia atrás, Iona intentó mantener la espalda recta, como antes, pero cuando Irvin apretó el paso, tuvo que cesar en su intento, pues continuamente se chocaba contra su enorme pecho, haciendo que su piel se erizara tanto que temió que con su cercanía el guerrero pudiera verlo.

Cuando este pasó la mano por su cintura para aferrarla con fuerza contra él y evitar que se cayera, Iona intentó apartarlo de un manotazo, sin éxito, consiguiendo que en los labios de Irvin se dibujara una amplia sonrisa al ver su rechazo. Aquella era la primera vez que una mujer lo rechazaba de esa manera y en lugar de intentar alejarse, conseguía el efecto contrario. El carácter de la joven lo divertía sobremanera, pero cuando se dio cuenta de que tal vez era demasiado, se preguntó cuál sería el precio que tendría que pagar por haberla llevado con ellos.

## Capítulo 4

Al contrario de lo que Duncan había pensado, recorrieron una buena distancia hasta que la noche estuvo a punto de echárseles encima. Iona había intentado por todos los medios no hacer caso a las intensas sensaciones que le provocaba el guerrero que la llevaba en el caballo. A pesar de que nunca se había interesado en un hombre, y tras haber sufrido la violación dos meses atrás, estaba decidida a no dejarse llevar por ninguna sensación que le pudiera inspirar cualquier hombre. Y hasta unas horas antes lo había conseguido. Sin embargo, desde que las manos de ese guerrero se habían acercado por primera vez a ella y la habían tocado, la intensa y profunda corriente que sintió en su interior fue tan arrolladora que no estaba segura de qué demonios le estaba ocurriendo. Y no tener el control sobre ella misma en ese problema la ponía de malhumor, provocando que ni ella misma pudiera reconocerse, incluso haciendo que poco le importara que se pusiera en peligro con las palabras y malos modos con los que se dirigía al guerrero.

Irvin, por su parte, tenía la sensación de que su entrepierna iba a explotar en cualquier momento si aquella muchacha no se apartaba de él cuanto antes. Desde que había montado tras ella en el caballo y había puesto la mano en su cintura, no se había despegado ni un solo instante durante el resto del día. Y aunque por una parte deseaba seguir así, otra le pedía sacar el fuego que lo recorría por dentro como si una llamarada se hubiera prendido al conocerla. Desde el mismo instante en el que el animal había iniciado la marcha, su miembro había reaccionado a los envites de la cadera de la joven contra él, y a medida que pasaba el tiempo, su contención iba a menos. Si no paraban pronto, sería capaz de desmontar para intentar aliviarse tras el primer árbol que encontrara, no obstante, eso significaría que Duncan y Archie se burlarían aún más de él, eso sin contar con que confirmarían que esa muchacha le inspiraba algo más que curiosidad sobre su verdadera identidad.

Por ello, cuando vio que la oscuridad iba a cernirse sobre ellos en cuestión de minutos, ordenó a sus amigos parar para pasar la noche en el pequeño claro en medio del bosque que estaban atravesando. Parecía que aquel era un buen lugar para descansar, especialmente para dejar de tocar a aquella muchacha que estaba comenzando a volverlo completamente loco a pesar de que la joven no hacía nada para alimentar su deseo.

—Archie, ayúdala a bajar —le pidió a su amigo para sorpresa de este.

El guerrero se acercó a ellos con la duda en el rostro, pero no preguntó por qué no era Irvin quien desmontaba primero y luego ayudaba a la joven.

Cuando Iona sintió las manos de Archie en su cintura intentó apartarlas para bajar sola, sin embargo, el guerrero la sujetó con firmeza y la ayudó, apartándose de ella para no ser el centro de su ira, pues en el bello rostro de la joven podía leerse a leguas el enfado que sentía al verse llevada a la fuerza por ellos.

—Espero que no hagas ninguna tontería, muchacha —le advirtió Archie al tiempo que la aferraba del brazo y la llevaba al centro para sentarla sobre una piedra—. No te muevas de aquí.

Irvin suspiró con alivio cuando el frío del anochecer le dio de lleno en el rostro, logrando contener y disminuir el deseo que había crecido de forma desmedida dentro de él. Cuando por fin estuvo solo, llevó al caballo hacia un árbol y lo ató junto a los de sus compañeros. Tras esto desmontó y se quedó de espaldas a ellos, incapaz de darse la vuelta, pues todos descubrirían que

su miembro estaba palpitante bajo el kilt.

El joven esperó durante unos segundos, que parecieron eternos, para intentar serenarse, pero al ver que no lograba conseguirlo del todo, giró la cabeza hacia Duncan, que estaba más cerca de él recogiendo ramas y le dijo:

—Se oye un río cerca de aquí —informó—. Voy a lavarme.

El guerrero asintió en silencio y a pesar de mirarlo con extrañeza, no dijo nada al respecto, aunque sí lo había notado más callado y raro que de costumbre, pues Irvin siempre estaba bromeando sobre cualquier cosa.

Al cabo de unos segundos, el guerrero se internó en la espesura del bosque intentando encontrar el río, que no tardó en aparecer frente a él. Irvin entonces logró relajar la musculatura de su cuerpo tras un intenso día en el que no solo los mercenarios se habían adueñado de sus pensamientos, sino también aquella joven de cabello claro, rostro angelical y carácter de mil demonios que parecía guardar un secreto que, por casualidad, implicaba a los Mackenzie por haber encontrado a los mercenarios en esas tierras.

A pesar del frío del anochecer, el guerrero comenzó a quitarse la ropa para darse un baño. Necesitaba sentir en su piel el frío del agua para calmar la sed de sus más bajos instintos y cuando el kilt cayó sobre la hierba y su miembro se irguió libre por fin, de su garganta salió un gruñido de contrariedad.

—Maldita seas, Iona Mackenzie... —susurró entre dientes mientras caminaba a paso lento hacia la orilla del río.

El sol comenzó a caer y la luna se alzaba en el firmamento para alumbrar la piel del guerrero. El joven no se inmutó cuando el frío del agua cubrió sus pies lentamente e intentó por todos los medios hacer desaparecer la imagen de aquella misteriosa joven de su mente. No pudo evitar lanzar un gruñido cuando en el momento en el que su cuerpo comenzó a enfriarse y su miembro a descender volvió a pensar en Iona.

Irvin se preguntó qué clase de hechizo le había lanzado la joven cuando la vio por primera vez, pues no era normal que él sintiera ese deseo irrefrenable que aumentaba a cada instante en el que sus miradas se cruzaban o su mano experta tocaba alguna parte de su anatomía. Él siempre había sido un joven que disfrutaba de la compañía de las mujeres, pero nunca había sentido esa atracción hacia una mujer que no trabajara en una taberna. A pesar de que en el castillo Mackenzie vivían mujeres solteras que poseían una belleza extraordinaria, nunca habían llamado su atención como Iona lo había hecho con una simple mirada. Y lo peor de todo había sido cabalgar en el mismo caballo. Sentir contra su pecho la espalda de la joven y su vientre bajo su mano había sido la peor tortura a la que había sido sometido, incluso peor que en el castillo Ross cuando fue apresado por el padre de su cuñada Isla.

En más de una ocasión durante el día, había tenido que frenar sus instintos para no bajarla del caballo y hacerla suya. Y el hecho de que le dedicara miradas de odio hacía que su deseo aumentara en lugar de disminuir.

Irvin lanzó un suspiro de alivio cuando sintió que su cuerpo volvía a la normalidad y una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios al darse cuenta de que al pensar en Iona su cuerpo ya no reaccionaba. *Ha sido algo pasajero*, se dijo mentalmente. Y tras ese pensamiento, pensó que ya era momento de regresar al pequeño campamento que habían levantado sus compañeros.

Iona no había dejado de advertir cada movimiento que hacían los guerreros Mackenzie a su alrededor con la única intención de escapar en cuanto tuviera una oportunidad. Sin embargo, a pesar de que estos parecían estar ajenos a su presencia, uno de ellos le habló sin mirarla mientras

encendía el fuego:

—Si yo fuera tú, muchacha, dejaría a un lado tu intención de escapar —dijo Duncan antes de levantar la mirada y clavarla en ella.

Iona intentó esconder la sorpresa que le produjo el hecho de haber sido descubierta, pero la sonrisa que esbozó el guerrero le confirmó que ya era tarde para ello.

—No voy a dejar de pensarlo hasta que logre dejaros atrás —le respondió con porte orgulloso.

Sus palabras provocaron que la sonrisa de Duncan se hiciera más patente y desviara la mirada de nuevo hacia el fuego. Archie, que estaba cerca de ellos y la había oído, no pudo evitar entrometerse:

—Irvin te encontraría hasta debajo de las piedras, muchacha.

—No lo creo.

Archie sonrió de lado mientras clavaba su mirada en ella, haciendo que la joven se pusiera nerviosa de repente.

—Por cierto, Irvin está tardando demasiado —comenzó Archie—. Muchacha, ve al río a ver qué hace.

Duncan enarcó una ceja cuando escuchó sus palabras, pero al ver que su amigo estaba intentando esconder una sonrisa descubrió lo que realmente pasaba. Ambos sabían que su amigo se estaba bañando desnudo en el río y Archie quería saber cómo reaccionaban uno y otro cuando se vieran.

El guerrero miró a Iona, que se mantuvo sentada sobre la piedra y carraspeó para llamar su atención.

—¿No has oído lo que te ha dicho mi compañero? —Su voz sonó ruda.

Iona frunció el ceño y lo miró.

—Está oscureciendo. Ve tú, que es tu amigo.

Archie casi se atragantó con su propia saliva al escuchar su ocurrencia y la observó. Desde luego aquella muchacha era lo más parecido a Irvin que había encontrado jamás. A pesar de que la joven se empeñaba en mostrarse antipática, contestona y gruñona, tenía la sensación de que debajo de aquello había una mujer extraordinaria que podía lograr lo que muchos en el castillo deseaban, que Irvin encontrara a alguien a quien amar y sentara la cabeza. Y desde que Irvin la había encontrado, parecía haber cambiado su carácter de forma fulminante, algo que no había conseguido nadie. Llevaba todo el día callado, metido en sus pensamientos y aunque su amigo no se hubiera dado cuenta, lo había observado durante horas, por lo que no le había pasado desapercibido el hecho de que la mirada de Irvin pasaba del camino a la nuca de la joven con demasiada insistencia.

—Muchacha, ¿tú quieres cenar? —le preguntó intentando aparentar enfado.

Iona dirigió la mirada a Archie y, para sorpresa del guerrero, lo miró de arriba abajo.

—¿Y tú quieres llamarme por mi nombre?

Archie carraspeó cuando le sobrevino una carcajada. Sin lugar a dudas, aquella muchacha era tan ocurrente como Irvin.

—Bueno, a las únicas mujeres a las que llamo por su nombre son las que calientan mi cama. ¿Acaso te gustaría hacerlo? —le preguntó intentando acercarse a ella.

Iona abrió desmesuradamente los ojos y se levantó de golpe, haciendo caso omiso al dolor en sus nalgas por tantas horas sobre el caballo.

—Eres un cerdo —le espetó antes de tomar el camino que había seguido Irvin para bañarse.

Archie sonrió, pero no le respondió.

—Es obstinada... —susurró Duncan desde su posición.

Su compañero le guiñó un ojo.

—Y no le pasa desapercibida su belleza a Irvin. ¿Te has dado cuenta de que apenas ha hablado en todo el camino?

Duncan asintió.

—¿Cómo crees que reaccionará cuando la vea llegar?

—Nos cortará los huevos, eso sin duda.

Iona se internó entre los matorrales de mala gana. Tenía la sensación de que la estaban usando a su antojo, pues ella no tenía por qué ir a ver qué demonios hacía el guerrero. Cuando por fin estuvo fuera del alcance de su vista, Iona se quedó quieta. La joven miró de un lado a otro del bosque y tuvo la imperiosa necesidad de escapar, pues estaba segura de que tardarían unos minutos en darse cuenta de que no había ido a buscar a Irvin. Sin embargo, un chapoteo cerca de ella llamó su atención y a pesar de que sabía que si no se iba ya iban a descubrirla, algo muy profundo dentro de ella la animó a acercarse a mirar.

Con pasos lentos e intentando hacer el menor ruido posible, Iona se aproximó al lugar donde podía escucharse el chapoteo. Al instante, el sonido del agua se hizo más patente y cuando la última luz del día iluminó a quien había dentro del río, Iona sintió que el aire escapaba de sus pulmones para siempre.

Un intenso temblor azotó su cuerpo y un extraño y penetrante calor la invadió de una forma tan rápida que no pudo reaccionar para apartar la mirada del guerrero. Frente a ella se encontraba Irvin completamente desnudo disfrutando de las frías aguas del río. En los labios del guerrero había dibujada una amplia sonrisa mientras sus manos recorrían lentamente su cuerpo para apartar el polvo del camino sin saber que unos ojos entre sorprendidos y deseosos admiraban su cuerpo muy cerca de él.

Iona no era capaz de apartar la mirada de aquel cuerpo esculpido en piedra a pesar de que su mente le insistía una y otra vez en que lo hiciera. Aquella era la primera vez que veía a un hombre desnudo y jamás pensó que pudiera admirarlo de esa forma, especialmente después de la violación sufrida en su propio castillo dos meses atrás, cuando se juró que se alejaría de los hombres para siempre. Pero su propio juramento pendía de un hilo en ese preciso instante, cuando Irvin comenzó a salir del agua lentamente, todavía ajeno a la mirada de deseo de la joven.

—Santo Dios... —murmuró entre dientes cuando el agua dejó de cubrir la cintura y las piernas del guerrero.

Sus sorprendidos e inocentes ojos admiraron su cuerpo y cuando se posaron sobre su entrepierna, un intenso calor aún más profundo invadió su cuerpo, haciéndola reaccionar al darse cuenta del rumbo que estaban tomando sus pensamientos. Intentando no ser descubierta y obligándose a sí misma a huir de allí cuanto antes, Iona dio un paso atrás para escapar por el bosque ya oscuro, sin embargo, al hacerlo, una rama seca crujió bajo sus pies, llamando la atención del guerrero, que se puso en alerta al instante.

—¡Por Dios santo, mujer! ¿Qué pretendes, matarme de un susto?

Iona se dio la vuelta para intentar volver al claro donde estaban los otros dos guerreros, pero la voz de Irvin la frenó en seco.

—¿Ahora huyes? ¿Acaso no estabas disfrutando hace un momento?

Su tono de voz, ya más calmado, denotó sarcasmo y burla y la joven no fue capaz de responderle inmediatamente, sino que apretó los puños con fuerza antes de girar levemente la cabeza y decirle:

—Yo... no estaba disfrutando —respondió tartamudeando.

Irvin, pasado el susto inicial, sonrió de lado y, completamente desnudo, dio un par de pasos hacia ella.

—¿Y por qué no me has advertido de tu presencia?

—Yo... —tartamudeó de nuevo—, acababa de llegar. Me han enviado los demás.

Sin saber por qué, Irvin dio más pasos hacia ella. Necesitaba aproximarse y que la joven sintiera el calor que, de nuevo al verla, se había acrecentado dentro de él. Algo en aquella muchacha le hacía perder la razón y el control que siempre había mantenido sobre su cuerpo. Cuando había sentido la necesidad de acariciar a una mujer, lo había conseguido entre las taberneras, pero al saber que Iona era un fruto prohibido, en lugar de alejarse, solo deseaba acortar la distancia entre ellos.

Sus pasos lo llevaron a tan solo unos centímetros de la joven, que temblaba como una hoja. Soportó las ansias por alargar las manos para cogerla por la cintura y girarla hacia él para tomar posesión de sus labios. Por ello, intentando que su miembro volviera a mantenerse frío, le pidió:

—Date la vuelta —le dijo con voz ronca.

Iona negó con la cabeza. Estaba tan nerviosa que sus pies no podían reaccionar a sus órdenes.

—Será mejor que vuelva con los demás —dijo en un suspiro.

—¿Por qué? —El tono de burla volvió a aparecer en su voz—. Ahora puedes ver mi cuerpo más cerca...

Iona se forzó para no dejar escapar otro suspiro. Irvin había acercado los labios a su oído y el ronroneo que empleó para hablarle consiguió hacerle desear algo que no sabía que existía, pues nunca lo había sentido así. Tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas y de recordarse el juramento una y otra vez para no caer en la tentación de volverse y seguir admirándolo. Debía mantenerse fría y distante si quería sobrevivir en aquel mundo, ya que no podía dejar que otro hombre la engañara y la forzara como dos meses atrás.

Por ello, aun sintiendo en su cuello el aliento del guerrero, giró levemente la cabeza para responderle:

—Vete al infierno, Irvin Mackenzie —dijo duramente antes de recuperar la movilidad en su cuerpo y regresar, casi corriendo, al campamento.

Una hora después, los cuatro habían terminado de comer, aunque Iona apenas pudo probar bocado. La joven aún tenía muy presentes los sentimientos que el guerrero que había sentado a su derecha le había provocado en la orilla del río y a pesar de que los minutos habían pasado, aún no había logrado olvidar lo sucedido. Y parecía que Irvin tampoco. Desde que había llegado al claro, minutos después que ella, se habían sentado a su lado y apenas había abierto la boca para hablar con sus compañeros, que los miraban a ambos intentando esconder sus sonrisas.

—Irvin, ¿estás bien? —preguntó Archie con cierta mofa—. Estás muy callado.

El aludido levantó su mirada iracunda hacia su amigo y cuando descubrió la burla en él tuvo que contener un gruñido.

—Me tiene preocupado la presencia de mercenarios en nuestras tierras. Estaba pensando en la manera de expulsarlos.

—Bueno, tal vez si esta muchacha nos dijera para qué la quieren, podríamos hacernos una idea.

Iona intentó disimular el sobresalto que sintió cuando los seis ojos se dirigieron a ella. Tragó saliva lentamente y se encogió de hombros.

—Yo no he hecho nada. Ese hombre te mintió —dijo mirando hacia el suelo, evitando sus

ojos.

—Por supuesto... Eso tendrá que aclararlo mi hermano —afirmó Irvin mientras se envolvía bajo su manto.

—Lo que tiene que aclarar es cómo es posible que a una mujer se la saque de su hogar así porque sí —siguió Iona con vehemencia.

Irvin sonrió de lado.

—Si el clan corre peligro, puede hacerse. Y los puntos que tienes que hablar con Alec tienen que ver con el clan.

Iona resopló de una forma tan poco femenina que casi hizo reír a Irvin y se envolvió ella también en su manto. Estaba realmente cansada y no tenía ganas de discutir ni con Irvin ni con los demás. Tan solo deseaba poder tumbarse sobre la hierba frente al fuego para dormir durante toda la noche y al menos dejar escapar su mente durante unas horas. No quería pensar en su vida, en su pasado ni su futuro, pues tanto uno como otro era tan negro como la noche misma que los resguardaba en ese momento.

El aire se había vuelto aún más frío y el cielo cubierto de nubes parecía amenazar lluvia durante la noche. Rezó para que no cayera ni una sola gota de agua, pues recordó las noches de lluvia que había tenido que dormir a la intemperie desde que escapó de su hogar y lo había pasado realmente mal.

El silencio se instaló en el grupo y Duncan se levantó para recoger lo poco que había sobrado de la cena para alejarlo de ellos, pues podría atraer a animales durante la noche.

Irvin miraba de reojo a Iona mientras se preguntaba una y otra vez qué demonios tenía aquella joven que lo había atormentado durante todo el día y aún seguía haciéndolo, incluso con su silencio, a un solo metro de él. A pesar de su rostro malhumorado, su porte orgulloso y su incansable antipatía, estaba seguro de que dentro de ella había algo más por descubrir. Y dentro de él deseaba conocerlo, para su propia sorpresa.

Al cabo de unos minutos, cuando Duncan volvió de la zona donde habían dejado los caballos, estos se agitaron levemente. Los tres guerreros se pusieron en alerta al instante, aunque se mantuvieron en sus asientos muy quietos. Irvin miró a sus amigos y estos se miraron entre sí, y no hubo que decir nada más al respecto. Todos sabían qué debían hacer, pues no era la primera vez que sucedía algo así.

Al cabo de unos segundos, los caballos volvieron a mostrarse inquietos, llamando la atención de Iona, que los miró ceñuda, aunque sin ser consciente aún de lo que estaba sucediendo.

—¿Y de qué taberna te has escapado, muchacha? —preguntó Irvin en voz alta.

Iona desvió la mirada de los caballos para echar chispas por los ojos cuando los posó sobre el guerrero. La joven frunció el ceño y abrió la boca, entre sorprendida e indignada por su insinuación.

—Pero ¿qué demonios estás dicien...? —comenzó, aunque fue cortada al instante.

—Venga, si tenemos en cuenta cómo me mirabas en el río está claro que te has dedicado a satisfacer los deseos de los hombres —la cortó Irvin acercándose a ella y aprovechando la estupefacción de la joven.

—Yo no...

Irvin levantó una mano y la llevó hasta el rostro de Iona, que se puso nerviosa, para apartar de su cara un mechón de pelo y llevarlo tras su oreja.

—Debo reconocer que tu belleza es extraordinaria, muchacha —volvió a cortarla fijando la mirada en sus ojos a medida que se acercaba a su rostro—. Pagaría lo que fuera por una noche

contigo.

Iona abrió la boca varias veces, boqueando, pero sin llegar a decir nada, pues era tal la cercanía del guerrero que no podía pensar con claridad a pesar de que estaba insinuando que era una prostituta. Su mente le pedía a gritos que se apartara de él y le propinara una sonora bofetada, sin embargo, su cuerpo no era capaz de responder a sus pensamientos. Al contrario, se mantenía quieto mientras una parte de ella deseaba fervientemente que la poca distancia que los separaba desapareciera. ¿Qué demonios le estaba pasando con ese guerrero? Era su captor, la había arrancado del lugar que conocía y la llevaba posiblemente a su futuro más aciago, pero a pesar de todo eso no podía apartarse de él, sino que se sentía atraída por una especie de hechizo desconocido.

Aprovechando su desconcierto, Irvin se acercó más a ella y, para su sorpresa, la besó. Lo hizo con tanta lentitud que Iona pensó que iba a quemarse por dentro, pues todo su cuerpo ardía en ese momento, como el fuego que había frente a ellos. Ni siquiera pensó en que los compañeros de Irvin estaban allí, tal vez mirándolos, sino que se limitó a disfrutar de la suavidad de los labios del guerrero. Su corazón comenzó a latir con fuerza y los oídos le pitaban tanto que dejó de escuchar todo a su alrededor. Aquella era la primera vez que la besaban con esa ternura, como si temieran hacerle daño y a pesar de que no entendía el porqué, lo disfrutó sobremanera. Aunque duró demasiado poco.

Segundos después, Irvin retiró sus labios de los de la joven y le dio un beso en la mejilla, sin apartarse de ella, y dejó un reguero de besos a lo largo de su rostro hasta que llegó a su oído, donde la joven sintió su cálido aliento que provocó que lanzara un suspiro:

—No cambies la expresión de tu rostro ante lo que voy a decirte —le dijo seriamente haciendo que diera un pequeño respingo—. Hay alguien cerca de aquí, por eso los caballos están nerviosos. Ahora gime, por favor.

—¿Qué? —preguntó la joven sin aliento y temblando de miedo.

—Crean que estoy besándote, gime.

El aliento del joven le provocó un cosquilleo en el cuello y era tal el calor y el deseo que Iona sentía en ese momento que, sin saber porqué le hacía caso, gimió.

A pesar de la circunstancia, Irvin sonrió contra su cuello y no pudo evitar aprovecharse y besarla con ternura, arrancándole otro gemido.

—Cuando entren en nuestro campo de visión, ve hacia las piedras que hay cerca de los caballos. Escóndete allí hasta que todo acabe. ¿De acuerdo?

Irvin se retiró levemente de ella para mirarla a los ojos a tan solo unos centímetros de sus labios. Envuelta en ese intenso calor, Iona asintió y, para sorpresa de ambos, el guerrero no pudo evitar volver a besarla, momento que los atacantes eligieron para entrar en el claro y dejarse ver.

—¡Ahora! —gritó Irvin, sobresaltándola.

Los gritos de los atacantes no tardaron en escucharse. Estos, Iona contó al menos seis, corrieron hacia ellos espada en mano y la joven no tardó en obedecer sin dudarle ni un solo segundo. Los Mackenzie se levantaron ya preparados y se lanzaron contra ellos con valentía a pesar de ser menores en número.

Iona se agachó junto a las piedras y desde allí vio cómo a cinco metros de ella se llevaba a cabo la lucha contra lo que parecían ser mercenarios. La joven llegó a la conclusión de que eran los que la seguían debido a los ropajes que portaban, pues no llevaban los colores típicos de algún clan y vestían parecidos al mercenario que la había atacado en el bosque esa misma mañana. Y en ese momento tembló.

Intentó guarecerse todo lo posible tras las rocas para evitar ser vista por los guerreros y en el momento en el que viera que estos vencían a los Mackenzie, correría entre los árboles para huir de ellos, pues no estaba dispuesta a que su padre venciera y la casara con Hamish. Durante un momento pensó que lo mejor era escapar en ese preciso instante, en el que los Mackenzie estaban envueltos en la pelea, sin embargo, no podía apartar la mirada de ese guerrero que acababa de besarla. Y aunque sabía que lo había hecho para despistar a los mercenarios, algo dentro de ella se había agitado con tanta intensidad que ahora solo podía pensar en él.

Cuando dos meses atrás Hamish la había violado, lo había hecho casi con rabia, mordiéndola y tratándola mal, pero minutos antes Irvin Mackenzie la había besado con suavidad a pesar de insinuar que era prostituta, y a pesar del incipiente miedo que sentía en su interior, se imaginó cómo sería que aquellas manos, que ahora portaban una enorme espada y luchaban con furia, recorrieran su cuerpo con esa misma lentitud y la tocaran en zonas que era indecente imaginar.

—¿Pero qué demonios te pasa, Iona? —se preguntó.

La joven gruñó en voz baja y se obligó a mirar la pelea, en la que claramente parecían vencer los Mackenzie. Iona intentó que sus ojos se dirigieran a todos los atacantes, pero al final su mirada volaba una y otra vez hacia el guerrero Mackenzie que la atormentaba en sus pensamientos, especialmente desde que lo había visto desnudo en el río.

Irvin parecía ser un experto y fiero guerrero cuyo rostro había cambiado por completo en el momento en el que cruzó su espada contra el mercenario. Lo había visto comportarse de una manera distendida y graciosa con sus amigos, mientras que en ese momento parecía ser el demonio personificado. Sujetaba con fuerza su espada y a pesar de la distancia y la poca luz que había en el claro pudo distinguir los músculos de sus brazos bajo la fina camisa que llevaba puesta. Parecía un animal salvaje atacando a sus oponentes. Estos se contraían una y otra vez a medida que su espada chocaba contra la de su adversario, y en el momento en el que el mercenario pudo hacerle un corte en el costado, Iona estuvo a punto de gritar. Desde allí pudo escuchar el gruñido de dolor del guerrero, pero no se amilanó, sino que arremetió con más fuerza, logrando hacer una brecha en la pierna del mercenario. Y en ese momento, sin saber por qué, en los labios de Iona se dibujó una sonrisa de satisfacción. Esos hombres iban a por ella y estaban dispuestos a hacer lo que fuera, por lo que si los Mackenzie los habían herido, le alegraba en parte. No obstante, algo extraño llamó su atención. Uno de los mercenarios había caído al suelo, herido por la espada de uno de los amigos de Irvin, que se había alejado de él para luchar contra otro. Sin embargo, ese mercenario se levantó lentamente del suelo con una sonrisa sádica en los labios y con los ojos puestos en la espalda de Irvin, que era ajeno a lo que se le avecinaba.

Al instante, el corazón de Iona saltó sin saber por qué, pero algo dentro de ella la impulsó a defender al guerrero. Por ello, gritó desde su posición, pero debido al ruido de las espadas, Irvin no pudo escucharla.

—Maldición... —gruñó para sí.

Al instante, sin pensar ni un solo momento en lo que iba a hacer, la joven se incorporó y corrió hacia el mercenario, pues estaba a escasos dos metros de Irvin y ya había comenzado a levantar la espada para clavársela en la espalda. Con un arrojito que no supo de dónde sacó, Iona se tiró contra la espalda del mercenario con todas sus fuerzas, como si de un león se tratara. La joven escuchó gruñir al hombre, que se desestabilizó cuando la sintió sobre él, dando varios pasos hacia atrás y alejándose de Irvin, que era lo que ella deseaba.

Sin embargo, no todo salió como ella esperaba, pues a partir de ahí no supo qué hacer.

Instintivamente, la joven le mordió una oreja, haciéndolo gritar y llamando la atención de Duncan sobre ellos, que estaba de frente a Iona.

—¡Irvin! —le vociferó el guerrero a su amigo.

El joven tan solo tuvo tiempo de echar una rápida mirada sobre ella antes de rugir con rabia y lanzarse con más ahínco sobre su oponente para acabar con él cuanto antes. Mientras tanto, Iona se dijo que debía entretener al mercenario para que no volviera a intentar lo mismo de antes. Por ello, llevó sus manos a los ojos del hombre, que gritó de auténtica rabia al tiempo que su espada caía al suelo, haciendo que de los labios de Iona intentara asomar una leve sonrisa. Momento que duró tan solo un segundo, pues al instante la pétrea mano del mercenario se aferró a la suya con fuerza y la apretó con tanto ímpetu que Iona lanzó un grito de dolor. A pesar del ruido a su alrededor estaba segura de haber escuchado crujir los pequeños huesos de su mano y toda ella de repente se aflojó.

Aprovechando esa ventaja, el mercenario tiró de su mano hacia adelante, provocando que el cuerpo de Iona se viera lanzado contra el suelo. En el momento en el que su espalda chocó contra el suelo, la joven dejó escapar otro grito de dolor al tiempo que sentía que faltaba aire en sus pulmones debido al golpe. Durante unos breves segundos, la vista se le nubló ligeramente y cuando vio que el rostro del mercenario se cernía sobre ella, sacudió la cabeza con fuerza para despejarla.

—Maldita perra Mackay —murmuró entre dientes el mercenario al tiempo que limpiaba la sangre que manaba de su oreja—. Ahora será tu sangre la que riegue esta tierra.

Con el pánico reflejado en sus ojos y sin poder apartarlos de su atacante, Iona comenzó a arrastrarse hacia atrás con una sola mano, pues la que le había oprimido aún le dolía.

—Pienso matarte por esto —vociferó—. Jamás volverás a tus malditas tierras.

Iona intentaba arrastrarse lo más deprisa posible, sin embargo, le resultaba difícil debido a la longitud de la falda, la cual se pisaba a cada momento. Lanzó una exclamación cuando vio que el mercenario sacaba una larga daga de entre sus botas y la levantaba contra ella. Su corazón se aceleró y apenas era consciente de lo que ocurría a su alrededor. Tan solo podía distinguir la figura del hombre frente a ella. Cuando blandió la daga, Iona cerró los ojos de forma inconsciente. Estaba segura de que aquel era su fin y, para su sorpresa, el rostro que pasó por su mente fue el del guerrero al que había intentado defender y por el que la iban a matar. Aquellos labios socarrones parecieron mirarla desde su cabeza y le sonrieron una última vez mientras la ronca voz del mercenario llegaba de nuevo a sus oídos.

—Nos vemos en el infierno, zorra Mackay.

La joven arrugó el rostro esperando sentir el momento en el que la daga atravesara su cuerpo, algo que no llegó a pesar del paso de los segundos. ¿Acaso había muerto ya y no se había dado cuenta? No podía ser... Aún podía escuchar el sonido de las espadas entrechocando entre sí, los gritos de los guerreros, bramidos, sangre salpicando a todos lados y aún así, el dolor no llegaba.

Iona se animó a abrir los ojos para descubrir que una espada atravesaba el abdomen del mercenario y que este tenía los ojos muy abiertos, conocedor de su pronta muerte. La daga cayó de sus manos al instante a tan solo unos centímetros del pie izquierdo de Iona, que se apartó como si la hubiera quemado.

Segundos después, las rodillas del hombre se doblaron y cayó al suelo, dejándole ver que tras él se encontraba Irvin con el rostro enfurecido. Al instante, sacó la espada de la espalda del mercenario y la limpió en su ropa cuando este cayó muerto a sus pies para después guardarla de nuevo en el cinto.

Inconscientemente, Iona miró hacia el resto de los Mackenzie y descubrió que uno de los mercenarios huía del campamento y se internaba entre los árboles mientras dos de sus compañeros morían a manos de Duncan y Archie. La joven se atrevió entonces a mirar a su salvador, que la observaba en silencio desde su altura con el rostro aún enfurecido y con los puños tan apretados que Iona pensó que iba a golpearla en cualquier momento.

Irvin respiraba con fuerza y desde el suelo Iona veía cómo su pecho subía y bajaba con rapidez y no pudo evitar dar un respingo cuando vio que le tendía una de sus manos. Aún con el temblor en el cuerpo, la joven la aceptó evitando su mirada acusadora y cuando por fin estuvo en pie, la voz del guerrero volvió a provocarle un sobresalto:

—¿Se puede saber por qué demonios no te has quedado en las rocas?

Iona lo miró por fin y abrió la boca varias veces sin dejar escapar ni un solo sonido de su garganta.

—¿Por qué te has metido en la pelea? ¡Si no hubiera llegado a tiempo, podrían haberte matado!

—Yo... —Iona no se atrevía a decirle la verdad.

Sin embargo, Duncan, el amigo de Irvin, se acercó a él y respondió por ella.

—Te ha salvado la vida, amigo —dio una palmada en su espalda cuando llegó junto a él—. La muchacha ha visto que uno de los mercenarios se acercaba a ti por la espalda. Y de no ser por ella, habrías muerto.

Iona se obligó a no abrir la boca desmesuradamente, sorprendida por el arranque de defensa del guerrero. Intentó desviar la mirada de Irvin, pero cuando el guerrero volvió a observarla, esta vez con la sorpresa dibujada en el rostro, no pudo apartarla.

—¿Es eso cierto?

Al cabo de unos segundos de indecisión, Iona asintió sin pronunciar ni una sola palabra, pues no sabía cómo iba a reaccionar el guerrero. Este dio unos pasos hacia ella para aproximarse, provocando que Iona diera otro respingo. Intentó alejarse de él, pero las manos del guerrero se posaron en sus brazos, impidiéndoselo.

—Mírame —le pidió con voz más calmada. Y cuando obedeció, le preguntó—: ¿Por qué lo has hecho?

—Bueno... No me parece justo que a alguien lo ataquen por la espalda —respondió con simpleza.

Aquellas palabras hicieron sonreír pícaramente al guerrero, que por fin logró dulcificar de nuevo su rostro y volver a ser el mismo de antes.

—Entonces solo me queda agradecerte el gesto, Iona Mackenzie —dijo con profundidad y mirándola a los ojos.

Y entonces volvió a temblar, pero no solo por el hecho de que había pronunciado su apellido con cierto sarcasmo, sino porque aquella sonrisa podría quitar el hipo a cualquiera. Y a pesar de que intentaba resistirse con todas sus fuerzas, sabía que estaba cayendo bajo su embrujo.

## Capítulo 5

Tras el ataque de los mercenarios y la posterior huida de uno de ellos, Irvin decidió dejar atrás el campamento y cabalgar durante la noche. Duncan y Archie resoplaron contrariados por aquella decisión mientras que Iona también estuvo a punto de protestar. Habían estado cabalgando durante todo el día y sentía sus músculos entumecidos, por lo que lo que más deseaba era tumbarse y descansar durante unas horas. No obstante, después de lo sucedido aún tenía el miedo en el cuerpo y no quería que el mercenario fugado buscara a otros compañeros y volvieran a atacarlos de nuevo. Y no solo eso. Sabía que durante el resto de la noche no podría pegar ojo debido a la preocupación que la carcomía por dentro.

Cuando Irvin la ayudó a montar delante de él y colocó una mano en su cintura, Iona tembló nuevamente. La idea de que el guerrero pudiera haber escuchado pronunciar al mercenario su verdadero apellido le provocaba náuseas, además de un miedo creciente a que pudiera acabar en manos de Hamish antes de que lograra escapar de los Mackenzie. Pero el guerrero no dio muestras en ningún momento de haberlo escuchado. Al contrario, con ella se comportaba de la misma forma que antes, aunque con una ligera diferencia: sus ojos parecían destilar un brillo pícaro cada vez que la miraban.

—¿A dónde vamos? —preguntó Archie con cierto tono enfadado al tiempo que se arrebujaba en su manta.

—Continuemos el mismo camino que teníamos pensado. Si no calculo mal, para mañana por la noche deberíamos haber llegado al poblado que tenemos que visitar. —Y le sonrió al tiempo que espoleó el caballo para ponerlo a la altura de su amigo—. Y no pongas esa cara de vinagre. Allí hay una taberna que estoy seguro de que te gustará.

El rostro de Archie mudó bajo la luz de la luna y pareció sonreír levemente.

—Supongo que eso hará que olvide mi enfado por no dejarnos descansar como merecemos esta noche.

Irvin lanzó una carcajada, logrando que Iona se pusiera lívida entre sus brazos cuando el pecho del guerrero chocó contra su espalda.

—Ya puedes ir afilando la espada, amigo... —se burló, sacando una carcajada a Duncan.

—Y tú también, Irvin —se burló—, a no ser que las tabernerías confundan a esta muchacha con tu esposa y no se te quieran acercar. Aunque mejor, más para nosotros.

Iona lanzó un bufido mientras negaba con la cabeza con cara de asco.

—¿Pasa algo?

La voz de Irvin en su oído hizo que diera tal respingo que estuvo a punto de caerse del caballo. De no ser porque el guerrero la aferró con fuerza, habría caído a los pies del animal. La joven dio gracias por la oscuridad de la noche, pues debido a ello no verían su rostro perlado de fuego por culpa de la mano que reposaba en su cintura, ya que cuando estuvo a punto de caer, esta rozó sin querer uno de sus pechos.

Cuando logró reponerse del susto, pudo escuchar la suave risa de Irvin a su espalda, y evitando girarse hacia él, respiró hondo antes de contestar.

—Muchacha, ¿quieres matarte?

—Me parece una falta de respeto que me llevéis a una taberna de ese estilo —le dijo sin

responder a su pregunta—. Soy una mujer decente y alguien como yo no debería pisar ese lugar. La risa de Duncan y Archie cerca de ellos la enfureció aún más.

—¿De qué demonios os reís? —les espetó.

Archie se giró hacia ella con la sonrisa aún dibujada en sus labios.

—Pues para ser una muchacha decente hablas como una tabernera.

Iona apretó tanto los músculos de su cuerpo ante aquel comentario que Irvin, con una sonrisa, intervino.

—¿Podemos mantener la calma? Aún nos queda mucho camino y no quiero disputas.

—Si me soltaras, tu vida dejaría de ser un infierno —respondió Iona.

Irvin chasqueó la lengua, divertido.

—Bueno, podría hacerlo, señorita Mackenzie —le dijo con retintín—, pero reconozco que echaría de menos ese rostro iracundo y antipático que te esfuerzas en mostrar.

Iona giró la cabeza cuanto pudo y lo miró a los ojos intentando no hacer caso de los sentimientos que le provocaba mirarlo desde tan cerca.

—¿Te estás burlando de mí?

Irvin la miró sonriendo de lado y clavó su profunda mirada en ella antes de bajar los ojos hacia sus labios de forma inconsciente. Iona vio cómo el guerrero se relamía al tiempo que la mano que reposaba en su cintura se tensaba, y ese simple gesto logró que sus defensas estuvieran a punto de ponerla en un aprieto.

—¿Qué miras? —le espetó intentando mantener un carácter frío y distante.

Al escuchar su voz, Irvin reaccionó y volvió a mirarla a los ojos. Sonrió de nuevo y le respondió:

—Tus labios —dijo con franqueza.

Iona frunció el ceño y ante su incapacidad para contestar a eso, se giró hacia adelante en silencio. Aquella respuesta la había dejado sin palabras, pues no pensaba que el guerrero iba a responder con tanta sinceridad. La joven sintió en su estómago que los nervios aumentaban y a pesar de su propio deseo de escapar del embrujo del guerrero, le estaba costando mucho conseguirlo. ¿Qué le estaba pasando? Se obligó a odiar a los hombres por haberla roto por dentro tras el ataque en su propia casa y, aunque sabía que no todos eran iguales, no deseaba volver a sufrir de nuevo por culpa de uno. Y sabía que si Irvin posaba su mirada en ella sería tan solo para pasarlo bien durante un rato.

Pero lo que le hacía sentir era tan fuerte...

—¿Te molesta que lo haga o tal vez te gusta? —le dijo al oído.

Iona cerró los ojos y respiró hondo para calmarse.

—Me molesta —respondió secamente, aunque con un ligero tartamudeo.

—Pues en el campamento no te apartaste cuando te besé —la pinchó.

Iona habría hecho lo que fuera para desaparecer en ese momento de allí y no tener que responder a aquello, pues si lo hacía, debía mentir. La verdad es que no había podido apartarse a pesar de que su mente lo deseaba una y otra vez, pero los ojos verdes del guerrero la habían atrapado por completo cuando se acercó a ella. El recuerdo de ese momento y el vivido en el río aún lo tenía muy presente y se sentía tan alterada cada vez que aparecían en su mente que le habría gustado gritar con fuerza para que Irvin la dejara en paz y no volviera a dirigirle la palabra hasta que llegaran al castillo Mackenzie. Y el simple hecho de que cada vez que escuchaba su voz varonil sentía calor en lo más profundo de su entrepierna no ayudaba en absoluto para encontrarse mejor.

—Descubriré quién eres... —le susurró el guerrero en el oído—. Soy el más insistente y perspicaz de mi familia.

—No hay nada que descubrir —le respondió Iona casi sin voz al sentir el aliento de nuevo en su cuello.

—Ya lo veremos...

El corazón de Iona se sobresaltó y se obligó a no responder y a mantenerse callada. Mientras estuviera con los Mackenzie debía demostrar que era una más del clan y que no escondía nada. Sin embargo, sabía que sería muy complicado conseguirlo, pues si el mercenario que había escapado de las espadas de aquellos guerreros volvía a la carga, tal vez descubriera ante los Mackenzie quién era ella en realidad, y entonces su vida sería un auténtico infierno, pues sabía que su padre y Hamish le harían pagar con creces el hecho de haber desaparecido para no casarse con él.

La joven intentó aparentar una calma que no tenía, pero lo peor de todo era el extraño sentimiento que crecía en su interior cuando pensaba en el momento en el que Irvin descubriera su verdadera identidad. Lo imaginaba enfadado y tal vez decepcionado por haberle mentado, pero inmediatamente se intentaba convencer de que al guerrero puede que no le importara su identidad y para él era tan solo un juego llevarla con ellos. ¿Por qué iba a preocuparse por ella más allá de los intereses del clan Mackenzie? Ella no era nadie y estaba segura de que él también pensaba lo mismo. Pero a pesar de ese pensamiento, ¿por qué no podía dejar de darle vueltas a ello? ¿Y si le contaba a Irvin quién era? ¿Tal vez la ayudaría? No. No podía contárselo, pues él jamás la ayudaría en algo así, ya que metería en problemas a su clan.

Se dijo mentalmente que debía seguir fingiendo ser una Mackenzie más y para cuando llegaran al castillo del laird, ya inventaría una historia.

Después de toda la noche en vela y todo el día cabalgando, Irvin era el primero en estar realmente cansado cuando la noche comenzó a caer de nuevo sobre sus cabezas. Pero no solo estaba extenuado por eso, sino porque durante todo el día se había obligado a mantener la distancia con Iona; ardua tarea teniendo en cuenta que cabalgaban en el mismo caballo.

La joven había intentado por todos los medios no tocarlo durante las horas de la noche, manteniéndose sorprendentemente despierta. Pero cuando el alba llegó, los ojos de la joven se cerraron y su cuerpo quedó laxo entre sus brazos. Irvin la apretó entonces con más fuerza para evitar que cayera, y por alguna extraña razón que no comprendía, tenía la necesidad de proteger su sueño aun a costa del suyo propio. Pero no solo fue su sueño lo que corrió peligro, sino su propia entereza, pues creía que aquella joven iba a lanzarlo a la locura. Pero ¿qué demonios les estaba pasando? Irvin frunció el ceño y miró disimuladamente a Iona cuando la cabeza de esta cayó sobre su hombro. En rostro de la joven quedó a un solo palmo del suyo y a esa corta distancia pudo admirarlo con tranquilidad, aprovechando que la joven no iba a lanzarlo a los leones por mirarla tan fijamente.

Por su mente pasó la idea de que era la mujer más hermosa y natural con la que se había cruzado. A pesar de que la habían llevado con ellos a la fuerza, no parecía mostrarse temerosa de ellos y estaba seguro de que la idea de escapar había pasado por su cabeza. Algo le decía que no era quien decía ser y que a pesar de aparentar ser una campesina más, realmente pertenecía a un estatus superior. Y el hecho de que los mercenarios la persiguieran, le hacía pensar que algo realmente grave había sucedido para que dejara atrás su vida y decidiera vivir sola en medio de un bosque.

—¿Quién eres? —dijo en apenas un murmullo.

Tras dirigir una mirada a sus amigos y comprobar que mantenían una conversación entre ellos, Irvin la miró y levantó una mano para acariciar suavemente el rostro de Iona. Le sorprendió comprobar que era tan aterciopelado y suave que algo dentro de él se agitó al pensar que bien podría disfrutar toda una vida acariciándolo. Y entonces retiró la mano de golpe. ¿Toda la vida? El guerrero frunció el ceño. ¿En qué estaba pensando? Él no era como sus hermanos. Jamás podría dedicar su vida exclusivamente a una mujer, sino que disfrutaba, al igual que sus amigos, de sus fiestas en la taberna para acabar en la cama con una de las mujeres que allí trabajaban. Esa era su vida y así debía seguir siendo.

Irvin carraspeó incómodo y tomó otra postura en el caballo, pero con el cuerpo de Iona contra él le resultó imposible, por lo que lanzó un bufido cuando su entrepierna comenzó a despertar pese a su propia negativa.

—Maldita sea, mujer... —susurró entre dientes.

—¿Ocurre algo, Irvin? —le preguntó Duncan al escucharlo.

—Nada, todo está bien —respondió, incómodo.

Y durante todo el día se había obligado a mantenerse frío y distante con ella. No podía permitirse experimentar lo que estaba comenzando a sentir por ella, aquello que lo había atravesado como si de una espada se tratara el primer momento en que la vio cuando estaba siendo atacada por el mercenario. Él era un alma libre, y así debía seguir siendo. Y a pesar de que sabía que Iona tenía algo que ver con los mercenarios, durante el paso de las horas se dijo que era un error haberla llevado consigo.

Por ello, al final del día necesitaba un descanso, alejarse de ella todo lo posible para no caer rendido a sus pies. Necesitaba olvidarla, quería olvidarla, y así debía ser esa misma noche, pues estaba dispuesto a dejarse llevar por sus amigos y disfrutar de la compañía de alguna tabernera que pudiera hacerle sombra a Iona.

La joven apenas cruzó un par de palabras con los que ella consideraba que eran sus captores. Cuando se había despertado después de un sueño reparador en el que no pudo evitar caer, se dio cuenta de que estaba recostada en su pecho y cuando este la miró ceñudo, dio un respingo para incorporarse y mantenerse alejada de él. Su rostro se tornó rojo y dirigió su cabeza hacia el suelo con la intención de que los guerreros no vieran la vergüenza que sentía.

Iona sentía cómo quemaba la mano de Irvin en su cintura y el deseo porque el guerrero volviera a besarla como en el campamento apareció de nuevo, llegando al punto de querer pedirle que la cambiara de caballo, pero prefirió quedarse callada y distante.

Y así transcurrieron las horas hasta que llegaron al pueblo que buscaban y la taberna apareció frente a ellos en una de las esquinas principales.

—Ya pueden ser hermosas las mujeres aquí, amigo —bromeó Archie—. Si no, jamás te perdonaré que hayamos cabalgado dos días completos sin descanso.

Irvin sonrió y a pesar de que una parte de él se incomodaba al hablar así ante Iona, le respondió:

—La última vez que estuve aquí eran las más hermosas y complacientes que he visto jamás.

Iona apretó los dientes con fuerza y se obligó a mantenerse callada. Desvió la mirada para no ver ante ella el edificio que se alzaba. A pesar de que vio salir a un borracho por la puerta, a la joven le dio la sensación de que esa taberna estaba cerrada y a punto de caerse en cualquier momento. Las persianas de algunas ventanas estaban semicaiídas, la podredumbre y mugre hacía ya años que había comenzado a trepar por la pared y, sin duda, los cristales que aún no estaban rotos no los habían limpiado desde que William Wallace se enfrentó a los ingleses.

Iona pensó que ese lugar estaba mucho peor cuidado que la pequeña cabaña que había encontrado abandonada y donde vivía desde hacía semanas e intentó esconder la fuerte arcada que le sobrevino cuando otro borracho salió y el olor escapó de la taberna hasta penetrar por su nariz. No estaba dispuesta a demostrarle a Irvin lo que realmente sentía y pensaba sobre ese lugar. No quería mostrar debilidad, al contrario, su intención era dejar ver sumisión para después escapar en cuanto tuviera ocasión, aprovechando que los guerreros iban a estar disfrutando de la compañía de las taberneras.

—Espero que este lugar sea cómodo para la señorita Iona Mackenzie... —ironizó Irvin en voz baja para que solo lo escuchara la joven.

La aludida apretó los puños con fuerza. Sabía que el guerrero la estaba retando a decir algo, por lo que con decisión se bajó del caballo tras apartar su mano con un golpe y se dirigió hacia la puerta, donde ya los esperaba Duncan mientras Archie llevaba los caballos a las cuerdas.

—Según tú, salí de una taberna... así que en estos lugares me muevo como pez en el agua —lo retó la joven con el mentón elevado por el orgullo.

Con una amplia sonrisa en los labios, Irvin desmontó y se unió a ellos, siendo el primero en entrar a la taberna cuando Archie regresó junto a ellos. Iona sintió el leve empujón que le dio Duncan cuando se quedó parada en el umbral de la puerta. El aire viciado del interior le hizo arrugar la nariz y durante unos segundos, había temido encontrarse en ese lugar a los hombres de su padre o tal vez a alguien que la reconociera. Pero no era así. Al instante, su mirada recorrió todos y cada uno de los hombres allí metidos y los colores de sus kilts indicaban que eran Mackenzie, algo que en parte la hizo suspirar de alivio, aunque este le duró poco. Ella no estaba acostumbrada a ese tipo de lugares y comportamientos y cuando un borracho se chocó con ella y la confundió con una prostituta más, su rostro mudó al terror.

—Dame un beso, preciosa —babeó el hombre frente a ella.

Iona intentó apartarlo, pero su fuerza era mayor incluso estando ebrio hasta que las fuertes manos de Irvin aparecieron raudas y lo apartaron de un empujón.

—Ella viaja con nosotros, así será mejor que no vuelvas a molestarla si no quieres tener problemas con el laird.

Para sorpresa de Iona, la voz de Irvin había sonado dura, fiera y contrariada, poco o nada que ver con el Irvin que minutos antes había bromeado en la puerta. Cuando el borracho se alejó de él con las manos levantadas, Irvin la miró con tanta profundidad que Iona tuvo la sensación de que el color de sus ojos se había oscurecido de repente. La joven abrió la boca para agradecerle el gesto, pero el guerrero se le adelantó:

—No te separes de nosotros. No hemos venido aquí a buscar problemas.

Iona estuvo a punto de abrir la boca para protestar, pues tuvo la sensación de que la culpaba de lo sucedido con el borracho, sin embargo, la mano de Duncan la hizo avanzar de nuevo y prefirió callar.

Irvin se aproximó a una de las mesas más cercanas a las escaleras y más alejadas del resto del barullo de la taberna. En ese momento, varios borrachos salieron del lugar y parte del ruido se fue con ellos.

Cuando tomó asiento, Iona miró a través del mugroso cristal de la ventana y vio que ya casi había anochecido y, aunque intentó apartar ese sentimiento, sintió tristeza. Una parte de ella quería regresar a su cabaña, su refugio y mantenerse alejada de esa vida que no deseaba. Pero un fuerte hilo parecía acercarla más a Irvin y cuando el guerrero posaba la mirada sobre ella, Iona sentía como si una fuerza ancestral y sobrehumana tirara de ella. Pero Irvin no era para ella. Su

cuerpo estaba mancillado y ningún hombre de bien se atrevería a posar sus manos sobre ella para hacerla su esposa.

Con un carraspeo incómodo, Iona levantó la mirada cuando los guerreros se acomodaron junto a ella y, para su sorpresa, Irvin la estaba observando con fijeza, como si quisiera adivinar los pensamientos que la atormentaban. Y aunque intentó apartar sus ojos y bajarlos hasta sus manos, no pudo más que perderse en el verdor de sus ojos. Al cabo de varios minutos, el guerrero frunció el ceño y apartó la mirada justo cuando una tabernera ligera de ropa se acercó a ellos.

—Hola, guapos, ¿qué necesitáis?

Iona vio cómo el rostro de Irvin mudaba al verla y sonreía ampliamente, al igual que los otros dos guerreros. No obstante, no fue él quien respondió a la camarera, sino Archie, que miraba el escote de la joven sin disimulo alguno.

—Hola, preciosa. Necesitamos llenar nuestros estómagos con esa comida tan deliciosa que estoy seguro que prepararás, además de cuatro habitaciones donde poder pasar la noche.

La camarera se agachó frente a él, mostrando la curvatura de sus pechos y, acariciándole el rostro, le dijo:

—¿Y nada más? —ronroneó.

Irvin rio por lo bajo, haciendo que el enfado que sentía Iona fuera en aumento a pesar de no entender por qué mientras que Archie le acercó a él y la besó.

—A ti y a tus compañeras.

—Eso está hecho, guapo —le respondió antes de girarse y llamar a sus compañeras antes de perderse en la cocina.

—¡Oh, por favor! —no pudo evitar exclamar Iona—. Esas mujeres seguro que acaban de estar con esos borrachos de allí. ¿De verdad os gusta eso?

—¿Acaso te ofreces tú a calentar nuestra cama, muchacha? —replicó Irvin haciendo que se sonrojara y se dejara caer contra el respaldo de la silla al tiempo que negaba con la cabeza haciendo sonreír al guerrero.

Al cabo de unos instantes, tres mujeres con poca ropa se aproximaron a ellos y, sin pedir permiso, se sentaron sobre las piernas de los guerreros, obviando la presencia de Iona, que estuvo a punto de levantarse y correr hacia la puerta de no ser porque sentía miedo de cruzar ante un par de hombres que la miraban de reojo a cada momento como si ella fuera una tabernera más.

Incómoda, Iona apartó la mirada de esos hombres, pero fijarla frente a ella no era mejor. Los tres guerreros Mackenzie parecían haberla olvidado y estaban enfrascados en los besos de las mujeres que estaban sobre sus piernas. Intentando que se avergonzaran un poco, Iona resopló varias veces, sin éxito y cuando comenzó a bailar los dedos sobre la mesa, descubrió que Irvin giró la cabeza en su dirección durante unos segundos. Las miradas de ambos se cruzaron y a pesar de que la prostituta le giró la cara al guerrero enseguida, Iona tuvo la sensación de que no estaba tan cómodo como sus amigos.

En ese momento, Iona se preguntó si alguno de ellos se daría cuenta de que levantaba de la silla para huir hacia la puerta. Esta se encontraba a tan solo cinco metros de la mesa en la que estaban, pero no lo tenía nada fácil. La joven miró hacia la salida y deseó ser libre de nuevo, escapar de allí para retomar su vida en otro lugar, tal vez en las Tierras Bajas, donde nadie pudiera reconocerla. No obstante, cuando volvió a mirar hacia adelante, descubrió que Archie la observaba con el ceño fruncido.

—¿No me has oído, muchacha?

Iona enarcó una ceja, sorprendida por el tono brusco de su voz.

—¿Y qué quieres que oiga, el sonido de tu boca besando a esa mujer? —le espetó sorprendiendo a los tres guerreros.

Las taberneras se mostraron indignadas y se abrazaron con fuerza a los cuellos de los hombres mientras que Irvin intentaba ocultar una sonrisa en los labios al tiempo que la miraba fijamente a los ojos. Y para sorpresa de Iona, vio cierta admiración en su mirada.

—He dicho que vayas a la barra a por las bebidas mientras disfrutamos de la compañía de estas bellas mujeres —le dijo Archie lentamente con cierta advertencia en su tono.

Iona miró hacia donde le indicaba y vio que la camarera le hacía señales para que fueran a recogerlas, pero Iona se mantuvo quieta en el sitio.

—Yo no soy tabernera. Si quieres tu bebida, ve tú —se atrevió a responderle.

En ese momento, y a pesar de que la disputa le hacía gracia, Irvin se puso en alerta, pues vio la peligrosidad en el rostro de su amigo. Archie apartó ligeramente a la mujer y dio un manotazo en la mesa al tiempo que clavaba su mirada en Iona, que se mantuvo impassible.

—Si quieres comer hasta que regresemos al castillo, más te vale ir a por las bebidas —le dijo lentamente.

La joven levantó el mentón con orgullo y siguió quieta hasta que Irvin carraspeó para llamar su atención y le dijo con voz más suave:

—Archie tiene muy mal carácter, así que será mejor que vayas.

Iona apretó los puños con fuerza, pero la cautivadora mirada del guerrero la convenció y, finalmente, se levantó sin ganas de su asiento mientras los guerreros seguían disfrutando de la compañía de esas mujeres. Pero Irvin, aunque la tabernera intentaba llamar su atención, no apartó su mirada del cuerpo de Iona mientras obedecía a las exigencias de Archie. Sus ojos estaban clavados en la espalda de la joven mientras acercaba a ella las jarras y cuando uno de los hombres de la taberna se acercó a ella, Irvin se puso rígido, apartando a la mujer que había sobre sus rodillas para saltar sobre ese hombre en cualquier momento.

Iona era ajena a lo que pasaba a su alrededor hasta que sintió tras ella una presencia que le tapaba la luz.

—¿Has venido a comprobar que no os enveneno? —preguntó, enfadada, pensando que se trataba de Irvin.

—Por un cuerpo como el tuyo me dejaría envenenar, preciosa —le respondió una voz pastosa.

Dando un respingo, Iona se volvió hacia el recién llegado y al ver que era uno de los hombres que había visto sentados cerca de la puerta y que en varias ocasiones la habían mirado, el miedo apareció irremediabilmente en lo más profundo de su pecho. La joven tragó saliva e intentó mostrarse segura a pesar de que sus manos habían comenzado a temblar. La forma en la que el hombre la miraba la aterraba y le hizo recordar con mucha intensidad el momento de su violación, dejándola casi paralizada ante él.

—La verdad es que eres un pedacito muy apetitoso, muchacha. ¿Por cuánto te vendes?

Iona se obligó a reaccionar y, aun sintiendo ansias por vomitar, respiró hondo y le dijo:

—Yo estoy de paso, señor. No vendo nada, y menos mi cuerpo.

El hombre, que calculó que tendría unos cincuenta años, se relamió y sonrió al tiempo que acortaba la distancia con ella.

—Muchacha, tienes una lengua muy suelta —dijo arrastrando las palabras—. ¿No te gustaría usarla para lamerme la...?

—¿Y no preferirías ser tú quien lamiera la suela de mis botas? —lo cortó Irvin poniéndose

delante de la joven e interrumpiendo el contacto visual.

El joven cuadró los hombros y llevó una mano a la empuñadura de su espada al tiempo que lo miraba con auténtico odio. Irvin no había podido mantenerse quieto en su sitio cuando vio el rostro de Iona demudado en terror. Como si de una fuerza sobrenatural se tratara, había sentido unas ansias terribles por acercarse a ella y protegerla no solo de ese indeseable, sino de cualquier otro que hubiera en la taberna. Y en ese momento necesitó de toda su fuerza de voluntad para no sacar su espada y lanzarse contra él por haber provocado que Iona tuviera miedo.

—¿Qué pasa, Irvin, la prefieres para ti?

—¿Qué pasa, Garret, quieres problemas con mi hermano? —le devolvió la pregunta—. Porque esta joven es nuestra invitada, así que espero que la respetes.

El hombre miró durante unos segundos a Irvin en completo silencio para después inclinarse hacia un lado para observar a Iona, a quien sonrió de forma lasciva. La joven apenas le sostuvo la mirada, sino que la bajó hacia el suelo con la intención de no provocar un enfrentamiento entre ellos.

—¿Por qué no te marchas, Garret? —insistió Irvin.

El aludido rio suavemente y levantó las manos en señal de paz mientras daba un par de pasos hacia atrás para después volverse y regresar junto a su amigo a la mesa al lado de la puerta. Y solo entonces Iona pudo respirar largamente y tranquilizarse, aunque cuando Irvin se giró hacia ella, su corazón saltó al sentir sobre ella su intensa mirada y a pesar de obligarse a mantenerse firme, no pudo evitar empequeñecerse ante él.

—¿Estás bien?

Aquella pregunta sorprendió a ambos; a Irvin por mostrar su preocupación por ella, y a Iona por el hecho de descubrir que se preocupaba por su estado. En silencio asintió y dejó que fuera el guerrero quien cogiera las jarras que ella había intentado llevar a la mesa antes de que apareciera Garret.

—Gracias —le dijo antes de que Irvin se girara hacia la mesa.

El joven se paró en medio de la taberna y la miró con una amplia sonrisa en los labios. Dejó escapar una suave risa y le dijo:

—Vaya, ahora sí me has dado las gracias.

—Bueno, me has defendido, así que las mereces.

—¿Y cuando te defendí del mercenario lo que merecía era una patada en las pelotas? —bromeó—. Eres una mujer muy extraña.

A pesar de que aún le temblaban las manos, Iona no pudo evitar esbozar una pequeña sonrisa e Irvin levantó ambas cejas, sorprendido.

—¡Vaya! Y sabes sonreír también. Definitivamente, eres rara.

La sonrisa de Iona se hizo más amplia mientras el guerrero luchaba consigo mismo por resistir la imperiosa necesidad de atrapar aquella sonrisa con sus propios labios. A pesar de sus esfuerzos, terminó cayendo en el embrujo que la joven le acababa de lanzar con esa sonrisa. El rostro de Iona pareció iluminarse por completo, haciendo que pareciera una persona totalmente diferente a la gruñona que hasta entonces había conocido. Y tuvo la sensación de que ese mal carácter era solo una fachada tras la que se escondía una persona diferente.

En silencio, vio que la joven, incómoda, se dirigió hacia la mesa y fue entonces cuando el guerrero logró reaccionar para seguirla. Cuando dejó las jarras sobre la mesa tenía el ceño fruncido y una expresión pensativa en el rostro que su amigo Duncan capturó al instante.

—¿Todo bien, Irvin?

El aludido dio un respingo y salió de sus pensamientos. Unos pensamientos que lo estaban llevando por unos derroteros que no estaba seguro de si debía o quería seguir. Así que, carraspeando, lo miró y asintió:

—Claro que sí. El carácter de Garret no es el mejor.

—No me refería a eso... —respondió Duncan con la voz cargada de intención.

El pequeño de los hermanos Mackenzie lo miró en silencio y descubrió qué intentaba decirle. Sabía que Duncan era un hombre muy observador y lo conocía demasiado bien como para saber que dentro de él se libraba una batalla demoledora. El guerrero hizo un gesto casi imperceptible hacia Iona y esperó su respuesta. Finalmente, Irvin asintió y miró a Archie, que estaba tan entretenido con aquella mujer que apenas era consciente de lo que pasaba a su alrededor.

—Nos iremos a primera hora —informó.

Duncan asintió antes de volver a besar a la tabernera mientras que Archie gimió levemente en señal de aceptación.

Irvin miró de reojo a Iona, que tenía la mirada fija sobre la mesa y se veía realmente incómoda con el comportamiento de los dos guerreros. Le sorprendió ver que tenía las mejillas sonrojadas y le produjo tanta ternura que tuvo que contenerse para no levantar la mano y acariciar su rostro. ¿Qué le estaba pasando? No podía dejar de preguntarse una y otra vez esa cuestión. Le resultaba tan extraño ese sentimiento que no lograba ponerle un nombre. Aquella sensación nunca le había sucedido con ninguna otra mujer y deseaba estar en todo momento junto a ella, conociendo lo que ocurría a su alrededor y deseoso de saber qué pasaba por su cabeza. Admirarla, acariciarla, besarla...

Irvin respiró hondo y soltó el aire lentamente. No podía permitirse ese sentimiento. Cuando llegaran al castillo, la dejaría en manos de su hermano e intentaría desentenderse para olvidarla cuanto antes. Y esperaba que Alec solucionara el problema de esa chica en cuestión de días, pues no estaba seguro de cuánto podría aguantar.

—Vuestras habitaciones son las primeras que hay al subir al piso superior. —La voz de la camarera lo sacó de sus pensamientos—. La de la dama es la primera a la izquierda, que es la más amplia.

Iona levantó la cabeza al escucharla y asintió en silencio para después estar a punto de saltar de su asiento al ver cómo esta se sentaba con total naturalidad en las piernas de Irvin y lo besaba con efusividad. Iona tuvo la sensación de que el guerrero se sorprendió con ese gesto, pero disimuló al instante y se dejó besar. Iona apretó con fuerza los puños y estuvo a punto de tirar el contenido de las jarras al suelo para que la camarera se levantara a limpiarlo, pero logró contenerse y desvió la mirada. Sin saber muy bien por qué, sus ojos se llenaron de lágrimas y el corazón se le encogió hasta el límite de dolerle, por lo que se obligó a tragar saliva y tranquilizarse. La vida del guerrero no le importaba y necesitó repetírselo en varias ocasiones hasta creerlo, pues el hecho de que la hubiera salvado en dos ocasiones no quería decir nada. Él no era suyo, y ella jamás sería suya. Sin embargo, no podía aguantar ese derroche de amor frente a ella, por lo que se levantó y les dijo:

—Si no os importa, me gustaría descansar.

Irvin retiró la cara de la camarera y la miró con gesto sorprendido.

—No hemos cenado.

—Estoy más cansada que hambrienta. ¿Puedo retirarme o no?

Su tono de voz acusativo llamó la atención de Irvin, que simplemente asintió y la dejó marchar sin apartar la mirada de la espalda de Iona hasta que esta se perdió por las escaleras.

Sabía que podía dejarla sola, pues no había otra salida por la que la joven pudiera escapar de ellos y a pesar de que en ese sentido podía estar tranquilo, algo dentro de él estaba agitado, temeroso por la seguridad de Iona.

Los labios de la camarera volvieron a atacarlo, haciendo que se olvidara momentáneamente de sus preocupaciones y dejando el camino libre a aquel que había estado esperando durante un rato a que Iona estuviera por fin sola para él.

Una sonrisa se dibujó en el rostro del hombre que en ese momento cruzó ante Irvin mientras este se dejaba besar por la camarera y dueña del local. Había burlado su seguridad con tanta facilidad que no podía creerlo. Fijó su mirada en lo alto de las escaleras mientras emprendía la subida. Por fin aquella muchacha de rostro angelical sería suya...

## Capítulo 6

Iona llegó llorando al que era su dormitorio aquella noche. No entendía porqué de sus ojos no dejaban de salir lágrimas. Unas lágrimas que no deseaba y que sabía que tenían dueño: Irvin Mackenzie. Aquel guerrero se había ganado una parte de ella con los besos que le había robado y la forma en la que se había dirigido a ella. Pero esa misma noche le dejó claro que no habían sido unos besos especiales, sino unos más en su seguramente engrosada lista. Se sentía de nuevo usada y mal consigo misma por haberse dejado embaucar por la masculinidad de Irvin. Pero su cabeza parecía haberse quedado prendada de él, pues no podía arrancarlo de su mente. Esos ojos verdes parecían observarla aún a pesar de que el guerrero se había quedado abajo.

Con un suspiro cansado, Iona caminó lenta y pesadamente hacia la cama. Se dijo que debía descansar, pues lo único que le ocurría era que estaba extenuada después de cabalgar durante la noche y todo el día sin descanso. Tenía la sensación de que sus piernas estaban a punto de dejar de sostenerla y la cama que había frente a ella, por muy destartada que estuviera, la llamaba con insistencia. Estaba segura de que por ese motivo su cabeza solo pensaba en Irvin, no podía haber otro motivo que no fuera el cansancio.

La joven comenzó a desanudar los cordones de su viejo vestido y dejó caer al suelo el corpiño. Iona lanzó un suspiro de alivio cuando la prenda dejó de apretar sus pechos sobre la camisola e instantes después falda cayó sobre el corpiño, quedándose únicamente con la camisola puesta. Le habría gustado darse un baño como los que solía darse en su castillo, pero con el paso de las semanas había logrado dejar a un lado esas comodidades. No obstante, en ese instante tuvo la necesidad de estar limpia y fresca para el día siguiente cuando viera de nuevo a Irvin. Y una vez más se maldijo por pensar en él.

—Maldita sea... —murmuró mientras apartaba las sábanas de la cama.

Y cuando se quitó los zapatos para tumbarse y descansar, la puerta de la habitación se abrió de golpe, sobresaltándola. Iona se giró hacia la puerta con la intención de expulsar de su dormitorio a cualquiera que hubiera entrado en él sin su permiso, pero al ver en el umbral a Garret, el mismo hombre que había tratado de propasarse en el piso inferior, su cuerpo se quedó paralizado.

Con una sonrisa en los labios al ver su estupefacción, Garret entró en el dormitorio de Iona y cerró la puerta tras de sí, momento en el que con voz trémula la joven reaccionó:

—¿Cómo osas a entrar en el dormitorio de una dama?

Garret sonrió de lado y dio un paso hacia ella, provocando que su nerviosismo aumentara, especialmente cuando vio que desabrochaba su pantalón.

—Si viajas con Irvin Mackenzie, no creo que seas una dama, y tu vestimenta me lo confirma.

En ese instante, la joven se dio cuenta de que tan solo llevaba puesta la camisola y que probablemente transparentaba un poco. Iona se cruzó de brazos para intentar taparse algo más, provocando la risa del hombre, que dio otro paso más.

Estaba realmente aterrada. Desde que Hamish había abusado de ella en su propia casa no había vuelto a sentir tan profundamente ese sentimiento de desolación y peligro, haciendo que su cuerpo no reaccionara a lo que su mente deseaba.

—Abre la puerta y márchate.

—No lo creo, muchacha —respondió casi relamiéndose.

—Si no lo haces, gritaré —tartamudeó dando un paso hacia atrás y encontrándose con la cama.

Garret sonrió y se frotó las manos frente a ella, disfrutando de cada segundo de pánico en su rostro. Estaba realmente excitado. Ver a aquella hermosa mujer ante él después de tanto tiempo sin disfrutar de la compañía de una lo hacía temblar de deseo, y el hecho de que Irvin Mackenzie la hubiera defendido con tanta pasión había hecho que su deseo aumentara. Si aquel joven la quería para él, ¿qué tenía para que causara tanto interés en el hermano pequeño del laird? Se dijo que él mismo lo descubriría y había estado esperando largo rato hasta que la vio subir sola al dormitorio, por lo que aprovechó el momento de distracción del guerrero para ir tras ella.

Y en ese instante, en el que la figura frágil de la muchacha lo miraba con ojos asustados, cuyo color azul parecía más intenso había hecho que su lívido se desorbitara hasta hacerle perder la razón y pensar únicamente en ella.

Garret comenzó a caminar hacia Iona lentamente, disfrutando del momento en el que su presa caería en cuestión de segundos.

—¡He dicho que te vayas! —exclamó Iona levantando la voz en un arranque de valentía.

—Me iré después de haberte hecho mía —respondió antes de lanzarse contra ella.

Iona dio un respingo al verlo moverse con tanta rapidez. La joven intentó huir de él y correr hacia la puerta, pero le fue imposible. Garret aferró su brazo con fuerza y sin miramientos tiraba de ella hacia la cama. Iona intentó gritar, pero el hombre puso su mano sobre la boca de la joven, impidiendo que saliera sonido alguno, más que un gemido cuando la tiró sobre el catre y se sentó sobre ella.

—Pienso descubrir qué es lo que tienes que tanto llama la atención del maldito hermano del laird.

Iona comenzó a patear y logró desasirse de sus manos para girarse y darle un puñetazo. Garret gruñó y, tirando de la camisola de la joven, rasgó la tela con fuerza, dejando al descubierto uno de sus pechos. Iona apenas podía ver entre el mar de lágrimas en el que se habían convertido sus ojos, pero cuando Garret estaba a punto de lanzarse sobre ella para besarla, la fría y aterradora voz de Irvin caló muy hondo en sus oídos.

—Aparta tus malditas y sucias manos de ella.

Garret se quedó quieto y lívido sobre Iona, que temblaba incontrolablemente.

—¿Por qué no te vas y nos dejas, Irvin? —preguntó Garret con voz tensa.

La respuesta del guerrero no se hizo esperar. El sonido de su espada saliendo del cinto fue lo que Garret necesitaba escuchar para dejar de sujetar a Iona contra la cama y levantarse para alejarse de ella. Lentamente, se volvió hacia Irvin, que lo observaba iracundo, y mirándolo a los ojos se abrochó el pantalón.

Iona se incorporó e intentó taparse todo lo que pudo con su camisola rota mientras por sus mejillas rodaban las lágrimas que no paraban de caer de sus ojos. A través de aquella cortina de agua, la joven pudo distinguir la mirada de Irvin puesta sobre ella mientras recorría su anatomía en busca de alguna herida, y cuando sus ojos verdes repararon en sus lágrimas, levantó la espada y apuntó con ella a Garret, que levantó sus manos en señal de paz.

—Tampoco es para tanto, Irvin. ¿Acaso no es una fulana más con las que sueles ir?

Iona lo vio contenerse con cierta dificultad y dio un paso hacia el hombre.

—No vuelvas a hablar de ella en esos términos, Garret, o antes de que llegue el alba tu sangre regará nuestras tierras —dijo con voz tan fría que incluso Iona se encogió—. Te he dicho antes que te alejaras de ella y la respetaras porque es invitada de mi hermano, así que te voy a dar dos

opciones: o te vas de estas tierras ahora mismo o juro por Dios que haré lo que sea para que mi hermano ponga precio a tu cabeza.

Garret lanzó un bufido.

—¿Todo esto por una fulana?

Con una rabia desmedida y un rugido que habría helado el mismísimo infierno, Irvin se lanzó contra Garret, lo aferró con fuerza de la camisa y lo sacó del dormitorio a rastras mientras Iona se encogía de miedo contra la madera roída que sujetaba el dosel de la cama. Desde dentro, la joven pudo escuchar un gemido de dolor y el intento de Garret por respirar mientras de su boca salía un borbotón de sangre.

Irvin clavó la espada en el estómago del hombre. Nunca le había caído bien. A pesar de que se habían visto pocas veces, Garret era un hombre que le había causado muchos problemas a su hermano y dentro del clan. Y aunque siempre había intentado mantener las formas, el hecho de haber llamado fulana a Iona había colmado su paciencia. No pudo soportar el tono con el que Garret había hablado de la joven, y mucho menos aguantar el hecho de haber intentado violarla.

Le alegró ver que había llegado a tiempo de salvarla, pues jamás se lo habría perdonado a sí mismo. Se había dejado llevar por los besos de la camarera y las tremendas ansias que tenía por desfogar todo aquello que sentía por Iona, pero al no disfrutar de los besos de la tabernera, sintió cómo una suave brisa cruzaba por su lado cuando él había cerrado los ojos. Y cuando los abrió y vio que no había nadie, un terrible sentimiento cruzó por su pecho. Algo le dijo que Iona corría peligro y al subir y verla bajo las manos de Garret había tenido que frenar sus impulsos para no matarlo delante de ella. Sin embargo, su rostro aterrado le hizo sacar al hombre del dormitorio para acabar con él justo en el instante en el que sus amigos subían las escaleras.

—Pero qué... —dijo Archie sorprendido.

—Esta escoria ha entrado en el dormitorio de Iona para violarla —les explicó mientras sacaba la espada de su estómago y lo dejaba caer al suelo—. Apartadlo de mi vista.

Sus amigos asintieron antes de agacharse para levantar el pesado cuerpo de Garret y sacarlo de la taberna, no sin antes dirigir una mirada sorprendida a Irvin.

El guerrero necesitó de unos instantes para calmarse y recuperar el aliento antes de caminar lentamente hacia el interior del dormitorio de Iona, que seguía en el mismo lugar con el rostro aún anegado en lágrimas. La joven tenía el rostro pálido y la mirada perdida en algún lugar fuera de ese dormitorio. Por ello, para evitar que pensara en lo sucedido en el pasillo, Irvin cerró la puerta tras él, quedándose ellos dos dentro de la estancia. Pero el guerrero frunció el ceño al ver cómo Iona temblaba al saberse sola con él y no supo qué hacer, por lo que se aproximó lentamente a ella para evitar asustarla.

—No te acerques a mí —le advirtió la joven con evidente temblor en la voz.

Irvin envainó la espada y le mostró las manos vacías. Sabía que estaba realmente asustada y no quería que delante de ella hubiera un hombre armado que pudiera hacerle daño. Verla frente a él con esa indefensión que mostraba en ese momento le hirió el corazón y caló en lo más profundo de su ser, deseando únicamente poder abrazarla hasta que el miedo desapareciera de nuevo de sus bellos ojos azules y volviera a mostrar el atrevimiento que había conocido hasta entonces. Irvin no entendía el sentimiento creciente en su interior, pero en ese instante no quería entenderlo ni indagar sobre lo que pudiera ser, tan solo deseaba consolarla.

—No voy a hacerte daño, Iona —le dijo con voz suave dando un paso más hacia ella.

Al ver que no lo rehuía como antes y que levantaba la mirada hacia él, tuvo que contenerse para no acortar la poca distancia que los separaba y abrazarla, pues sabía que la asustaría. Vio

que los labios de la joven se abrían sin emitir sonido alguno e Irvin pensó que la fragilidad de Iona era aún mayor de lo que les había mostrado desde que la habían obligado a ir con ellos.

Tal vez junto a ellos se mostraba de otra manera porque había visto que no corría peligro en sus manos o tal vez en ese instante estaba en ese estado porque no era la primera vez que pasaba por algo así... Y el simple hecho de pensar que alguien la pudiera haber violado le hizo fruncir el ceño y tragar saliva con fuerza. No podía ser. No podía ni quería imaginar eso, pero...

—¿Alguna vez otro hombre te ha...? —No era capaz de acabar la frase.

Al ver que sollozaba y finalmente se derrumbaba frente a él, Irvin no pudo aguantar más esas ansias de protección y acudió presto a abrazarla. Iona se dejó mecer entre aquellos brazos fuertes y protectores entre los que jamás pensó que se sentiría tan bien. Al cabo de unos segundos asintió levemente, a lo que siguió una maldición por parte del guerrero al confirmar que la habían mancillado. Quería que se sintiera bien, hacerle ver que junto a él no debía temer ese tipo de daño, pues había sido educado en la protección de las personas y especialmente en el respeto hacia las mujeres, pero no sabía cómo demostrárselo. Deseaba que dejara de temblar entre sus brazos y que su mirada volviera a ser altanera y orgullosa, no con aquella tristeza que la hacía llorar.

Sin embargo, a pesar de no saber cómo hacer para que se sintiera mejor y olvidara lo sucedido, Irvin hizo lo único que se le ocurrió: acariciar su espalda suavemente y depositar besos en su cabeza hasta que finalmente poco a poco las sacudidas del cuerpo de Iona fueron menguando.

La joven no sabía cómo describir lo que Irvin le estaba provocando. Pese al miedo que había sentido junto a Garret y el terror al pensar que el guerrero pudiera aprovecharse también de ella, cuando los brazos de Irvin la envolvieron, lo que sintió fue todo lo contrario. La seguridad que transmitían y la protección habían hecho que se dejara llevar y se derrumbara en su fuerte pecho, que la acunaba como si de una niña se tratara. Lloraba por lo que Garret había intentado hacer, pero también por el terror que había experimentado en soledad dos meses atrás, donde no pudo encontrar el consuelo que ese desconocido le transmitía ahora. Su familia parecía haberle dado de lado y culpabilizado por lo sucedido con Hamish, pero ella había intentado hacerse dura con el paso de los días, sin éxito. A diario había podido sobrevivir de la mano de la suerte y los pocos conocimientos que tenía, pero desde que se había escapado no se fiaba de nadie, ni siquiera de las caras que parecían ser amigas y que habían intentado acercarse a ella. No obstante, con Irvin tenía sentimientos encontrados. Por una parte, estaba el hecho de haber sido llevada a la fuerza por él, pero por otra, lo deseaba cerca de ella, contarle lo ocurrido, abrirse a él en canal para que intentara entenderla. Pero el miedo al rechazo la frenaba.

Cuando por fin se calmó, Iona levantó la cabeza y le dijo con voz ahogada:

—Gracias.

A un solo palmo de su rostro, Irvin le dedicó una de esas sonrisas que eran capaces de hacerle olvidar lo sucedido, pero a pesar de ese gesto, los ojos verdes del guerrero mostraban seriedad.

—Me parece que a este paso te van a faltar horas para darme las gracias.

A pesar de todo, en los labios de la joven se dibujó una pequeña sonrisa y se apartó de él a regañadientes, pues debía mostrar sentido del decoro, aunque lo que más le apetecía era seguir entre sus brazos.

—¿Por qué huyes? —le preguntó al cabo de unos segundos de indecisión y silencio.

La sonrisa de Iona desapareció de golpe y se mostró incómoda ante su pregunta. No quería responder, pues si lo hacía debía ser con una mentira. No obstante, Irvin, al verla dudar,

continuó:

—¿Es por esa violación que sufriste? ¿Mataste a tu violador?

Iona abrió mucho los ojos y dio un paso atrás mientras negaba en silencio:

—Yo no huyo —tartamudeó.

Irvin soltó el aire lentamente y carraspeó. No quería agobiarla ni forzarla a que contara quién era en realidad, pero no podían seguir con la mentira.

—¿Y por qué has cambiado tu apellido?

El rostro de Iona palideció de repente al tiempo que la joven boqueaba varias veces. ¡Había escuchado al mercenario! Había tenido dudas, pero como el guerrero había callado pensó que tal vez el sonido de la lucha había hecho que no lo oyera.

—No sé a qué te refieres.

Irvin sonrió de lado y asintió lentamente.

—Me parece que sí lo sabes. Escuché que ese hombre te llamaba Mackay —le explicó—. No he querido presionarte porque supongo que tendrás tus razones para haber cambiado de apellido y huir de tu clan, pero me gustaría protegerte y si no sé a qué puedo atenerme, seguirás corriendo peligro.

Iona dudó aún más. Su corazón le pedía a gritos que confesara toda la verdad sobre lo que le había ocurrido y quién era en realidad, pero seguía teniendo miedo. No podía volver a su castillo y si los Mackenzie se enteraran de todo, sabía que el laird haría lo posible para obligarla a volver junto a su familia. Y pensar en la boda con Hamish le revolvía las entrañas.

La joven suspiró lentamente y le dio la espalda unos instantes, pues no podía seguir mirando aquellos ojos que imploraban la verdad.

—El mercenario tenía razón. Soy una Mackay —confesó volviéndose de nuevo a él—. Recorrí las tierras de mi clan en busca de algún lugar donde esconderme, pero el tiempo me trajo hasta aquí, al clan Mackenzie. Y sí, huyo de mi violador. Mi padre decidió casarme con él en lugar de vengarse y matarlo. ¿Cómo crees que podría ser mi vida junto al hombre que mancilló mi honor?

Iona, que durante su explicación había mirado al suelo, levantó los ojos y los posó en Irvin. Este la miraba con seriedad, como si ese carácter alegre hubiera desaparecido de golpe y quedara el hombre fiero y guerrero que había visto cuando este luchaba. La observaba atentamente, guardando cada una de sus palabras e intentando asimilarlas, pues la joven vio cómo apretaba los puños con fuerza, como si en ese momento quisiera matar a alguien. E Iona se preguntó el motivo de ese sentimiento feroz. Pensó que tal vez se debía a su mentira y que se había enfurecido con ella por haberles mentido. Sin embargo, cuando la fría voz del guerrero volvió a escucharse, descubrió que no estaba enfadado con ella:

—¿Quién es ese desgraciado, uno de los mercenarios?

Iona negó con la cabeza.

—No. Supongo que mi violador los ha contratado para que me busquen. Él mismo me dijo que era muy insistente.

—¿Y no te gustaría volver con tu familia? —le preguntó con interés.

Los ojos de Iona se abrieron desmesuradamente.

—Si regreso con ellos, me obligarán a casarme. Prefiero vivir sola en el bosque. Y desde luego no era mi intención poner en peligro a vuestro clan.

Irvin suspiró mientras se pasaba una mano por la frente. Lo que le exponía Iona era algo realmente grave, por un lado por la violación en sí; y por otro, por el hecho de que debido a su

presencia en el clan los mercenarios habían hecho estragos en las tierras Mackenzie y colindantes. Por ello, debían solucionar el problema sin ponerla en peligro. No obstante, lo que dijo la joven a continuación le heló la sangre.

—Si me dejas, me marcharé de vuestras tierras para siempre.

El guerrero levantó la mirada de golpe y la posó en Iona. ¿Soltarla? ¿Dejarla marchar? ¿Para siempre? El hecho de pensar en no volver a ver ese rostro angelical le hizo sentir vértigo, un sentimiento profundo y arrebatador que no sabía si sería capaz de controlarlo, pues tenía la sensación de que su corazón se rompería en el momento en el que no pudiera verla. Y esa sensación le produjo pánico por primera vez en su vida.

—Eso no es posible —dijo intentando aparentar calma—. Los Mackenzie solucionaremos el problema de los mercenarios.

—¡Pero mientras yo siga en vuestras tierras, seguirán enviando mercenarios! —insistió Iona intentando convencerlo.

A pesar de lo que estaba haciendo, Iona sentía que se rompía por dentro, pues si la dejaban marchar, no volvería a verla jamás, así que una parte de ella luchaba por su libertad mientras que otra deseaba seguir con él.

—No conoces a los Mackenzie, y me parece que esos mercenarios tampoco. Mis hermanos y yo no pararemos hasta echarlos de nuestras tierras. Y si hay que luchar, lucharemos.

Irvin se acercó a ella y la miró a los ojos con firmeza.

—Lograremos que esa gente se olvide de ti. Los Mackenzie te protegeremos —afirmó con voz grave—. Y mientras mis pies sigan en este mundo, te protegeré de cualquiera que quiera hacerte daño. No volverás a sufrir, Iona Mackay.

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas ante aquella afirmación. Esa era la primera vez en su vida que alguien le aseguraba de una forma tan enérgica que iba a protegerla, y no podía creerlo. Iona lo miraba desde la cercanía y vio que sus ojos no mentían, pues por su mente cruzó la idea de que tal vez se estaba burlando de ella. Pero no era así. Irvin la miraba con tanta seriedad que parecía ser una persona totalmente diferente a la que había conocido. Y por primera vez en su vida se sintió protegida y en buenas manos.

—Pero ¿qué dirá tu hermano? Es el laird y puede que no...

—Le expondré lo sucedido —la cortó—. Lo conozco y hará lo que sea por protegerte. Te aceptará sin dudar.

Iona tragó saliva con fuerza para tragarse las lágrimas. No quería estropear ese momento con ellas, pero el nerviosismo hizo estragos en su cuerpo y las manos comenzaron a temblarle. Necesitaba saber algo antes de continuar:

—¿Por qué lo haces? ¿Por qué deseas protegerme?

Aquella pregunta lo pilló por sorpresa y no pudo responder al instante. Esa misma pregunta se la hizo a sí mismo. ¿Por qué deseaba protegerla? ¿Cuál era el motivo que lo impulsaba a eso? ¿Tal vez era esa necesidad de protección hacia ella o era su imperioso e irremediable deseo de tenerla cerca? Fuera lo que fuera, no tenía una respuesta creíble, pues no podía decirle la verdad.

Irvin posó su mirada en aquellos ojos azules que lo observaban con tanta intensidad esperando una respuesta, y en ese momento sintió un deseo tan profundo por besar aquellos labios tentadores, que necesitó de toda su fuerza de voluntad para no hacerlo y evitar asustarla. Como pudo, debido a la dificultad que le suponía contenerse, Irvin se mantuvo impassible y le respondió:

—Porque no podría perdonarme que vivieras un infierno por mi culpa —dijo haciendo

referencia al posible matrimonio de la joven con su violador.

Iona le correspondió a sus palabras con una bonita sonrisa que pareció iluminar su rostro y, para sorpresa del guerrero, la joven acortó la distancia entre ellos y lo abrazó de nuevo con fuerza.

—Debo darte de nuevo las gracias.

Irvin cerró los ojos, incapaz de devolverle el abrazo, pues si lo hacía, sabía que estaría perdido, ya que no podría resistirse a robarle un beso. El guerrero tragó saliva y respiró hondo mientras las pequeñas manos de Iona desprendían calor en su espalda. Un calor que amenazaba con volverlo loco y que hicieron que mirara hacia otro lado, desprendiendo frialdad con todo su ser.

Iona, al ver que Irvin no correspondía, se sintió tonta y se separó de él al instante con las mejillas sonrosadas por su atrevimiento. Aquel gesto había sido espontáneo y salido de lo más profundo de su ser, pues al saber que no volvería con Hamish la felicidad la sacudió por primera vez en meses.

—Lo siento, no he debido de hacer eso —se disculpó intentando huir de su mirada.

Iona dio un paso atrás para alejarse y girarse con la única intención de que no viera su vergüenza, sin embargo, cuando ya casi se había alejado de él, la voz profunda y ronca de Irvin la obligó pararse en el sitio.

—Al infierno con todo —rugió antes de aferrarla con fuerza del brazo y atraerla hacia él para besarla.

A diferencia de las otras dos veces que la había besado, esa vez fue algo abrumador, profundo, erótico... Iona entreabrió los labios por la sorpresa e Irvin aprovechó ese momento para penetrarla con la lengua y devorar su boca con aquel beso abrasador. El pecho de ambos se agitó al sentir cómo un torrente de fuego los recorría de arriba abajo. Aquel sentimiento fue tan salvaje que Iona no pudo evitar un gemido mientras sus piernas comenzaban a derretirse por esa pasión. La joven se aferró con fuerza a la camisa de Irvin, que la recibió con agrado y posesión, como si no quisiera dejar que otro hombre la observara. La deseaba para él. La necesitaba junto a él.

Al instante, un anhelo profundo en lo más hondo de su ser comenzó a bajar hasta su entrepierna, que no tardó en reaccionar. Cuando la mano de Iona dejó de sujetar su camisola y la tela cayó hasta su ombligo, dejando al descubierto uno de sus pechos, Irvin se lanzó a cubrirlo con una de sus manos y al sentir la suavidad bajo su palma, gimió con fuerza. Y fue en ese momento cuando se dio cuenta de lo que estaba a punto de hacer, y no podía permitirlo.

Irvin se apartó con brusquedad de Iona, que respiraba con cierta dificultad y cuyas mejillas sonrosadas la hacían ser aún más apetecible para el guerrero. Este apartó la mirada, incómodo. No podía dejarse llevar por el deseo, pues acabaría aprovechándose de ella tal y como Garret había estado a punto de hacer. Sus ojos la miraron después desorbitados, incapaz de comprender aquella locura que se había apoderado de su razón. El joven se alejó unos pasos de ella, intentando mantener la distancia para no caer de nuevo en la tentación, pues Iona aún no había reparado en que la tela de su camisola seguía caída y no se había tapado. Cuando esta vio que los ojos de Irvin se dirigían hacia esa parte de su cuerpo, se cubrió con prisa, avergonzada por su comportamiento. Si su padre estuviera allí, sin duda le había dado una buena tunda. La joven también se alejó, respirando con fuerza y aún sorprendida por el beso apasionado de Irvin, que en ese momento se pasó una mano por el rostro para intentar apartar la imagen de la joven semidesnuda. ¿Qué demonios le estaba pasando para dejar a un lado su entereza y dejarse llevar por sus más bajos instintos?

—No he debido hacerlo —le devolvió Irvin las palabras intentando mostrar frialdad—. Salimos mañana a primera hora.

Y sin mirarla al rostro, el guerrero salió de la habitación, dejándola sola y con lágrimas en los ojos, preguntándose qué había hecho para que después de ese increíble y apasionado beso la dejara sola. Lo había disfrutado. Lo había deseado, y ahora que había ocurrido no era capaz de serenarse. Iona se abrazó a sí misma mientras se tumbaba en la cama, la cual sentía tan fría que no sabía si iba a poder dormir esa noche. En ese momento deseó tener de nuevo los brazos de Irvin a su alrededor, a pesar de que era algo incomprensible, pero era tanto el anhelo que lloró desconsoladamente por ella y porque sabía que su corazón se lanzaba a un precipicio del que no sabía si saldría viva.

## Capítulo 7

Aún quedaba un día y medio para llegar al castillo Mackenzie e Iona sentía que no iba a aguantar mucho más tiempo sobre el caballo si no paraban a descansar. El día anterior a primera hora habían salido de la taberna, tal y como Irvin había prometido y desde entonces había intentado evitarla a toda costa, empezando por obligar a Archie a montarla sobre su caballo. El guerrero había lanzado un bufido por hacer de “niñera”, como él había dicho, pero finalmente había aceptado e Iona cabalgaba con él en su caballo mientras Irvin encabezaba la marcha.

La joven había recibido muy mal esa orden, pues pensó que después de lo ocurrido en su dormitorio algo podía haber cambiado entre ellos y tal vez el guerrero mostraría algún tipo de sentimiento hacia ella, pero no había sido así. Irvin tan solo la había mirado un par de veces desde que habían salido y a pesar de haber pasado una noche en la intemperie, el guerrero no se había molestado en dirigirle la palabra. Se mostraba tan frío con ella que la tensión se había extendido al grupo entero y, a diferencia del primer día, los tres hombres estaban más callados de lo normal.

—Irvin, queda una hora para que la noche se nos eche encima. ¿Dormiremos hoy también al raso?

El aludido miró a Archie, que le había hablado en tono de queja, y negó con la cabeza.

—Mi prima Isobel vive cerca de aquí y estoy seguro de que nos acogerá esta noche en su casa —respondió más serio de lo normal.

Archie asintió, aunque cuando Irvin se giró hacia adelante, miró a Duncan para después negar al tiempo que ponía los ojos en blanco.

Iona dio las gracias al cielo por la parada de esa noche. Necesitaba dormir en un lugar caliente, donde no sintiera el frío de la noche como el día anterior. Y aunque tuviera que dormir en el suelo no le importaba. La joven miró la espalda de Irvin y se preguntó de nuevo qué podía haber hecho para que se comportara tan fríamente con ella. Iona se golpeó mentalmente por haberse dejado llevar tan rápido por el sentimiento que el guerrero despertaba en lo más profundo de su ser en lugar de pensar con la cabeza.

—¿Se puede saber qué le has hecho? —La voz de Archie en su oído la sobresaltó y la obligó a dejar a un lado sus propios pensamientos.

Iona giró la cabeza todo lo que pudo para mirar a la cara al guerrero, pues no entendía muy bien a lo que se refería.

—¿Qué quieres decir?

—Irvin no se ha comportado así jamás. Algo le habrás dicho o hecho para que esté tan molesto como su hermano Malcolm. Parece que de repente se ha vuelto como él.

Iona frunció el ceño y miró de reojo a Irvin, que cabalgaba ajeno a la conversación que giraba en torno a su persona y después volvió a mirar a Archie.

—Yo no le he hecho nada —sentenció—. Habréis sido vosotros.

Archie sonrió de lado y volvió a poner los ojos en blanco.

—¿Tú también estás molesta por algo? Si es por nuestro comportamiento con las mujeres de la taberna...

—Me importa muy poco en lo que gastéis vuestro dinero —lo cortó girándose de nuevo hacia

adelante.

Iona se incorporó intentando alejarse del pecho del guerrero, pero el caballo relinchó y la impulsó hacia atrás de nuevo, provocando la risa de Archie.

—Muchacha, conozco bien a mi amigo —le dijo de nuevo al oído—, y sé que ha pasado algo entre vosotros.

Iona lanzó un bufido y se giró con las mejillas rosadas.

—¿Por qué no me dejas en paz? —preguntó levantando la voz y llamando la atención de Irvin.

El joven redujo la marcha hasta ponerse a la altura de Archie, que carraspeó, incómodo. Había intentado sacar información para saber si había ganado la apuesta que había hecho con Duncan, pues había comprobado con creces que aquella muchacha no le era indiferente a Irvin y que estaba hecha para él. Pero ahora que su amigo lo miraba inquisitivamente para saber qué estaba pasando, no sabía cómo salir de ahí sin que Irvin se enfadara al conocer su apuesta.

—¿Qué ocurre? Tan solo nos quedan unos minutos para llegar a la casa de Isobel.

—Estábamos hablando, nada más.

—¿Es eso cierto? —le preguntó a Iona.

La joven, ya molesta por las preguntas de Archie, lo miró con gesto asombrado e irónico.

—¿Me preguntas a mí? ¡Vaya, qué honor! Pensaba que después de un día y medio sin dirigirme la palabra tendría que hablarte a través de alguien.

Archie y Duncan intentaron esconder la risa como pudieron, sofocándola con un ataque de tos, aunque en sus miradas podía leerse la diversión a leguas. No obstante, el rostro de Irvin era todo un poema, pasaba de la sorpresa a la confusión, y de ahí a la ira en cuestión de segundos. Iona lo vio apretar con fuerza las riendas y tragar saliva para serenarse, pero aquello fue suficiente para Archie, que desvió la mirada para que su amigo no viera que lo había descubierto.

Irvin no podía creer lo que había oído de los labios de Iona. Le habían molestado sus palabras, aunque únicamente porque tenía razón. Desde que la había besado en el dormitorio había tenido tantos sentimientos encontrados que lo único que se le ocurrió fue alejarse de ella para intentar ponerlos en orden, sin éxito. Cuanto más la veía, más fuertes eran, pero no lograba dilucidar de qué se trataba. Y por Dios que había tenido que contenerse en varias ocasiones para que Archie apartara sus manos de la cintura de Iona.

—Intentaba ayudar...

—¿Cuándo, ahora o cuando no me hablabas? —atacó de nuevo la joven.

—Oh, maldita sea... —refunfuñó Irvin antes de volver a adelantarse justo en el momento en el que la granja de su primera Isobel se dibujaba a unos cien metros de allí.

El guerrero se adelantó al grupo para avisar a su prima, pues sabía que estaba sola con los niños y tal vez se asustara al escuchar los cascos de los caballos. El marido de su prima murió hacía poco más de un año cuando unas misteriosas fiebres se lo llevaron, y desde entonces Isobel había tenido que lidiar con la casa, los niños y la granja.

—¡Isobel, soy Irvin! —vociferó el joven cuando se encontró a cinco metros de la puerta de entrada a la casa—. ¡Prima, soy Irvin!

Al cabo de unos segundos, la luz de un candil iluminó una de las habitaciones y al instante, la puerta de entrada se abrió justo en el momento en el que Iona llegaba junto a Irvin.

El rostro pálido y temeroso de la mujer, que rondaría la cuarentena, cambió de expresión al reconocer a su primo entre los recién llegados.

—¡Irvin! —exclamó Isobel, sorprendida—. ¿Cómo no me has avisado antes de tu visita? A

los niños les haría encantado verte, pero ya están acostados.

—Mejor así, prima. La última vez casi me quemaron vivo.

—Eso fue un accidente —le quitó hierro al asunto—. Ellos no sabían que la cera quemaba.

La mujer esperó a que el guerrero bajara del caballo para abrazarlo con fuerza con una sonrisa dibujada en los labios.

—¿Os quedáis a dormir? —le preguntó cuando se separó.

Irvin sonrió por primera vez en día y medio e Iona tuvo que hacer un esfuerzo para no quedarse embobada mirándolo.

—Si mi querida y preciosa prima nos invita, no vamos a negarnos...

Isobel lanzó una carcajada al tiempo que negaba con la cabeza.

—Eres un zalamero.

—Y tu primo más simpático y guapo —respondió con una suave risa.

Isobel intentó repizcarle el brazo, pero el guerrero se apartó a tiempo. Y fue entonces cuando la mujer reparó en Iona. Archie acababa de bajarse del caballo y ayudaba a desmontar a la joven, que hizo lo que pudo porque sus piernas sostuvieran su cuerpo y no cayera al suelo. Estaba realmente cansada y cuando vio la expresión de Isobel, se dio cuenta de que ese cansancio se reflejaba en su cara. Iona intentó mantenerse erguida cuando la mujer se acercó a ella con la sonrisa aún en sus labios y no pudo sino sorprenderse cuando abrió los brazos y la abrazó con fuerza.

—Bienvenida a mi hogar. Soy Isobel Mackenzie, la prima de este desvergonzado.

—Soy Iona Mac... —La joven dudó sobre si debía usar su verdadero apellido, pero finalmente decidió no seguir con la mentira—. Mackay.

—¿Eres la esposa de Archie?

El aludido abrió desmesuradamente los ojos al tiempo que Iona se sonrojaba y daba gracias por la poca luz del día que impedía ver su vergüenza. Archie, tras ver cómo la ira crecía en Irvin y parecía estar a punto de sacar su espada contra él, levantó las manos y dio un paso atrás mientras negaba con la cabeza.

—La llevamos al castillo —explicó—. Además, ya sabes que yo no soy hombre de una sola mujer.

Isobel sonrió más y se encogió de hombros.

—Lo siento, como cabalgabais juntos me he equivocado. Pero ¡entrad! Estarás cansada.

Iona sonrió levemente y asintió.

—La verdad es que no puedo más.

Isobel le señaló el camino para la entrada y después se volvió hacia los guerreros para advertirles:

—Los niños están dormidos, así que espero que sepáis comportaros y no gritéis.

—Tranquila, prima —respondió Irvin por ellos—. Saben que les cortarías las pelotas si lo hicieran.

—Sin dudar... —dijo ella.

Cuando Iona entró en la casa y el calor de la chimenea le dio en el rostro, no pudo evitar una sonrisa en los labios. Al instante, se dirigió al fuego y se puso frente a él para intentar calentar los dedos de los pies, pues apenas podía sentirlos debido al frío, y entonces el cansancio se le echó encima. Los músculos estaban a punto de producirle calambres cuando comenzaron a relajarse y estuvo a punto de lanzar un gemido de placer cuando el calor penetró por fin en su cuerpo.

A su espalda escuchó el sonido de los demás y se giró hacia ellos. Descubrió que la mirada de

Irvin estaba puesta en su espalda y la apartó rápidamente al ser sorprendido. Isobel les señaló dónde podían sentarse y se dirigió rápidamente hacia un puchero que había en la cocina.

—No ha sobrado mucha cena, pero será suficiente para poder calentar vuestros estómagos.

—No te preocupes por nosotros, prima. No quiero abusar de tu hospitalidad. Con un suelo caliente para dormir será suficiente.

—La verdad es que ese estofado huele muy bien —dijo Archie a media voz.

Irvin lo miró de reojo como si quiera matarlo y este se encogió de hombros.

—No me importa trabajar un poco más para vosotros, Irvin —dijo Isobel—. Ven, Iona siéntate aquí, voy a prepararos el estofado.

La silla que le señaló la mujer era la que había libre al lado de Irvin, y este se mostró ligeramente nervioso cuando la vio dirigirse hacia el asiento. Iona se sentó como si temiera pincharse con algo y carraspeó incómoda cuando hubo un silencio en la casa realmente abrumador.

Al cabo de unos minutos, Isobel llegó con los platos humeantes y los tendió uno a uno. Después se incorporó y miró a todos, sorprendida por la incomodidad y tensión que había en el ambiente y enarcó una de sus cejas.

—¿Estáis bien? —les preguntó sin poder contenerse.

Duncan y Archie se miraron entre ellos con una sonrisa pícara en los labios y asintieron mientras Irvin e Iona mantenían las miradas en sus platos sin saber qué responder. Finalmente, Archie hizo un gesto con la cabeza a Isobel para que los observara y la prima del guerrero descubrió poco a poco lo que estaba ocurriendo entre ellos.

—Bueno, cuando terminéis, podéis dormir en el suelo. Os traeré unas mantas. Siento no poder ofrecer una cama, pero no tengo más. E Iona puede dormir en nuestra habitación. No hay mucho espacio con los niños, pero será más cómodo que el suelo.

La aludida levantó la cabeza y negó.

—Te agradezco mucho el ofrecimiento, pero no quiero molestar a tus hijos. Puedo dormir en el suelo.

—No es molestia.

—Insisto. Con un par de mantas será suficiente —insistió Iona—. Además, es una necesidad poder descansar junto al fuego. Llevo muchos días durmiendo a la intemperie.

Isobel suspiró y aceptó con una sonrisa.

—Está bien. Voy a por las mantas.

La mujer los dejó solos y la tensión volvió a palpase en el ambiente hasta que la mujer volvió con las mantas y rompió el silencio al sentarse al lado de Duncan, que la miró con verdadero interés.

—¿Y qué os ha traído por aquí?

—Venimos de la frontera y regresamos al castillo —le explicó Irvin tras terminar de comer su plato—. Mi hermano recibió una misiva en la que otros clanes se quejaban de la presencia de mercenarios y nos envió para ver si había en nuestras tierras.

—¿Y habéis encontrado? —preguntó la mujer con curiosidad.

Irvin resopló y asintió.

—Unos cuantos. Hace tres noches nos atacaron y a Iona la encontramos cuando uno de ellos intentaba violarla.

Isobel lanzó una expresión de sorpresa.

—¿Estás bien?

Iona se sonrojó por su preocupación y asintió.

—Sí, Irvin me salvó.

—Bueno, la verdad es que mi primo es uno de los mejores guerreros del clan —lo alabó.

El aludido la miró con una ceja levantada y media sonrisa en los labios, pero sin responder. Al cabo de unos segundos, cuando todos hubieron dado buena cuenta de la cena, Iona se levantó junto a Isobel para recoger los platos y fregarlos mientras los guerreros preparaban las mantas en el suelo para dormir.

—Te noto enfadada con mi primo —le susurró Isobel.

Iona contuvo un respingo y la miró intentando aparentar calma.

—Es que no lo entiendo, Isobel —confesó al cabo de unos instantes de duda.

—¿Por qué? Irvin es muy transparente...

—Será con los demás. Conmigo es amable y al cabo de unos instantes parece que me odia. No sé, es muy raro.

Isobel sonrió y le restó importancia, aunque en su interior pareció entender lo que a su primo le estaba pasando. De soslayo lo miró y descubrió que las estaba observando y volvió a girarse para fregar los platos.

—No le hagas caso. Los hombres son raros.

Cuando terminaron, se volvieron hacia los guerreros y descubrieron que Duncan y Archie ya se habían envuelto en sus mantas y se disponían a dormir. Y en ese momento Iona volvió a sentir la debilidad que tenía cuando habían llegado a la casa. El cansancio estaba haciendo mella en la joven y sabía que en cuanto su cuerpo se tumbara sobre el suelo apenas tendría tiempo de arrojarse, pues caería en un sueño profundo del que al día siguiente le costaría despertar. La joven intentó contener un bostezo, sin éxito, y se sonrojó al ver que Isobel se había dado cuenta.

—Lo siento.

La mujer sonrió y se encogió de hombros.

—Necesitas descansar, muchacha. Túmbate donde quieras, aunque sigo ofreciéndote mi cama.

—Aquí está bien. Gracias —le dijo con una sonrisa.

Isobel asintió y se despidió de los demás para irse también a dormir. Poco a poco, la casa fue quedándose en completo silencio e Iona, intentando no mirar a Irvin, cuya mirada sentía sobre su espalda, colocó la manta en el suelo y se arrojó lanzando un suspiro de alivio. Necesitaba estirar su cuerpo tanto como respirar, y en cuestión de minutos logró relajarse. Cerró los ojos y se giró hacia el fuego intentando escapar de la mirada inquisidora de Irvin y antes de que pudiera darse cuenta, se quedó profundamente dormida.

Había sido consciente de cómo Iona poco a poco se relajaba y se quedaba dormida. Haber estado sentado a su lado después de todo un día lejos de ella había sido un alivio por una parte mientras que un completo infierno por otra. Su olor lo envolvía y el calor que desprendía su cuerpo seguía llamando su atención. De repente se sentía como su hermano Malcolm en incontables ocasiones, tan pronto su humor era bueno como quería matar a alguien. Pasaba de maravillarse a estar iracundo en cuestión de segundos y todo por aquella mujer que descansaba a tan solo dos metros de él. No podía dejar de mirarla. Aprovechó que la joven se había dormido ya para observarla con atención e intentar llegar a la conclusión de qué demonios era lo que tenía para llamar tanto su atención y despertar en él ese instinto de protección tan profundo. La había visto relajarse poco a poco hasta quedarse dormida y por Dios que le habría encantado tumbarse tras ella y abrazarla. Y al tener ese pensamiento, frunció el ceño. Eso era algo que nunca había

hecho. Cuando se acostaba con las mujeres de la taberna, se levantaba y se iba tras terminar. Jamás se había preguntado cómo sería acostarse a su lado tan solo para abrazarla. ¿Qué le estaba pasando?

Irvin respiró hondo y entrecerró los ojos al mirar a Iona. Tuvo que reconocer de nuevo que era preciosa. En ese momento, su pelo rubio descansaba sobre la manta y se preguntó si era tan suave como la piel de su rostro. Las dos veces que la había besado había podido sentir la suavidad bajo sus dedos y era algo en lo que jamás había reparado en una mujer. Desde la silla en la que estaba sentado dibujó con la mirada cada curva de su cuerpo y tuvo el urgente impulso de levantarse y aproximarse a ella para acariciarla. Su cuerpo comenzó a despertar ante el giro que estaban tomando sus pensamientos y su miembro reaccionó al instante.

La expresión de su rostro se endureció y apretó los puños con fuerza, culpando a Iona por todo lo que pasaba dentro de él. El guerrero lanzó un bufido, se levantó y salió de la casa. Sentía que allí dentro se asfixiaba si no tomaba a Iona entre sus brazos, por lo que sabía que el aire frío de la noche calmaría sus pensamientos y su cuerpo. Irvin se llevó una mano al rostro y frotó su sien. Estaba comenzando a dolerle la cabeza y sabía que debía mantenerse frío y en alerta como todo guerrero, pues sentía que esos últimos días su mente se había desviado de su intención y misión en esas tierras del clan.

—¿Qué te ocurre, primo?

La dulce voz de Isobel lo atrajo de nuevo a la realidad. Irvin frunció el ceño al girarse y verla salir de la casa mientras cerraba con suavidad para no despertar al resto. Su prima se acercó a él y lo tomó por el brazo para después dejar caer la cabeza sobre su hombro, como hacían cuando eran pequeños. Irvin depositó un beso en su cabeza y volvió a mirar hacia la oscuridad del bosque cercano a la granja.

—No me pasa nada, Isobel. No tengo sueño.

La mujer dejó escapar una suave risa y levantó la cabeza para mirarlo. A pesar de la oscuridad pudo dilucidar su rostro y vio la seriedad que había en él.

—Creía que Malcolm era el más serio de los tres. Y pensaba que eso no se contagiaba.

Irvin la miró con los ojos entrecerrados, sin comprenderla.

—Hay algo que te preocupa para que no sonrías como siempre y hayas dejado las burlas a un lado.

—No es nada. Son los mercenarios los que me preocupan.

Isobel volvió a reír y lo miró de soslayo.

—¿Y puedo preguntarte por qué no has dejado de mirar a Iona desde que se ha tumbado hasta que has salido despavorido de la casa?

—Porque ella es la culpable de que los mercenarios estén en nuestras tierras.

—Oh, venga, Irvin, no nací ayer. No me des ese tipo de excusas que, aunque puedan ser verdad, no responden a mi pregunta. Te conozco desde que eras un piojo; te he visto crecer y conozco tu carácter. Nadie te ha cambiado nunca, ni siquiera la más fiera batalla ha hecho que no sueltes una de tus burlas. ¿Y ahora esa tontería hace que estés callado?

Isobel lo miró esperando que dijera alguna palabra, algo que no llegó. Lo vio apretar la mandíbula y mirar hacia otro lado, gesto que hacía cuando era pequeño y no quería afrontar un castigo. La mujer se movió hasta ponerse frente a él y así evitar que apartara la mirada, se cruzó de brazos ante él y lo miró con firmeza.

—¿De verdad crees que no te he observado desde la puerta de mi habitación mientras la mirabas? Tus ojos no se han apartado ni un solo segundo de ella. ¿Qué sientes por Iona? Y no me

digas que nada.

Irvin resopló, enfadado, pero la encaró.

—No puedo responderte a esa pregunta, prima, porque ni yo mismo sé lo que siento. La conocí hace unos días y desde el momento en el que crucé mi mirada con ella sentí algo que no logro comprender. No sé lo que es, pero cuando estoy cerca de ella siento que mi corazón late más deprisa, quiero estar todo el rato a su lado y que ningún otro hombre la toque, ni mucho menos hacerle daño, pues siento una protección hacia ella que nunca me había pasado. La quiero proteger de todo y de todos, incluso de sus propios recuerdos para que siempre esté bien y sus ojos no vuelvan a mostrar la tristeza que he visto. La quiero tocar, la quiero abrazar y besar. Quiero que me sonría, pues ese simple gesto hace que mi vida de repente cobre sentido. No sé qué demonios me está pasando, Isobel —le dijo con desesperación—. Y reconozco que en parte me da miedo saber la respuesta, pues no sé si estoy preparado para conocerla. Yo siempre he estado solo y para lo único en lo que he pensado en mujeres es para desfogar, pero con Iona no me pasa eso. Bueno sí... y no... No sé, joder.

Isobel lo escuchó en silencio y con seriedad, pero a medida que las palabras salían a borbotones de sus labios y poco a poco iba comprendiendo lo que le estaba sucediendo a su primo, una pequeña sonrisa se fue dibujando en sus labios y cuando Irvin terminó su perorata, le dijo:

—Me parece que te pasa lo mismo que a tus hermanos.

Irvin hizo un gesto de extrañeza y la miró sin comprender:

—Que te estás enamorando.

El guerrero lanzó un bufido seguido de un gemido de queja:

—No puede ser, Isobel. Yo nunca me he enamorado.

—Entonces deja que esos mercenarios se la lleven.

La expresión que Irvin dibujó en su rostro fue tan reveladora que Isobel se echó a reír. Era una mezcla de miedo con horror que llamó la atención de la mujer, como si el amor fuera un sentimiento del más profundo averno.

—No puede ser... —gimió el guerrero al tiempo que se dejaba caer al suelo y escondía la cara entre las manos—. No me puedo enamorar.

—¿Por qué? —preguntó Isobel, divertida.

—Porque mis hermanos han jurado reírse de mí por siglos cuando lo hiciera.

La carcajada que dejó escapar Isobel retumbó en toda la granja.

## Capítulo 8

No sabía si ya era hora de levantarse cuando se despertó. Iona se sentía realmente cómoda, pues a pesar de que estaba durmiendo en el suelo, el lugar donde su cabeza reposaba era blando, además de proporcionarle el calor suficiente como para seguir completamente quieta y relajada. Hacía tanto tiempo que no se sentía así que incluso llegó a extrañarse y se preguntó si todo lo que había vivido hasta entonces había sido un sueño y estaba en la comodidad de su dormitorio en el castillo de su padre. Y el simple hecho de pensar en eso la obligó a desperezarse y abrir lentamente los ojos.

Lo primero que vio fue que el cielo ya comenzaba a despertar también y pequeños rayos de luz entraban por la ventana. Se dio cuenta de que estaba descansando de medio lado abrazada a algo que no sabía qué era. Con extrañeza, miró lo que había bajo ella, pues su pierna descansaba por completo sobre ese bulto desconocido, y su corazón comenzó a latir con fuerza. La joven levantó la cabeza y recorrió el cuerpo sobre el que estaba semitumbada y aquella ropa solo podía ser de una persona. Cerró los ojos un instante hasta que se atrevió a levantar la mirada hacia la cara del guerrero y cuando vio la diversión en sus ojos se separó de él de golpe.

—Vaya, estaba a punto de llamar a Duncan y Archie para que me ayudaran. Ya comenzaba a pensar que querías forzarme.

El intenso rubor que atenazó las mejillas de Iona en ese momento provocó que Irvin tuviera que contener una carcajada para no despertar a los demás. Después de hablar con su prima sobre lo que sentía por Iona, se había tumbado junto a ella para verla dormir hasta que él mismo había caído en un profundo sueño del que solo despertó hacía unos minutos cuando la joven se había girado hacia él para abrazarlo y acurrucarse contra su pecho. Le costaba reconocerlo, pero era algo que le había gustado tanto que habría deseado poder parar el tiempo para seguir disfrutando. Y ahora que la tenía despierta junto a él mirándolo con ese rostro avergonzado solo deseaba levantar una mano para acariciarla antes de lanzarse a besarla.

—¿Qué haces aquí?

—Bueno, mi prima también me dejó dormir en su casa. No sé si lo recuerdas —le respondió con una sonrisa al tiempo que se llevaba las manos tras la nuca.

Iona chasqueó la lengua.

—Me refiero a mi lado.

—Bueno, la verdad es que prefería que me abrazaras tú a que lo hiciera Archie.

El rostro de la joven se puso aún más rojo si cabe.

—Yo no te estaba abrazando —se defendió con incomodidad.

Irvin sonrió ampliamente al tiempo que enarcaba una ceja.

—Vaya, pensaba que sí era un abrazo, especialmente después de escuchar ese gemido de placer.

Iona frunció el ceño al tiempo que se incorporaba y se alejaba de él.

—Estás mintiendo.

El guerrero dejó escapar un suspiro.

—Puede ser... Pero nunca sabrás si es cierto o no, a no ser que me lo pidas de una forma un tanto especial...

—Jamás —sentenció ella.

Irvin sonrió y se incorporó también para mirarla de cerca.

—Ya veremos...

Iona abrió la boca para responder cuando la voz de Isobel los interrumpió.

—¿No es un poco temprano para discutir?

La mujer apareció por el pasillo seguida de sus dos hijos, cuyos rostros adormilados cambiaron de repente cuando vieron a Irvin y lo reconocieron.

—¡Irvin! —vociferaron lanzándose contra él para abrazarlo.

El guerrero lanzó una carcajada cuando estos lo tiraron al suelo, haciendo que con el estruendo se despertaran Archie y Duncan. Isobel fue hacia ellos y los obligó a levantarse con una sonrisa en los labios.

—Si os estuvieran atacando, Irvin ya estaría muerto, dormilones.

Iona miró la escena que había frente a ella intentando esconder una sonrisa sincera. La joven se puso en pie para alejarse de aquellos niños que estaban intentando atacar a Irvin con cosquillas mientras él reía a carcajadas y rodaba con ellos por el suelo. A Iona le sorprendió no solo el cariño que los hijos de Isobel tenían hacia él, sino el hecho de que Irvin jugara con ellos sin tener en cuenta que era uno de los guerreros del clan. Ella siempre había observado a los hombres de su padre y estos nunca habían mostrado sentimientos como ese hacia los niños. Es más, se comportaban como si hacia ellos no pudieras dirigirte, como si fueran especiales por ser guerreros. Pero eso no pasaba con Irvin. El joven mostraba unos sentimientos que eran totalmente sinceros y a pesar de que se dijo que debía alejarse de él y no sentir nada, Iona se envolvió en aquella ternura que le inspiraba esa escena. Pareció sentir como si su corazón se derritiera poco a poco y deseara tener sus propios hijos con alguien como él o incluso con él.

Cuando se dio cuenta de lo que estaba pensado, carraspeó incómoda y se sentó en una de las sillas del salón y esperó a que terminaran de jugar, algo que no tardó en suceder, pues Irvin comenzó a gritar:

—¡Me rindo! ¡No puedo más!

—¡Vamos a llevarte a nuestras mazmorras! —dijo uno de los hijos de Isobel intentando simular una voz grave.

Segundos después, Irvin se levantó del suelo con una amplia sonrisa en la boca y respirando con fuerza, e inconscientemente miró a Iona, que lo observaba embobada, algo que le encantó descubrir.

—Chicos, otro día vendré a veros más tiempo, pero ahora tenemos que irnos.

Los niños lanzaron quejas hasta que Isobel se levantó de la silla y los alejó de Irvin, que apenas podía moverse con ellos pegados al kilt.

—Irvin tiene que hacer cosas muy importantes para el clan —les explicó— y tienen que llegar pronto al castillo para hablar con Alec.

—¿La lleváis prisionera? —preguntó uno de los niños señalando a Iona.

La joven estuvo a punto de sonreír por la ocurrencia, pero la respuesta de Irvin la dejó sin palabras:

—Sí, es nuestra cautiva.

Los hijos de Isobel la miraron con los ojos muy abiertos y como no supo responder a ello, miró a Irvin, que le guiñó un ojo al tiempo que le sonreía. Iona tuvo que apartar la mirada al instante para no quedarse embobada de nuevo y perderse en sus ojos.

—¿Has matado a alguien? —preguntó uno de ellos.

—¿Has robado?

Isobel chasqueó la lengua, contrariada por la imaginación de sus hijos y finalmente los obligó a ir al dormitorio para cambiarse de ropa.

—Perdónalos... —se disculpó con ella.

Iona sonrió y se encogió de hombros.

—Son niños, es normal que dejen volar la imaginación.

—Bueno, desayunad algo antes de marcharos —les dijo mientras caminaba hacia una pequeña despensa y sacaba un pedazo de queso y pan—. Y no acepto un no por respuesta, primo.

Con la sonrisa aún en los labios, Irvin asintió y se sentó en la silla que había junto a Iona intentando controlar sus ansias por besarla, y deseó que las horas pasaran rápidamente para llegar cuanto antes al castillo y no tenerla tan cerca a cada momento, pues la locura estaba haciendo mella en su pensamiento.

Tiempo después, cuando al día tan solo le quedaban un par de horas para llegar a su fin, Irvin divisó en el horizonte el castillo Mackenzie. Tras abandonar la casa de su prima, el guerrero había decidido volver a cabalgar con Iona, pues no podía soportar la idea de que Archie o Duncan pusieran sus manos en la cintura de la joven. Y desde entonces supo que lo que le pasaba no tenía remedio, pues ya no se resistía a lo que Iona le hacía sentir. Habían pasado gran parte del día en completo silencio, cada cual metido en sus propios pensamientos, pero ambos sorprendidos por lo que estaba naciendo en lo más profundo de su ser.

Iona no podía dejar de pensar en lo bien que se había sentido durmiendo en el pecho de Irvin y el deseo por seguir haciéndolo la atormentaba a medida que pasaban las horas.

Irvin, por su parte, pensaba más de lo mismo. La cercanía con la que Iona le había hecho recibir el día hacía que su entrepierna despertara de golpe, pues poder sentir la suavidad de su cuerpo tan cerca era algo que no podía dejar de desear. Y cabalgando con ella tantas horas, con su mano en la cintura y el olor de su precioso cabello acentuaban el ardor que crecía en su interior. Y en el momento en el que el castillo apareció por fin frente a sus ojos le hizo tener sentimientos encontrados. No quería dejar de sentir a Iona junto a él, pero por otra parte su mente necesitaba alejarla. Y ahora que volvía junto a su familia, no podía dejarse llevar como hasta entonces por lo que sentía hacia ella. Le horrorizaba la idea de que sus hermanos o cuñadas se dieran cuenta de que Iona no le resultaba indiferente y sabía que tenía la risa asegurada, pero no solo de sus hermanos, sino de gran parte de los guerreros del clan. Y eso en parte lo enfadaba.

—Por fin en casa —susurró Archie cerca de él.

Irvin lo miró con una sonrisa divertida y le dijo:

—¿Vas a ir directamente a casa a descansar o a la taberna?

—Ya sabes de sobra que a la taberna. Hoy duermo ordeñado.

Iona lanzó un bufido de desagrado.

—No hace falta dar tantos detalles.

El aludido lanzó una carcajada.

—Es verdad. Se me olvidaba que ahora eres tú la que tiene que dar todo lujo de detalles a nuestro laird. Seguramente ya nos estará esperando.

Aquellas palabras pusieron en alerta a Iona. Sabía que ese momento llegaría, pero había intentado obviarlo a cada rato para no ponerse más nerviosa de lo que ya estaba. No sabía si el laird Mackenzie era parecido en carácter a Irvin o tal vez más huraño, ni sabía si la reconocería en algún momento y sabía que ella era hija de uno de los lairds del norte.

Iona le respondió con silencio y volvió la mirada hacia el castillo. Reconoció que era bonito y

algo más grande de lo que había imaginado. Una muralla larga lo rodeaba y a pesar de la distancia, logró distinguir las figuras de los guardias que moraban por la seguridad de la fortaleza. Cerca del castillo vio que había un pueblo y desde allí casi podía escucharse el ir y venir de personas. Iona tragó saliva con fuerza y se obligó a que sus manos no temblaran, pues estaban a punto de hacerlo.

Notó en su cintura la mano de Irvin y creyó que este la apretaba con fuerza, como si de repente quisiera darle ánimos para seguir, así que cuando el caballo inició la marcha de nuevo, respiró hondo e inconscientemente buscó el calor que le ofrecían los brazos de Irvin que, para su sorpresa, la recibieron de buen grado.

Al cabo de unos minutos demasiado cortos para ella, se encontraron frente al enorme portón que cerraba la muralla. Escuchó a Irvin saludar a uno de los hombres que estaban haciendo guardia y cuando este le respondió, el portón comenzó a abrirse, mostrándole poco a poco el patio de armas del castillo. El ajeteo en el interior era evidente y llamó la atención de Iona, que para mantener la mente ocupada observó a todos los sirvientes que en ese momento cruzaban el patio.

—Archie, ¿puedes hacerte cargo de los caballos?

El aludido lo miró sorprendido y torció el gesto al tiempo que se detenía.

—La verdad es que me gustaría más ir directamente a la taberna.

—Lo haré yo... —se ofreció Duncan con voz cansada—. Ve a ver a tu hembra antes de que rompa la cama con otro...

Irvin sonrió mientras descendía del caballo y tras ofrecerle las riendas a Duncan se acercó a Iona para ayudarla a bajar, sin embargo, estaba tan tensa que estuvo a punto de tirarlo al suelo cuando casi se tiró del animal.

—Vaya, Irvin, te has traído un trofeo... —dijo un guerrero acercándose a ellos.

Irvin respiró hondo e intentó calmar el deseo que sintió cuando Iona chocó contra su pecho.

—No te equivoques, Sloan. La he traído para que hable con mi hermano. ¿Sabes dónde está?

El guerrero asintió mientras observaba a Iona de arriba abajo con verdadero interés, algo que molestó a Irvin y le hizo carraspear para llamar su atención de nuevo.

—Me parece que está con Malcolm en su despacho.

Irvin asintió y aferró a Iona por el brazo para dirigirse al interior del castillo. La joven dejó de mirar a Sloan, pues se había sentido incómoda bajo su escrutinio y posó su mirada en cada rincón del castillo para intentar evitar pensar en la conversación que la esperaba en el despacho del laird.

—¡Tío Irvin! —vociferó una voz infantil desde las escaleras.

Tanto Iona como el guerrero miraron hacia el lugar de donde procedía la voz y vieron bajar a una mujer de pelo castaño vestida sorprendentemente como un hombre y de cuya mano llevaba a la niña que antes habían gritado. La pequeña se soltó de la mano de la mujer y bajó sola los pocos escalones que le quedaban para después correr hacia Irvin y lanzarse a sus brazos, que la recogieron gustosos y con una sonrisa en los labios.

—¿Te conozco de algo? —bromeó intentando aparentar seriedad.

La niña rio entre sus brazos cuando comenzó a hacerle cosquillas.

—Soy Bonnie.

—¿Bonnie? Creo que no te conozco.

Iona se fijó entonces en esa mujer que se acercó a ellos con una sonrisa y dedicándole una mirada de auténtica curiosidad.

—Bonnie, deja en paz al tío, que seguro que tiene cosas importantes que hacer.

La niña hizo un puchero cuando Irvin la dejó en el suelo junto a su madre e Iona dedujo que tal vez esa mujer era una de las cuñadas del guerrero.

—Aily, si me disculpas, tengo que hablar con mis hermanos.

—Tranquilo, tu sobrina lo entiende.

La niña volvió a hacer un puchero y Aily la tomó entre sus brazos para marcharse y volver a dejarlos solos, aunque no sin antes dirigirle una mirada cargada de intención en relación a Iona. Irvin puso los ojos en blanco y apretó los puños. ¿Acaso era un libro abierto o tanto lo conocían? Sabía que su cuñada se había dado cuenta de que Iona no era una invitada cualquiera; de hecho, no se la presentó a propósito, pues temía que al decir su nombre Aily se diera cuenta de algo, pero estaba seguro de que esa mirada que le había dedicado prometía muchas preguntas.

Tras un suspiro, miró a Iona, que lo observaba con atención y se sintió de nuevo poseído por una fuerza inexplicable hacia ella. Por ello, se obligó a caminar de nuevo y esta vez no la aferró del brazo, sino que le indicó con la mano el camino a seguir para llegar cuanto antes al despacho y explicar todo lo que debía contar.

Al cabo de unos minutos, Irvin se detuvo frente a una puerta e Iona sintió cómo las manos comenzaban a temblarle de nuevo. No deseaba contar toda la verdad, tan solo lo mismo que le había dicho a Irvin y rezó con todas sus fuerzas para que ninguno de los allí presentes la reconociera. Cuando sintió sobre ella la mirada de Irvin, levantó los ojos hacia él y lo vio sonreír por primera vez en mucho rato.

—No debes temer nada de mis hermanos, especialmente de Malcolm, aunque lo veas serio.

—Creo que después de decirme eso me da más miedo.

Irvin lanzó una carcajada y, sin responderle, llamó a la puerta. El guerrero no dejó de mirarla en todo momento y la joven sintió que volvía a caer bajo su embrujo hasta que una potente voz se escuchó desde el otro lado. Iona dio un respingo y la sonrisa de Irvin se hizo más grande, aunque la borró cuando abrió a puerta para dejar entrar primero a la joven.

Iona entró titubeando al despacho y se encontró con los dos rostros desconocidos para ella. Por un lado, tras la mesa y sentado en la silla del laird se encontraba un guerrero de aspecto parecido al que la había acompañado hasta allí. Nadie podría decir que Irvin y él no eran hermanos y dedujo que se trataba de Alec, el laird Mackenzie, y al contrario de lo que había pensado e imaginado, tenía rostro amable, aunque en ese momento su expresión era de sorpresa cuando sus ojos se posaron sobre ella.

Al instante, Iona apartó la mirada, arrepintiéndose al instante cuando la posó sobre el otro hombre que había en el despacho. De aspecto parecido a los otros dos hermanos, el que la miraba como si de repente quisiera saltar sobre ella y matarla era diferente a los demás. Su cabello era rojizo y sus ojos tan negros como la noche. Y entonces Iona sintió que volvía a temblar. ¿Por qué la miraba de esa manera tan aterradora? ¿Acaso iban a juzgarla por algo y ella no lo sabía?

Irvin tuvo que llamar su atención cuando cerró la puerta para que se acercara a la mesa del laird. Con paso dubitativo, la joven se aproximó e intentó aparentar una calma que no sentía. Su mirada se dirigía de unos a otros esperando encontrar respuesta a las incontables preguntas que se arremolinaban en su mente.

—Irvin —comenzó Alec con cierta sorpresa en la voz—, ya imaginaba que tendrías algo que contarnos cuando regresaras, pero esto... ¿Tenemos una invitada o...?

No sabía cómo seguir. Alec miraba a su hermano pequeño atentamente, intentando adivinar aquello que hubiera sucedido durante su misión, pero no quería sacar conclusiones erróneas, por

ello esperó a que él comenzara.

Irvin carraspeó, incómodo por las miradas inquisidoras de sus hermanos y, tras cuadrar los hombros, comenzó:

—Ya imagino que a mi regreso esperabais buenas noticias al creer que el problema de los mercenarios estaría resuelto.

—¿Y no lo está? —preguntó Malcolm con cierta ironía en la voz.

Irvin pasó la lengua por los labios de forma inconsciente, haciendo que Alec y Malcolm se miraran entre ellos con cierta diversión escondida en su mirada.

—Es más complicado de lo que pensábamos —siguió sin saber cómo contar la historia.

—¿Por qué no empezas presentándonos a la muchacha que has traído contigo? —sugirió Alec.

Irvin lo miró a los ojos y asintió, nervioso. El joven apretó los puños, enfadado consigo mismo por cómo estaba llevando lo que debería ser una simple conversación con sus hermanos. ¿Por qué tenía la sensación de que estaba frente a un batallón de ajusticiamiento?

—Ella es Iona Mac... —La miró antes de continuar y cuando ella le devolvió la mirada, acabó —: Mackay. Supongo que os preguntáis por qué ha venido con nosotros hasta aquí y la respuesta es que ella es el motivo por el que los mercenarios están en nuestras tierras y han estado en las colindantes.

—Pero ¿qué...? —susurró Malcolm incorporándose en el asiento y con el rostro aún más iracundo.

Alec, por su parte, miraba a Iona e Irvin alternativamente, provocando que la joven diera un paso atrás sin saber qué hacer.

—Explícate mejor, hermano —dijo Alec lentamente.

—Habíamos iniciado la búsqueda de los mercenarios por la frontera, pero no encontramos nada hasta que la suerte quiso que nos cruzáramos con Iona. La salvamos de uno de los mercenarios que intentaba forzarla.

—¿Qué hiciste con él? —preguntó Alec.

—Lo maté, pero antes de morir me confesó que es a ella a la que buscan. De hecho, una noche atacaron el campamento que habíamos levantado para dormir. Logramos matarlos...

—¿Entonces el problema está resuelto? —lo cortó Malcolm con impaciencia.

—Uno de ellos escapó, y no me extrañaría que haya ido a buscar a otros.

Malcolm lanzó un bufido y se levantó de la silla para acercarse a la ventana mientras se acariciaba las sienes al tiempo que Alec intentó mantener la calma.

—¿Y por qué te buscan, muchacha?

Iona dio un respingo al escuchar que se dirigían hacia ella. La joven miró a Irvin de reojo en busca de una ayuda, aunque este mantenía la mirada fija al frente en posición de respeto al laird. Al cabo de unos segundos, cuando las miradas de Alec y Malcolm estaban puestas sobre ella, comenzó a relatar su historia, aunque obviando lo mismo que no le había contado a Irvin, que era hija del laird Mackay.

—¿Entonces esos mercenarios los ha enviado ese familiar tuyo?

—Puede que sí. Hamish me dijo que era muy insistente, por eso me refugié en estas tierras, lejos de las mías.

—¿Y no te podías haber ido a otras en lugar de buscarnos un problema que no queríamos? —preguntó Malcolm de mala gana.

Irvin lo miró con el ceño fruncido, algo que sorprendió a Malcolm, que intentó suavizar su

rostro, sin éxito. Le había molestado que su hermano le hablara a Iona como si fuera ella uno de los mercenarios que habían causado estragos y culpable de lo que había sucedido en las tierras colindantes. Había estado a punto de pedirle que se callara, pero al ver que Alec observaba cada movimiento y expresión suya, decidió contenerse y bajó la mirada.

—Eso ya da igual —dijo Alec—. Ahora estás en nuestras tierras y es nuestro deber protegerte. Tal vez no es la mejor manera de pedir asilo entre los Mackenzie, pero no vamos a dejar que esos mercenarios te lleven donde no quieras. ¿O deseas regresar?

Irvin giró la cabeza hacia ella con demasiada rapidez, respondiendo a una pregunta que pululaba por la mente de Alec. Este intentó esconder la sonrisa y esperó a que Iona contestara.

—No, señor. No quiero causar problemas en vuestras tierras. Y si lo deseáis me marcharé hoy mismo, pero no quiero volver.

Alec negó con la cabeza al tiempo que bordeaba la mesa y se acercaba a ella.

—Los Mackenzie te protegeremos. Además, si os han seguido y saben que habéis llegado al castillo, no creo que se atrevan a venir aquí, pues acabarían muertos. Puede que con el tiempo se olviden y puedas elegir quedarte entre nosotros o bien volver de nuevo a tus tierras.

Irvin la miró de reojo, esperando una respuesta por su parte, pero cuando se dio cuenta de que Alec lo estaba observando, volvió a mirar al suelo.

—Prefiero quedarme en estas tierras si no es molestia —pidió la joven con cierta timidez.

Alec asintió y no le pasó desapercibida la media sonrisa que había dibujado su hermano al escuchar la respuesta de Iona.

—Ordenaré que preparen uno de los dormitorios de invitados. Seguramente, estarás cansada.

Iona lo miró con los ojos muy abiertos y comenzó a negar al instante. La idea de que la trataran como una invitada no le gustó, pues podría provocar que la noticia corriera entre las tierras Mackenzie y su padre descubriera que estaba allí, por lo que volvió a negar con ahínco y le dijo:

—Señor Mackenzie, no quiero molestar ni aprovecharme de vuestra hospitalidad. Si me quedo en el castillo es para trabajar.

Irvin la miró enarcando una ceja, sorprendido por el ofrecimiento. Iona lo miró y esbozó una pequeña sonrisa; incluso al mirar a Malcolm vio que también estaba asombrado.

—Pero... —comenzó Alec.

—Insisto —lo cortó Iona—. Puedo trabajar en lo que sea, así que me gustaría agradecer la hospitalidad de los Mackenzie trabajando para ellos.

Alec tomó aire mientras miraba a Irvin. Este le devolvió la mirada y asintió, al igual que Malcolm, que también estaba de acuerdo.

—No es nuestra forma de actuar, pero acepto —dijo Alec ligeramente dubitativo—. Le pediré a Fia que te encuentre algo en lo que poder trabajar.

Por primera vez, Iona sonrió ampliamente. La conversación había ido mejor de lo que esperaba y ninguno parecía sospechar que ella jamás había sido una sirvienta, y rezó para que nunca lo descubrieran.

—Gracias, señor Mackenzie.

Alec sonrió y se dirigió hacia la puerta. La abrió y asomó la cabeza para buscar a alguien que pudiera llevarla ante Fia. Se encontró con Gladis, que pasaba por allí con varias sábanas limpias en dirección al cuarto donde las guardaban.

—Gladis, ¿podrías llevar a Iona ante Fia para ver qué trabajo le puede encomendar?

Alec se apartó de la puerta para señalar a la joven, que se acercó a ella tímidamente. Allí se

separaba por fin de Irvin, que era algo que había deseado para calmar lo que sentía por él. Sin embargo, temía por ese futuro incierto que estaba por descubrir. ¿Y si le encomendaban alguna tarea que desconocía? Ella en el castillo de su padre jamás había hecho nada y lo poco que sabía hacer lo había perfeccionado cuando se escapó de su hogar.

Iona sintió que se empequeñecía bajo la mirada de Gladis, que asintió y le indicó el camino a seguir. Iona estuvo a punto de seguirla sin mirar atrás, pero aquello que parecía atarla a Irvin le hizo dirigirle una última mirada al guerrero. Este sonrió levemente y asintió, e Iona sintió la imperiosa necesidad de abrazarlo, como si ya no fuera a verlo más. No obstante, se contuvo, pues sobre ella estaba puesta la mirada inquisidora de Alec, que también miraba de soslayo a su hermano para ver su reacción. Y antes de que no pudiera dar un paso más sin correr a abrazarlo, Iona siguió a Gladis en silencio.

Cuando las vio desaparecer en una esquina del castillo, Alec dio un paso atrás y cerró la puerta tras de sí de nuevo, lentamente, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Tras esto, se giró hacia Irvin y caminó hasta él con la mirada puesta en sus ojos. El más joven de los tres se sintió de repente acorralado, tragó saliva y apretó la mano alrededor de la empuñadura de su espada solo para tranquilizarse. Sabía que al menos su hermano Alec se había dado cuenta de ciertas cosas. Era el mayor de los tres y el que mejor lo conocía, y sabía que si descubría que lo habían movido ciertos sentimientos hacia Iona estaba perdido.

## Capítulo 9

El silencio en el despacho resultaba casi abrumador e incómodo. Irvin miraba a su hermano Alec de frente, con los hombros cuadrados y la espalda totalmente recta. Intentaba mantener una actitud fría además de disimular para hacerle ver que todo estaba bajo control y que no había nada más que contar. Sin embargo, la mirada de su hermano le indicó que no era así, que necesitaba más respuestas, y al cerrar la puerta del despacho sabía que le tocaba a él dárselas.

Alec caminó hacia él lentamente e Irvin se sintió de repente como un niño pequeño al que habían descubierto haciendo alguna travesura, solo que en ese momento no podía dejar sacar su humor para despistarlos, algo que había podido hacer incluso en las situaciones más serias. ¿Qué demonios le pasaba para no ser capaz de decir cualquier tontería para escabullirse de allí y marcharse a descansar? Irvin se obligó a concentrarse y apartar el nerviosismo que claramente tenía.

Un carraspeo llamó su atención tras él y cuando se volvió hacia Malcolm descubrió que su hermano estaba a menos de un metro de él, casi pegado a su espalda. Al instante, se volvió hacia Alec y vio que este se había acercado aún más, dejándolo casi sin espacio para moverse entre un hermano y otro. Estaba atrapado, y así le hacían sentir, por ello intentó mostrarse tal y como era.

—¿Se puede saber por qué me miráis así? —les espetó con cierto rostro burlón—. ¿Aún no os habíais dado cuenta de que soy más guapo que vosotros?

—No intentes desviar nuestra atención, hermanito —respondió Malcolm al tiempo que se cruzaba de brazos y lo miraba inquisitivamente.

Irvin se giró hacia él y le dijo:

—No sé a qué te refieres.

—Estamos esperando que nos cuentes la verdad —intervino Alec.

Irvin lo miró con duda intentando disimular.

—Esa era la verdad. No hay más que contar.

—Bueno, nos habéis contado algo superficial.

—¿Superficial?

—No has entrado en detalles. Y no me refiero a cómo matasteis a los mercenarios, sino a qué hay detrás de que hayas traído a la muchacha al castillo a sabiendas de que pondrías al clan en peligro.

Irvin carraspeó, incómodo.

—¿Acaso no es el deber de un guerrero proteger a los débiles? —preguntó mirando a Malcolm con cierto aire gracioso.

Este último enarcó una ceja y lanzó una mirada cargada de intención a Alec, que puso una mano en el hombro de Irvin.

—Hermano, no quiero que pienses que te estoy reprendiendo por haber ayudado a la muchacha. Hiciste bien y aquí sin duda estará mejor que a merced de unos hombres que no responden ante nada ni nadie. Pero ¿qué hay detrás de todo? Nunca has actuado por tu cuenta, sin preguntarme antes primero, especialmente cuando comprometes a todo el clan.

Irvin miró a su hermano mayor. Deseaba poder responder sinceramente a su pregunta, tal y como se había abierto con su prima Isobel, pero después de tanto tiempo burlándose de Alec y

Malcolm cuando estos cayeron rendidos ante sus esposas no quería abrirse para ser él ahora el centro de atención. Siempre pensó que jamás sentiría algo por una mujer más allá del deseo de una noche, pero con Iona todo era diferente, y no quería que nadie lo supiera. Y eso lo hacía sufrir.

Alec estaba observando cómo su hermano se debatía consigo mismo sobre algo. Veía cómo sus ojos miraban de un lado a otro intentando esquivar su mirada, tal y como hacía desde pequeño, y eso en parte lo enterneció. Quería a su hermano pequeño con locura, pues sabía que Irvin escondía su corazón detrás de ese carácter abierto y gracioso para que no le hicieran daño, y ahora que lo veía frágil por primera vez en su vida quiso abrazarlo, pero se mantuvo en el sitio para que fuera él quien decidiera abrirse.

—La muchacha es muy hermosa, sin duda —lanzó como si nada.

Irvin mudó el rostro al instante.

—Me decidí a ayudarla sin tenerlo en cuenta.

—Pero reconoces que es hermosa... —insistió Malcolm.

Irvin lo miró con el ceño fruncido.

—¿Me estás intentando decir algo, hermano?

Por primera vez desde que había regresado, Malcolm sonrió de lado.

—Sí, que te conozco y sé que tu gran debilidad son las mujeres, Irvin. Y aunque haya estado en el despacho tan solo unos minutos, me he dado cuenta de cómo la has mirado —le dijo con gesto burlón—. Tal vez yo no me fijo tanto en los detalles como Alec, pero ha sido tan evidente que está más que claro el motivo por el que la has traído. ¿Te has acostado con ella?

—Pero ¿qué dices? —vociferó Irvin, enfadado, empujando a Malcolm—. ¿Por quién me tomas?

Alec puso una mano en el hombro de Irvin e intentó mediar entre ellos con voz calmada.

—Tranquilo, hermano. No estamos aquí para juzgar a ninguno de los dos. —Se puso frente a él y lo obligó a mirarlo—. Solo queremos saber si te ata algo a ella. ¿De verdad crees que no me he dado cuenta yo tampoco de cómo la mirabas? Jamás he visto que observaras así a una mujer.

En los ojos de Irvin se mostró desconcierto, duda y nerviosismo, pero Alec volvió a apretar su hombro con más fuerza. Durante unos segundos, el silencio fue lo único que podía escucharse entre las paredes del despacho. Irvin miraba a Malcolm y Alec alternativamente, sabedor de que podía contar con ellos para lo que fuera. Sin embargo, sus propias dudas lo obligaron a negar con la cabeza y dar un paso atrás.

—Son imaginaciones vuestras —dijo en voz baja, como si quisiera convencerse también a sí mismo.

—Venga ya, Irvin —soltó Malcolm—. ¿Por qué demonios no lo reconoces? No hay nada de malo en confesar que te sientes atraído por ella.

—A mí me pasó lo mismo con Isla... —lo secundó Alec para intentar darle ánimos.

Sin embargo, Irvin volvió a negar y se giró hacia la puerta con intención de marcharse.

—Estoy muy cansado. Si me disculpáis...

Y sin mirar atrás, el joven salió del despacho como alma que lleva al diablo, dejando atónitos a sus hermanos, que se miraron entre sí mientras Malcolm negaba con la cabeza y se sentaba en la misma silla de antes.

—Me parece que nuestro hermano pequeño quiere sentar la cabeza —dijo Alec con gesto cansado cuando se apoyó contra la mesa.

Malcolm sonrió de lado y asintió.

—Y ya sabes lo que eso significa... —le dijo con gesto burlón.

Alec sonrió y dejó escapar el aire con una pequeña risa.

—Que a Irvin le van a llover ahora las bromas. De hecho, juraría que es por lo que se ha quedado callado. ¿Tú qué opinas, Malcolm?

El aludido se incorporó en la silla y lo miró a los ojos con una sonrisa sincera y amplia.

—Que no pienso perderme ni una de esas bromas —sentenció entre risas.

Iona logró calmar sus nervios cuando conoció a Fia. La mujer se había abierto a ella y la había aceptado sin dudar. En pocos minutos le explicó el funcionamiento del castillo y lo que tenía que hacer. Le dejó claro que en ese momento todos los quehaceres estaban cubiertos por otros sirvientes, por lo que trabajaría en lo que alguno de ellos no pudiera llegar a tiempo. E Iona lo aceptó sin rechistar. Se había empapado de todo el conocimiento que la mujer le iba explicando al mismo tiempo que le enseñaba el castillo y se dijo a sí misma que era mucho más bonito que el de su padre. Este siempre le había parecido un laberinto, pero el castillo Mackenzie era más sencillo, aunque tuviera varios pasillos, y eso le encantó, pues para aprenderse todo era más fácil.

—Ahora no tengo ninguna tarea para encomendarte, además de que supongo que estarás bastante cansada del viaje. Así que empezarás mañana a primera hora —le dijo Fia con cariño casi maternal.

—Muchas gracias. La verdad es que no me sostienen las piernas.

Fia sonrió y le señaló uno de los pasillos.

—Este es el que lleva a los dormitorios. Todos están ocupados y no hay ninguna habitación libre para poder compartir, así que espero que no te importe dormir sola.

—Llevo dos meses viviendo sola en un lugar extraño —le explicó Iona—. Esto será más fácil. Fia sonrió y asintió.

—Tu dormitorio es el último a la derecha. Es el más pequeño, pero tiene lo suficiente.

—Será perfecto. Gracias.

—Mañana a primera hora en la cocina. No llegues tarde.

Iona negó con la cabeza al tiempo que una sonrisa apareció en sus labios. Cuando se dirigió hacia el dormitorio que le habían indicado soltó el aire con calma. Había salido todo mejor de lo que esperaba. Habría preferido seguir viviendo en su cabaña, pero sabía que allí estaría mucho mejor, pues podría encontrar la ayuda que le había faltado en la cabaña.

En ese momento se dio cuenta de que no había probado bocado desde el mediodía, pero no le importó, pues con los nervios que había tenido se le había quitado el hambre. Tan solo deseaba poder estirar el cuerpo en una cama y descansar. Pero no solo eso; quería que su cuerpo se calmara por fin y olvidara lo que Irvin le había hecho sentir desde el mismo instante en que lo vio aparecer entre los arbustos cuando salió a defenderla del mercenario que pretendía violarla. Durante todo el día cabalgando con él y sintiendo su mano en su cintura creyó que iba a volverse loca, pues el deseo de volver a ser besada por él se había incrementado con el paso de las horas. Ahora por fin podría dejar de verlo y calmar sus sentimientos, su mente y su cuerpo. Estaba segura de que no lo vería con tanta asiduidad, pues Alec seguramente le encomendaría cualquier otra misión. Y eso logró calmarla.

Cuando Iona abrió la puerta y vio el dormitorio dejó escapar un pequeño suspiro de decepción. Aquello era más pequeño de lo que había imaginado, pues tan solo estaba la cama y un pequeño arcón a los pies de esta, ya que no cabía nada más. Pero se dijo que siempre sería mejor que el dormitorio que Hamish podría ofrecerle, así que se adentró en él y sin quitarse la ropa, se dejó caer, pues estaba tan cansada que al cabo de unos minutos se sumió en un profundo

sueño del que no despertó en toda la noche.

Cuando Irvin salió del despacho de su hermano se sentía profundamente enfadado, aunque no sabía realmente por qué. No estaba seguro de si estaba enfadado consigo mismo por no enfrentarse a sus sentimientos o con sus hermanos por haber sido tan perspicaces y haber descubierto en él parte de sus sentimientos. Sabía que no estaba haciendo nada malo por querer proteger y cuidar de Iona, pero le habría gustado que nadie se diera cuenta. Y ahora tan solo le quedaba rezar para que el resto de guerreros no se enteraran.

Pero no solo se sentía enfadado por eso. El rostro de Iona cruzó por su mente una vez más y en parte la odió por haber provocado en él ciertos sentimientos desconocidos y que nunca habría querido sentir. La ira crecía en su interior al pensar en que si la hubiera dejado donde la encontraron, ahora no tendría el problema que no lo dejaba pensar con claridad. A pesar de la protección que sentía hacia ella, quería odiarla, olvidarla y sacarla de su mente de una vez por todas. Y sabía que eso solo lo conseguiría de una manera.

Con el ceño fruncido y paso firme, Irvin se dirigió hacia la salida del castillo con la intención de buscar a Archie. Sabía que este iría a la taberna para pasar la noche, así que se decidió a ir con él. Sabía que la mejor forma de olvidar a Iona era acostándose con otra, pues no se podía permitir enamorarse.

—¡Archie! —llamó a su amigo cuando lo vio a punto de salir por el portón—. ¿Ya te vas?

Su amigo le sonrió pícaramente y asintió.

—Estoy seguro de que ya me están esperando, y sería una grosería por mi parte hacerlas esperar.

Irvin sonrió y paró cerca de él.

—Dame un minuto para volver a ensillar el caballo. Me voy contigo.

En el rostro de Archie se dibujó una expresión de sorpresa.

—¿Lo dices en serio? Yo pensaba que... —Cuando se dio cuenta de lo que iba a decir, se quedó callado.

—¿Qué? —preguntó Irvin con reparo.

—Nada, pensaba que todas serían para mí —respondió desviando el tema.

Irvin lanzó una carcajada mientras se dirigía hacia el establo, y antes de entrar le vociferó.

—¡Voy a intentar quitarte a todas!

—¡Por encima de mi cadáver! —se negó Archie con tono burlón.

Al cabo de media hora, ambos estaban dejando los caballos en las pequeñas cuadras de la taberna. Habían cabalgado bajo la luna hasta llegar a un pueblo cercano, donde ya los conocían, y durante todo el camino no habían hecho más que bromear sobre las taberneras, aunque sin saber muy bien por qué, Irvin se sentía incómodo y nervioso por lo que iba a hacer esa noche.

—¿A qué viene esa cara, Irvin? —le preguntó Archie cuando caminaban hacia la puerta de entrada.

El guerrero reaccionó y al instante modificó su expresión por una sonrisa tan típica en él.

—Es el cansancio.

—Pues yo aunque estoy cansado pienso acostarme con varias, amigo.

Irvin lanzó una carcajada.

—Me apuesto lo que sea a que tras la primera no vas a tener fuerzas para seguir.

—¿Eso me lo dice el que parece que se va a desmayar en cualquier momento? ¿Tienes miedo de que te dejen sin fuerzas?

Irvin le dio un puñetazo suave en el brazo y entre risas entraron en la taberna. Descubrieron

que apenas había un par de clientes y cuando las mujeres los vieron entrar, recompusieron sus ropajes y se lanzaron hacia ellos sin dudar. Al segundo, Archie ya disfrutaba de los besos de una de las primeras mujeres que llegaron hasta ellos y antes de que Irvin se diera cuenta, su amigo se había dejado llevar por dos de ellas hacia un rincón oscuro de la taberna.

Sin tiempo para pensar, otra de las prostitutas se lanzó hacia Irvin y ronroneó en su oído.

—Hola, guapo. Hacía mucho tiempo que no venías por aquí.

Irvin sonrió y la acercó a él con la mano en su cintura.

—Y te he echado mucho de menos, Irina.

—Yo también. ¿Te gustaría ir directamente al cuarto?

Irvin sonrió con autosuficiencia y asintió al tiempo que su mano bajaba de la cintura al trasero de la joven. Entre risas, Irina lo empujó hacia el pasillo que llevaba a los dormitorios y una vez dentro, vio cómo Irvin cerraba la puerta con un sonoro portazo. Ávido de aquella joven, el guerrero no perdió tiempo y se lanzó hacia ella sin dudar. La besó con una mezcla de deseo y rabia, para olvidar. Necesitaba probar otros labios para olvidar los de Iona. Y estuvo a punto de lanzar un rugido de rabia cuando el rostro de la joven volvió a aparecer en su mente.

Irvin se separó de Irina y la miró a los ojos. Vio en ellos el deseo de la joven por ser poseída por él y cuando la juguetona mano de ella buscó su entrepierna, se dejó de llevar de una vez por todas.

—Hace tanto tiempo que no disfruto de alguien tan varonil como tú... —ronroneó la joven contra sus labios—. Hazme tuya.

Sin perder tiempo, Irvin volvió a besarla. Sus labios se movían ágiles y ávidos de más mientras sus manos no dejaban de acariciar el suave cuerpo de la joven, que gemía a cada caricia que le proporcionaba.

Irina se atrevió a desvestirlo poco a poco, disfrutando del pecho del guerrero, que se mostró ante él con toda su fuerza. Instantes después, la camisa de Irvin cayó al suelo, junto a su ropa. La joven se separó de él unos instantes para mostrar su cuerpo desnudo. Dio una vuelta sobre sí misma para que admirara lo que iba a entregarle minutos después e Irvin no se lo pensó dos veces. Dejó caer su kilt a sus pies y, también desnudo, se lanzó de nuevo hacia ella. Las manos del guerrero recorrieron su cuerpo desnudo con auténtico frenesí, como si estuviera degustando el mejor de los frutos. Lentamente, la empujó hacia la cama y cuando Irina cayó sobre el colchón, la cubrió con su cuerpo desnudo.

La joven lo recibió con un gemido mientras elevaba sus manos y las llevaba a las nalgas del guerrero. Deseaba sentirlo de nuevo dentro de ella, quería disfrutar y devolverle el mismo placer con creces.

Irvin abandonó su boca para dejar un reguero de besos hasta su cuello, el cual mordió levemente para arrancarle otro gemido de placer. Irina se arqueó contra su cuerpo, pidiendo más, pues el calor que le producían las manos del guerrero iba a volverla loca. La joven enterró los dedos en el cabello de Irvin cuando este siguió bajando para besar uno de sus pechos. Lo apretó entre sus dedos y recorrió con su lengua el pezón de la joven mientras levantaba los ojos hacia ella para observarla. Una sonrisa pícaro se dibujó en sus labios cuando la escuchó gemir con fuerza en el momento en el que posó su mano en la entrepierna de la joven. Descubrió que estaba más que dispuesta para recibirlo, por lo que la cubrió de nuevo con su cuerpo y la besó.

—Eres preciosa, Iona —gimió contra su boca.

—¿Iona? —La voz de la joven lo obligó a salir de la nube en la que estaba envuelto—. ¿Quién es Iona?

Con el ceño fruncido, Irvin se separó de ella. ¿Qué había dicho?

—He dicho Irina.

—No, has dicho Iona.

Irvin sintió al instante que se desvaneció todo el placer que estaba sintiendo y de repente, las ansias que sentía por poseerla, desaparecían. No podía creer que el nombre de la mujer que le quitaba el sueño se hubiera presentado en un momento así. Era como si Iona hubiera aparecido allí para recordarle que era a ella a quien quería poseer, y no a la tabernera que había frente a él.

Lentamente, como si no pudiera creer lo que pasaba, Irvin se incorporó y se alejó de Irina, que lo miraba con una mezcla de sorpresa, placer y molestia. La joven intentó acercarlo de nuevo, pero Irvin se alejó de ella y comenzó a vestirse de nuevo.

—Tengo que irme —le dijo con voz ronca.

La joven se levantó de la cama y se acercó a él por la espalda. Lo tocó levemente, pero este se apartó de ella como si de repente su contacto le quemara.

—No, por favor, quédate —le pidió ella—. ¿He hecho algo que te haya molestado?

Irvin negó cuando terminó de ponerse el kilt.

—Es solo que he recordado una cosa.

—¿Vendrás otro día? —le preguntó en tono de súplica.

Irvin frunció el ceño y la miró.

—Tal vez.

Irina sonrió y se quedó desnuda en medio de la habitación viendo cómo Irvin se debatía consigo mismo. Finalmente, al cabo de unos segundos se giró hacia la puerta y se marchó, pues no se sentía capaz de acostarse con ninguna otra mujer que no fuera Iona. Pero ¿qué clase de encantamiento le estaba haciendo aquella mujer para que no fuera capaz de mirar a otra y disfrutar de ella como antes? ¿Por qué se sentía tan mal consigo mismo por haber cabalgado hasta allí para acostarse con otra? Iona no era suya, no le pertenecía ni él era suyo, por lo que podía hacer lo que quisiera. Pero aún así no se veía capaz.

Con un movimiento de su mano se despidió de Archie, que lo miró sorprendido, pero no le dio tiempo a preguntar qué había pasado.

Irvin salió de la taberna como alma que lleva al diablo y cuando el aire frío de la noche le dio de lleno en el rostro, pudo respirar con tranquilidad. Sentía que el aire viciado de la taberna lo había envuelto y no podía respirar bien, hasta ese momento. Odiaba tener que cabalgar de noche, pues estaba realmente cansado, pero deseaba llegar cuanto antes al castillo y tumbarse en su cama para intentar dormir y olvidar lo sucedido esa noche, pues era la primera vez en su vida que todo su ardor se esfumó y no había sido capaz de acostarse con una mujer.

Se dijo, mientras tomaba las riendas de su caballo, que debía olvidar a Iona como fuera y si no podía hacerlo con otra mujer, intentaría alejarse de ella para siempre.

# Capítulo 10

Tras una noche que le pareció realmente corta, Iona se levantó antes del alba para llegar temprano al trabajo. Se puso un vestido que alguien le había dejado sobre la cama cuando ella estaba dormida, se lavó con el agua de la jofaina y se peinó el pelo en una trenza para que no le molestara mientras trabajaba. Quería hacer bien su trabajo y que los Mackenzie se sintieran bien con ella, pues no quería que la echaran del castillo.

Tras darse el visto bueno en el pequeño espejo que colgaba de la pared, Iona salió de la habitación rumbo a las cocinas. Esperaba no perderse, pues el día anterior había estado tan cansada que no estaba segura de haber escuchado bien todas las indicaciones. No obstante, al cabo de unos minutos logró encontrar su destino. Unos metros antes de llegar escuchó el bullicio que ya había en la cocina y se precipitó hacia ella, pues creía que llegaba tarde.

—Buenos días —saludó.

Fia se giró hacia ella y le dedicó una sonrisa.

—Buenos días, Iona. —Y girándose a las demás, les dijo—. Os presento a Iona Mackay, trabajará con nosotros en las tareas que no os dé tiempo hacer a vosotras, así que espero que la recibáis como merece.

La joven saludó a las mujeres allí presentes. Una de ellas era Gladis, la chica que la había acompañado hasta Fia y le dedicó una sonrisa nerviosa. Todas la recibieron con ímpetu, pues su presencia allí hacía que a ellas les quitaran parte de su trabajo, e Iona se sintió como una más del grupo al instante.

—Ayer se quedaron las sábanas de un par de dormitorios sin cambiar, así que ese será tu primer trabajo —le comunicó Fia llamando su atención—. Gladis puede ir al dormitorio del señor Malcolm a cambiarla mientras que tú irás al dormitorio del señor Irvin.

Iona abrió la boca, sorprendida. ¿Ir al dormitorio de Irvin? Su corazón comenzó a latir con fuerza. La verdad es que desde que se había levantado no había tenido tiempo de pensar en él y se preguntó qué estaría haciendo en ese momento. Tal vez estaría entrenando con los guerreros del clan, ya que los había visto de soslayo cuando pasó frente a la puerta de entrada al castillo, así que intentó calmar los nervios que la asolaron cuando pensó que tal vez podría encontrarlo dormido.

—Está bien.

—Gladis te dirá dónde están las sábanas y cuando termines, vuelve para ver qué más tenemos que preparar, pues tal vez nos harás falta para el desayuno.

Iona asintió y, junto a Gladis, salió de las cocinas rumbo al cuarto donde guardaban las sábanas limpias. Allí su compañera le dio un juego de sábanas blancas y se marchó antes que su compañera. Por el camino disfrutó del tacto y de la suavidad de las sábanas, ya que eso era una de las cosas que echaba de menos de su antigua vida en el castillo. Las sábanas que había encontrado en la cabaña eran tan gruesas y ásperas que a veces se había levantado con heridas en los tobillos. Y ese recuerdo hizo que una parte de ella se tambaleara.

Al sentir en sus ojos la picazón de las lágrimas, Iona parpadeó varias veces. No podía permitirse flaquear ahora que había logrado sobrevivir sin necesidad de tener el dinero de su padre con ella. La joven respiró hondo cuando llegó al piso superior y cuando se calmó se dirigió

hacia donde Fia le había indicado que era el dormitorio de Irvin. Con paso dubitativo, Iona caminó hacia la puerta mientras rezaba para que el guerrero estuviera entrenando con los demás Mackenzie. Sin embargo, cuando llamó a la puerta y esperó un segundo, desde el interior pudo escuchar la voz adormilada de Irvin.

Iona estuvo a punto de dar media vuelta y regresar por donde había venido, pero sabía que eso le crearía problemas con Fia, y no quería que la increparan el primer día de trabajo. Una parte de ella deseaba alejarse de él para no sufrir; pero otra muy diferente lo deseaba. Quería entrar en el dormitorio y besarlo hasta que se quedara sin aliento.

—¡Adelante! —volvió a repetir el guerrero desde el interior del dormitorio.

Iona respiró hondo y se preparó para verlo de nuevo, así que abrió la puerta y entró con la mirada fija en el suelo, tal y como Fia le había indicado, pues ella e Irvin ya no eran iguales, ahora ella pertenecía al servicio del castillo. Cerró la puerta tras ella y dio un paso hacia adelante.

—Vengo a cambiar las... —Sus palabras se quedaron atascadas en la garganta cuando sin querer levantó la mirada para verlo aunque solo fuera un segundo.

Y se arrepintió al instante. Las sábanas limpias cayeron al suelo, a sus pies, sin que tuviera fuerzas para volver a agacharse a cogerlas. Tal y como había sucedido en el río días atrás, frente a ella tenía a Irvin completamente desnudo. Dio gracias porque en ese momento estaba de espaldas a ella y no viera sus mejillas totalmente sonrojadas, no obstante, la suerte no estaba de su lado y ante el silencio que se había formado tras la apertura de la puerta, Irvin se giró hacia la recién llegada. En sus ojos no pudo evitar dibujar una expresión de sorpresa, pues no había reconocido su voz y de no ser porque sus increíbles ojos azules lo miraban fijamente, no la habría reconocido. Iona parecía otra mujer tras quitarse su vestido sucio y haberse lavado para quitarse el polvo y la suciedad del viaje. Y aunque se trataba de un vestido sencillo, su belleza no disminuía en ningún momento.

Después de toda una noche en la que había intentado olvidarse de ella, el maldito destino volvía a ponerla en su camino y en su dormitorio, y para colmo cuando él estaba completamente desnudo. Pero eso no era lo peor. Lo que no podía soportar era su mirada totalmente fija sobre su cuerpo, algo que en lugar de molestarlo, le causó un cosquilleo de satisfacción.

Iona sabía que Irvin se había dado cuenta de que lo estaba observando. De repente sintió cómo su rostro ardía igual que llamaradas de fuego. La joven se quedó paralizada en el sitio sin poder mover ni un solo músculo y sin poder apartar la mirada de ese magnífico cuerpo que tenía ante ella. Nunca había visto a un hombre desnudo, tan solo a Irvin, y dos veces desde que lo conocía, pero esa vez tenía la sensación de que el sentimiento era más profundo que la primera.

Sin lugar a dudas, Irvin Mackenzie era un hombre imponente. Iona no encontraba otra palabra en su vocabulario que pudiera describir cómo era. El joven guerrero tenía una anatomía que ella consideraba perfecta, con unos músculos tan trabajados y sobresalientes que estaba segura de que cualquier mujer habría dado uno de sus ojos tan solo por verlo durante unos segundos. Desde la distancia pudo ver ciertas cicatrices que en lugar de parecer desagradables, conseguían el efecto contrario: atraerla y hacer parecer a Irvin más salvaje de lo que ya era.

Su mirada curiosa se elevó y la llevó al rostro del guerrero para descubrir que la estaba mirando fijamente y en silencio para ver su reacción. Iona habría dado lo que fuera para poder acariciar su rostro, esa barba incipiente que parecía acabar de recortar, pues aún goteaba agua de su barbilla y de su pelo. La joven se quedó sin aliento de nuevo. Esa mañana el guerrero estaba extremadamente atractivo y, para su propia sorpresa, su cuerpo reaccionó ante aquella visión. Inconscientemente, su mirada bajó hacia la entrepierna de Irvin al tiempo que la suya propia

gritaba para ser acariciada por las manos del guerrero. De repente, sintió la boca seca y cuando se mordió el labio lentamente, escuchó una exclamación de Irvin que no le pasó desapercibida.

Al instante, Iona se obligó a reaccionar y apartó la mirada como si de repente la visión del guerrero le quemara los ojos. La llevó a sus pies, donde estaban las sábanas que se le habían caído y se agachó para cogerlas.

—Fia me ha pedido que cambie las sábanas de tu cama —le explicó casi sin voz—. No pretendía molestar.

Irvin no sabía exactamente qué hacer. Se sentía enfadado con el destino por poner a la joven una y otra vez en su camino, pues la veía como un bocado prohibido del que no podía ni debía disfrutar. Sin embargo, las ansias que sentía por ella aumentaban a medida que los ojos azules de Iona se posaban en él, especialmente en ese momento en el que la había visto recorrer su cuerpo sin ningún tipo de vergüenza. Reconoció para sí mismo que le había gustado el repaso que la joven le había hecho y tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no reaccionar frente a eso, pues lo que más le habría gustado era poseerla. Y el hecho de tener su cama a solo un par de metros no ayudaba demasiado.

—No es ninguna molestia —le respondió con la voz ronca por el deseo—. Yo ya me voy.

Iona asintió sin mirarlo a pesar de sentir sobre ella la mirada del guerrero y apretó con fuerza las sábanas contra ella.

Irvin, por su parte, terminó de vestirse, se colgó el cinto de la cadera y se dirigió a la salida del dormitorio, aunque lo que más deseaba era correr hacia ella y besarla. Cuando cerró la puerta tras él, lanzó un suspiro lentamente. Necesitaba calmarse antes de bajar junto a sus hermanos para que estos no le notaran nada y rezó para que no hubieran extendido al resto del clan lo que habían adivinado el día anterior. Si no, estaría perdido. El joven se golpeó mentalmente por haberse dejado llevar durante años por las bromas que se le habían ocurrido para meterse con aquellos que caían rendidos ante una mujer, pues sabía que ahora lo que le frenaba para hacer algo con Iona era eso, el temor a ser él ahora el centro de las burlas.

—Maldita sea... —refunfuñó mientras bajaba la escalinata.

Necesitaba sacarse de la mente la imagen de Iona paralizada mirando su cuerpo desnudo, pues no podría concentrarse en todo el día. Habría jurado que vio deseo en sus ojos e incluso su cuerpo pareció reaccionar ante él, pues juraría que vio cómo sus pezones luchaban por salir de entre la tela de su vestido. El guerrero apretó los puños con fuerza y se detuvo un instante a los pies de la escalera para recuperar el control. Por Dios que lo único que deseaba en ese momento era volver sobre sus pies, tumbar a Iona en su cama y hacerle el amor. Cuando la noche anterior no pudo acostarse con la prostituta de la taberna había sentido furia consigo mismo y hacia la joven, pero ahora al ver ese rostro angelical se le olvidaba cualquier sentimiento negativo.

Irvin se frotó las sienes al tiempo que se apoyaba en la baranda. Inspiró hondo y dejó escapar el aire lentamente, sintiéndose mejor al instante, pero una voz conocida logró sobresaltarlo al creer que había sido descubierto en algo.

—¿Estás bien, Irvin? —Su cuñada Isla bajaba en ese momento las escaleras y lo miraba con una mezcla de preocupación y burla.

—¡Buenos días, tío! —dijeron a la vez Andrew y Morgan, los hijos de su hermano Alec.

—¡Hola, pequeños! —los saludó con una sonrisa intentando disimular la expresión de su rostro antes de responder a su cuñada—. Sí, estoy bien. Ayer regresé tarde y no he dormido bien. Eso es todo.

Isla lo miró con una sonrisa y cuando llegó hasta él le puso una mano en el hombro para

después mirarlo con firmeza.

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que sea, ¿verdad? —Irvin asintió en silencio—. Y que puedes contarme cualquier cosa que te preocupe...

—Lo sé, Isla. Gracias.

La joven sonrió y bajó el último escalón al piso inferior para después mirarlo con una sonrisa sincera y amigable.

—Y supongo que ya sabes que yo no me burlaría de ti ni de tus sentimientos.

Dio en el clavo. Irvin la miró con gesto sorprendido y vio en sus ojos que su cuñada decía la verdad. Ignorando los tirones que sus sobrinos le daban en las manos para que Irvin jugara con ellos, sonrió levemente a Isla y asintió realmente agradecido.

—Significa mucho para mí que me digas eso, cuñada, pues creo que mis hermanos no piensan lo mismo.

Isla sonrió. Desde que conocía a Irvin jamás lo había visto tan desorientado como en ese momento. La noche anterior Alec le había contado lo poco que había descubierto de Irvin y la muchacha que habían traído de su misión, y sabía que le costaría mucho trabajo reconocer que sentía algo por ella, pues siempre había jurado que jamás iba a caer en la red del amor como sus hermanos. No obstante, la joven le había deseado siempre lo mejor y quería que él también encontrara a una mujer con la que poder pasar su vida y compartir los buenos y malos momentos. Por ello, necesitaba recalcarle a Irvin que ella estaría ahí para apoyarlo sin burlarse de él.

—Intenta comprenderlos. Les has hecho muchas bromas...

Irvin sonrió pícaramente y le guiñó un ojo antes de acercarse a ella y abrazarla. Para él, Isla era como la hermana que nunca había tenido y se apoyaba en ella cada vez que tenía un problema, por nimio que este fuera, así que solo podía agradecerle el gesto de comprensión para ese momento de locura o de lo que dios sabía qué demonios era, pues ni él mismo podía ponerle nombre a lo que le estaba sucediendo.

—Vamos a jugar, tío Irvin —interrumpió Andrew.

—Lo siento mucho, chicos, pero tengo que ver a vuestro padre y al tío Malcolm —le dijo despeinando el pelo al pequeño antes de acariciar el rostro bonachón de Morgan.

—Ayer el tío estaba de muy buen humor —dijo el niño con cierta sorpresa—. Incluso bromeó con nosotros y nos tiró comida mientras cenábamos.

Irvin levantó la mirada a Isla y al ver su rostro puso los ojos en blanco.

—Ya me puedo imaginar quién será el primero que va a empezar con las burlas... —refunfuñó—. Casi prefiero que siga igual de cascarrabias.

Isla lanzó una carcajada y le dio un apretón en el hombro.

—Bueno, reconoce que te cebaste con él cuando se casó con Aily.

—¿Y mis hermanos no tienen otra cosa que hacer que contar algo que no les importa?

Isla se encogió de hombros.

—Supongo que solo nos lo han contado a Aily y a mí —le dijo al tiempo que levantaba las manos con aire burlón—. Supongo...

—Ah, maldición... —rugió el guerrero antes de dirigirse hacia el salón donde sabía que estarían sus hermanos esperando el desayuno.

Al cabo de media hora, toda la familia al completo se encontraba en el salón donde desayunarían tan solo ellos. Alec había decidido que ese día los guerreros no estarían con ellos, pues prefería algo más familiar. Había hablado la noche anterior con Malcolm y le había pedido que lo ayudara con Irvin. Aunque no quería meterse en la vida de su hermano, sabía que dentro

de él estaba sufriendo por no querer reconocer lo que esa joven había causado en él cuando la conoció. A él le había pasado exactamente lo mismo con Isla y no quería que Irvin desaprovechara aquella oportunidad tan solo por miedo a lo que los guerreros pudieran decir de él.

Aún no le gustaba la decisión de Iona de formar parte del servicio, por eso le había pedido a Fia directamente que le encomendara las tareas más fáciles. Él habría querido que la joven estuviera con ellos desayunando como su invitada, y tal vez así el acercamiento entre ella y su hermano Irvin podía ser más fácil. Pero sabía que eso no podría lograrlo aún.

A pesar de que el ambiente en la mesa era como siempre, a Alec no le pasó desapercibida la expresión y el carácter de Irvin, que estaba más callado de lo normal y metido en sus propios pensamientos. Le dolía verlo así, pues durante unos momentos le recordó al carácter que había adquirido Malcolm cuando fue engañado por Agnes, y no quería que su hermano pequeño también lo pasara mal por amor, por ello miró de reojo a Malcolm para que este fuera sutil con lo que había planeado y no se excediera en sus bromas. No obstante, este no vio su mirada, pues estaba observando con interés el rostro de Irvin, que miraba su plato en silencio y sin apenas seguir la conversación.

En ese momento, Malcolm carraspeó para llamar la atención de su hermano pequeño, y le dijo:

—Me ha dicho Archie esta mañana que ayer fuisteis a la taberna —empezó como si fuera un comentario sin maldad.

Alec vio cómo Irvin apretaba con fuerza el tenedor antes de levantar la mirada hacia Malcolm intentando no mostrar sus sentimientos en sus ojos.

—¿Y qué? —le preguntó como si esa información no fuera relevante para nadie—. No es la primera vez que lo hago.

Malcolm sonrió de lado y dejó los cubiertos sobre la mesa mientras lo observaba fijamente. Aily, que estaba sentada a su lado, carraspeó para intentar cortar allí la conversación, pero el mediano de los Mackenzie siguió:

—Bueno, la verdad es que me ha dicho algo que me ha sorprendido, y es que prácticamente saliste corriendo de allí.

Irvin maldijo entre dientes y negó con la cabeza intentando contenerse. Todos sus esfuerzos por esconder lo que sentía no habían dado sus frutos y parecía que su hermano mediano no iba a dejarlo en paz. El joven levantó la mirada de nuevo y lo miró con rostro iracundo, intentando que así zanjaran la conversación, sin embargo, vio el brillo en los ojos negros de Malcolm y se preparó para lo siguiente:

—¿La muchacha no era lo suficientemente hermosa?

—Estaba cansado —respondió de mala gana.

Malcolm chasqueó la lengua.

—Vaya, será la primera vez que te pasa, ¿no? Porque a veces hemos llegado de una buena pelea y el cansancio no era excusa.

—Malcolm, ¿vas a empezar el día tocándome los cojones? —le preguntó de malhumor, ahora entendía a su hermano cuando se había burlado de él.

El aludido simuló una expresión de sorpresa.

—Es un simple comentario, hermanito...

Irvin dejó caer los cubiertos y se levantó mascullando:

—Ah, vete al infierno.

Malcolm lo vio marcharse con una sonrisa en los labios. Sabía que era una provocación en toda regla, pero quería que reaccionara y no se dejara llevar por el enfado, como había hecho él por mucho tiempo, y perdiera la oportunidad que parecía regalarle la vida para formar una familia.

Tras su marcha, miró a Alec, que puso los ojos en blanco y cuando Aily refunfuñó entre dientes, giró la cabeza en su dirección.

—Te has pasado un poco, ¿no crees?

Para sorpresa de todos, Malcolm lanzó una carcajada.

—Que se joda —respondió con una sonrisa pícar—. Llevo esperando este momento mucho tiempo... Y Alec debería hacer lo mismo.

# Capítulo 11

Lo que más le habría gustado hacer a Irvin en el momento en el que salió del salón, era ir al patio a entrenar con sus compañeros, pues se sentía tan enfadado que lo que más necesitaba era una buena pelea. Sin embargo, temía que sus hermanos o tal vez Archie se hubieran ido de la lengua y los demás se burlaran de él por haberse marchado de la taberna la noche anterior. No quería alimentar los rumores ni dejarse arrastrar por lo que sentía. Prefería estar solo y pararse a pensar, pues no podía pasar los días como Malcolm hacía años.

Pensó en ir a su dormitorio, pero la idea de que Iona siguiera allí le hizo recular, y tras subir la escalinata se dijo que la única zona del castillo donde no sería molestado por nadie era la zona que no utilizaban. Así que caminó por el pasillo metido en sus pensamientos. Sus pasos resonaban en todo el piso superior y lo único que deseó era el silencio. Al pasar por delante de su dormitorio sintió deseos de entrar para comprobar que Iona seguía allí. Esa cosa tan extraña que lo atraía a ella hacía que sintiera la necesidad de saber qué hacía y cómo estaba, pero se obligó a continuar hacia adelante hasta llegar a las escaleras secundarias que estaba buscando. Irvin giró hacia estas y comenzó a bajarlas lentamente. Sabía que allí estaría a solas y nadie de su familia o amigos lo molestarían, especialmente aquellos ojos azules que lo atormentaban.

Sin embargo, cuando bajó el último escalón y giró hacia el pasillo, algo chocó contra él. Irvin al instante alargó los brazos para sostener a la persona con la que se había chocado y cuando esta levantó la mirada hacia él y vio su rostro, no pudo evitar una exclamación de sorpresa:

—No puede ser...

Iona tardó muy poco tiempo en cambiar las sábanas, pero al ver el ligero desorden que había en el dormitorio de Irvin se entretuvo bastante en recogerlo, aunque no le hubieran encomendado esa tarea. Con una sonrisa bobalicona en los labios, la joven se detuvo a observar la escasa decoración que había en el dormitorio y durante unos minutos se preguntó cómo sería dormir con Irvin.

El recuerdo de su cuerpo desnudo le hizo sonrojarse de nuevo y el hecho de imaginarlo sin ropa sobre la cama provocó que se sofocara. Intentando darse aire con la mano, se dijo que debía salir de allí cuanto antes, pues no estaba bien dejar salir la imaginación de esa manera. Se recordó que Irvin tan solo la había ayudado y la había llevado hasta allí y aunque la había besado, eso no quería decir nada. Por ello, al instante se dirigió hacia la puerta para salir del dormitorio. Ya en el pasillo, respiró hondo y dejó escapar el aire lentamente. Si regresaba a la cocina en ese estado, Fia o cualquier otra se darían cuenta de que ocurría algo.

Sin tan siquiera mirar hacia dónde iba, en lugar de dirigirse hacia las escaleras por las que había subido, se equivocó y siguió el pasillo adelante hasta llegar a otras escaleras. Al llegar a la conclusión de que seguramente esa escalinata la llevaría hacia otra zona del castillo, bajó con el rostro aún sonrojado. No obstante, al llegar abajo se dio cuenta de que no reconocía nada de ese lugar. Caminó un poco por lo que parecía ser un pasadizo y finalmente se dijo que debía volver por donde había venido para bajar por las otras escaleras.

Desde allí tuvo la sensación de escuchar pasos acercándose y temiendo ser descubierta en un lugar donde no debía, Iona corrió hacia las escaleras, pero cuando giró para subir el primer peldaño chocó contra lo que parecía ser una piedra. La joven estuvo a punto de perder el

equilibrio, pero unas manos fuertes sujetaron sus brazos, impidiéndole caer estrepitosamente al suelo. Varios mechones de su pelo se escaparon de su trenza y cayeron sobre su rostro, impidiéndole ver de quién se trataba, pero al levantar la cabeza y retirarse el pelo, su corazón se desbocó.

Frente a ella estaba Irvin y la miraba con una mezcla de sorpresa e ira que la dejó paralizada. Sintió cómo sus mejillas volvían a sonrojarse, pues el recuerdo de su desnudez apareció de nuevo, y no solo eso. La calidez que lanzaban las manos del guerrero provocó que su cuerpo reaccionara al instante y de nuevo sintió cómo su entrepierna deseaba que esas manos que ahora estaban en sus brazos bajaran hasta esa zona para calmar su ardor.

—¿Se puede saber qué demonios haces aquí?

La voz ronca e iracunda de Irvin la hizo reaccionar y, tras recuperar el equilibrio, se soltó de sus manos. Colocó como pudo los mechones de su pelo y se alisó la falda con nerviosismo.

Irvin no podía creer que frente a él tuviera a la mujer culpable de sus desvelos, a aquella por la que no pudo haber terminado de consumir la noche anterior en la taberna, a la que se había metido en profundidad en sus pensamientos y la que había conseguido que por primera vez en su vida sus hermanos se burlaran de él.

El joven había llegado hasta allí con la esperanza de estar solo e intentar olvidarla, pero el destino volvía a ponerla en su camino. No podía ser verdad... Ya no sabía si enfadarse con ella, consigo mismo o con el Dios que se suponía que dirigía sus vidas. Lo único que sí sabía era que se sentía iracundo como nunca lo había estado en su vida, pero al mismo tiempo deseoso de acabar con eso cuanto antes.

—Yo... bueno —tartamudeó Iona—. Me he distraído y creí que estas escaleras también me llevarían a la cocina. Lo siento, no quería meterme en el lugar equivocado.

—¿Fia no te informó de que estas escaleras no se usaban?

—Tal vez, es que estaba tan cansada que no lo recuerdo.

Iona dio un paso hacia un lado para sortearlo y huir de ahí cuanto antes. Sin embargo, cuando una pregunta cruzó por su mente, no pudo resistirse a preguntarla:

—¿He hecho algo que te haya molestado para que seas tan desagradable conmigo? Si mi presencia te enoja tanto, debiste dejarme donde me encontraste.

—Nada, yo soy así.

Iona enarcó una ceja.

—¿Seguro? Porque a mí me ha dado la sensación de que en otras ocasiones me tratabas de otra manera. Unas veces parece que me trates bien y otras como si quisieras matarme.

—Es que a veces es lo que quisiera... —murmuró mirándola a los ojos.

Iona dio un paso atrás, sorprendida por aquellas palabras y al instante, al ver su azoramiento, Irvin suavizó su rostro. Los ojos de la joven lo rehuían y sabía que estaba nerviosa. No podía culparla de lo que sentía, tampoco quería hacerlo, pero era algo tan profundo... Y ella tan hermosa... Iona estaba preciosa en ese momento, con sus mejillas sonrojadas, sus ojos huidizos, sus manos temblorosas, sus labios entreabiertos y apetecibles. Y no pudo resistirse...

—Al diablo con todo —rugió antes de acortar la distancia entre ellos para besarla.

Irvin la atrajo hacia él y la apretó contra su cuerpo. Necesitaba sentirla cerca y cuando Iona gimió al sentir la embestida de su lengua, creyó que iba a perder la cabeza. La empujó suavemente hacia la pared contraria y la apoyó contra ella. Sus manos recorrían su cintura con suavidad al tiempo que Iona llevó sus brazos alrededor de su cuello.

Creía que iba a derretirse en ese momento, pues la calidez de los labios de Irvin la hacían

enloquecer. Lo había deseado tanto que ahora no podía creer que el guerrero la estuviera besando. Y se sorprendió de ella misma al ver que se dejaba besar y también se atrevía a acariciarlo, como si su cuerpo ya supiera lo que tenía que hacer, como si estuvieran hechos el uno para el otro.

Aunque Irvin comenzó a besarla con fiereza, poco a poco sus labios fueron suavizándose, dejando que su lengua penetrara en su boca para saborearla lentamente. Una de sus manos subió hasta el cuello de Iona, que acarició con suavidad hasta llevar su mano a la nuca de la joven para acunarla, como si temiera que pudiera escapar de él. No obstante, estuvo a punto de esbozar una sonrisa tan típica en él cuando Iona hizo lo mismo que él y enredó los dedos entre los mechones de su pelo.

—Por Dios que no sé qué demonios me hiciste cuando nos cruzamos, pero no puedo apartarte de mi mente —susurró contra sus labios apretándola más fuerte contra su pecho—. Has logrado que no desee a otra mujer más que a ti, no puedo pensar en nada más que en ti y en mis pensamientos únicamente apareces tú. ¿Por qué? ¿Qué clase de encantamiento es este que no puedo contenerme más?

Iona abrió los ojos y los posó sobre él. ¿Había escuchado bien? Descubrió sufrimiento en el iris verde del guerrero, pero también una pasión contenida. Aunque aquellas palabras estaban pronunciadas desde algo parecido al rencor, Iona pudo comprenderlo.

—A mí me pasa lo mismo —susurró casi sin voz.

Irvin la miró a los ojos y el sufrimiento en sus ojos se incrementó.

—Por Dios no me digas eso o no podré contenerme más.

—Me... me gustan tus besos. ¿Eso es malo?

Irvin estuvo a punto de sonreír ante la inocencia de Iona, pero se contuvo y la besó lentamente de nuevo.

—Y a mí me encanta hacerlo.

—Y... también me gustan tus caricias —susurró de nuevo con el rostro casi tan rojo como la sangre.

Irvin la miró a los ojos y bajó una de sus manos hasta la cintura de la joven. Allí comenzó un movimiento lento, en el que disfrutó de cada centímetro de su piel. Iona cerró los ojos y una exclamación de placer escapó de sus labios, pero fue recogida por el guerrero. Este jamás había sentido tanto placer como en ese momento. Ni la más ducha de las prostitutas había logrado hacer que disfrutara de una simple caricia como en ese momento. Su cuerpo reaccionó al instante y sintió cómo su entrepierna clamaba la atención que necesitaba; pugnaba por salir de entre los pliegues del kilt para adentrarse entre la falda de Iona. Una de sus manos bajó hasta las nalgas de la joven y la apretó con fuerza contra él, deseando poder arrancarle la falda y hacerle el amor sin pensar en nada más que en lo que estaba sintiendo.

Sin embargo, Iona, al sentir la mano del guerrero en su trasero, dio un respingo, pues el recuerdo de la violación sufrida meses atrás apareció de repente, además de un nuevo rechazo por parte del guerrero, y sintió auténtico terror. La joven abrió los ojos y se separó de Irvin, empujándolo levemente para poner distancia entre ellos.

—¿Qué ocurre? —preguntó el guerrero sorprendido por el repentino rechazo de la joven.

—Yo... —tartamudeó sin saber qué responder—. Tengo que irme.

Y antes de darle tiempo a Irvin para reaccionar, Iona se lanzó hacia las escaleras y las subió corriendo al tiempo que lo escuchó lanzar una maldición. Cuando llegó al piso superior, recompuso su ropa y su pelo como pudo y después se dirigió hacia las cocinas intentando no

pensar en el increíble y arrollador beso que acababa de recibir.

—¿Pero muchacha cuánto has tardado en cambiar las sábanas? —le reprochó Fia cuando la vio.

—Lo siento, el dormitorio estaba un poco desordenado y lo he recogido. No era mi intención entretenerme.

La mujer la miró fijamente y entrecerró los ojos.

—¿Irvin estaba en la habitación?

—Sí, bueno, no. Se marchaba ya.

Fia asintió e intentó esconder una sonrisa. A leguas podía notarse la hinchazón en los labios de la joven que tenía ante ella y si eran ciertos los rumores que habían escuchado algunas de las sirvientas, no era casualidad que el joven Irvin hubiera llevado a Iona al castillo.

—Bueno, no pasa nada. La señora Isla y Aily me han pedido que les lleves al salón pequeño un tentempié. —Le señaló una bandeja—. Ya lo tienes preparado.

Iona asintió y cuando tomó la bandeja entre las manos se sintió de repente nerviosa. Aquellas mujeres eran las cuñadas de Irvin y estaba segura de que lo conocían bien. ¿Y si descubrían por alguna razón que lo había besado unos minutos antes? ¿O sus sentimientos hacia él? La mano que sujetaba la bandeja tembló, pero se dijo que era imposible que descubrieran algo así, así que hizo memoria para recordar el camino hacia el pequeño salón y se dirigió hacia allí intentando aparentar una calma que no sentía.

—¡Adelante! —dijo una voz desde el interior del salón.

Iona bajó levemente la mirada al suelo, como le había dicho Fia, y llevó la bandeja hacia la pequeña mesita que había en el centro de ambas mujeres.

—¿Te ha ordenado Fia que no nos mires? —preguntó una de ellas.

Al instante, Iona levantó la mirada, sorprendida, y la clavó en ambas mujeres. La que había hablado era la misma que había conocido levemente el día anterior nada más llegar al castillo mientras que a la otra no la había visto. Y a pesar de que ambas mostraban una sonrisa amable y sincera, Iona no pudo evitar sorprenderse por el hecho de que unas mujeres tan diferentes pudieran llevarse bien entre ellas. Aily, a la que ya conocía, vestía pantalones y portaba espada mientras que la vestimenta de Isla era más femenina y delicada. Sin embargo, los rostros de ambas mostraban una expresión pícara que la obligó a ponerse en guardia.

—Sí, me ha pedido que no mire a los señores.

Aily lanzó una carcajada y le señaló una silla al lado del sofá donde estaban sentadas.

—¿Nos acompañas?

Iona abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Yo? No puedo sentarme con los señores —respondió con incomodidad.

Isla apoyó los codos en las piernas.

—Querida, si de mi marido hubiera dependido, serías nuestra invitada, no nuestra sirvienta. Así que te trataremos como invitada. Y como anfitrionas queremos invitarte a un tentempié. Además, pareces algo azorada.

Inconscientemente, Iona se llevó una mano al rostro y carraspeó incómoda.

—Yo... Mi ropa no es la apropiada para algo así.

—¿Y la mía sí? —preguntó Aily con aire burlón y una media sonrisa en los labios.

Iona sonrió por primera vez en todo el rato.

—Es un poco extraña, sí —le dijo, animada por la confianza que le estaban demostrando.

—Entonces, acompáñanos.

Sin querer rechazar de nuevo su ofrecimiento, Iona se sentó en la silla que le ofrecían y se quedó callada.

—Pero, por favor, no estés tan incómoda. Estamos entre amigas —le pidió Isla.

—Malcolm me ha contado que Irvin te encontró por casualidad en medio de un bosque.

Iona miró a Aily mientras esta servía las tazas.

—Sí, un mercenario me estaba atacando e Irvin me salvó.

Isla sonrió y le dijo:

—Tuviste mucha suerte de que nuestro querido cuñado pasara por allí en ese momento.

Iona sonrió y asintió. No sabía por qué, pero una parte de ella se sentía incómoda con aquellas mujeres, pues sabía que aún conservaba algunas maneras finas para tomar las tazas o beber, tal y como su madre le había enseñado desde pequeña, y no quería que allí descubrieran que no era una sirvienta cualquiera.

—¿Y te ha tratado bien en todo este tiempo? —preguntó Aily directamente.

A Iona le sorprendió en parte la pregunta, y de hecho no le pasó desapercibido el gesto de Isla cuando esta le tocó levemente la rodilla a su cuñada, como si quisiera disimular en algo.

—Sí, Irvin es muy amable.

Se maldijo cuando de repente sintió que todo el calor de su cuerpo subía a sus mejillas y cuando Aily sonrió de lado, supo que había sido descubierta.

—Nuestro cuñado es un guerrero muy protector —dijo Aily.

—Y muy apuesto —intervino Isla—. ¿No crees, Iona?

La joven tragó saliva y movió el pie de forma inquieta. No estaba muy segura, pero tenía la sensación de que esas dos la habían metido en una trampa en la que había caído precipitadamente y de la que ahora no sabía cómo salir.

—Sí... Bueno, yo... no me he fijado en eso.

Aily le sonrió pacíficamente para que intentara relajarse. Una hora antes le había expuesto a su esposo y a Alec su intención de aportar su grano de arena para averiguar si entre esos dos había algo más que una simple intención de protección, y aunque al principio Isla se había opuesto, finalmente la había convencido para hablar con la joven y descubrir lo que tanto ella como Irvin escondían.

—¿Sabes? —dijo Isla—. Alec también me salvó.

—¿Sí? —preguntó Aily de forma exagerada, aunque ya conociera la historia.

—Sí, me secuestró mi hermano y Alec reunió a casi todo el clan para atacar el castillo de mi padre. Irvin también luchó por mí. De hecho, si mal no recuerdo creo que lo hirieron en el brazo. No sé si habrás visto su cicatriz...

Iona asintió sin pensar, dándose cuenta de su error al instante, pero ya era tarde, pues ambas cuñadas habían visto el gesto y el rubor que volvió a aparecer en sus mejillas.

Aily se mordió el labio intentando aguantar la risa. Descubrir que su cuñado Irvin y aquella joven sentían algo el uno por el otro la alegraba sobremanera. Pero lo que no le gustaba en absoluto era el mutismo de ambos respecto a un posible matrimonio.

—Me parece que se lo he visto después de algún entrenamiento —intervino Aily para ayudar a la que quería que fuera su cuñada—. Como suelen quitarse la camisa...

Iona tomó la taza entre sus manos y bebió para intentar disimular el nerviosismo que aumentaba en ella por momentos. Y tras terminarse su bebida, se puso en pie, llamando la atención de ambas mujeres.

—Lo siento, pero debo volver a mis quehaceres. No quiero que Fia se moleste y me echen del

castillo.

Isla asintió amablemente.

—Claro, ve tranquila. Y si Fia te dice algo, dile que estabas con nosotras.

Iona asintió y les agradeció el tentempié. Tras esto, salió del salón y cuando se quedó sola frunció levemente el ceño. ¿Por qué tenía la sensación de que la habían llamado para descubrir la relación que la unía a Irvin? ¿Tal vez Alec no se fiaba de ella y había enviado a su esposa y cuñada para averiguarlo? Fuera como fuera, se dijo que Irvin estaba fuera de su alcance, pues ella era una desterrada, una mujer que ya no podía ofrecerle su virtud y a la que nadie querría jamás.

Dos días después, apenas se había cruzado con Irvin, algo que por una parte agradecía, pues temía que el guerrero le pidiera explicaciones del motivo que la había llevado a huir de él cuando la besó. Sin embargo, por otro lado lo echaba terriblemente de menos. Deseaba volver a verlo y sentirse abrazada por él, pues entre sus brazos tenía la sensación de que no iba a pasarle nada, que todo estaba en orden. Iona volvió a ruborizarse cuando recordó las palabras de Irvin. El joven se había abierto a ella y le había confesado que no podía sacarla de su cabeza. Y aunque ella no le había dicho nada, tampoco podía sacárselo de la suya. Iona llegó a la conclusión de que a veces lo veía enfadado por el simple hecho de que no quería aceptar sus sentimientos hacia ella, y en parte lo entendía. ¿Cómo alguien como él, hermano del laird, iba a fijarse en ella, que no tenía nada que ofrecerle? Sí, era hija de un laird, pero ya había dejado eso atrás. Ahora era una simple sirvienta y estaba segura de que no querría a una mujer así en su vida.

Mientras colocaba los platos en su lugar, Iona se tocó los labios. Aún creía sentirlos palpitar después del beso de Irvin y le sorprendió que siguieran deseando ser besados. No sabía qué le estaba pasando con el guerrero, tal y como él le había dicho, tan solo sabía que tenía la necesidad de estar junto a él, de que la abrazara, la besara y la volviera a subir a las nubes.

—Creo que ya está bien por hoy, muchacha. —La voz de Fia le hizo dar un respingo—. Has trabajado mucho hoy, así que ya puedes retirarte a dormir.

Hacía más de una hora que las demás doncellas habían llegado con los platos de la cena e Iona fue la primera en mojarse la manos para dejarlos relucientes, aunque no formara parte de su trabajo, algo que Fia había agradecido. Y aunque tampoco hiciera falta su ayuda, había decidido quedarse la última para colocar todos los platos en su sitio con el único deseo de que al tener algo en mente pudiera olvidar a Irvin. Pero no había sido así, sino al contrario. Las doncellas habían entrado en la cocina hablando de él y no había podido evitar escuchar sus susurros.

—Pues yo creo que se ha enamorado.

Gladis se rio del comentario.

—¿El señor Irvin enamorado? No lo creo.

—¿Y por qué no?

—El hecho de que ya no vaya a la taberna no quiere decir que esté enamorado. Yo diría que está preocupado por algo.

Cuando ambas doncellas la vieron en silencio y disimulando, callaron de golpe y dejaron los platos para después irse y tal vez continuar entre ellas la conversación que habían dejado a medias. E Iona habría dado uno de sus brazos por saber más del diálogo.

¿Sería verdad lo que había escuchado? Por lo que pudo ver en la taberna días atrás, Irvin era asiduo a esos lugares, y si ahora no iba ¿podría ser verdad eso de que no podía sacarla de la cabeza?

—¿Estás bien o se te ha caído la lengua?

De nuevo la voz de Fia la asustó e Iona se obligó a salir de sus pensamientos.

—Lo siento. Es que estoy cansada.

Fia la miró con una sonrisa y le señaló la puerta.

—Déjalo por hoy. Ya está todo en su sitio y los señores en sus dormitorios, así que podemos descansar.

Iona asintió y dejó el mandil colgado en la pared. Estaba deseando salir de la cocina y, aunque estaba realmente cansada, dedicarse unos minutos a ella misma. Desde que había escapado de su castillo solo se había dedicado a sobrevivir, olvidándose de ella misma.

Por ello, mientras se dirigía hacia su dormitorio, pensó que lo mejor era respirar un poco de aire fresco. Cuando pasó por delante de la puerta de salida, se escabulló y salió al patio. El frío de la noche le dio de lleno en el rostro, algo que agradeció, pues durante ese día no había salido ni una sola vez fuera de los muros de la fortaleza. Inconscientemente, dibujó una sonrisa en sus labios y dejó que sus pasos la guiaran hacia donde quisieran ir. De haber sido de día, se habría dirigido hacia el pueblo para admirar la belleza del lago, pero como aún no conocía muy bien todo el terreno, temía no saber volver. Por ello, sus pasos la llevaron hacia las escaleras que subían a la muralla y cuando se encontró en lo alto de la misma se alejó de las miradas indiscretas y sorprendidas de los guardias.

La noche era cerrada y las nubes apenas dejaban entrar los pequeños rayos de luna, pero para ella era más que suficiente, pues era el momento perfecto para escuchar tan solo el silencio a veces roto por el sonido de las botas de los guardias cerca de ella. Con paso lento, pero seguro se acercó a las almenas y se apoyó con cuidado en una de ellas. Con gesto curioso, asomó levemente la cabeza para comprobar que bajo ella tan solo la esperaba el vacío, algo que en parte le provocó un escalofrío.

Durante varios minutos se detuvo a escuchar el silencio y a mirar el humo que salían de las casas del pueblo. Y en ese instante se dio cuenta de que echaba de menos tener un hogar, algo para ella, aunque fuera pequeño y una familia de verdad donde no la culparan de su propia violación. Le había dolido terriblemente en el alma que su padre, en lugar de hacer justicia, la entregara libremente a su violador, y eso provocó que hubiera dejado de creer en su familia. ¿Qué habría pensado su madre realmente? Sabía que acataría las órdenes de su marido, pero en su mente ¿qué rumiaría? Eso jamás lo sabría, y en cuanto a un hogar debía conformarse con lo que había encontrado. Al menos en el castillo Mackenzie tenía un lugar para dormir, trabajar y comer, y donde estaba segura de que la protegerían de los mercenarios que había enviado el maldito de Hamish.

Iona dejó escapar un suspiro y miró al horizonte preguntándose qué le depararía la vida a partir de entonces y qué podía hacer respecto a Irvin. Su corazón le decía que lo que sentía por él no era algo pasajero o tal vez un capricho, mientras que su cabeza gritaba algo diferente. ¿Qué era lo mejor para ella? Temía que al confesarle a Irvin sus sentimientos, como él mismo había hecho, este la usara como una más y después la abandonara. Pero tras conocer a sus hermanos, vio que ellos no eran así y que todo el mundo hablaba maravillas del joven Mackenzie. Entonces, ¿qué podía temer?

—Vaya, cada vez que voy a un lugar para estar solo, me encuentro contigo —dijo una voz con tono suave para no asustarla.

Iona dio un pequeño respingo al conocer al dueño de esa voz y se giró hacia él justo en el momento en el que un rayo de luna escapó de entre las nubes y alumbró el rostro de Irvin. Después de esos días sin verlo, Iona sintió que su corazón se aceleraba de golpe y algo extraño

en su estómago parecía revolotear como mariposas inquietas. Estuvo a punto de incorporarse y correr hacia él con los brazos abiertos, especialmente cuando vio aquella sonrisa deslumbrante, aunque logró contenerse a tiempo.

Irvin dio un paso más hacia ella y amplió su sonrisa pícaro. Sabía que la joven había intentado evitarlo durante esos días y aunque ella creía que no la veía, se escondía donde podía para observarla desde lejos. Había descubierto que era una muchacha muy trabajadora y que cuidaba sus tareas como si estuvieran dirigidas a ella misma. Gracias a ello, la había visto salir de la cocina y dirigirse en la oscuridad a la muralla. Durante unos segundos estuvo a punto de correr y evitar que subiera a ese lugar, pues temía que se cayera o tal vez que alguno de los guardias se propasara con ella. No podía evitar ese instinto de protección tan acuciante que crecía dentro de él cada vez que Iona pasaba por su mente. Por ello, con la excusa de buscar soledad, había ido tras ella. La necesitaba cerca, y no podía aguantar más sin estar a su lado.

—Tal vez el destino insiste en unir nuestros caminos... —dijo cuando el silencio fue lo único que recibió de ella.

—O puede que yo me encuentre en el lugar y momento inadecuado —sugirió ella.

Irvin negó con la cabeza lentamente y la miró a los ojos. Bajo la luz de la luna estaba realmente preciosa y nada le hubiera gustado más que estrecharla entre sus brazos y hacerla suya una y otra vez hasta que no tuviera aliento para nada.

—Solo he subido aquí para respirar el aire frío porque no he salido del castillo durante el día.

—No tienes que darme explicaciones —le respondió el guerrero con voz tenue y ligeramente ronca por el deseo hacia ella.

Al tenerlo tan cerca, el nerviosismo de la joven fue en aumento. Era tan varonil y poderoso que de haber tenido valor, se habría desnudado ante él en ese preciso instante, pues lo que más deseaba en el mundo era dejarse acariciar por él, aunque con ello perdiera el sentido del honor.

—Creo que será mejor que me vaya a dormir —dijo Iona con voz temblorosa por el fuego que había dentro de ella.

La joven dio unos pasos hacia las escaleras que había tras Irvin. Sabía que debía pasar por su lado si quería bajar de la muralla y cuando lo rozó sintió como si miles de dagas la atravesaran por escapar de él y no abrirse en canal. No obstante, no llegó muy lejos, pues la férrea mano de Irvin la sujetó del brazo y la frenó:

—¿Vas a huir otra vez? —le espetó el guerrero mirándola a los ojos.

—Yo no huyo —respondió Iona al cabo de unos segundos.

—Pues yo diría que es eso lo que hiciste el otro día e intentas hacer ahora.

Iona boqueó varias veces para responder, pero la cercanía del guerrero la ponía tan nerviosa que no podía articular palabra.

—Creía que el beso te estaba gustando... —dijo Irvin en apenas un susurro recordando lo sucedido días atrás.

Iona estuvo a punto de tirar de su brazo para soltarse, sin embargo, la mirada de Irvin era tan atrapante que se dijo que no podía seguir huyendo de esa manera, sino afrontar sus sentimientos y dejar que salieran de ella, pues temía volverse loca si los guardaba para sí durante más tiempo.

Observó el rostro de Irvin y en él vio la misma revolución de sentimientos que tenía ella. Por un lado vislumbró consternación, duda, miedo y, por otro, atracción, deseo... Iona dirigió su mirada hacia su brazo, justo en el lugar donde la mano de Irvin la estaba reteniendo y fue entonces cuando se dio cuenta de que el guerrero acariciaba inconscientemente su brazo con el pulgar, provocándole un escalofrío.

Tras esto, Iona volvió a mirarlo a los ojos y finalmente suspiró lentamente y se acercó más a él.

—Yo... tengo miedo —reconoció bajando la mirada.

No obstante, Irvin llevó su mano hasta su barbilla y la obligó a mirarlo.

—¿De mí? ¿Crees que voy a hacerte lo mismo que ese desgraciado? —le preguntó con el dolor reflejado en su voz.

—No, no es eso.

—Yo jamás aprobaría una violación. Mi padre nos educó para preservar la seguridad de todo el mundo y el respeto hacia los demás —recalcó.

Iona lo observó y vio la seguridad en sus palabras, algo que le hizo no dudar de él en ningún momento.

—Es una pena que no todo el mundo opine lo mismo —le respondió—, pero no es eso lo que temo. De hecho, no tengo temor de ti, sino de mí, de lo que siento y de lo que pienso. Estoy segura de que el sacerdote me expulsaría de la iglesia si lo supiera.

Por primera vez en la noche, Irvin esbozó una amplia sonrisa.

—¿Y puedo conocer tus pensamientos?

Iona agradeció la oscuridad de la noche para que el guerrero no descubriera sus mejillas sonrojadas. Inconscientemente, se mordió los labios por el nerviosismo, algo que llamó poderosamente la atención a Irvin, que tuvo que reprimir sus ansias por besarla.

—Yo... Me gusta cuando me besas —reconoció no sin miedo—, cuando me tocas. Me pone muy nerviosa tu cercanía.

Irvin sonrió cuando escuchó sus palabras tras dar un paso hacia ella y aproximarse más. No podía creer que estuviera escuchando esas palabras y algo dentro de él pareció volar y llenarlo de energía y una felicidad que no había experimentado jamás.

—¿Y qué más? —preguntó en apenas un susurro.

—Me gustaría estar todo el rato contigo, conocerte más, comer sentada a tu lado y reír contigo. Y... sentir tus brazos alrededor de mí.

Irvin escondió una sonrisa y obedeció a sus deseos, abrazándola lentamente para no asustarla mientras la miraba a los ojos para ver su reacción. Iona no pudo contener un suspiro de placer cuando las fuertes y grandes manos de Irvin se posaron en la parte baja de su espalda al tiempo que la atraía hacia él. De repente, olvidó a los guardias, los sirvientes que pudieran verlos... a todos. Para ella solo estaba Irvin y para él solo estaba Iona. Y en ese momento se dio cuenta de que no necesitaba nada más en el mundo para ser feliz, tan solo tenerla entre sus brazos.

El miedo que lo había atenazado desde que la conoció de repente se desvaneció y quedó un sentimiento tan profundo y bello que no sabía cómo explicarlo. Si alguien le hubiera preguntado en ese momento qué sentía, no habría podido definirlo con una palabra, pero sí podía decir que la quería a su lado, junto a él, disfrutando de cada momento de su vida, fuera bueno o malo, pero compartiendo todo lo que hasta ese momento había tenido que hacerlo solo. Y le sorprendió inmensamente el descubrimiento, pues no le había pasado con ninguna otra mujer.

—¿Así te gusta? —ronroneó acercando su boca a la de la joven.

Iona asintió en silencio, incapaz de poder responder a su pregunta con palabras, pues estas se le habían quedado atascadas en la garganta. Sabía que estaba mal y, como le había dicho a él, si los descubría un sacerdote pondría el grito en el cielo por semejante despliegue de libertinaje, pero no quería que Irvin parara. Deseaba besarlo, disfrutarlo, amarlo como jamás habría podido amar a un hombre...

Y entonces la besó. Por fin dejó de atormentarla con sus labios tan de cerca y sin llegar a unirlos. Iona lo dejó entrar al instante. Quería sentirlo aún más y se apretó contra él si ninguna timidez. Sabía que podía confiar en él y se sorprendió ella misma al no sentir miedo por lo que el guerrero pudiera hacer con ella. Irvin era diferente a su primo Hamish, se lo había demostrado varias veces desde que lo conocía, y sabía que él jamás le haría algo que no quisiera hacer. Se sorprendió al imaginarse entre sus brazos durante toda su vida, en las almenas, en el interior del castillo, en el pueblo... donde fuera, pero con él. Y de repente cuando Irvin se separó ligeramente de ella, escuchó algo que no esperaba ni en sus más profundos sueños:

—Cásate conmigo, Iona...

## Capítulo 12

¿Había escuchado bien o se trataba de una trampa de sus propios pensamientos? Iona se separó más de Irvin e indagó en sus ojos, y la mirada que el guerrero le devolvió le confirmó que no había escuchado mal, además de que no se trataba de ninguna broma, pues por primera vez desde que lo conocía vio la duda en sus ojos, además del temor al rechazo. Y a pesar de que había deseado escuchar esas palabras en incontables ocasiones, Iona se había quedado petrificada y no sabía cómo reaccionar.

Hacia dos meses que se había encontrado en una tesitura parecida en la que su padre la quería casar con Hamish. Y en ese momento solo había podido pensar en lo infeliz que iba a ser si se casaba con él, sin contar con el hecho de que jamás pensaba casarse. Pero ahora que tenía frente a ella al único hombre que la había hecho sentir de verdad y que juró protegerla días atrás, ¿qué quería hacer? Y antes de que su cerebro pudiera pensar una respuesta, su boca habló por ella.

—Sí, quiero.

El rostro de Irvin pareció iluminarse de golpe. El guerrero sonrió y la besó con ternura, pero a pesar de la felicidad que de repente sentía, había algo dentro de ella que se sentía mal, como si estuviera engañando al que iba a ser su esposo, y eso era la conciencia. Esta parecía recordarle quién era en realidad y la historia que había tras ella. De repente, sintió un pánico terrible al pensar en la que fuera a ser su boda, ya que estaba segura de que la noticia correría por todas las tierras Mackenzie y que posiblemente llegaría a oídos de su padre. Y eso la preocupó. Por ello, se decidió a aclararlo:

—¿Y si no soy quien crees que soy?

Irvin sonrió y se encogió de hombros.

—No me importa tu pasado, tan solo lo que me haces sentir, y esto es algo que nunca me ha pasado. Supongo que mis hermanos dirían que es amor, pero yo tan solo sé que si no estás en mi vida, no me encuentro bien. Estos días han sido un infierno sin verte.

Los ojos de Iona se llenaron de lágrimas ante sus palabras, pero también por el posible rechazo del joven.

—Pero tal vez no me quieras si conoces...

—Nada —la cortó—. Ya iré descubriendo tu pasado con el tiempo, Iona. Sé que parezco muy impulsivo, y de hecho siempre lo he sido, pero nunca he fallado con mis impulsos. Y ahora sé que tampoco. Sé lo que siento y sé lo que quiero, y es a ti.

—Pero...

—Ya, Iona —la cortó con una sonrisa—. No me vas a convencer para que te escuche. No te preocupes por lo que eras. Eso no me importa.

A Iona le habría gustado insistir de nuevo para que la escuchara, pero sabía que la cortaría de nuevo, por lo que decidió callar. Se dijo que ya llegaría el día en el que tendría que contarle que ella no era una sirvienta cualquiera, sino hija de un laird, y estaba segura de que esa revelación traería de cabeza a más de un miembro del clan Mackenzie, incluido Irvin.

Apenas pudo dormir esa noche tras su repentino e inesperado compromiso. Tras hablar durante un largo rato, Irvin la acompañó a regañadientes al dormitorio que le habían dado, pues le dijo que ahora que era su prometida se merecía un trato diferente. Sin embargo, Iona había

insistido en que hasta que no se formalizara la petición con la familia, dormiría como hasta entonces. Además, le había pedido esperar durante al menos una semana para contarle a todos, pues temía la reacción de la familia de Irvin. Otro de los motivos por los que le había pedido esperar era para conocerse más y comprobar que no se trataba de algo pasajero tanto de una parte como de otra e Irvin había aceptado todos y cada uno de sus ruegos con la sonrisa tan típica que lo caracterizaba.

Y ahora que Iona se encontraba tumbada en la cama esperando la llegada del alba, sonrió de forma bobalicona. ¿Qué había pasado? Aún no podía creer lo que había pasado, ni que ella hubiera aceptado sin dudar a pesar de conocer las circunstancias que la rodeaban. Temía poner en peligro al clan Mackenzie, pues sabía que si su padre se enteraba, podría alzarse en armas contra ese clan. Pero su corazón saltaba de alegría por primera vez en su vida. Se sentía como si estuviera volando en una nube, pues su estómago no paraba de tener punzadas de felicidad. Era como si una bandada de pájaros revoloteara por todo su cuerpo, pero debían tener precaución, pues no quería alegrarse demasiado por si al final algo salía mal.

Al cabo de unos minutos, cuando por fin los primeros rayos de luz salieron por el horizonte, Iona se levantó y se vistió con prisa. La felicidad que sentía le impedía estar por más tiempo en la cama, así que se preparó para comenzar el día e ir adelantando trabajo.

Iona caminó por los pasillos sin apenas sentir el suelo bajo sus pies. Aún parecía estar sobre esa nube en la que se había subido la noche anterior, y una sonrisa se dibujó en sus labios al recordar los besos de Irvin. Sí, era una locura, y no había dejado de repetírselo durante toda la noche. Apenas lo conocía y no sabía si algún día la sorprendería con algo malo. Pero hasta entonces lo que había visto de él, de su familia y lo escuchado por los sirvientes le hizo dibujar en su mente una buena imagen del guerrero. Y eso era suficiente, pues a Hamish lo conocía de toda la vida y sabía que nada bueno podía esperar de él.

El sonido de unas espadas llamó su atención cuando pasó por delante de la puerta de salida del castillo. La joven frunció el ceño y se sorprendió al descubrir que a esa hora en la que apenas había luz pudiera haber alguien entrenando. Con verdadera curiosidad, se acercó a la puerta y se apoyó en la jamba de la misma. Desde la distancia, descubrió con verdadero deleite que se trataba de Irvin y Duncan. Ambos luchaban como si la vida les fuera en ello a pesar de ser un entrenamiento normal, y aunque sabía que tenía que irse, Iona se sintió atrapada por aquella escena. Sus ojos no podían apartarse de aquel magnífico cuerpo que exhibía Irvin sin camisa a pesar del frío de la mañana. Desde allí podía ver lo bien entrenados que estaban los músculos de su cuerpo y un intenso calor recorrió su cuerpo al recordarlo desnudo. Se preguntó cómo sería acariciarlo una vez estuvieran casados y, sin poder evitarlo, se sonrojó. La fortaleza y masculinidad que desprendía Irvin en ese momento la atrajo aún más y sin darse apenas cuenta de repente se vio en el patio, bajando la pequeña escalinata hacia el mismo. Y en ese instante, fue descubierta.

Irvin vio que la mirada de Duncan se fijaba en un punto detrás de él, y la expresión que dibujó en su rostro le hizo perder la concentración y con curiosidad miró hacia atrás para descubrir, con sorpresa, que Iona se acercaba a ellos con la mirada fija en su cuerpo. La belleza que vio en ella con la poca luz en el cielo y el nerviosismo que causó verla tan de cerca de nuevo, hizo que bajara la espada y perdiera por completo la concentración, provocando que Duncan le ganara terreno en la pelea y, sin querer, le hiciera un corte en el brazo.

Irvin lanzó un gruñido de dolor cuando el filo de la espada traspasó su carne y se volvió hacia Duncan con la mirada totalmente iracunda.

—¿Pero qué haces?

—Se supone que estábamos luchando —le respondió irónicamente—. Yo no tengo culpa de que te desconcentres con cualquier cosa.

Irvin apretó con fuerza la empuñadura de la espada y dio un paso hacia él para devolverle el golpe, pero la fina mano de Iona se posó en su brazo y lo giró hacia ella. Al instante, Irvin descubrió el rostro de preocupación de la joven que tenía la mirada puesta en su herida, de la que salía un hilo de sangre.

—¿Estás bien?

Por primera vez en su vida, Irvin se sintió querido de una forma tan íntima que tuvo que contener las ganas de abrazarla. Apenas le dolía la herida, pero su corazón se comprimió poco a poco cuando la mirada preocupada de Iona recorría su anatomía.

—Sí, esto no es nada —respondió en voz baja.

Iona entonces levantó la mirada y la posó en sus ojos. Inconscientemente, le sonrió y cuando Irvin le devolvió el gesto, se sintió morir de vergüenza. El carraspeo a la espalda del guerrero le hizo volver a la realidad y tuvo que contener las ansias por regresar al interior del castillo corriendo.

La joven se aclaró la voz y dio un paso atrás, alejándose de Irvin, que tal y como le había pedido, disimuló lo que sentía por ella. Vio cómo Iona bajaba la mirada y contuvo una sonrisa cuando le dijo:

—Si no me necesita, señor, vuelvo a mis quehaceres.

—Claro, muchas gracias.

La joven se giró, no sin antes dirigirle una mirada cautivadora, y se marchó por donde había venido. Durante un largo rato, Irvin mantuvo la mirada sobre la espalda de la joven, hasta que Duncan volvió a carraspear y se giró hacia él como si nada hubiera pasado. Sin embargo, su amigo lo conocía muy bien y lo estaba mirando con una ceja levantada mientras se apoyaba en la empuñadura de la espada, clavada en el suelo.

—¿Necesitas mi ayuda para curar tu herida? —se burló de él intentando imitar la voz de Iona.

—¿Por qué no te vas al infierno? —le dijo, molesto.

Duncan lanzó una carcajada y guardó la espada en el cinto.

—¿Esa muchacha se preocupa por todos los guerreros o solo por ti?

Irvin resopló y fue hasta donde estaba su camisa para ponérsela.

—¡Qué bonito! —se siguió burlando Duncan.

—¿Quieres que te mate?

El aludido levantó las manos en señal de paz y después le dio un manotazo en la espalda.

—¿Qué pasa, amigo, te vas a volver ahora tan gruñón como Malcolm? —preguntó.

Irvin no respondió, pero sabía que cuando alguien intentaba sonsacarle algo sobre Iona se ponía a la defensiva, como su hermano durante tantos años.

—Me da la sensación de que esa muchacha te importa más de lo que quieres aparentar.

Irvin se volvió hacia él de golpe.

—No sé a qué te refieres.

Duncan sonrió de lado y se puso frente a él.

—Venga ya, Irvin. A cualquier otro puedes engañarlo, pero yo te conozco desde hace mucho y sé que esa muchacha te gusta bastante. ¿O me vas a negar que a Irina la llamaste Iona?

Irvin frunció el ceño y entrecerró los ojos.

—¿Cómo sabes eso?

—Lo va diciendo ella.

El joven resopló, enfadado.

—¡Joder!

Duncan puso una mano en su hombro y apretó con fuerza para que lo mirara.

—Amigo, quiero lo mejor para ti, y si esa muchacha es la adecuada, lo respeto, pero no entiendo por qué quieres ocultarlo. Siempre has gritado a los cuatro vientos lo que las chicas de la taberna te han hecho...

Irvin respiró hondo y lo observó largamente.

—Con ella es diferente.

—Lo sé, pero ¿por qué?

—Nos vamos a casar... —le espetó de golpe tras un silencio.

Duncan se quedó serio durante unos segundos, intentando procesar lo que sus oídos acababan de escuchar y pensando que su amigo estaba bromeando. No obstante, tras ver su rostro serio se dijo que eran verdad, y de su boca se escapó un:

—¿Qué? ¿Tan pronto? ¿Estás loco? —vociferó.

Irvin chasqueó la lengua y lo apartó de la mirada de los guardias, que se habían girado hacia ellos tras escuchar el grito de Duncan.

—Si no te importa, me gustaría que la noticia no se extienda por el clan... —se quejó en tono irónico.

—Pero ¿qué piensan tus hermanos?

—No lo saben. Tú eres el primero al que se lo digo, así que espero no tener que arrepentirme.

Duncan asintió.

—Mis labios están sellados.

Y al cabo de unos segundos, el guerrero comenzó a sonreír hasta que poco a poco sus hombros comenzaron a sacudirse y se lanzó a reír a carcajadas:

—¿Se puede saber de qué demonios te ríes? ¿De mí? —le preguntó Irvin con gesto dubitativo.

Duncan negó con la cabeza y le dijo:

—Enhorabuena, amigo. ¡Vaya! Jamás pensé que te vería casado como tus hermanos.

—Nunca me lo había planteado.

Y con la sonrisa aún en los labios, Duncan le dijo:

—¿Sabes que vas a ser el hazmerreír del clan? Todos están esperando a que te enamores para devolverte las burlas que hiciste cuando ellos se casaron.

Irvin resopló y negó con la cabeza con resignación.

—Creo que tengo que prepararme para romper muchas narices.

Duncan se rio.

—Eso decía Malcolm, y al final tuvo que echarse la manta sobre la cabeza.

Durante la mañana apenas había tenido tiempo de tomar algo para no desfallecer. Por eso, cuando Iona vio entrar a Fia en la cocina estuvo a punto de ponerse en pie para ir al pueblo a llevar un encargo personal que le había pedido. Sin embargo, la mujer le sonrió y la dejó desayunar con tranquilidad.

—No me urge el encargo —le dijo—. Además, no tengo ninguna queja de nadie durante todos estos días. Eres muy trabajadora.

Iona se sonrojó. Jamás pensó que le dirían eso, pues no estaba acostumbrada a hacer nada de eso en el castillo.

—Gracias. Sois todos muy amables.

—Me ha dicho el laird que quiere verte en su despacho. Así que cuando termines, dirígete hacia allí y después lleva mi encargo al pueblo.

Iona asintió y la vio marchar, quedándose sola de nuevo y con la preocupación en el cuerpo. ¿Qué podría querer Alec de ella? Si Fia le había dicho que nadie se quejaba de su trabajo, no entendía por qué la llamaba a su despacho. Tal vez querría hablarle de los mercenarios de nuevo, algo que no le quitó la preocupación, pues si habían hecho más estragos en el clan Mackenzie, seguramente la culparían a ella de todo.

Casi no pudo tragar el último bocado y tras arreglarse un poco la ropa, casi voló hacia el despacho de Alec. Cuando estuvo frente a él, llamó con timidez y entró tras darle la orden desde dentro.

Iona descubrió que el laird estaba solo, algo que en parte agradeció, pues no podría hablar bajo la mirada del hermano mediano, cuyas miradas la ponían tan nerviosa que las palabras se quedaba atascadas en su garganta.

—¿Me llamaba, señor? —preguntó con timidez.

Alec le señaló la silla frente a él al otro lado de la mesa y con paso dubitativo, Iona se dirigió a ella para después sentarse. Estuvo a punto de retirarle la mirada, pues los ojos vivos e inteligentes del laird la observaban con demasiada firmeza.

—Supongo que te preguntarás por qué te he hecho llamar.

—Si he hecho algo mal... —intentó justificarse.

—No, no —la cortó—. De hecho, Fia me ha dicho que está sorprendida por tu trabajo.

—Gracias, señor.

—Llámame Alec, por favor.

Iona se sorprendió por la petición del laird Mackenzie y asintió obediente, aunque sin intención de llamarlo por su nombre.

Durante unos instantes, la observó detenidamente y confirmó que era una mujer preciosa y atrayente que podría haber conquistado a cualquier hombre. Pero lo que más le sorprendió fue que hubiera logrado conquistar el corazón de su hermano Irvin. No entendía cómo lo había hecho, pero una parte de él le agradecía que así hubiera sido, pues deseaba por encima de todo que su hermano pequeño descubriera lo que era el amor y saber que ya lo había hecho lo llenaba de dicha. Durante esos días le había pedido a Fia que observara a la joven y le comentara si veía algún comportamiento extraño que pusiera la duda sobre su cabeza. Sin embargo, la mujer tan solo había tenido buenas palabras para ella y para su espíritu trabajador.

Y desde luego él también le dio el visto bueno. Ahora en la cercanía se fijó en su mirada y vio que era tan clara y pura que no le hacía pensar que guardara algún secreto que pudiera hacerle daño a su hermano. En sus ojos vio sufrimiento y temor por el futuro, pero sabía que Irvin la haría feliz.

Desde que la noche anterior había visto a su hermano besándola no había podido quitarse la imagen de la cabeza. En otras ocasiones, había observado a Irvin con otras mujeres, pero sabía que eran parte de un juego. Sin embargo, sabía que con esa joven era diferente, incluso desde que habían llegado su hermano se mostraba irascible respecto a cualquier tema que tuviera que ver con ella.

—Te he hecho llamar para preguntarte si eres feliz en el castillo.

Iona lo miró sin esconder su sorpresa, aunque al instante asintió.

—Sí, todos son muy amables conmigo.

—¿También mi hermano Irvin?

Alec la vio tragar saliva, incómoda.

—Sí.

—Ya sabes que para mí eres una invitada, no una sirvienta, así que si necesitas algo, no dudes en pedírmelo.

Iona asintió y miró discretamente hacia la puerta. Se sentía tan nerviosa porque Alec pudiera descubrir que se había prometido con Irvin, que estaba deseando salir del despacho cuanto antes.

Alec sonrió y negó mentalmente con la cabeza al ver que tanto su hermano como aquella joven eran tal para cual. Ambos intentaban huir de explicaciones y preguntas que tuvieran que ver con el otro. Finalmente, le señaló la puerta.

—No quiero quitarte más tiempo —le dijo.

—Gracias, señor... Alec —se corrigió a sí misma.

Iona salió del despacho y casi corrió hacia el pequeño cuarto donde guardaban las sábanas y ropa limpia para coger el encargo que Fia le había pedido. Este estaba enrollado en una fina tela y atado con un cordón, así que antes de que pudiera cruzarse con cualquier otro Mackenzie, se dirigió al pueblo sin demora.

Ya más tranquila cuando hubo cruzado la muralla, Iona se dedicó a observar el paisaje. Aquella era la primera vez que salía de los muros del castillo desde que había llegado. El aire frío no traspasaba su ropa, así que podía caminar tranquilamente mientras intentaba impregnarse de todo lo que había a su alrededor. El ruido propio del pueblo llegó hasta sus oídos y le hizo sonreír. Había vivido durante dos meses en medio del bosque sin apenas pisar un pueblo, por lo que esa sensación de sentirse arropada la invadió por completo.

Caminó sin prisa hacia donde Fia le había indicado y cuando se internó en las calles del pueblo, observó todo con ojos primerizos, empapándose de los rostros con los que se cruzaba y la miraban con curiosidad y atención.

Al cabo de quince minutos, ya había cumplido con su encargo y en el momento en el que se iba a dirigir al castillo, miró hacia los límites del bosque cuando una idea cruzó por su mente. Necesitaba sentir de nuevo la naturaleza, aunque solo fuera por unos instantes. Así que se dirigió hacia la espesura del bosque sin saber que unos ojos habían estado observando todos y cada uno de sus movimientos.

## Capítulo 13

Iona se alejó lo bastante del pueblo para no ser vista por nadie, pues temía que alguien pensara que intentaba escapar o hacer algo en contra del clan. Por ello, cuando por fin el ruido del pueblo quedó atrás, respiró hondo y se dejó envolver por los sonidos de la naturaleza. El silencio era lo único que la acompañaba en su pequeña escapada y durante unos momentos revivió de nuevo los recuerdos de su infancia. Aunque no quería reconocérselo, echaba terriblemente de menos a su madre y a su hermano, a los que quería con locura. Su padre no se había portado mal del todo con ella, pero a Iona seguía doliéndole el hecho de que quisiera casarla con Hamish, algo que no le perdonaría jamás.

Había sido feliz en el castillo y rodeada de su familia, aunque tan solo se dio cuenta de lo protegida que había estado cuando huyó y tuvo que ganarse la vida ella misma y sin la ayuda de nadie.

—Hay un pajarito nuevo en el castillo.

Aquella voz a su espalda la sobresaltó y se giró hacia él dando un respingo y en alerta. Frente a ella tenía a un guerrero del clan Mackenzie con el que se había cruzado tan solo una vez desde que había llegado, pero del que sabía que se llamaba Alex. Había visto a Irvin hablar con él en un par de ocasiones, pero tuvo la sensación de que la amistad entre ellos era casi nula.

—¿Qué quieres? —le espetó intentando ocultar el nerviosismo que había provocado en ella.

Alex sonrió y dio un paso hacia ella mientras la miraba de arriba abajo. Inconscientemente, Iona se alejó de él y miró hacia el pueblo. Estaba demasiado lejos como para alguien la escuchara y sabía que si corría hacia allí no llegaría muy lejos hasta que el guerrero la alcanzara.

—Bueno, te he visto por el castillo y me has gustado.

—¿Me has seguido hasta el pueblo?

Alex sonrió de lado.

—Claro que sí, preciosa. Sería una tontería dejar escapar a un pajarito como tú.

Iona frunció el ceño antes los calificativos que usaba para dirigirse a ella.

—Pues yo no deseo tu compañía, así que déjame en paz —le espetó antes de girarse hacia el pueblo y regresar sobre sus pasos.

Pero no llegó muy lejos. Segundos después, la férrea mano de Alex la sujetó del brazo y tiró de ella hacia él.

—Así que el pajarito tiene carácter... Me encantará domarlo —siseó.

Antes de que Iona tuviera tiempo para desasirse, Alex la besó, llevando su mano hacia la nuca de la joven para evitar que escapara. Los ojos de Iona se abrieron desmesuradamente ante aquella invasión y el fantasma de su violación volvió a aparecer en su mente para atormentarla. Volvía a pasar, y ya no le quedaban fuerzas para seguir luchando contra aquellos hombres que, sin saber por qué, se empeñaban en maltratar su cuerpo. Sin embargo, el beso de Alex no fue demasiado largo, ya que de repente la joven se sintió impulsada hacia atrás, tropezando y cayendo estrechamente al suelo mientras una sombra caía sobre el cuerpo de Alex.

Al instante, escuchó el sonido de un hueso al romperse y un grito posterior salido de la boca que antes había violado la suya. Iona abrió los ojos y enfocó la mirada en lo que estaba pasando. Se sorprendió al reconocer a Irvin como el atacante de Alex y vio cómo el que era su prometido

golpeaba con saña al otro guerrero, que intentaba defenderse como podía:

—¿Qué demonios te pasa, Irvin? ¿Acaso no puedo disfrutar de la compañía de esta mujer?

—No cuando ella ya pertenece a otro y no te ha dado permiso para nada —rugió el joven fuera de sí.

Había salido del castillo con la intención de cabalgar un rato con Iona cuando esta regresara al castillo y al ver que se dirigía hacia el bosque y Alex la seguía, apretó el paso al caballo. Le sorprendió que el que hubiera sido su amigo volviera a meterse en problemas, pues no era la primera vez que intentaba forzar a una muchacha. Y desde la última vez, su hermano lo había tenido entre ojos para vigilar que no intentara violar a ninguna otra mujer mientras él estuviera al mando. Por ello, cuando lo vio ir tras Iona sintió que se le revolvían las tripas, especialmente cuando lo vio comprobar que nadie lo veía.

Y cuando lo vio besándola, no podía describir lo que sintió en ese momento. Tan solo dejó que su instinto protector hacia Iona trabajara e instó al caballo para llegar cuanto antes al lugar donde lo vio. Irvin se bajó del caballo antes de que este parara y se lanzó contra Alex, separándolo de Iona al instante. La rabia que sentía en su interior lo hizo rugir como un animal salvaje, golpeó y pateó a Alex con fuerza hasta que le rompió la nariz y varias costillas. El que había sido su compañero de juergas sangraba por el labio y la nariz, además de que había conseguido abrirle una brecha en la frente.

—¡Eres un desgraciado! —vociferó—. ¿Cómo te atreves a tocarla?

Alex logró zafarse de su amarre y se alejó de él para esbozar una sonrisa.

—¿Acaso eres tú a quien pertenece? Nunca te he visto defender así a una mujer.

Irvin le señaló.

—Eso no es asunto tuyo. Y si deseas vivir, espero que recojas tus cosas y te marches de estas tierras de una vez por todas. Si no lo haces, se lo diré a Alec para que ponga precio a tu cabeza.

Alex sonrió con prepotencia y miró a Iona por encima del hombro de Irvin. La joven se encogió por momentos, pues aquella mirada solo indicaba que su deseo seguía vívido a pesar de los golpes recibidos.

—Vaya... así que te has enamorado de ella —dijo con voz rasposa y burlona—. Entonces tranquilo, amigo. Me iré de aquí. Desde que preferiste aliarte con Archie y Duncan ya no eres el mismo. Qué pronto se te olvidó lo que intentó hacer a tu cuñada.

Irvin apretó los puños y se lanzó de nuevo contra él. Otro puñetazo hizo que Iona diera un respingo y se alejara de allí unos pasos. Deseó que Irvin acabara pronto y Alex se marchara de allí, algo que ocurrió unos minutos después.

Cuando por fin se quedaron solos, Irvin se giró hacia ella. Iona lo vio respirar trabajosamente y sin pensárselo se lanzó a sus brazos. El guerrero sintió que la joven aún temblaba cuando la abrazó, y no pudo sino estrecharla con fuerza entre sus brazos. No podía imaginar lo que podía haber pasado si no hubiera salido del castillo para pasear con ella. Tal vez hubiera pasado por una violación, un pensamiento que hizo que se le erizara el cuerpo.

—¿Estás bien? —le preguntó apoyando la barbilla en su cabeza.

—Sí, de no haber sido por ti...

—No lo digas, por favor —le suplicó el guerrero con verdadero dolor en el pecho.

—Siempre estás ahí para protegerme, Irvin —dijo la joven separándose levemente de él.

—Y mientras mis pies sigan sobre la tierra seguiré protegiéndote.

La apretó de nuevo contra él y tembló. ¿Qué le estaba pasando? El solo hecho de imaginar que Iona llorara le hacía sentirse mal. Quería verla bien en todo momento, por ello siempre tenía

la necesidad de saber dónde estaba y si se encontraba en buenas manos. Sabía que era amor, aunque había intentado negárselo por todos los medios. No se arrepentía de haberle pedido que se casara con él. Al contrario, lo sucedido con Alex le confirmó que debía casarse con ella, pues así todo el mundo sabría que tenía a alguien para defenderla. Y así seguiría siendo. La amaba, sí, pero temía que por ese motivo alguien se la arrebatará de las manos.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Quería dar un paseo a caballo contigo, por eso bajaba al pueblo, y vi que Alex te seguía.

Iona sonrió y se separó de él.

—Siempre acabo dándote las gracias.

El guerrero le devolvió la sonrisa.

—Excepto cuando te salvé del mercenario. Aún me duele tu patada.

—¿Y aún deseas matarme por ello?

Irvin la besó lentamente.

—Por supuesto. Sobre todo ahora que me he dado cuenta de que tendré el doble de trabajo al seguirte para que ningún otro hombre te mire, ni siquiera para saludarte.

Iona sonrió y se apartó de él. Miró después al caballo y lo señaló.

—¿A dónde pensabas llevarme?

—A un lugar que es muy especial o siempre lo ha sido para mi hermano Malcolm. Y yo también quiero compartirlo contigo.

Iona no pudo evitar una mirada irónica.

—Si es especial para Malcolm, no será una mazmorra, ¿no?

Irvin lanzó una sonora carcajada y la besó fugazmente antes de tirar suavemente de su brazo para acercarse al animal.

—Ya lo conocerás mejor, pero mi hermano no muerde.

—Pues ayer lo escuché renegar porque su hija no dejaba de seguirlo.

Irvin la ayudó a montar y subió tras ella.

—Es que Bonnie es muy insistente, y lo saca de quicio.

Cuando el animal inició la marcha, Iona se apoyó en el pecho de Irvin. Se sentía bien junto a él, pero sobre todo, se sentía libre por primera vez en su vida. Se dejó mecer por sus brazos protectores y disfrutó de todas las visiones encantadoras que las tierras Mackenzie le ofrecían.

Pero lo que más la sorprendió e hizo que sus ojos se abrieran desmesuradamente fue el lugar al que la llevó, una pequeña charca con una cascada en un entorno casi de imposible acceso. Iona miró asombrada a su alrededor, intentando empaparse de la libertad que allí se respiraba, y al instante miró a Irvin con una sonrisa. Este se la devolvió, orgulloso de que en las tierras Mackenzie hubiera un lugar como esa donde poder dejar volar la imaginación y donde alejarse del ruido y los quehaceres diarios sin que nadie pudiera interrumpirte.

—Es precioso... —murmuró la joven.

Irvin asintió y, tras depositar un beso en su cuello, desmontó para ayudarla a bajar.

—¿Y dices que este lugar es el favorito de Malcolm? —le preguntó sin poder creerlo.

El guerrero lanzó una carcajada al tiempo que se aproximaba a la orilla de la charca.

—Has encontrado un paraíso en lugar de un infierno...

—Reconozco que tenía mis dudas —confesó Iona dirigiéndose al mismo lugar—. Gracias por traerme aquí. Es uno de los lugares más bellos que he tenido la suerte de ver.

Irvin sonrió y se giró hacia ella para observarla. Le encantaría volver a besarla, acariciarla... Todo. Pero no quería asustarla. En su lugar, levantó una mano para acariciarle el rostro y al cabo

de unos segundos le dijo:

—Yo también tengo delante lo más hermoso que he visto en mi vida —susurró con voz ronca.

Las mejillas de Iona se tiñeron de rojo y aunque intentó apartar la mirada, avergonzada, Irvin se lo impidió, pues deseaba seguir admirando sus ojos. Lentamente, disponiendo de todo el tiempo del mundo, Irvin se acercó a la joven sin dejar de mirarla a los ojos y la besó con tanta ternura que Iona estuvo a punto de echarse a llorar. Junto a ella tenía a un hombre que tan pronto podía ser el guerrero más feroz como el más tierno y delicado. Y sin darse apenas cuenta de lo que hacía, se dejó llevar:

—Deseo que me hagas tuya —susurró con voz temblorosa, al igual que su cuerpo.

Irvin se separó ligeramente de ella, sorprendido por la petición de Iona. La miró fijamente y descubrió la seguridad que mostraba la joven.

—¿Estás segura? —le preguntó para cerciorarse.

Iona sonrió levemente y asintió.

—Tan solo espero que no te importe que un hombre tomara ya mi cuerpo sin mi permiso y no sea pura.

Irvin la besó largamente, sin prisa.

—Jamás me molestaría algo así, Iona.

—Quiero entregar mi cuerpo al hombre al que voy a unirme.

Irvin asintió lentamente, embrujado por la belleza de Iona y del lugar en el que estaban. Ese momento parecía perfecto para entregarse el uno al otro y, durante unos segundos, dudó. No quería hacerle daño, pero desde que la había conocido había sentido el profundo y desesperado deseo de hacerla suya, de sentir su piel bajo la palma de sus manos y hacer que su cuerpo se erizara por completo. Y ese era el momento.

—No sé qué me estás haciendo, Iona Mackay, pero siento que en cualquier momento voy a volverme loco por ti. —Necesitaba decirle todo aquello—. Jamás he querido estar atado a una mujer, y sin embargo desde que te conocí no pienso en otra cosa cuando estoy a tu lado. Cada vez que pasabas por mi lado, deseaba besarte. Cuando no te veía, me desesperaba por saber dónde estabas. Cuanto más intentaba olvidarte para seguir con mi vida, más te metías en mi mente. Pero saber que el peligro te ronda y que hay un hombre que podría apartarme de ti ha hecho que me dé cuenta de que debo hacer lo que sea para que permanezcas a mi lado. Y espero hacerte feliz porque no sé qué se espera de un marido en un matrimonio. Tan solo tengo claro que quiero amarte, respetarte y protegerte por encima de mi propia vida.

Iona dejó escapar las lágrimas que intentaban salir de sus ojos.

—No llores, por favor.

—Lo siento, es que nadie me había dicho cosas tan bonitas.

—Pues espero que te acostumbres a ellas porque pienso repetir las más veces.

Sus labios volvieron a besar los de Iona, que parecía palpar a cada caricia del guerrero, esperando con ansias el momento de entregarse a él. Irvin la besó primero con suavidad extrema, deleitándose de cada segundo que estaba con ella, como si el tiempo a su alrededor de repente hubiera dejado de existir, pero luego sus labios se volvieron más demandantes, más insistentes.

Iona lo aceptó y llevó sus manos a los hombros de Irvin para aferrarse a él, pues sus piernas de repente parecían haberse quedado sin fuerzas para sostenerla. Bajo sus manos notó los músculos del cuello de Irvin y pudo sentir los latidos rápidos de su corazón.

Poco a poco, el guerrero comenzó a desnudarla, con cuidado, temiendo asustarla y atento a cualquier cosa que hiciera la joven para detenerlo. Sin embargo, Iona estaba totalmente entregada

a él y lo besaba con la misma pasión. Una sonrisa interna recorrió todo el cuerpo de Irvin. Por Dios que necesitaba de toda su fuerza de voluntad para no desnudarla con rapidez y hacerle el amor cuanto antes, pues estaba a punto de volverse loco. Al cabo de unos instantes, la ropa de Iona estaba hecha un ovillo en el suelo, junto a sus pies. Irvin sintió cómo la joven tenía un escalofrío cuando el frío de la mañana dio de lleno en su piel desnuda, así que la atrajo más hacia él para intentar darle calor con su cuerpo.

Con un atrevimiento que desconocía en ella, Iona comenzó a desabrochar la camisa de Irvin. Sabía que las manos le temblaban, pero logró su objetivo, que no era otro más que la ropa del guerrero acabara en el suelo, junto a la suya. El joven fue el que se quitó el kilt y se apartó de ella para colocarlo bien en el suelo y tumbar a Iona sobre él.

Iona gimió cuando los labios de Irvin volvieron a saltar los suyos. Los sentía cada vez más calientes, al tiempo que su propio calor corporal aumentaba. El deseo que Irvin le hacía sentir hizo que el suyo propio aumentara y deseó que ese momento no acabara nunca. Jamás había podido sentir algo parecido a eso, de hecho había sido al contrario.

De repente, Irvin se movió y la tomó en brazos como si de una pluma se tratara. Iona gimió sorprendida ante ese movimiento y al instante se vio tumbada sobre el kilt del guerrero. Y este la depositó con tanta suavidad que estuvo a punto de llorar de felicidad ante su trato delicado. Un segundo después, la sombra y el cuerpo de Irvin la cubrieron. En silencio el guerrero la miró a los ojos y vio en ellos cierto temor y deseo al mismo tiempo. Con una sonrisa, le acarició el rostro como si de una divinidad se tratara.

—Eres la mujer más bella que he visto —le dijo con auténtica adoración.

Iona se sonrojó e inconscientemente intentó tapar su cuerpo desnudo, avergonzada de encontrarse sin ropa en medio del bosque, pero las manos de Irvin apartaron las suyas y negó con la cabeza.

—Ante mí no quiero que sientas vergüenza, Iona. Quiero que seas libre y que tengas la suficiente confianza como para mostrarte sin ropa. Yo te adoro como eres.

Sin esperar respuesta, Irvin bajó la cabeza hacia su cuello para dejar un reguero de besos que hicieron que Iona comenzara de nuevo a gemir. La joven dejaba caer hacia atrás la cabeza al tiempo que su mano subía hasta la cabellera del guerrero para enredar sus dedos en su pelo, aferrándose a ellos como si no pudiera aguantar más lo que estaba sintiendo. Creía que su cuerpo iba a arder en cualquier momento, pues estaba segura de que los labios de Irvin se habían convertido en ascuas de fuego que incendiaban el lugar donde se posaban.

—No puedo más... —gimió Iona con voz ronca.

Irvin levantó la mirada y la observó con una sonrisa pícara.

—Esto no ha hecho más que empezar —respondió.

Irvin sabía que el único contacto que había mantenido Iona con un hombre había sido traumático y no le había proporcionado el placer que un hombre debía ofrecerle a una mujer. Por ello, se dijo que aunque él estuviera a punto de volverse loco, debía hacerle gozar a Iona por encima de su propio placer. Así que sin dudarle, Irvin dedicó todo el tiempo del mundo a dejar un reguero de besos por todo el cuerpo de la joven, comenzando por el cuello, el cual besó hasta bajar lentamente hacia uno de sus pechos.

Al sentir el aliento cálido de Irvin en su pecho, Iona se arqueó en busca de más y el guerrero no se lo pensó ni un instante. Le sorprendió la calidez y pasión que la joven le demostraba a cada caricia suya. Sonrió contra el pezón cuando la mano de Iona aferró con fuerza su pelo para acercarlo aún más a ella, como si eso fuera posible. Irvin lamía cada poro de su piel con fiereza

al tiempo que gruñía cada vez que su propio placer se intensificaba.

El guerrero se sorprendió a sí mismo al darse cuenta de que jamás se cansaría de esa sensación y que siempre querría más de ella.

—Me robas la razón, Iona —le dijo en un susurro—. En el momento en el que empiezo a tocarte, siento que no puedo parar.

—No lo hagas —le pidió ella con las mejillas sonrosadas.

Irvin la miró durante un segundo y le dijo:

—Por Dios, no me digas eso porque estoy a punto de morir.

Al instante, llevó la mano a la entrepierna de Iona, que lanzó un gruñido de satisfacción al tiempo que se arqueaba contra él en busca de más cuando los hábiles dedos de Irvin comenzaron a tocarla. Con una sonrisa pícaro en los labios, Irvin la besó de nuevo en el cuello antes de darle un pequeño mordisco que hizo gemir a la joven. La mano de Iona le impedía alejarse de ella, algo que le hizo reír levemente. Los dedos de Irvin se movieron con toda la libertad, penetrando en ella como si de un balanceo suave se tratara.

Iona gimió de placer. Tenía la sensación de que tenía fiebre y estaba a punto de morir. De repente era como si estuviera totalmente llena y no necesitara más para sobrevivir. Aquel roce la hacía retorcerse de puro placer mientras la tensión en su cuerpo aumentaba por momentos hasta que de repente una sensación que no parecía ser de este mundo la azotó y la obligó a gritar de placer. Se deshizo entre los brazos de Irvin, cuyo nombre gritó con fuerza cuando los espasmos recorrían su cuerpo de arriba abajo.

Sin darle tregua, Irvin se colocó entre sus piernas. Creía que iba a explotar por dentro si no la penetraba de un momento a otro. Al tiempo que la cubría con su cuerpo la besó lentamente. Sabía que no le haría el mismo daño que su violador en su primera vez, pero no quería asustarla. Por ello, lentamente, llevó su miembro a la entrada de la joven y la penetró. El guerrero sentía el fuego en lo más profundo de sus entrañas y se trataba de algo tan exigente que no estaba seguro de aguantar mucho más.

—Iona, mírame —le pidió.

La joven, cuando se hubo recuperado, abrió los ojos y los posó sobre los de él.

—¿Te hago daño? —le preguntó con voz ahogada.

Iona negó lentamente y para darle más énfasis a su respuesta, llevó su mano al trasero del guerrero y apretó. Irvin sonrió y la besó para seguir penetrándola.

Iona se sorprendió a sí misma por su atrevimiento, pero esa sorpresa dio paso al instante a un nuevo placer, uno más intenso que el anterior y que prometía llevarla de nuevo a lo más alto. No quería que acabara nunca esa sensación, y la necesidad de sentirlo aún más dentro hizo que moviera su cuerpo bajo el de Irvin como si de una mujer libertina se tratara. Pero no le importó. Aquella era la sensación más maravillosa que había sentido y quería disfrutarla y sentirla sin remordimientos. Por ello, cuando ese placer tan intenso le sobrevino de nuevo, se dejó llevar y gritó de nuevo. Segundos después, Irvin aceleró sus acometidas y se derramó dentro de ella con un intenso gruñido.

En ese momento, lo único que podía escucharse era el sonido de su respiración enredado con el agua cayendo por la cascada.

—¿Estás bien? —preguntó Irvin contra su cuello.

—Ha sido lo más maravilloso de toda mi vida —reconoció con las mejillas rosadas.

Irvin sonrió y le besó el lóbulo de la oreja, provocándola de nuevo y haciéndola gruñir. No quería imaginar cómo podía haber sido la primera vez que Iona sintió a un hombre dentro de ella,

tan solo esperaba que él no le hubiera recordado ni un solo momento al desgraciado que la mancilló.

Segundos después, cuando fue consciente de su escalofrío, se retiró de ella y se incorporó, cediéndole su mano para ayudarla a levantarse.

—¿Volvemos ya? —se quejó la joven.

Irvin sonrió y le robó un beso antes de agacharse y coger la ropa de Iona entre sus manos.

—No quiero que tu cuerpo se enfríe y enfermes.

Iona sonrió y comenzó a vestirse sin poder apartar la mirada del musculoso cuerpo de Irvin. Inconscientemente, se mordió el labio inferior, pues aún no podía creer que hubiera podido disfrutar tanto de un acto como ese, del que solo había conocido la parte mala. Había descubierto partes de su cuerpo que no sabía que podían tener tanta sensibilidad y el tacto del guerrero, a pesar de sus manos callosas, había sido tan suave y cuidadoso que su corazón latía con fuerza por él. No podía creer que hubiera intentado alejarse de él y negar lo que le había hecho sentir desde el primer momento en que lo vio y se dijo que después de ese momento, no podría vivir sin Irvin en su vida.

—Si sigues mirándome así, tendré que desnudarte otra vez y hacerte el amor hasta que te tiemblen tanto las piernas que no puedas caminar.

Iona supo que su vergüenza se reflejó en su rostro cuando la carcajada de Irvin hizo que varios pájaros salieran de sus nidos y volaran cerca de ellos. En el momento en el que abrochó el botón de su capa y se giró hacia él para disfrutar de su risa, esta se cortó de repente y tan solo le siguió un gruñido de dolor que hizo que Iona se pusiera en alerta.

—Maldita sea... —lo escuchó mascullar entre dientes.

Iona estaba a punto de preguntarle qué le ocurría cuando la camisa del guerrero comenzó a mancharse de sangre y, de repente, la cruda realidad de su vida volvió a tomar fuerza.

# Capítulo 14

Iona supo que estaba paralizada de terror cuando escuchó toser a Irvin. Al instante, reaccionó y corrió hacia él con el rostro demudado en pánico.

—Tenemos que volver cuanto antes, Iona —dijo Irvin con dificultad.

—¡Primero tengo que intentar frenar la sangre!

Al ser consciente de su miedo, Irvin la tomó por los hombros no sin dificultad y la obligó a mirarlo a los ojos.

—Nos acaban de atacar, Iona, y herido no puedo defenderte como debo. Tenemos que irnos antes de que nos den alcance.

La joven estuvo a punto de protestar de nuevo, pero asintió, consciente de que efectivamente allí lo único que podían conseguir era la muerte prematura de Irvin si no llegaban cuanto antes al castillo Mackenzie e informaban de que habían sido atacados. Iona tembló al pensar que podían tratarse de los mercenarios que la buscaban, o tal vez de Hamish o su padre, y el simple hecho de verse en manos de su primo lejano le hizo tener un escalofrío aún mayor.

Reaccionó como pudo y dejó que Irvin se apoyara en ella para llegar al caballo. La joven miró de reojo la herida que había sido provocada por la flecha que había en el suelo a varios metros de ellos y que se había clavado en la tierra después de traspasar el costado del guerrero. Iona llegó a la conclusión de que la flecha no había tocado ningún órgano al ver que la sangre que manaba de la herida no era demasiada y que las fuerzas de Irvin no lo abandonaban del todo, sino que podía caminar con cierta ligereza hacia el caballo.

A pesar de su insistencia por montar solo, Iona lo ayudó a subir sobre el animal y tras él, la joven montó a su espalda y tomó las riendas pese a la negativa del guerrero.

—¡No! —exclamó Iona—. ¡Estás herido y no puedes llevarlo tú! Déjame que te cuide ahora yo.

Iona no vio la sonrisa que se dibujó en los labios de Irvin y la dejó hacer. En ese momento no se sentía tan mal como cuando sintió que la flecha lo atravesaba. Había sido un dolor tan lacerante y cortante que lo había dejado sin respiración. Pero en ese momento se sentía tranquilo al haber comprobado que la herida era limpia.

—No sabía que fueras tan terca... —le dijo girando la cabeza hacia la joven y mirándola con una leve sonrisa.

Iona le devolvió la mirada, aunque más seria y asustada que él, y le respondió:

—No sabes cuánto... Estoy segura de que ahora te arrepientes de haberme pedido que me case contigo.

Irvin chasqueó la lengua, en parte divertido por las circunstancias, como él solía tomarse ese tipo de situaciones, pero en ese momento, lo hacía más por intentar calmar el nerviosismo que atenazaba las manos de Iona, que él notaba a través de la ropa a pesar de que sabía que la joven intentaba mantener la calma:

—La verdad es que me estoy planteando la idea de rendirme ante nuestros atacantes y dejarte en sus manos.

La mirada que le lanzó Iona lo hizo reír, aunque al instante en su rostro se dibujó una expresión de dolor que hizo que la risa desapareciera de golpe.

—¿Estás bien? —preguntó Iona preocupada.

Irvin asintió sin responder. Apretaba los dientes y los puños con fuerza para intentar calmar el dolor, pero el movimiento del caballo no ayudaba en absoluto. Habían recorrido muy poca distancia y estaba a punto de pedirle a Iona que suavizara ligeramente los movimientos del animal. Sin embargo, cuando se giró hacia la joven para pedírselo, comprobó con horror que no estaban solos en el bosque, sino que los atacantes los estaban siguiendo.

A pesar de que los separaba mucha distancia, contó alrededor de una decena de hombres que se dirigían a ellos como si la vida se les fuera en ello y, al instante, Irvin se obligó a tomar todas las fuerzas que aún tenía dentro de él para arrebatarle las riendas a Iona y apretar el paso.

—¿Pero qué haces? ¡Podrías hacerte más daño! —se quejó Iona.

—¡Nos están siguiendo! —vociferó por encima del sonido de los cascos del caballo.

—¿Qué? —exclamó, sorprendida.

Iona dirigió entonces la mirada hacia atrás y descubrió el horror que los seguía. Vio que poco a poco acortaban distancia y que aquella decena de hombres estaba cada vez más cerca, pero los ojos de Iona se posaron sobre uno de ellos. Lo reconoció al instante. Se trataba del mercenario que había escapado del ataque en el claro durante la noche que pararon a descansar. Ese fue el único que logró sobrevivir y por lo que pudo comprobar, había conseguido más hombres para llevarla ante su padre. ¿Ya sabría él o tal vez Hamish que estaba con los Mackenzie? Un sentimiento de culpabilidad la azotó cuando giró la cabeza hacia adelante para no seguir mirando. Apretó las manos contra el pecho de Irvin para evitar hacerle daño en la herida del costado y apoyó la frente contra su enorme espalda. Respiró hondo para no dejarse llevar por el pánico y rezó para llegar cuanto antes al castillo.

—Tranquila, por mi vida que no dejaré que te hagan daño —le dijo Irvin al tiempo que llevó una de sus manos sobre las de Iona.

Iona asintió, incapaz de decir una sola palabra. Quiso creerlo, rezó para creerlo, pero sabía que si lograban alcanzarlos, no habría nadie que pudiera salvarlos de una muerte segura, especialmente a Irvin, que ya iba herido.

—Dios, no permitas que nos alcancen... —susurró levantando la vista al cielo.

Cerró los ojos y siguió rezando durante lo que le pareció una eternidad hasta que se decidió a abrirlos de nuevo y descubrió que ya estaban a punto de llegar al castillo Mackenzie. Una sonrisa se dibujó en sus labios y miró hacia atrás. Iona no pudo evitar una exclamación de felicidad cuando vio que no los seguía nadie, pero esa exclamación dio paso al miedo de nuevo cuando Irvin no le respondió:

—¡No nos siguen ya!

Iona esperó su respuesta, pero tan solo obtuvo el silencio. A pesar del sonido de los cascos, logró escuchar la respiración difícil y entrecortada de Irvin y, asustada, levantó la mirada por encima de sus anchos hombros y vio que estaba a punto de perder la conciencia. Había usado todas sus fuerzas para encaminar al caballo y llegar cuanto antes al castillo, olvidando que estaba herido. Y ahora lo vio tan débil que decidió tomar ella las riendas de una vez por todas. No podía dejar que sus actos del pasado influyeran en la vida de un hombre que estaba arriesgando todo por protegerla.

—¡Ya estamos llegando, Irvin! ¡Aguanta! —suplicó contra su oído.

Aunque ella no se lo hubiera dicho, Irvin pudo verlo a través de su mirada cristalina y a punto de perder la conciencia. No sabía por qué estaba tan mareado y cansado si no había perdido tanta sangre como para encontrarse así, pero jamás había tenido la imperiosa necesidad de llegar

rápidamente a su cama para tumbarse y cerrar los ojos, aunque fuera tan solo un instante.

El movimiento del caballo le resultaba ya demoledor y temía caer del caballo y arrastrar a Iona con él.

A medida que se fueron acercando, el cansancio se estaba haciendo más insoportable y cuando estuvieron frente al portón abierto y miró hacia arriba, vio la cara de preocupación y estupefacción de Sloan y los demás guerreros sobre la muralla. Se permitió cerrar los ojos un instante mientras Iona llevó al caballo al centro del patio al tiempo que gritaba tras él. No lograba entender con claridad qué decía, pero su voz le sonaba tan celestial...

—¡Ayudadme, por favor!

—¿Qué ha pasado? —preguntó Sloan a voces mientras bajaba con rapidez las escaleras de la muralla.

—¡Nos han atacado! —vociferó la joven intentando sujetar el cuerpo de Irvin, que ya se dejaba caer hacia un lado.

Y cuando pensó que caería al suelo con él, pues su cuerpo se escurría entre sus dedos, llegó el guerrero junto a ellos y logró sujetar a Irvin a tiempo para evitar que se diera de bruces contra el suelo.

En ese momento, Alec y Malcolm salieron del castillo, alertados por las voces de varios guerreros que habían ido a buscarlos para informarles de lo sucedido.

—Pero ¿qué es esto? —preguntó Malcolm mirando horrorizado a su hermano y alternando sus ojos hacia Iona.

La joven no supo interpretar su mirada, pues pasaba de la duda a la rabia en cuestión de segundos y aunque desde que estaba en el castillo había intentando acostumbrarse a su mal genio, no pudo evitar empequeñecerse ante él.

Con rapidez desmontó y se acercó a ellos. Alec la miraba con la misma preocupación y duda, pero no había ese odio en sus ojos. Por ello, decidió responderle a él.

—Estábamos en... —sintió vergüenza al tener que contar una parte de lo vivido con Irvin en la charca— el bosque y nos han atacado. Eran mercenarios y uno de ellos es el que escapó antes de que Irvin me trajera al castillo.

—Maldita la hora... —escuchó que susurraba Malcolm.

Iona estuvo a punto de responderle, pero Sloan, junto a varios guerreros más, se llevaban el cuerpo de Irvin hacia el interior del castillo. La joven dio un paso hacia el mismo lugar, con la intención de ir tras ellos y no separarse de Irvin en ningún momento, pero Alec se interpuso en su camino y le dijo:

—Ve a llamar a Roona, nuestra curandera. Dile que no pierda tiempo.

Iona asintió con el corazón encogido. Le habría gustado acompañar a Irvin, pero sabía que esa mujer debía curarlo cuanto antes, así que sin perder más el tiempo, corrió como si el mismísimo diablo la estuviera persiguiendo.

Una hora después, se encontraba en el pasillo del piso superior del castillo, frente a la puerta del dormitorio de Irvin. Los nervios y la culpa la estaban carcomiendo y no podía dejar de estrujarse las manos, sabedora de que estaba bajo la atenta mirada de Malcolm, que no apartaba sus ojos negros de ella. Alec a veces la mirada de soslayo, pero después volvía a mirar al suelo.

Iona había preferido mantenerse apartada de ellos varios metros, sabiendo que tal vez se estaban preguntando qué hacía ella allí. Al cabo de varios minutos, habían llegado las esposas del laird y el hermano mediano, Isla y Aily, junto a los niños, y todos habían hecho la misma pregunta:

—¿Cómo está?

A Iona le habría gustado responder, pero al levantar la mirada y ver que estaban todos en un corro familiar se sintió apartada y sabía que ella aún no formaba parte de la familia. Los ojos se le llenaron de lágrimas y dio un pequeño paseo por el pasillo al tiempo que elevaba de nuevo sus rezos al cielo.

—Roona nos ha dicho antes de echarnos que la flecha con la que lo han herido llevaba veneno. Por eso, ha perdido la consciencia tan pronto —explicó Alec con calma y mirando de reojo los movimientos de Iona.

—¿Y quién lo ha atacado? —preguntó Aily.

—Los mercenarios que buscan a nuestra invitada —respondió Malcolm con enojo.

Isla y Aily se volvieron hacia ella justo en el momento en el que la joven abrió los ojos y levantó la mirada. Sus mejillas se tiñeron de rojo al ser la protagonista en ese momento y deseó haberse quedado abajo en las cocinas junto a Fia para evitar aquellas miradas de frustración y duda.

El silencio se extendió por todo el pasillo y a pesar de la incomodidad que sentía, Iona se armó de valor y volvió a acercarse a ellos.

—Yo... lo siento. No quería que Irvin sufriera daño alguno.

—Si en lugar de pasear por el bosque hubieras estado en el castillo, nada de esto habría pasado —soltó el mediano de los hermanos.

—¡Malcolm! —exclamó Aily volviéndose hacia él con la mirada cargada de rencor—. Ella no tiene la culpa.

El aludido apretó los puños, pero se mantuvo callado y se apartó de ellos, dándoles la espalda. Al instante, Aily dio un paso hacia Iona, que ya no pudo contener más las lágrimas.

—Perdona a mi marido, a veces puede ser demasiado... impetuoso y antipático cuando está nervioso —le dijo mirando de reojo al aludido antes de abrazarla—. Nuestros hombres son guerreros, y como tal a veces resultan heridos. Tan solo hay que acostumbrarse, y tú deberías hacerlo con tu hombre.

Iona dio gracias porque Aily le hablara al oído, pues de haberlo escuchado el resto de allí presentes, no habría podido aguantar la vergüenza. La joven escuchó la risa de la cuñada de Irvin en su oído y después de nuevo su voz:

—Las mujeres nos damos cuenta de los sentimientos —le explicó en apenas un susurro—. Y por lo que he visto en la mirada de Irvin, también te corresponde.

Tras esto, Aily se separó de ella y le guiñó un ojo. Iona la miró con cierta turbación y tras dirigir sus ojos a Isla, comprobó que ella también estaba al tanto de lo que sentía por Irvin. Pero ¿y Alec y Malcolm? ¿Les habrían contado lo que habían visto en ella?

—Tranquila —dijo Isla como si hubiera escuchado su voz interior—. Entre mujeres nos entendemos.

Iona esbozó una leve sonrisa entre lágrimas y tuvo que contener sus ansias por abrazarlas al saber de su aceptación en la familia. Sin embargo, la puerta del dormitorio de Irvin se abrió en ese instante y Roona salió de él con el rostro serio.

—¿Cómo está mi hermano? —preguntó Alec.

—Creo que he logrado sacar todo el veneno de su cuerpo. Se había extendido con demasiada rapidez, y de no haber regresado cuanto antes al castillo, habría muerto —les explicó—. Ahora necesita descanso. Le he dado una infusión para que recupere las fuerzas poco a poco y el poco veneno que ha quedado sea expulsado de su cuerpo, pero estoy segura de que en un par de días

veremos la mejoría.

—¿Un par de días? —gruñó Malcolm.

Roona se giró hacia él con una ceja enarcada.

—Sigues tan quejica como siempre, muchacho. Pensé que la paternidad te suavizaría el carácter.

Aily lanzó una carcajada.

—Se lo ha agravado más —se burló.

Malcolm entrecerró los ojos cuando clavó la mirada en su esposa, pero esta se encogió de hombros y volvió a mirar a la curandera.

—Alguno de vosotros deberá permanecer con él por si tiene fiebre y para darle más infusión que he dejado sobre la mesita.

—¡Me quedo yo! —exclamó Iona sin pensar, haciendo que todos se volvieran hacia ella.

Isla y Aily la miraban con una sonrisa, pero la expresión de extrañeza de Alec y Malcolm le hizo dar un paso atrás y dudar.

—¿De verdad no te importa cuidarlo tú? —preguntó Alec.

—Si a vosotros no os molesta... Sería un placer... un honor hacerlo —se corrigió.

—Sea —accedió el laird—. Pasaremos a verlo y nos marcharemos enseguida.

Iona asintió y se quedó en el pasillo mientras la familia entraba en el dormitorio. La joven se puso de puntillas para intentar verlo desde el pasillo, pues no podía esperar más para estar a solas de nuevo junto a él. Estaba cansada ya de fingir que no había algo entre ellos, pero después de lo sucedido temía la reacción de los hermanos de Irvin.

Diez minutos después, Iona se encontraba en el interior de la habitación y con la puerta cerrada, libre de miradas indiscretas que pudieran adivinar sus verdaderos sentimientos y ponerlos en tela de juicio antes de que Irvin despertara. Pero a pesar de eso, una parte de ella sentía miedo, un miedo atroz de que llegara el momento de enfrentar a la familia de Irvin para confesar que iban a casarse, aunque ya sabía que las mujeres de los hermanos de Irvin la habían aceptado.

Iona miró al guerrero y vio la palidez de su rostro. Se encontraba sentada en el borde de la cama mirándolo con la esperanza de que abriera los ojos de un momento a otro. Recorrió lentamente su cuerpo. Lo habían desnudado para curar la herida de su costado, por lo que las sábanas eran lo único que tapaba su cuerpo desnudo. Y a pesar de la situación, Iona no pudo evitar sonrojarse. El recuerdo de lo vivido junto a él en aquel lugar maravilloso hizo que su cuerpo reaccionara, provocando que se golpeará mentalmente por llevar sus pensamientos hacia esos derrotos. Sin embargo, no pudo evitar que su mano se dirigiera hacia el rostro de Irvin y lo acariciara suavemente.

—No puedes dejarme, guerrero —susurró—. Si rompes tu juramento, no te lo perdonaré jamás.

Pero Irvin no hizo ningún movimiento que indicara que la había escuchado. Iona rezó para que de repente, el guerrero abriera los ojos y la mirara con aquella sonrisa característica suya y dijera algo para hacerla sonreír también, aunque fueron sus recuerdos los que hicieron que esbozara una sonrisa. Su mente la llevó al momento en el que la encontraron por primera vez y ella le propinó una patada en la entrepierna. Parecía que desde entonces habían pasado años, pero la sensación que tuvo cuando él la tocó no la olvidaría jamás. Nunca había creído en el destino, pero en ese momento sintió que conocía a ese hombre desde siempre, como si se hubieran separado durante unos años y se hubieran reencontrado nuevamente siendo mayores. Pero sabía

que no era así. Lo que sí tenía claro era que ese sentimiento estaba tan profundo que no se lo había podido quitar de la cabeza a pesar de haberlo intentado.

Iona acarició el firme mentón de Irvin con total libertad. En ese momento no sentía la vergüenza que sabía que sí tendría en el caso de que él estuviera consciente, por lo que se animó a seguir. Sus dedos recorrieron suavemente el cuello del guerrero hasta bajar a su pecho, allí puso la mano en el centro y se detuvo a sentir los latidos de su corazón bajo su palma. Para su sorpresa, estos eran rápidos y la joven dedujo que se debía al veneno que había tenido en su cuerpo. Y finalmente, lo dejó descansar, pues ella también se sentía de repente muy exhausta. Habían pasado demasiadas cosas durante ese día y deseaba dejarse caer sobre el sillón que habían preparado para ella y cerrar los ojos unos instantes. No obstante, cuando Iona se levantó para alejarse de Irvin la potente voz del guerrero le hizo dar un respingo:

—¿Por qué no sigues?

Iona se volvió hacia la cama de nuevo y vio que Irvin la estaba mirando con los ojos abiertos y una sonrisa pícaro en los labios. La joven no pudo disimular la sorpresa en su rostro y entrecerró los ojos:

—¿Estabas despierto todo el rato?

El guerrero estuvo a punto de lanzar una carcajada, pero se contuvo a tiempo para no abrir la herida que le había cosido Roona. A cambio, le devolvió un brillo especial y astuto en los ojos.

—Roona ha estado a punto de matarme ella misma cuando le he pedido que os diga que estaba durmiendo. —A cada palabra suya, la boca de Iona se fue abriendo por la sorpresa—. La verdad es que no sé ni quién me ha traído al dormitorio, pero cuando Roona me ha sacado el veneno, he despertado.

—¿Y por qué me has hecho creer que estabas mal? Bueno, a mí y a todos —se quejó—. No te imaginas las miradas que me lanzaba Malcolm...

—Porque sabía que te ofrecerías a cuidarme. —Se incorporó levemente y la aferró del brazo para tirar de ella y hacerla caer sobre la cama—. Y así estaríamos un rato a solas.

Iona lanzó un bufido y lo golpeó suavemente en el brazo.

—No vuelvas a hacerme eso jamás. ¿Tú sabes el miedo que he pasado?

Irvin mudó el rostro a una expresión de arrepentimiento.

—Lo siento. La verdad es que la herida me duele como mil demonios, pero no estoy tan cansando como en el camino hacia aquí. Espero que me perdones.

Iona frunció el ceño y se alejó de él, aunque se mantuvo quieta en la cama.

—Lo haré cuando te golpee de nuevo en tu entrepierna.

Irvin silbó y se alejó de ella como pudo.

—Vale, creo que me he excedido con la broma. ¿Estás muy enfadada como para negarle un beso a este guerrero envenenado?

Iona lo miró durante unos segundos hasta que finalmente sonrió y negó con la cabeza, haciendo sonreír a Irvin. La joven se acercó a él y lo besó con cuidado para evitar hacerle daño.

—Tu boca me resulta tan apetitosa que fingiría mil desmayos tan solo para que tú me besaras después —susurró contra sus labios.

Iona sonrió y se atrevió a acariciarlo de nuevo, retomando sus caricias en el mismo lugar donde lo había dejado.

—¿Y esto también te gusta?

Irvin ronroneó y asintió mientras se acomodaba para disfrutar de sus manos.

—Te aseguro que tus manos me curan más que las de Roona —le dijo mencionando a la

curandera.

Iona sonrió y se inclinó para besarlo. Estaba realmente feliz al ver que la herida de Irvin era de poca consideración y que apenas quedaba veneno en su cuerpo. Había estado muy preocupada por él y cuando escuchó su voz y supo la verdad, había tenido que contenerse para no golpearlo ella misma en la herida de la flecha.

La joven contuvo el aliento cuando Irvin la aferró de la cintura para atraerla más hacia él y sintió que el tiempo volvía a detenerse, tal y como había pasado en la charca. Sin embargo, el hechizo que poco a poco los había envuelto se rompió de golpe cuando la puerta se abrió:

—Pero ¿qué...? —se escuchó tras ellos.

Iona se separó de Irvin como si de repente su piel quemara. La joven se levantó y fijó la mirada en la puerta al tiempo que todo su ser comenzó a temblar por el nerviosismo. Frente a ellos se encontraban Alec y Malcolm y los miraban con el rostro mudado en sorpresa y estupefacción.

—Vaya, venía a pedirle a Iona que nos avisara cuando hubieras despertado... —dijo Alec con ironía.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí? —preguntó Malcolm entrecerrando los ojos.

Irvin esbozó una sonrisa antes de resoplar.

—Hermano, ¿de verdad hace falta que te lo explique? —se burló de él.

Malcolm enarcó una ceja y después dirigió su mirada negra a Iona, que parecía hacerse más pequeña a medida que los hermanos Mackenzie la observaban.

—No voy a ocultarlo más —dijo Irvin.

Iona lo miró al instante y abrió la boca varias veces sin llegar a decir nada, y cuando sintió que la vergüenza se hacía con todo su ser, dio un paso atrás, intentando escapar de la habitación.

—Creo que será mejor que lo habléis vosotros —dijo lentamente y casi tartamudeando.

Irvin negó con la cabeza sonriendo y cuando vio que Iona se dirigía hacia la puerta, soltó:

—¡Nos vamos a casar!

Iona frenó en seco y levantó la mirada hacia Alec y Malcolm, que instintivamente llevaron sus ojos hacia ella a tan solo un par de metros de la joven. Esta intentó sortearlos para salir precipitadamente del dormitorio, pero la férrea mano de Malcolm la detuvo.

—¿A dónde crees que vas? —le preguntó en un siseo.

Iona lo miró con cierto miedo e Irvin, al notar su azoramiento, le dijo a su hermano desde la cama:

—Será mejor que la sueltes y la trates como merece.

Malcolm miró a su hermano pequeño con un pequeño deje de rencor y, resoplando, la soltó.

—Por Dios que si el veneno no lo mata, creo que lo haré yo —susurró el hermano de ojos negros.

—Me parece que tendrás un arduo trabajo, hermano, porque si un veneno no ha conseguido acabar conmigo, tú tampoco lo harás —le dijo en tono burlón.

Alec dio un par de pasos hacia la cama y miró a Irvin e Iona alternativamente.

—Tengo tantas preguntas que no sé por dónde empezar.

—Haz la primera que pase por tu cabeza —sugirió Irvin acomodándose en la cama.

—¿Qué demonios haces despierto?

# Capítulo 15

Irvin lanzó una carcajada.

—¿Esa es tu pregunta más importante, hermano? Estás perdiendo facultades...

Alec no sabía cómo reaccionar a lo que veía ante sus ojos. Por una parte, se alegraba de ver a su hermano casi recuperado del ataque, pero por otra, la noticia de que Irvin iba a casarse lo tomó desprevenido por completo y no estaba seguro de que se tratara de otra de sus bromas.

Miró instintivamente a Iona, que parecía estar clavada en el suelo, pues no se había movido del sitio, y con su mirada confirmó las palabras de su hermano. Ya se había imaginado que tenían algo más que una amistad o agradecimiento por haberla llevado al castillo, especialmente desde que los vio besándose en la oscuridad de la noche en la muralla. Pero jamás habría imaginado que fuera tan deprisa, aunque conociendo la impetuosidad de su hermano, no debía extrañarse.

Un resoplo de Irvin llamó su atención.

—Hermano, creo que debo pedir disculpas por fingir que aún no había despertado, pero deseaba que Iona se quedara en mi dormitorio para escondernos de los ojos ajenos, pues no queríamos desvelar la noticia aún. Y si nos habéis descubierto es porque madre no os enseñó a llamar a la puerta...

Alec negó con la cabeza, conector de que el carácter de Irvin no tenía remedio, pero Malcolm apretó los puños con fuerza y lo miró como si quisiera matarlo lentamente.

—Gracias por preocuparte tanto por mí, Malcolm —dijo Irvin con una sonrisa pícaro—. Ya sé que tu enfado viene de tus sentimientos.

—Sí, de mis sentimientos por querer lanzarme sobre ti y ahogarte —siseó el aludido.

Al ver la conversación entre los hermanos, Iona comenzó a caminar hacia atrás para intentar marcharse de la habitación y evitarse así la conversación que mantendrían a continuación. Sin embargo, cuando se giró para salir, la voz de Alec la detuvo.

—Me parece que esta conversación también te atañe, Iona...

La joven lo miró con la esperanza de que la dejara marchar, pero cuando la determinación del guerrero se dibujó en sus ojos, suspiró derrotada y volvió junto a ellos.

—Voy a intentar olvidar tu bromita, querido hermano, pero ahora me vais a explicar por qué iba a celebrarse una boda en este castillo sin que yo lo supiera.

Irvin levantó las manos.

—Espera, Alec. Yo no he dicho que nos fuéramos a casar sin deciros nada, tan solo queríamos mantener el secreto durante un tiempo.

—¿Y por qué has decidido casarte con ella? ¿Es por los mercenarios?

—¡No! —exclamó Irvin levantando la voz e incorporándose en la cama—. Pero tampoco creo que hace falta que te explique por qué me quiero casar con ella...

Alec enarcó una ceja.

—Bueno, permítame la duda, hermano, pero tú siempre has dicho que jamás te casarías. Supongo que debe haber un buen motivo para hacerlo.

Iona se sentía incómoda con aquella conversación. Tenía la sensación de que la habían vuelto a olvidar y hablaban como si ella no estuviera allí. Sin embargo, la respuesta de Irvin la dejó

paralizada por completo:

—Me quiero casar con ella porque la amo —sentenció con seriedad dejando a todos estupefactos. Pero haciendo caso omiso a la presencia de sus hermanos, mirándola, continuó—. Me caso con ella porque es la única mujer que me ha hecho sentir cosas que jamás había sentido, porque se metió en mi cabeza y me ha torturado una y otra vez, porque a pesar de intentar alejarme, necesitaba volver a ella para estar bien. Por eso y por muchas cosas más. Y sí, la conozco desde hace poco, pero el primer sentimiento que tuve al verla por primera vez no ha disminuido, sino al contrario. ¿Qué sentisteis vosotros al ver por primera vez a vuestras esposas?

Irvin esperó una respuesta que no llegó, sino que sus hermanos se miraron entre sí con incomodidad.

—Y no he querido decir nada y he negado mis sentimientos cientos de veces por... miedo —dijo más para sí que para el resto.

—¿A qué? —preguntó Alec con suavidad.

—A las burlas del clan —respondió finalmente tras unos segundos de duda—. Sí, mi carácter me ha llevado a burlarme de todos por veros caer como bobos en el amor. Y ahora que yo también he caído no quería que nadie lo supiera, maldita sea.

Para sorpresa de todos, Malcolm lanzó una carcajada.

—¿Y de verdad crees que tus hermanos somos tan tontos que no nos habíamos dado cuenta? ¿Por qué si no te provocaba a cada momento?

Irvin frunció el ceño.

—¿Lo hacías a propósito? —El joven le mostró el puño, pero Malcolm de devolvió una sonrisa y se cruzó de brazos.

Tras eso, Alec miró a Iona.

—¿Y tú, sientes lo mismo?

—Sí —respondió la joven, nerviosa al tener ahora todas las miradas sobre ella.

Alec respiró hondo. Sabía que su siguiente pregunta iba a molestarla, pero debía hacerla.

—¿O te casas con mi hermano para que te proteja de los que te siguen?

—¿Qué? —preguntaron Iona e Irvin al mismo tiempo.

La joven dio un paso hacia él. Le molestó que le hiciera aquella pregunta, pues en ningún momento pensó en aprovecharse de los sentimientos de Irvin para escapar de su padre y de Hamish.

—¿Por quién me tomas? —preguntó, enfadada—. Sí, huí de mi padre tan solo porque no quería casarme con Hamish, pero escapé al bosque y allí vivía bien. Jamás pensé en encontrar a alguien con quien casarme para poder escapar de mi primo.

—¿A dónde quieres llegar, hermano? —preguntó Irvin con enfado.

—Calma... Mi deber como laird y hermano es velar por todos. Solo quería aclararlo, nada más.

Pero a pesar de su explicación, el rostro de Iona seguía estando iracundo.

—A Isla y a Aily les hará ilusión saber que tendrán una nueva cuñada —dijo intentando calmar los ánimos.

—Y los niños tendrán a alguien más a quien torturar —siguió Malcolm modificando la expresión de su rostro.

Con una sonrisa, Alec se acercó a ella y le dijo:

—Bienvenida a la familia.

Iona miró a Irvin sin saber qué hacer y cuando este asintió en silencio, la joven esbozó una

pequeña sonrisa.

—Gracias.

Los ojos de todos se volvieron entonces hacia Malcolm, que los miró con un deje irónico y burlón hasta que, finalmente y sorprendiendo a Iona, la abrazó:

—No sé si darte la bienvenida o el pésame por tener que soportar a mi hermano.

La carcajada de Irvin inundó el dormitorio, aunque al instante dio paso a una expresión de dolor por el movimiento de su costado. No obstante, la sonrisa no se borró de sus labios. Por primera vez en su vida se sentía pleno, feliz. Tenía junto a él a la mujer que ocupaba sus pensamientos y su familia la aceptaba. Ya nada podía interponerse en su vida para ser feliz. O al menos eso esperaba...

Cinco días después, Irvin estaba recuperado, pero también desesperado. Corría pasillo a pasillo detrás de Iona para intentar convencerla de que desistiera de su obstinada decisión de seguir trabajando en el castillo. Aunque tan solo supieran de su boda los familiares, la joven seguía convencida de que quería disimular ante los demás. Y esa decisión hacía que Fia le siguiera encargando trabajos. No obstante, por petición de Alec, estos se habían reducido drásticamente de un día para otro, por lo que tenía mucho tiempo libre para disfrutar con Irvin.

—¡Eres más testaruda que Malcolm! —exclamó el guerrero cuando Iona por fin terminó con sus quehaceres.

—Solo intento agradecer lo que hacéis por mí.

Irvin sonrió y miró de un lado a otro del pasillo para comprobar que estaban solos. Y al instante, se acercó a ella y la acorraló contra la pared.

—¿Y a mí cómo piensas compensarme que vaya detrás de ti a cada momento?

Iona sintió que se ponía nerviosa y que sus mejillas cambiaban de color.

—¡Nos pueden ver! —susurró mirando a todos lados.

Pero Irvin llevó una mano a su mentón para obligarla a mirarlo, y al instante se perdió en la mirada del guerrero. Por Dios, ¿cómo podía atraerla de esa manera tan hipnótica? Una sola mirada de Irvin hacía que perdiera el hilo de cualquier conversación, además de olvidar todo lo demás. Junto a él tenía la sensación de que todo iba bien y que nada podría separarlos, pero el fantasma de los mercenarios y de su padre seguía estando presente, por lo que su felicidad no era plena.

—Y si nos ven, ¿qué pasa? —ronroneó Irvin contra sus labios.

Como si de un fuego abrasador se tratara, Iona sintió que su cuerpo se encendía por completo. Deseaba entregarse de nuevo a Irvin, pero durante esos días se había alejado del guerrero en ese sentido para que se recuperara del todo. Por ello, ahora que estaba bien no podía sino desear sentir las caricias de su futuro esposo en su cuerpo; quería dejarse llevar, olvidar que estaban en medio de un pasillo y que cualquier sirviente podría verlos.

—Te deseo, Iona —susurró con la voz ronca—. No puedo esperar más.

—Y yo no quiero que esperes —cedió por completo.

Con una sonrisa, Irvin atrapó sus labios y los succionó con auténtico frenesí. Iona lo aceptó ansiosa. Necesitaba ese beso como los árboles el agua, como sus pulmones el aire... Deseaba sentir de nuevo ese impulso salvaje de sus manos en su cuerpo, además de los besos en cada poro de su piel, y olvidando por completo dónde estaban, se dejó llevar.

Iona elevó sus brazos hasta los hombros de Irvin y apoyó en ellos, pues las piernas empezaron a temblarle tanto que no sabía si iban a poder sujetarla. Irvin, por su parte, la aferró con fuerza por la cintura y la elevó para llevar las piernas de la joven alrededor de sus caderas y la apoyó

contra la pared sin miramientos. Durante todos esos días habían podido dejar su deseo a un lado, pero en ese momento solo querían dar rienda suelta a aquella pasión contenida que tan solo deseaba ser liberada de forma descontrolada.

Irvin la desnudó con fiereza, incapaz de soportar un segundo más sin sentir la piel de la joven bajo la palma de sus manos. Cuando sus pechos quedaron expuestos ante él, Irvin no perdió tiempo y se lanzó a por ellos. El guerrero los succionó con fuerza, haciendo que en el pasillo tan solo se escucharan los sonidos que escapaban de su boca y de la garganta de Iona cuando gemía.

La joven también se atrevió a desnudarlo y cuando la ropa del guerrero cayó al suelo, este se separó ligeramente para mirarla. Descubrió que los labios de Iona palpitaban de deseo y, dejando a un lado el sosiego, pues ya tendrían tiempo de ello, la penetró con fuerza, provocando que de la boca de Iona se escapara un grito de placer que resonó en todo el pasillo. Sin poder contenerse más, Irvin hizo el mismo movimiento, consiguiendo el mismo efecto. Sus ojos estaban fijos sobre los de Iona, que estaba ruborizada y respiraba con intensidad. La joven le devolvía la misma mirada de intenso deseo y frenesí que lo volvía loco. Y para sorpresa suya, Iona movió las caderas en círculos para que continuara.

—Por Dios que esta sensación hace que pierda la cabeza —le susurró antes de volver a hundirse en ella con fuerza.

Acortó la distancia entre ambos y la besó una vez más, recogiendo con sus labios los gemidos que Iona dejaba escapar de su garganta. Su cuerpo y su alma deseaban que aquel momento hubiera durado una eternidad, pero conscientes del lugar en el que estaban y que podrían ser descubiertos en cualquier momento, Irvin siguió penetrándola deprisa hasta que ambos, con un gemido desgarrador, alcanzaron el límite del placer.

Poco a poco y sin moverse de donde estaban, la intensidad de su respiración se fue haciendo más lenta y pausada, recuperando el aliento tras aquella muestra de deseo entre ambos.

—Será mejor que nos vistamos —sugirió Irvin tentado de no soltarla.

—Sí, me moriría de vergüenza si pasa por aquí algún sirviente —dijo Iona recomponiendo su ropa con prisa.

Irvin la observaba con una sonrisa en los labios mientras se ponía la camisa y colocaba su kilt alrededor de la cintura. Al cabo de cinco minutos, cuando ya estaban vestidos, Irvin no pudo evitar besarla de nuevo, pero cuando ambos escucharon un carraspeo a su espalda, se separaron el uno del otro como si de repente quemaran.

Se volvieron hacia el lugar donde se escuchó el sonido y descubrieron a Malcolm, que los observaba con una mezcla de ironía y diversión en el rostro. La sonrisa del mediano de los hermanos se ensanchó cuando los escuchó suspirar de alivio por ver que era él y no otro quien los había descubierto:

—Lamento interrumpir un momento tan bonito —empezó con sorna—, pero Alec nos ha mandado llamar a su despacho.

—De acuerdo —respondió Irvin.

El joven se giró y guiñó un ojo a Iona a modo de despedida antes de tomar el camino hacia Malcolm, que parecía tener problemas consigo mismo para contener una carcajada.

Cuando al cabo de unos metros se hubieron alejado de Iona, Malcolm miró hacia atrás para ver si los seguía y después dirigió sus ojos hacia Irvin:

—¿Por qué me miras así? —preguntó el pequeño con la duda marcada en el rostro.

—Para que me des las gracias.

Irvin lo miró ceñudo.

—¿Y por qué debería dártelas?

—Por haber sido yo quien ha escuchado cómo retozabais en medio del pasillo y no otro. He tenido que ponerme en el otro extremo para que los sirvientes no os descubrieran. Creo que Gladis ha pensado que estaba loco.

Irvin se paró en medio del pasillo y miró a su hermano, asombrado.

—¿De verdad has hecho eso?

—¿Y qué querías que hiciera, dejar que os vieran retozar como animales en celo? —bromeó—. Pero no te emociones, hermano, lo he hecho por Iona, no quería que se pusiera en un aprieto.

La incomodidad que mostró Malcolm al reconocer el verdadero motivo hizo sonreír a Irvin, que lo abrazó y revolvió su pelo antes de que su hermano lo empujara y lo mirara con más seriedad.

—Como me gusta esa pequeña parte de bondad...

—No sé de qué me hablas —dijo Malcolm con cierto embarazo—. ¡Venga! Nos espera Alec.

Unos minutos después, los tres hermanos se encontraban en el despacho para hablar de algo importante que quería comunicarles.

—¿Ha sucedido algo grave? —preguntó Irvin, nervioso.

—No, tan solo quería comunicaros que esta misma noche vamos a tener invitados.

Malcolm e Irvin se miraron entre sí con curiosidad.

—Nuestro amigo Andy MacLeod ha enviado a uno de sus hombres para decirnos que están de paso por nuestras tierras y necesitan un lugar para pasar la noche —les informó con una sonrisa—. Así que he aceptado que duerman en el castillo.

Irvin suspiró.

—Vaya, por un momento pensé que se trataba de algo grave —dijo, aliviado—. Me alegra ver de nuevo a Andy.

—Y seguro que él se alegrará de conocer a tu futura esposa —bromeó Malcolm.

—No tengo intención de presentársela.

—¿Por qué?

—Si ya se burló de ti porque te habías casado, no quiero imaginar lo que hará conmigo si se entera...

Alec se rio y dio una palmada.

—Bueno, será mejor que ayudemos a preparar todo para esta noche. Aunque sean amigos y nos conozcamos de sobra, debemos demostrar una vez más que somos buenos anfitriones.

Iona caminó deprisa hacia las cocinas, deseando que nadie se hubiera dado cuenta de su desaparición durante media hora porque aunque sus tareas hubieran terminado, estaba segura de que la cocinera le había encontrado algo nuevo que hacer. Sin embargo, cuando Fia la vio entrar por la puerta casi a hurtadillas, levantó la voz y los brazos como si frente a ella tuviera un milagro.

—¡Loado sea nuestro Dios, muchacha! —gritó—. ¿Se puede saber dónde estabas? Me ha dicho el señor que tenemos invitados y hay que hacer muchísimas cosas para esta noche, así que ponte manos a la obra. Ya he mandado a los demás a preparar los platos, copas, habitaciones y demás, pero necesito ayuda en la cocina. Será una veintena de hombres muertos de hambre que querrán cenar bien, así que debemos preparar el mejor manjar que hayan probado en meses.

Iona asintió y se puso el delantal para ayudar a amasar el pan que había sobre la mesa. El silencio entonces reinó a su alrededor, pero cuando una idea cruzó por su cabeza, no pudo evitar preguntar:

—¿Quiénes son los invitados? —dijo con cierto temor de que fuera su padre.

—Un amigo del señor y sus hombres. Eso no nos concierne —cortó el tema al instante.

Iona asintió y se volvió de nuevo hacia la masa que tenía enfrente. En parte suspiró aliviada, pues en caso de ser su familia o alguien de su clan, la habrían avisado sin dudar.

Y así pasó el resto del día, de un lado a otro de la cocina, ayudando en todo lo posible para que la cena fuera perfecta. Habían preparado un auténtico manjar e Iona sintió que la boca se le hacía agua cuando los diferentes olores llegaban a su nariz. Fia había preparado estofados, sopas, *haggis* y pudding. Aquellos manjares hicieron que recordara la vida en su castillo, pues desde que había escapado no había vuelto a ver aquel despliegue de comida. Y en parte deseó que todo el mundo supiera de su futuro con Irvin para disfrutar de esa deliciosa comida.

—Ya están aquí los invitados —dijo Fia interrumpiendo sus pensamientos.

Iona dio un respingo y se giró hacia ella. Se quitó el delantal y lo dejó a un lado, dispuesta a marcharse a descansar, pues su trabajo había terminado.

—Lo siento, muchacha, pero necesitamos aún tus manos.

—¿Para qué?

—Para servir las mesas. No nos vamos a dar abasto para llevar toda la comida, así que tienes que ayudarnos.

El corazón de Iona se sobresaltó.

—Pero yo nunca he servido... No sabré hacerlo.

—Solo tienes que llevar los cuencos, Gladis o cualquier otra te ayudará a servir en los platos.

Iona asintió, aún no muy convencida, pues no sabía cómo se tomaría Irvin que fuera ella una de las sirvientas de la cena. Sin embargo, se dijo que no podía culpar a nadie más que a ella de no poder sentarse junto a Irvin y decir a todos que sería su futura esposa.

Los tres hermanos se encontraban en la puerta de entrada al castillo. Los guardias hacía rato que los habían avisado del contingente de hombres que se aproximaba al castillo con el emblema de los MacLeod, así que tanto Alec como Malcolm e Irvin se encontraban ya en el patio de armas reunidos para recibir a su amigo y sus hombres.

—Tranquilo, no se te nota que estás enamorado —se burló Malcolm haciendo que Irvin lo mirara de reojo.

—Pues a ti sí se te nota que cada día estás más blando...

Malcolm frunció el ceño y se giró hacia él dispuesto a golpearlo para demostrarle que no era cierto, pero el sonido de los cascos de los caballos entrando en el castillo los interrumpió:

—Si os comportáis de manera normal, nadie notará nada —pinchó Alec antes de acercarse a los recién llegados y saludar a su amigo—. ¡Andy, me alegro de verte, amigo!

El aludido bajó del caballo con su habitual gallardía y le dedicó una sonrisa al laird Mackenzie antes de abrazarlo:

—¡Alec! —Dio varias palmadas en su espalda—. ¡Veo que sigues entero!

—¿Y por qué no habría de estarlo? —preguntó con auténtica curiosidad.

—Me han dicho que tienes unos hijos que son muy revoltosos.

Alec lanzó una carcajada.

—Gracias a Dios, solo uno de ellos es así.

—Me alegro entonces por ello. —Después se dirigió hacia Malcolm e Irvin, que los esperaban en el mismo sitio de antes—. ¿Y a vosotros qué os pasa que estáis tan tensos? Parece que alguien os ha metido un palo entre las nalgas.

Los hermanos se miraron entre sí y se obligaron a relajarse.

—Nada, que mis hermanos parecen tener la misma edad que mis hijos —respondió Alec por ellos.

Andy lanzó una carcajada y abrazó a sus amigos. Hacía tanto tiempo que no los veía que le alegraba verlos tan bien como la última vez.

—¡Irvin! —exclamó cuando lo abrazó—. ¿Aún no has seguido los pasos de tus hermanos y sigues soltero?

La incomodidad que se reflejó en el rostro del joven era más que notoria. Por una parte, no quería negar que estaba enamorado de Iona y que planeaba casarse en breve, pero si lo contaba, estaba fallando a su futura esposa por no guardar el secreto, así que optó por dar una respuesta indiferente:

—Ya me conoces, Andy. Siempre he ido a contracorriente.

Su amigo rio y apretó su hombro antes de volverse hacia los demás. Vio que sus hombres ya habían desmontado y se acercaban a ellos.

—Tal vez es mucho pedir, pero decidme que hay un rico estofado esperándonos...

Alec sonrió y palmeó su espalda.

—¿Qué clase de anfitrión crees que soy? Ya está todo preparado, y espero que nos cuentes qué te ha traído por nuestras tierras.

Andy se encogió de hombros mientras les siguió el paso.

—La verdad es que no tengo mucho que contar. He ido a ver a mis familiares del sur y ahora que regresaba a mis tierras y pasaba cerca de aquí, quería visitaros, pues hacía mucho tiempo que no os veía.

—Me parece que desde la reunión de clanes que hicimos aquí por el problema con los Campbell, ¿no? —recordó Malcolm.

—Sí, ha pasado un tiempo y ya sabéis que me gusta ver a mis amigos con más asiduidad.

Alec lo aferró del hombro mientras caminaban y se dirigían al gran salón seguidos de los hombres MacLeod.

—Y a nosotros nos encanta tu visita.

—Espero que me presentéis a vuestros hijos. Necesito conocerlos para darles instrucciones sobre lo que deben hacer para seguir sacándoos de quicio —bromeó al tiempo que pasaban al gran salón.

Malcolm puso los ojos en blanco y miró a Alec.

—¿Lo matas tú o lo mato yo? —preguntó provocando una carcajada de Andy.

Por primera vez desde que la conocía, Iona vio que Fia estaba nerviosa. Daba instrucciones a diestro y siniestro a todos los sirvientes para que la cena saliera bien y no hubiera problema alguno. Aunque durante todo el tiempo había intentado mantener la calma, Iona finalmente se había contagiado de ese nerviosismo y debía recordarse a sí misma en cada momento que pasara lo que pasara, Irvin no se lo tendría en cuenta.

—Los invitados ya están en el salón, así que hay que darse prisa —dijo Fia.

A continuación, la cocinera le ordenó que tomara uno de los cuencos de comida y lo llevara, junto a Gladis y Mary al salón, y que después regresaran cuanto antes para llevar más comida y bebida.

Cuando Iona tomó el cuenco entre sus manos, sintió que su nerviosismo aumentaba, así que respiró hondo y soltó el aire lentamente. Se dirigió hacia la puerta siguiendo los pasos de las otras dos sirvientas y finalmente se encaminaron por el pasillo hacia el gran salón. Iona vio que sus manos temblaban, provocando que el estofado que contenía el cuenco se moviera

peligrosamente.

—Estoy nerviosa por verlo de nuevo —susurró Gladis—. Es tan guapo...

Iona levantó la mirada hacia sus compañeras y descubrió que compartían nerviosismo.

—¿A quién os referís? —les preguntó.

Mary se volvió hacia ella justo cuando llegaron a la puerta del enorme salón y le sonrió:

—Al invitado del señor... Ahora lo verás.

Iona quiso preguntar el nombre por curiosidad, pero la puerta se abrió en ese preciso momento y la cortó. Entró tras sus compañeras y se dirigió hacia la mesa principal. Fia le había dicho que ella sería la encargada de abastecer a esa mesa, de ahí que sus nervios fueran en aumento. No estaba segura de querer conocer la expresión de Irvin y el resto de su familia cuando la vieran llegar con el cuenco de comida, pero su curiosidad pudo más y levantó la mirada hacia el frente. Y entonces sintió cómo su corazón se paraba de golpe.

## Capítulo 16

El cuenco de comida se le escurrió de las manos y acabó estrellándose estrepitosamente contra el suelo, esparciendo su contenido de un lado a otro del salón, y consiguiendo que la atención de todos estuviera puesta sobre ella, que se había quedado completamente paralizada al reconocer al invitado de los Mackenzie. Y no fue la única, pues tras oír el cuenco caer, Andy dejó de escuchar a Alec para llevar su mirada al frente y cuando vio a Iona, no pudo evitar una mueca de sorpresa en su rostro:

—¡Iona Mackay! —exclamó, sorprendido—. ¡Qué grata sorpresa!

Andy se levantó de su asiento para mirarla bien, algo que hizo que Irvin saltara del suyo y rodeara la mesa para acercarse a Iona.

—¿Estás bien? —le preguntó en un susurro.

La joven lo miró y asintió a pesar de que sabía que su futuro acababa de echarse a perder. Pero en ese momento, la atención volvió a fijarse en Andy.

—¿Os conocéis? —preguntó Alec con cierto recelo al ver que Iona estaba realmente tensa.

Andy lo miró y asintió enérgicamente.

—En la boda de su hermano hará ya casi tres meses —explicó—. ¿Pero qué haces sirviendo aquí, muchacha?

Iona sintió entonces sobre ella las miradas de toda la familia Mackenzie y no pudo evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas ante el desvelo de su engaño. Miró con gesto dudoso a Irvin, pero este estaba igual de sorprendido y se mantuvo callado a la espera de su respuesta:

—Esta es mi vida —respondió secamente.

Andy frunció el ceño y miró a los Mackenzie antes de bordear la mesa y acercarse a ella:

—¿Cómo va a ser esta la vida de la hija del laird Mackay?

A su alrededor se escucharon exclamaciones de sorpresa cuando se reveló por fin su verdadera identidad. Los ojos de Iona recorrieron toda la mesa Mackenzie y descubrió los rostros sorprendidos de Isla y Aily, que la miraban enmudecidas. Pero cuando su mirada recorrió el rostro de Alec y Malcolm, vio en ellos un deje de rencor que no supo interpretar, especialmente en el último.

Iona no pudo seguir soportando sus miradas y finalmente, posó sus ojos sobre la única persona de la cual le importaba su opinión. La mirada de Irvin era indescifrable. Por un lado, la observaba con sorpresa y algo de admiración, pero por otra, pudo distinguir perfectamente la decepción que sentía en ese momento. Los ojos de Irvin intentaron ahondar en los suyos como si quisiera leer su mente e intentar averiguar si aquello formaba parte de alguna broma, pero al ver que no era así, entornó los ojos.

—Yo... —Iona no sabía qué decir y ante aquella mirada decepcionada de Irvin, solo pudo apartar sus ojos de él y volver a mirar a Andy, que no comprendía nada de lo que estaba ocurriendo.

El invitado posó disimuladamente la mano en la empuñadura de la espada y le preguntó:

—¿Estás aquí por tu propia voluntad?

—Pero ¿por quién nos tomas MacLeod? —Alec dio un manotazo en la mesa y se levantó.

El aludido se giró hacia él y levantó las manos buscando paz.

—Os conozco perfectamente, amigo, pero esta joven es la hija del laird Mackay y reconozco que me ha sorprendido verla aquí sirviendo.

—Nosotros no sabíamos quién era en realidad —se defendió Alec mirando con recelo y rencor a Iona—. Irvin la encontró en medio de un bosque a punto de ser atacada por un mercenario. La trajo aquí para protegerla y ella nos contó que pertenecía al clan Mackay, pero no que fuera la hija de su laird. Por santo Dios, muchacha, ¿cómo no nos dijiste eso? ¿Acaso no sabes el lío en el que podías haber metido al clan Mackenzie?

Iona dio un respingo y miró de soslayo a Irvin, que dio un paso atrás y lo vio cerrar los ojos mientras se frotaba la frente perlada en sudor. Después volvió su mirada al frente y vio que todos estaban esperando una respuesta por su parte. Una respuesta que no se sentía capaz de dar en ese momento, por lo que, sorprendiendo a todos, se giró y salió corriendo del salón con los ojos anegados en lágrimas. Sabía que era el gesto más cobarde y ruin que podía demostrar por su parte, pero así se sentía en ese momento, una cobarde.

Sin poder parar de llorar, Iona corrió hacia la puerta del castillo y salió al frío de la noche. Un escalofrío recorrió su espalda cuando el aire gélido del norte penetró entre sus ropas, pero poco le importó que no llevara puesta la capa. En ese instante, no le importaba nada más que la mirada de decepción de Irvin. Todos sus sueños e ilusiones acababan de deshacerse y de desaparecer de su vida. Estaba segura de que Andy MacLeod enviaría a un emisario para avisar a su padre, y este llegaría lo antes posible para casarla con Hamish, eso sin contar con el evidente castigo que recibiría por su insubordinación.

Sus manos temblaron de miedo cuando cruzó el patio a toda prisa. Necesitaba alejarse de allí para pensar e intentar olvidar esa mirada de Irvin. No podía soportar tenerla por más tiempo en su mente, por lo que rezó para que no hubiera calado demasiado hondo en su corazón, pues tan solo así podría olvidar cuanto antes al guerrero Mackenzie.

Atravesó el enorme portón casi corriendo, haciendo que los guardias de la fortaleza la miraran con gesto extraño, pero no le importó y tampoco la detuvieron. Iona siguió corriendo por la oscura pradera hacia el pueblo. Gracias a la luz de la luna podía ver el camino, aunque poco le hubiera importado chocarse contra algo en ese momento. Todo a su alrededor estaba en silencio y solitario. Nadie paseaba ni se dirigía a sus casas, por lo que tenía todo para ella. Pero Iona no quería ir al pueblo, sino al lago que había junto a él. Quería que la bruma que en ese momento envolvía la orilla del mismo también la envolviera a ella y la hiciera desaparecer para ir a otras tierras donde no fuera conocida y donde pudiera vivir su vida totalmente sola para regocijarse en el dolor que le producía la mirada de Irvin.

Lo amaba. Jamás había pensado que podía decir eso de alguien, pero lo que sentía por él era real. Y ahora todo se había echado a perder.

Cuando Iona llegó a la orilla del lago, se dejó caer sin importarle que el suelo estuviera mojado y que se mancharía el vestido de barro.

—Lo siento, Irvin —sollozó con fuerza.

Y sin poder evitarlo, se dejó llevar por la pena y las lágrimas.

Irvin no sabía hacia dónde mirar. Sentía sobre él las miradas de sus hermanos mientras que su amigo Andy los observaba a todos alternativamente sin comprender qué estaba pasando en realidad. El gran salón se había quedado en completo silencio tras la marcha de Iona del mismo y Alec no estaba seguro de saber manejar la situación.

—Será mejor que vayamos a mi despacho para hablar con más tranquilidad —sugirió antes de volverse hacia Isla—. Te dejo al mando aquí, vosotros continuad con la cena.

La mujer asintió en silencio, aún sorprendida por la revelación de Andy.

En ese momento, los tres hermanos, seguidos de su amigo, salieron del salón en dirección al despacho. Irvin era el último en el grupo y en ese momento poco le importaba lo que Andy pudiera decir sobre Iona. Se encontraba tan anonadado que lo único que deseaba era salir del castillo, pues sentía que allí se estaba ahogando irremediadamente. Una parte de él estaba tremendamente decepcionada con Iona, pues había puesto toda su confianza en ella y ahora había descubierto que su identidad no era la que pensaba. Cuando la había encontrado en el bosque se había dado cuenta de que sus manos no pertenecían a una campesina normal, pero jamás pensó que el lugar de la joven era en lo más alto de su clan. ¿Por qué no había confiado en él para contarle la verdad? ¿Acaso no lo quería lo suficiente y tal vez no lo amaba como pensaba que lo hacía? Pensó que lo había utilizado para esconderse de su padre y que al casarse con él el laird Mackay ya no tendría potestad sobre ella.

—¿Qué te pasa, Mackenzie? —preguntó Andy llamando su atención.

Irvin levantó la mirada y se dio cuenta entonces de que ya estaban en el despacho de su hermano. Apenas había sido consciente de que habían entrado, tan solo los había seguido sin pensar en nada más que no fuera en lo que sentía. Y ahora que la puerta estaba cerrada, sintió sobre él el peso de todas las miradas, especialmente las de sus hermanos. Se sentía traicionado por Iona y con la sensación de haber decepcionado a su hermano y a su clan por haberlos puesto en peligro, aunque fuera por desconocimiento.

—Nada.

—Pues para no pasarte nada parece que estés a punto de arrancarle la cabeza a alguien. ¿Tanto te ha molestado el engaño de vuestra invitada?

Irvin resopló con fuerza intentando contenerse. Andy era su amigo y él no merecía ser el blanco de su ira.

—Fui yo quien la trajo, es normal que me sienta así —dijo secamente mientras les daba la espalda y se acercaba a la ventana.

Alec suspiró a su espalda y se sentó en su silla.

—Te pido, amigo, que nos cuentes qué sabes de ella y su familia. Necesito saber en qué punto puede estar ahora la seguridad del clan Mackenzie.

Andy asintió con seriedad y se sentó frente a él, al lado de Malcolm, que estaba más callado de lo normal.

—Tampoco sé mucho de ella, Alec —admitió—, pues yo solo la conocí en la boda de su hermano. Gavin Mackay nos invitó a la boda de su hijo a los Sinclair, Sutherland, MacDonell y a los MacLeod, los clanes que estamos alrededor de sus tierras. La verdad es que me sorprendió en parte la invitación, pero lo vi como una oportunidad para unir lazos entre los clanes más norteños. Allí conocí a su hija Iona, pero apenas hablé con ella. Tan solo sé que antes de que nos marcháramos del castillo Mackay corrió la noticia de que alguien la había mancillado la noche de la boda de su hermano y que su padre la obligaba a casarse con su violador.

Irvin estuvo a punto de suspirar aliviado, pues al menos esa parte de la vida de Iona era cierta. No obstante, el simple hecho de recordar que alguien la había forzado le hizo apretar los puños con fuerza. El joven se sentó en el alféizar de la ventana y centró su mirada en Andy mientras este continuaba su relato.

—Tras marcharnos de las tierras Mackay llegó a mí la noticia de que la hija de Gavin se había escapado para no casarse. Y ya no sé más. A las dos semanas apareció Gavin para pedirme que enviara a algunos de mis hombres por mis tierras en busca de su hija, y me dijo que si alguna vez

la encontraba o conocía su paradero, la llevara de nuevo a sus tierras.

Aquella revelación hizo que Irvin mascullara algo más para sí que para los demás, llamando la atención de Andy, que giró la cabeza en su dirección.

—¿Por qué tengo la sensación de que te has encaprichado con ella, amigo? Te conozco bastante y he visto cómo la has mirado en el salón.

Malcolm se revolvió incómodo en su asiento, pero no dijo nada, tan solo miró a Alec, que le hizo un gesto con la mano para pedirle calma.

—Lo que yo sienta o deje de sentir no es asunto tuyo, MacLeod —respondió secamente.

—Esa muchacha está prometida con su primo lejano —le recordó—. Espero que sepas entenderlo.

Irvin se levantó de golpe y lo encaró. De no haber sido por la rapidez de Malcolm en levantarse para sujetarlo, el joven habría estrellado su puño en el rostro calmado de Andy.

—Me parece que no es conmigo con quien tienes el problema, amigo —le respondió levantándose de la silla para mirarlo a los ojos—, sino con ella. Es esa muchacha la que os ha mentido y os ha puesto en un aprieto. Y debe volver cuanto antes a su hogar para casarse, así que espero tener la aprobación de Alec para ser yo quien la escolte hasta su castillo, pues fue su padre quien me pidió el favor de forma personal. Además, al ser nuestros clanes aliados, puedo interceder por vosotros frente a los Mackay, pues cuando Gavin se entere de que ha estado en estas tierras y sirviendo en vuestro castillo, no creo que le sienta nada bien. Lo conozco, y estoy seguro de que sería capaz de alzarse en armas.

Andy acabó su exposición mirando a Alec, que, como laird, debía dar su consentimiento para que la joven volviera a su hogar. Y en ese preciso momento, Alec habría deseado que fuera cualquier otro guerrero el que estuviera al frente del clan. No estaba seguro de saber qué tenía que hacer, pues desconocía lo que su hermano sentía ahora por Iona. Y tras conocer su verdadera identidad, sería un fuerte agravio a los Mackay que Irvin se casara precipitadamente con Iona para arrebatársela a su verdadero prometido.

Por ello, el laird suspiró largamente y se inclinó hacia adelante para mirar a los ojos a Andy y pedirle:

—Tengo que hablar primero con mis hermanos sobre lo que es mejor para nosotros. Déjanos solos unos momentos.

—Amigo, créeme, lo mejor es que esa muchacha vuelva a sus tierras.

Alec asintió en silencio, pero sin darle una respuesta firme, por lo que esperó a que Andy se hubiera marchado para mirar a Irvin y dejar escapar el aire lentamente, pero con la desesperación corriendo por su cuerpo. Lentamente, se levantó de la silla y rodeó la mesa para acercarse a su hermano, que se había soltado de Malcolm de mala manera y ahora caminaba de un lado a otro del despacho, como si de un animal enjaulado se tratara. Le dolía ver así a su hermano pequeño, pues aquella era la primera vez que lo veía preocuparse por una mujer. Jamás se había enamorado y descubrir que su primer y único amor lo había engañado no debía de ser fácil. Por ello, miró a Malcolm, que era el que mejor lo entendía en ese momento, y este asintió antes de acercarse a Irvin para interponerse en su camino.

—¡Déjame en paz, Malcolm! —gruñó el joven intentando rodearlo, sin éxito.

El aludido volvió a interceptarlo y lo obligó a pararse durante unos segundos. Malcolm puso las manos en los hombros de Irvin y lo miró a los ojos fijamente.

—Sabes que yo no soy muy ducho en palabras, por lo que voy a ser directo. Te entiendo, Irvin. Te entiendo mejor que nadie. Cuando descubrí el engaño de Agnes, sentí que una parte de

mí moría al instante.

—¡No es lo mismo! —vociferó Irvin intentando contener las ganas de golpear algo.

—Sí, lo es. Agnes me engañó con otro e Iona te ha engañado sobre su procedencia, pero déjame decirte una cosa. Durante años me culpé de lo sucedido sin darme cuenta de que yo no había hecho nada malo, así que no te culpes.

Irvin se deshizo de sus manos y dio un paso hacia atrás.

—¿Cómo no culparme cuando nuestro clan corre peligro por mi decisión de traerla al castillo? Y lo peor de todo, ¡lo sabía! ¡Sabía que escondía algo que no quería contar! Pero no pensaba que fuera eso. Creía que se trataba de su violación... Confié en ella y le he dado tiempo, pero ella no ha confiado en mí. Podría haberme confesado quién era y haberme pedido discreción, pero no.

Alec dio un paso hacia él. Quería haberse mantenido al margen de la conversación, pues sabía que tal vez Malcolm podría encaminar sus pensamientos, pero no podía callar más.

—¿Sabes, hermano? Siempre pensé que el carácter de Malcolm se había agriado porque nunca habló con Agnes sobre lo sucedido y ese dolor quedó abierto, pero tú puedes hablar con Iona sobre lo que ha pasado e intentar acabar con esto lo antes posible y de la mejor manera para todos. Nosotros no podemos obligarte a que sigas adelante con tu compromiso o que dejes que se marche, pero tomes la decisión que tomes, por favor, cuenta con nosotros.

Irvin asintió, más calmado.

—Habla con Iona y descubre qué siente ella, pero sobre todo, no la mires desde el rencor, sino que tu decisión esté marcada por lo que es mejor para los dos. Pediré a Andy que nos deje un día de margen para resolverlo y, si finalmente decides que se marche, le pediré que se la lleve cuanto antes.

# Capítulo 17

Iona no sabía cuánto tiempo había pasado desde que había llegado al lago, pero estaba segura de que hacía horas, pues un cansancio demasiado profundo estaba comenzando a hacer mella en su cuerpo. Tras un día entero de intenso trabajo para preparar todo para la cena, unido a la gran sorpresa en el comedor, había hecho que su cuerpo comenzara a quejarse de auténtico y puro cansancio.

Sin poder derramar ni una sola lágrima más, pues sentía que se había secado por dentro, Iona se levantó del suelo. Vio que su vestido se había manchado de barro, pero poco le importó. Le dolía tanto el corazón que estaba segura de que ya no había nada que pudiera hacerle sufrir más que la pérdida de Irvin. Aunque no había hablado con él estaba segura de que todo estaba perdido entre ellos, pues la mirada que el guerrero le había dedicado antes de que huyera era más que evidente.

Con los pies casi a rastras, Iona intentó no pensar más ni darle más vueltas a lo sucedido, por lo que emprendió el regreso al castillo como si fuera a meterse en la boca del lobo. Así lo sentía. Todo lo que hasta hacía unas horas le había parecido seguro y acogedor ahora se presentaba frente a ella como una losa sobre sus hombros que pretendía ahogarla sin remedio.

El camino hasta el castillo fue más largo de lo normal. Una parte de ella deseaba llegar cuanto antes a su dormitorio y dormir para olvidar, pero otra quería darse la vuelta y huir de nuevo para no enfrentarse a la realidad, pero Irvin no se lo merecía. Su amor no podía acabar así.

Cuando entró de nuevo por el portón, sintió sobre ella las miradas de los guerreros de guardia y algún que otro cuchicheo le indicó que la noticia de su verdadera identidad había corrido con demasiada rapidez. Con paso lento recorrió el patio y su corazón latió más deprisa al pensar que podría cruzarse con Irvin por el pasillo, pero no fue así. El castillo parecía estar abandonado cuando ella entró entre sus muros. Un silencio casi abrumador la recibió y la frialdad que ella sentía en el alma, también podía percibirse en el recibidor de la fortaleza.

Cuando pasó frente a las escaleras, las miró con anhelo, pues deseó tener el valor suficiente para subirlas y enfrentarse a Irvin y a todas sus preguntas. Pero la cobardía que la había llevado a huir del salón la atenazó de nuevo y la llevó hacia su dormitorio. Abrió la puerta casi con prisa y entró en la estancia dando un suspiro casi de alivio. Sin embargo, este le duró poco, pues una voz muy conocida le hizo dar un respingo:

—¿Cuándo pensabas contármelo?

Iona se volvió hacia Irvin, que había estado esperándola escondido detrás de la puerta. La pequeña luz del candil lo iluminaba y a pesar de que su corazón clamaba por acercarse a él y abrazarlo, Iona solo pudo mantenerse inmóvil.

Irvin se encontraba apoyado contra la puerta con los brazos cruzados en su pecho, observándola con tanta intensidad que la joven no sabía qué responder. Iona sintió que su cuerpo empequeñecía por momentos, pues en ese momento tuvo la sensación de que el guerrero estaba más imponente que nunca, además de un gesto fiero que tan solo había visto cuando se enfrentaba a sus enemigos. E Iona sintió miedo, pero no miedo hacia él por algo que pudiera hacerle, sino miedo a que esos brazos que mostraba en una postura defensiva no volvieran a rodearla y abrazarla, miedo a que esos labios que presentaban un mohín de contrariedad no

volvieran a besarla y de que esas manos cuyos puños mantenía apretados con firmeza no volvieran a acariciarla.

—¿No vas a responderme?

Iona dio un respingo al escuchar de nuevo su voz y desvió su mirada hacia el suelo, incapaz de sostener la suya.

—Mírame, Iona —le exigió—. ¡Mírame!

La joven levantó la mirada de nuevo y posó sus ojos llenos de lágrimas sobre él. Irvin vio cómo le temblaba el labio superior y cómo intentaba contenerse para no echarse a llorar, y sintió lástima por ella, pero se obligó a contenerse y a mantenerse frío ante ella. Estaba realmente decepcionado, además de que una profunda tristeza lo embargaba a cada segundo que pasaba.

—Yo... jamás quise mentirte, Irvin —tartamudeó sin poder contener las lágrimas.

El aludido lanzó un bufido y miró hacia otro lado, gesto que provocó un pinchazo de dolor en el pecho de Iona, que no sabía qué podía hacer para cambiar las cosas.

—Cuando te conocí no quise decirte quién era en realidad porque no sabía cómo reaccionarías.

—Pues entonces hubiera sido mucho más fácil, Iona —le increpó sin poder contenerse—. ¿De verdad crees que aun sabiendo quién eras iba a entregarte al hombre que te violó? Me hubiera casado contigo al mismo instante de conocerte de haber sido preciso, pero ahora que Andy lo sabe, no puedo hacer nada por protegerte. ¡Tengo las manos atadas!

Iona tembló ligeramente.

—Alec quiere entregarme, ¿verdad? —preguntó con tristeza.

Irvin tomó aire antes de responder.

—Alec ha decidido que sea yo quien tome la decisión, pues soy yo quien se iba a casar contigo. Por Dios que entiendo tu forma de actuar, pero pensaba que confiabas en mí, Iona. Y me has demostrado que no es así. Si me hubieras contado la verdad y me hubieras pedido que no dijera nada a mis hermanos, lo habría hecho, ¡por Dios! ¡Habría hecho cualquier cosa por ti! ¿No lo entiendes? Así habría podido protegerte, pero con Andy de por medio...

Iona sentía que las palabras se le quedaban atascadas en la garganta, pues a pesar de tener preguntas, no era capaz de ponerlas en su boca.

—Lo siento, Irvin —fue lo único que pudo decir—. Tenía mucho miedo.

—¿De mí? —preguntó con decepción—. ¿Sabes en qué situación me has puesto respecto a mi hermano y a mi clan? ¿Eres consciente de que te he hecho mía más de una vez y que eso podría hacer que tu padre y tu futuro marido me mataran? Tu padre es un laird, un señor de su clan. Perteneces una familia importante y yo... yo no puedo hacer nada, Iona, y tampoco puedo meter en un lío a Andy, es mi amigo. Pero por otra parte... no quiero dejarte ir.

Aquella afirmación hizo que Iona tuviera un resquicio de esperanza.

—¿Y si nos casamos en secreto? —sugirió la joven en voz baja.

Irvin la miró fijamente antes de cerrar los ojos unos instantes. Le dolía tanto verla frente a él y no hacerla suya que estuvo a punto de abrir la puerta y marcharse. Todo su ser clamaba por afirmar y llevar a cabo un enlace secreto antes de que Andy volviera a meter las narices en la vida de la joven, pero la mirada de Alec antes de abandonar el despacho había sido clara. Sabía que su hermano no quería hacerle daño, pero Irvin se debía a su clan, y mantener a Iona en el castillo era un peligro para todos, por lo que estaba a punto de pronunciar las palabras que más le dolerían en toda su vida.

—Ojalá fuera tan fácil, pero no puede ser. Ya es tarde para eso —dijo lentamente no sin cierta

dificultad—. Lo mejor es que regreses a tu hogar, junto a tu padre. Lo nuestro jamás funcionaría en medio de una guerra entre el clan Mackenzie y Mackay.

Iona abrió los ojos desmesuradamente y aunque su boca se abrió varias veces para responder, de ella no salió ni un solo sonido, pues estaba tan estupefacta con sus palabras que no podía reaccionar para luchar por él. Vio que sus puños estaban tan apretados que los nudillos de los mismos estaban completamente blancos. Irvin estaba conteniéndose a duras penas, pero Iona sentía que estaba petrificada, pues todo aquello la estaba superando. No obstante, sabía que aunque luchara no tendría final feliz, pues la determinación que vio en los ojos de Irvin le confirmó que no valía la pena luchar, que todo estaba perdido entre ellos y que tal vez el amor que se habían profesado horas antes había desaparecido para siempre.

Sin saber lo que hacía, Iona asintió y dio un par de pasos hacia atrás para alejarse de él. No podía mirarlo ni respirar su mismo aire. Estaba rota, dolida, muerta por dentro... Irvin prefería dejarla marchar a luchar por ella, tal y como había prometido días atrás cuando le dijo que la protegería de cualquiera. Ya no había nadie que pudiera protegerla de las asquerosas manos de Hamish, ni de la correa de su padre que seguramente utilizaría en su espalda para castigarla. Sin otra opción en su vida, estaba completamente perdida.

Casi incapaz de verla llorar y sufrir de esa manera, Irvin carraspeó, incómodo. No podía soportar ser él el responsable de ese sentimiento, pero sabía que era lo que debía hacer por todos. Prefería sacrificar su felicidad a que fuera todo el clan quien tuviera que sacrificarse por su culpa. Por ello, incapaz de seguir allí sin poder abrazarla, el guerrero abrió la puerta para marcharse, no obstante, la pequeña mano de Iona lo paró:

—Nunca te he mentado sobre mi amor por ti —le dijo sin poder evitarlo para aclarar las cosas—. No quiero que pienses que te utilicé, nunca podré olvidarte.

Irvin necesitó de toda su fuerza de voluntad para no besarla. Él tampoco podría olvidarla jamás y temía que el tiempo lo cambiara y se convirtiera en lo mismo que Malcolm tras su desamor con Agnes, pues la locura que sentía en ese momento por ella lo haría cometer cualquier cosa cuando Iona desapareciera de su vida.

El guerrero asintió y salió del dormitorio con prisas. Cuando cerró la puerta tras él, dejó escapar todo el aire que había contenido durante la conversación con Iona. El corazón le latía con fuerza y las manos le temblaron por primera vez en su vida. Sintió miedo, aunque le costara reconocerlo, pues toda su vida se había puesto patas arriba y ahora no sabría volver a ser el de antes. No sin ella, pero se repitió que era lo que debía hacer.

En ese momento, escuchó el sollozo de Iona al otro lado de la puerta y al instante se volvió para abrirla, pero se dijo que si lo hacía, no podría volver a negarle su amor y pondría a todo su clan en peligro. Por ello, con dificultad, se alejó de allí en dirección a su propio dormitorio para dejar escapar la rabia y frustración que sentía dentro de él. Deseó que Andy no hubiera llegado jamás al castillo, pues tal vez así habrían tenido tiempo para casarse y una vez descubierta la verdad, ni siquiera el padre de Iona podría arrebatársela.

Con pasos fuertes comenzó a subir las escaleras, pero sentía que no era capaz de encerrarse sin destrozar todo a su alrededor, así que se encaminó hacia el pequeño salón donde solía reunirse con sus hermanos. Si su vida a partir de ese momento iba a ser sin Iona a su lado, tendría que soportarla con un buen trago de whisky.

Al día siguiente, Iona no podía soportar más el hecho de estar encerrada allí. No había podido dormir durante toda la noche y a pesar de que había sentido que no tenía más lágrimas dentro de ella, no había podido parar de llorar en toda la noche. El último encuentro con Irvin la había

afectado demasiado, tanto que su cuerpo no había dejado de temblar desde que la había dejado sola. Había sido una despedida tan fría que parecía que entre ellos no había pasado nada. Lo había visto contenerse y dudar durante varios segundos, pero la frialdad que le había demostrado después le hizo pensar que ella no era tan importante como Irvin le había hecho creer en un principio.

Durante toda la noche había estado pensando en los días que había pasado en el castillo. Reconoció que habían sido los más felices de su vida y, aunque todo había acabado mal, no podría olvidarlos jamás, pero tampoco olvidaría los rostros que se les habían quedado a los hermanos Mackenzie y sus esposas tras conocer la verdad. Había visto en sus ojos la sorpresa, pero también un profundo sentimiento de traición por su parte por no haber confiado lo suficiente en ellos. La habían aceptado entre ellos sin preguntas y ella les había devuelto traición. Por ello, llegó a la conclusión de que debía devolverles una parte de lo que ellos le habían dado a ella, por lo que se levantó con dificultad de la cama, se vistió con el mismo vestido que llevaba cuando Irvin la encontró y salió del dormitorio con la intención de hablar con todos a la vez, pues estaba segura de que a esa hora todos estarían desayunando.

Caminó por los pasillos con cierto recelo, pues temía encontrarse con Irvin y no saber cómo actuar frente a él. Pero tan solo se cruzó con varias sirvientas con las que había estado trabajando los días anteriores y la mirada que le dirigieron no supo interpretarla. Por un lado vio en ellas sorpresa, pero lo que primaba en sus ojos era cierto rencor, y en parte las entendía, pues a ellas también las había engañado. Durante unos segundos, se quedó parada en medio del pasillo, dudando sobre si lo que tenía intención de hacer era lo correcto, pero se animó de nuevo y acortó la poca distancia que la separaba del gran salón del castillo.

Abrió la puerta con decisión y lo primero que vio fue la mesa donde estaban desayunando los guerreros MacLeod. Estos apenas le dirigieron la mirada y siguieron con sus conversaciones, pero la mesa donde sí reinó el silencio al verla fue en la principal, donde se encontraban la familia Mackenzie y el laird MacLeod. Todos la miraron caminar hacia ellos con paso lento, pero firme.

Iona intentó hacer caso omiso a sus miradas, pues el odio que vio en los ojos negros del hermano mediano casi la hizo recular y girarse de nuevo para escapar del salón. En Isla y Aily vio curiosidad, aunque cierto dolor por no haber confiado en ellas. Alec, el laird, la observaba con respeto, pero también con frialdad, pues debía cuidar de su clan y ella los había puesto en peligro. Pero la peor mirada fue la de Irvin, aunque no estaba segura de que el guerrero pudiera verla a través de la niebla de dolor y alcohol que rezumaba por cada poro de su piel.

Cuando llegó ante ellos, miró directamente a Alec y apretó los puños mientras carraspeaba.

—Siento interrumpir vuestro desayuno —comenzó con voz temblorosa.

Alec se puso en pie al instante, haciendo que Iona diera un paso atrás de forma inconsciente, temerosa de ser el blanco de su furia.

—Quería pedir os disculpas por todo el daño causado y los problemas que el clan Mackenzie pudiera tener por mi inconsciencia —dijo del tirón.

A medida que hablaba, sus ojos se dirigieron al suelo, incapaz de seguir sosteniendo la mirada a Alec, pero cuando terminó, levantó de nuevo sus ojos y vio sorpresa en el laird. Este abrió la boca para hablar, pero un bufido socarrón de Irvin lo interrumpió y lo obligó a mirarlo. Iona también dirigió su mirada al guerrero que amaba, pero este lo único que hizo fue levantar su copa y seguir bebiendo, como no había parado de hacer desde la noche anterior.

—Me alegra ver que eres consciente de lo que has podido causar en nuestro clan con tu

actitud —comenzó Alec mirando de reojo a su hermano Irvin—. Hemos estado deliberando sobre lo que debemos hacer y...

Alec paró un instante para volver a mirar a Irvin, que en ese momento observaba con fina atención a Iona.

—Y hemos decidido que regresarás a tu clan lo antes posible. —Señaló a Andy—. El laird MacLeod será el encargado de llevarte ante tu padre y explicar lo sucedido tal y como le pidió si alguna vez te encontraba. Nosotros mantenemos la esperanza de que tu padre no nos lleve a la guerra.

Aunque se había estado preparando a conciencia para escuchar aquellas palabras, cuando sus oídos las oyeron estuvo a punto de derrumbarse de nuevo, pero se obligó a mantenerse fría y asintió sin ánimo de crear más problemas.

—De igual forma, hemos pensado que sea esta misma tarde cuando la comitiva del clan MacLeod parta hacia las tierras Mackay —sentenció para sorpresa de la joven.

El corazón de Iona saltó tras escuchar sus palabras. ¿En tan solo unas horas estaría lejos de Irvin? Las manos le temblaron con más fuerza y las piernas amenazaron con no sostenerla ante el pánico que le suponía no volver a ver jamás a Irvin. Su mirada se dirigió al guerrero y descubrió que este, a pesar de su ebriedad, la miraba con firmeza intentando esconder el verdadero dolor de su alma. Iona se había quedado sin palabras y durante unos segundos tuvo la esperanza de que el guerrero al que amaba se levantara y se decidiera a protegerla de lo que se le avecinaba. Pero no fue así, la única persona que podría salvarla de las garras de Hamish no haría nada por ella, por lo que con lágrimas en los ojos, volvió a mirar a Alec, que esperaba una respuesta por su parte. Sin dudarlo, asintió obedientemente mientras una única salida cruzaba por su mente y antes de darle tiempo a Malcolm de saltar sobre ella con el cuchillo que aún sostenía con fuerza, Iona se giró y salió del salón.

En ese momento, Irvin sintió sobre él la mirada de su hermano Alec, pero no se la devolvió. Mantuvo sus ojos fijos en la puerta por donde había salido Iona antes de volver a mirar su copa ya vacía. Había estado bebiendo durante toda la noche y a pesar de que creía que el alcohol le haría olvidar el amor que sentía por Iona, el día lo había sorprendido pronunciando su nombre una y otra vez. Cuando Malcolm lo encontró en el pequeño salón completamente borracho, lo había obligado a levantarse y a echarse agua fría en el rostro para evitar que su invitado lo viera en ese estado por culpa de la joven y descubriera sus sentimientos hacia ella. Y durante unos minutos había logrado recomponerse de la borrachera, pero en cuanto se sentó en la mesa del gran comedor, lo primero que hizo fue servirse una copa de whisky. No podía soportar el dolor sin esa copa, pero tampoco le hacía olvidar lo sucedido.

—¿Estás bien, Mackenzie? —le preguntó Andy, que estaba sentado a su lado y no había podido evitar ser consciente de su estado.

Irvin lo miró por primera vez y rio sin ganas.

—Estoy muy bien, amigo. Desde que llegaste a nuestro castillo soy inmensamente feliz —le dijo con cierto rencor en la voz.

Andy frunció el ceño y sin tener las cosas muy claras, comenzó a atar cabos. Su mirada se dirigió a la puerta cerrada por la que había salido la joven Mackay y después volvió a mirarlo a él.

—¿Son cosas mías o de verdad sientes algo por la hija de Gavin Mackay? Ayer creía que eran suposiciones mías...

Al instante, las miradas de Malcolm y Alec se dirigieron a ellos, pero Irvin las obvió y sonrió

de lado, fruto de la borrachera que tenía.

—¿Y eso a ti qué demonios te importa, Andy? —le preguntó con cierto rencor—. Tú solo has hecho tu maldito trabajo y eres el salvador de la hija de tu amigo Gavin. Seguro que los Mackay te colman de honores y plata, pero no te importa lo que has tenido que hacer para recuperarla.

Andy lo miró sin entender.

—Yo no he hecho nada, amigo. Ha sido la casualidad —se defendió con tono amable.

Irvin dio un fuerte manotazo sobre la mesa y se acercó a él entrecerrando los ojos.

—Podrías dejarla donde ella desee estar porque si huyó de su padre, por algo sería...

—Mackenzie, olvidas que soy un hombre de honor. No podría volver a mirar a la cara a Gavin sin decirle que sé dónde está su hija.

—Ella desea permanecer aquí, maldita sea, MacLeod.

Alec suspiró y se acercó a ellos, que parecían estar a punto de saltar el uno sobre el otro.

—Irvin... —le advirtió con tono grave y prudente.

Su hermano lo miró, pero no le respondió, sino que volvió sus ojos de nuevo hacia Andy, que tampoco hizo caso a Alec y le respondió al menor de los hermanos.

—¿Permanecer aquí, contigo? ¿Es eso, no? Te has enamorado de ella... —dijo en tono ligeramente burlón.

Irvin volvió a golpear la mesa y se levantó dispuesto a lanzarse sobre él, algo que hizo que los guerreros MacLeod dejaron los cubiertos y se levantaran de sus asientos con la intención de defender a su laird. Sin embargo, Alec logró sujetar a tiempo a Irvin y lo alejó de él.

—¿Se puede saber qué demonios haces? Es nuestro invitado, además de que parece que olvidas que también es nuestro amigo.

—No te juzgo, Irvin —intervino Andy de nuevo—. Es hermosa, sin duda, pero ya está prometida. Nunca he querido hacerte daño y de haberlo sabido, tal vez hubiera fingido no conocerla, pero recuerda que no puedo manchar mi honor, ni tampoco quiero que nuestra amistad llegue a su fin por esto.

Alec se volvió hacia él.

—Lo siento, Andy. Entiende nuestra situación.

El aludido sonrió amablemente y asintió.

—Tranquilo, Mackenzie, hace falta mucho más para que yo decida dejar de ser amigo vuestro. —Le tendió la mano a Irvin—. Lamento si he venido a cambiar tu vida, pero me preocupa que los Mackay os declaren la guerra por esto. Entiende que lo hago también por protegeros a vosotros.

El joven dudó unos instantes, pero finalmente aceptó su mano y le estrechó la suya con fuerza.

—Yo también lo siento, amigo —dijo Irvin con voz pastosa—. He bebido de más y me he dejado llevar.

Andy le dio una palmada en la espalda y sus labios se tornaron en una sonrisa pícara.

—Vaya, no me puedo creer que Irvin el libertino haya puesto su mirada en una sola mujer.

Y aunque le molestó el comentario, el aludido le devolvió una sonrisa fingida y tensa antes de responderle:

—No me digas que tú no caíste prendado de su belleza cuando la conociste...

Andy amplió su sonrisa y se encogió de hombros:

—Jamás lo reconoceré...

Las horas pasaban e Iona no se atrevía a escapar de nuevo. Una parte de ella deseaba hacer lo mismo que meses atrás y alejarse del castillo Mackenzie y del laird MacLeod que, aunque su

intención fuera buena, era quien la llevaría ante lo que ella consideraba que era su muerte. Sin embargo, otra parte de ella estaba cansada. El dolor provocado por la indiferencia de Irvin la había dejado exhausta, por lo que no se veía capaz de escapar.

Pero lo que la llevó a estar en las caballerizas en ese momento para robar un caballo y escapar fue el recuerdo de las continuas miradas de todo el clan Mackenzie. Pensó que podría soportarlas, pero a medida que pasaban las horas y se cruzaba con cualquier sirviente o guerrero su humor desaparecía y daba lugar a la rabia por hacerla sentir todo el mundo como si fuera una traidora. Y a pesar de haber intentado esconderse, al final la encontraban. Por lo que decidió que lo mejor sería no esperar al laird MacLeod, que dejaría el castillo una hora después, y escapar cuanto antes de allí. Por ese motivo, se dirigió a una de las cuadras para ensillar a una yegua. Pensó que los Mackenzie tardarían en reaccionar cuando la vieran marcharse, por lo que tendría una enorme ventaja sobre ellos si corrían hacia sus caballos para seguirla.

No obstante, cuando tomó la montura de la yegua entre sus manos y se dispuso a ponerla sobre el animal, una voz la detuvo, provocando que la montura cayera de sus manos estrepitosamente.

—¿Vas a huir de nuevo?

Iona se giró hacia la puerta de la cuadra y vio que Irvin impedía su salida con las manos apoyadas a ambos lados de la caballeriza. El guerrero la miraba fijamente e Iona pudo comprobar que en sus ojos apenas había rastro de todo el whisky ingerido durante las horas anteriores.

Las manos de la joven temblaron al saberse descubierta y durante varios segundos no pudo emitir sonido alguno para responderle.

—¿Eres consciente de los problemas a los que nos enfrentaríamos los Mackenzie si huyes y Andy se lo cuenta a tu padre?

Iona frunció el ceño y sin pensar en lo que hacía se enfrentó a él.

—¿Y tú eres consciente de lo que siento por ti? ¿Os habéis preguntado qué quiero yo? —vociferó con lágrimas en los ojos—. ¡No deseo casarme con Hamish! ¡Es el hombre que me violó! ¿Cómo crees que me tratará cuando estemos casados? ¿De verdad no vas a hacer nada? ¡Creía que me amabas!

Sin poder contener las lágrimas, Iona acortó la distancia con Irvin y lo golpeó en el pecho repetidas veces, especialmente cuando este no le respondió.

—¡Dijiste que me protegerías, pero no lo estás haciendo! Finges que no te importo y solo por egoísmo y miedo a enfrentarte a los demás, a la realidad de lo que sientes y al qué dirán.

El caballo comenzó a ponerse nervioso a la espalda de Iona, pero no le importó a la joven, pues necesitaba soltar todo lo que había callado desde la noche anterior.

—Debo lealtad a mi clan —respondió Irvin secamente.

—¿Y a tu honor? Me diste tu palabra de que harías lo que fuera para protegerme de Hamish o de cualquier otro, pero al primer contratiempo me dejas ir y me obligas a regresar junto a mi padre. ¿De verdad te haces llamar guerrero? Un verdadero guerrero no mostraría la misma cobardía que tú.

El joven frunció el ceño y entornó los ojos al tiempo que aferraba a Iona de ambos brazos y la arrojaba contra la puerta de la siguiente cuadra. Irvin respiraba con fuerza intentando controlar sus sentimientos, pues apenas podía soportar tenerla tan cerca con sus manos sobre ella y no besarla para callarla.

—¡No sabes nada! —exclamó acercando su rostro al de ella.

—Es verdad, tan solo sé lo que todos quieren que digas, pero no lo que tú quieres.

Iona lo vio apretar la mandíbula con fuerza.

—Te he dicho lo que deseo.

—¿Entonces quieres que desaparezca de tu vida? —vociferó Iona—. ¿O qué es lo que deseas?

Irvin esperó unos segundos para responder mientras su mirada estaba completamente fija sobre los ojos de la única mujer a la que había amado en toda su vida. En su interior se libraba la mayor batalla que había tenido que soportar desde que había tomado las armas por primera vez y ganara el bando que ganara, sabía que iba a perder de todas formas.

—Te deseo a ti, demonios —susurró con voz ronca antes de acortar la distancia y besarla con furia.

Ese beso hizo que ambos se estremecieran y provocó que perdieran el hilo de la furia que los abrasaba a ambos por el rumbo que había tomado sus vidas. Al instante, un leve gemido de Iona hizo que Irvin enloqueciera de golpe. Una de sus manos bajó su por su brazo hasta rozar uno de sus pechos. Inconscientemente, Iona arqueó la espalda, pidiendo más en una silenciosa súplica. E Irvin no se hizo de rogar. Al instante, llevó su mano al pecho de la joven y lo apretó con fuerza, haciéndola gemir de nuevo. Llevó las manos a los cordones que mantenían el vestido en su sitio y segundos después, el corpiño de la joven estaban tirado a los pies de ambos.

Dejó de besarla para dirigir su atención a los pechos, que ya estaban libres de prendas y que deseaban ardientemente su boca. Iona dio un respingo cuando los labios del guerrero comenzaron a succionar uno de sus pezones. Un grito de placer escapó de su garganta y antes de que se diera cuenta, Irvin la había tumbado sobre la paja del suelo y ya comenzaba a levantar su falda.

Aunque una parte de ella gritaba para apartarlo de su cuerpo y odiarlo por dejarla marchar, su corazón y su alma deseaban aquellas intensas caricias que le estaba dedicando.

Los callosos dedos de Irvin acariciaron sus muslos lentamente hasta encontrar el centro de su feminidad. Lentamente, introdujo sus dedos entre los pliegues de su entrepierna y la acarició con sumo cuidado a pesar de que sus labios eran más exigentes que nunca. La tocó con suma maestría, arrancando intensos gemidos de placer de su garganta hasta que sin esperarlo, alcanzó el cielo entre sus manos.

Sin darle un solo respiro, Irvin apartó los pliegues de su kilt y la penetró con fuerza al tiempo que la miraba a los ojos. Estos estaban nublados por la pasión, lo cual lo enloqueció aún más. En ese momento deseaba amarrarla junto a él, secuestrarla como otros habían hecho, pero no podía hacerle eso a su hermano.

Iona gimió con la mirada puesta en los ojos de Irvin y este atrapó con sus labios cada uno de sus suspiros de placer. Se aferró con fuerza a su ancha espalda mientras se arqueaba buscando más profundidad hasta que al cabo de unos segundos, lanzando un gruñido de satisfacción, Irvin se vació dentro de ella en el orgasmo más devastador que había sentido jamás.

## Capítulo 18

Tres horas después de su encuentro con Irvin en las caballerizas, Iona esperaba en el patio a que Andy MacLeod se despidiera de los Mackenzie. Había decidido no huir del castillo y aceptar su futuro sin rechistar. Se había despedido de Irvin de la mejor manera posible y sabía que su recuerdo estaría en su mente durante toda su vida, pero no podía evitar sentir un nudo en la garganta por la pena que le causaba despedirse del amor de su vida para siempre y ver cómo este no hacía nada para evitar separarse. Debía asumir su futuro, el que su padre había dictado para ella y, aunque no le gustara, se dijo que no podía poner en peligro a los Mackenzie, a ese clan que la había recibido y había compartido su comida con ella. Debía pensar que todo lo sucedido durante esas semanas había sido un sueño, el mejor de toda su vida y acababa en ese preciso momento.

—De nuevo, gracias por vuestra hospitalidad, amigo —escuchó que decía Andy MacLeod, sacándola de sus pensamientos.

Iona levantó su mirada triste al frente y recorrió lentamente la fila que la familia Mackenzie había hecho para despedirlos, pero ella no se atrevía a acercarse. Las lágrimas rodaban por sus mejillas y en su pecho parecía haber una enorme piedra que le impedía respirar con normalidad. Sin embargo, ante la mirada atenta de Isla y Aily se acercó a ellas.

—De nuevo, lo siento.

Y para su sorpresa, Aily se lanzó a abrazarla.

—¿Por qué no nos dijiste nada? Te habríamos ayudado antes de que Andy se enterara —le susurró al oído.

Con un sollozo, Iona se encogió de hombros. La verdad es que aún no sabía por qué no había dicho nada sobre su verdadera identidad, pero lo que sí tenía claro era que el miedo que había sentido días atrás era uno de los motivos que le habían impedido hacerlo.

—Irvin te quiere —siguió la joven—, y habría hecho lo que fuera para protegerte si fueras su esposa, pero ahora no puede hacer nada.

—Lo sé —murmuró temblando entre los brazos de la que podría haber sido su cuñada.

—Y Alec tampoco puede hacer nada —se disculpó Isla.

—No te preocupes. La culpa es mía por haber creído que podría escapar de los mandatos de mi padre.

Aily se separó de ella y la miró con tristeza. Desde que su cuñado le había informado de que iban a casarse estaba realmente feliz por ellos, pero ahora que veía la tristeza de uno y otro solo podía rezar para que el destino no fuera tan cruel y los uniera de nuevo.

Iona le dio otro abrazo a Isla, que también la miró con tristeza a pesar de la sonrisa que intentaba mostrar, y cuando llegó el turno del laird Mackenzie, Iona se quedó mirándolo sin saber qué hacer. Se mantuvo quieta durante unos instantes, al igual que él, y parecían medir las fuerzas del otro.

Alec llegó a la conclusión de que ella tampoco tenía culpa de lo sucedido, y en parte la entendía, pues su esposa había acabado en un convento por órdenes de su padre y conocía cómo se sentía una persona que se encontraba en esa tesitura. Pero no podía hacer nada por ella ni por su hermano, al que miró de soslayo y vio el dolor que atenazaba a su alma y a su corazón.

—Espero que tengáis un buen viaje, muchacha —le deseó—. Pongo toda mi confianza en Andy. Sé que es uno de los mejores guerreros que he conocido, así que estaréis en buenas manos.

Iona frunció el ceño al escuchar de nuevo la cortesía en sus palabras. Para su sorpresa había dejado de tutearla y volvía a tratarla formalmente, algo que le hizo sentirse fuera ya de la familia Mackenzie.

—Gracias —fue su simple respuesta.

La joven caminó entonces hacia la izquierda del laird, donde estaba Malcolm y sin poder evitar el miedo que le hacía sentir desde que se había descubierto la verdad sobre ella, lo sobrepasó sin decirle nada, pues no era capaz de hablar ante su imponente presencia. Ese gesto hizo que el guerrero levantara una ceja y la mirara con cierto deje burlón, pero lo dejó pasar, pues las cosas no estaban para bromas.

Cuando Irvin clavó su mirada en ella, Iona sintió un tirón en su estómago, como si una fuerza ajena a ella quisiera atraerla a él, pero se obligó a mantenerse en el sitio. Daría lo que fuera para volver atrás y cambiar las cosas, para que Irvin le hiciera el amor todos los días como horas atrás y para que la frialdad que se había interpuesto entre ellos desapareciera de golpe.

El silencio se hizo a su alrededor, como si todos hubieran desaparecido o tal vez quisieran darles un minuto de soledad para despedirse. Pero no era así. Irvin sabía que toda su familia y compañeros de clan estaban expectantes y tal vez curiosos sobre lo que estaba ocurriendo, pues nadie más en el clan sabía de su amor por Iona. Vio dolor y súplica en sus ojos y por Dios que le estaba costando muchísimo aguantar las ganas de abrazarla y secuestrarla para evitar que Andy se la llevara de su lado, pues no podía verla sufrir. Irvin apretó los puños al tiempo que maldijo al destino por arrebatarse a la única mujer a la que había querido, sin embargo, era algo que le debía a su hermano, su lealtad.

—Es lo mejor para todos —dijo con la voz ronca mirándola a los ojos.

Iona intentó aguantar las lágrimas para mirarlo con orgullo, pero no podía soportar despedirse de él.

—No para todos, Mackenzie —le fue imposible pronunciar su nombre.

Y sin poder soportarlo más, Iona dio un paso atrás y se acercó a Andy, que los esperaba con tranquilidad. Este le mostró con amabilidad el camino hacia los caballos y cuando la joven se dirigió hacia el que los Mackenzie les habían cedido, la siguió.

Cuando Iona montó en el caballo sintió como si le arrancaran una parte de su vida y se dijo que no podía mirar atrás, pues si lo hacía, su corazón se rompería en mil pedazos. Escuchó a Andy dar instrucciones a sus hombres, pero parecía estar lejos de ella en lugar de encontrarse a su lado. Poco a poco, los MacLeod fueron saliendo por el portón del castillo y cuando llegó el turno de Andy y ella, Iona aferró con fuerza las riendas y mantuvo la mirada al frente.

—No mires atrás —se dijo.

El corazón le latía con fuerza. En el momento en el que su caballo saliera del castillo, debía empezar una nueva vida, y no estaba preparada para ella. Sin embargo, segundos después cruzó ese portón que tanto temía y cuando escuchó que comenzaban a cerrarlo, inconscientemente giró su cabeza para echar un último vistazo al hombre que amaba y al verlo sacar la espada con aquella mirada de auténtico odio sintió un profundo escalofrío.

Irvin deseaba mirar aquellos ojos por última vez. Quería que Iona le dedicara una última mirada antes de que fuera otro hombre quien disfrutara de esos ojos para toda la vida, pero la joven parecía no querer satisfacerlo en ese aspecto. La rabia que sentía por Andy, que disfrutaría de unos días en compañía de la mujer que amaba, lo corroía por dentro y no podía evitar odiarlo

con todas sus fuerzas a pesar de ser aliados y amigos.

Debía ser él quien estuviera a su lado. Debía ser él quien se casara con ella. Debía ser él... a secas. Apretó los puños con tanta fuerza al ver cómo cruzaban el portón que sintió la sangre correr por la palma de su mano, pero no le importó. Su cuerpo ardía de rabia, y eso era lo único que sentía. Por ello, cuando creyó que ya no volvería a ver los ojos de Iona una última vez, no pudo evitar dejarse llevar por la rabia y desenvainar la espada para después lanzarse contra Sloan, que estaba cerca de él, justo en el momento en el que la joven le dirigía una última mirada. Pero ya no pudo parar.

Sloan se apartó a duras penas de él para evitar el filo de su espada. El joven lo miró con gesto sorprendido antes de desenvainar su propia espada para defenderse y se alejó de él lo suficiente para tomar aire.

—¿Qué demonios haces, Irvin? —vociferó al tiempo que todos sus compañeros se apartaban de ellos para dejarles espacio.

Pero el aludido no le respondió. Necesitaba descargar toda su furia sobre algo y la mejor manera que encontró fue sacando su espada y lanzándose contra uno de sus compañeros. La única respuesta que Sloan recibió por su parte fue un nuevo ataque en el que imprimió toda su furia contenida, que el guerrero pudo parar no sin esfuerzo. Ambos rugieron cuando sus espadas entrecucharon, pero Sloan, que había comenzado a luchar sin esa rabia, logró sacarle cierta ventaja a Irvin.

—No sé qué te pasa, pero no quiero entrar en tu juego —le dijo en un momento de respiro.

No obstante, Irvin no escuchaba a razones y cuando volvió a lanzarse contra él, una segunda espada salió a su encuentro, logrando parar el golpe que iba casi certero al corazón de Sloan. Al instante, Irvin dirigió su mirada hacia el nuevo oponente y descubrió el rostro iracundo de Malcolm.

—¿Te has vuelto loco? —le reprendió su hermano mediano—. Si quieres descargar tu ira contra alguien, hazlo contra mí. Al menos yo sí sé por qué lo haces.

—Apártate, hermano —le advirtió Irvin fuera de sí.

—No voy a hacerlo —respondió el guerrero—. Debes asumir que se ha ido.

Irvin negó con la cabeza.

—Si no hubiera sido por el clan... ¡Todo por el maldito clan! —vociferó apretando los puños alrededor de la empuñadura de la espada, pero sin atacar—. ¡Apártate!

Pero Malcolm no hizo caso, sino que lo empujó lejos de Sloan, que rápidamente se retiró de su camino y se perdió entre el resto de guerreros del clan Mackenzie. Malcolm estaba en tensión, esperando cualquier otro ataque de su hermano. Sin embargo, pasados unos segundos este se mantuvo quieto de nuevo, evitando el enfrentamiento con él.

—Nadie tiene la culpa de lo sucedido, Irvin —le dijo con voz suave, pero tensa—. Ni siquiera el clan. El destino así lo ha marcado.

El aludido poco a poco dejó caer la espada, rindiéndose ante las palabras de su hermano. Tras esto, levantó su mirada y la clavó en Malcolm, que lo miraba con tristeza, al igual que él, cuyos ojos estaban marcados por un profundo sentimiento de derrota.

Poco a poco, como si temiera un nuevo ataque por su parte, Malcolm se acercó a él y para sorpresa de todos, lo abrazó. Al instante, los brazos de Irvin rodearon la imponente figura de su hermano y apoyó la barbilla en su hombro al tiempo que cerraba los ojos con fuerza, temiendo que el resto descubriera las lágrimas tras sus párpados.

—Lograrás olvidarla, tal y como yo hice con Agnes —le dijo al oído—. Y el destino que

ahora te ha arrebatado a Iona pondrá a otra mujer en tu camino.

Antes de darle tiempo a responder, Malcolm lo soltó e Irvin asintió, más tranquilo. Miró de reojo a Sloan, que le devolvió una mirada iracunda, y después se giró hacia su hermano mayor.

—Siento haber armado este escándalo.

Alec se acercó a él y le dio una palmada en la espalda.

—Me parece que las disculpas tendrás que pedírselas a otro, hermano —respondió señalando con la cabeza a Sloan—. ¿Por qué no vamos al salón hasta tranquilizarnos?

Irvin asintió y envainó la espada. Tal y como había hecho durante la noche y parte del día, necesitaba una copa de whisky. Sabía que tenía que olvidar a Iona, y si debía ser con una borrachera, que así fuera.

La noche los había sorprendido cuando habían recorrido un buen tramo de las tierras Mackenzie. Para sorpresa de Iona, Andy MacLeod ordenó cabalgar con paso ligero precisamente para alejarse del castillo Mackenzie antes de que la noche los alcanzara, aunque no dejó de preguntarle durante todo el trayecto si se encontraba bien.

Apenas lo había conocido durante la boda de su hermano Math, pero Iona sí había escuchado los rumores que había sobre él. Y desde luego había podido comprobar que eran ciertos, pues durante toda la tarde lo miró de soslayo. Andy MacLeod parecía ser un buen hombre, amable con sus guerreros y amigos, pues con los Mackenzie se había comportado de manera ejemplar. Y sin lugar a dudas con ella había mostrado el mayor de los respetos.

—¿Os encontráis bien, señorita Mackay? —le preguntó en un momento durante la tarde.

Iona lo miró y asintió, intentando no dar muestras de que realmente no estaba acostumbrada a cabalgar durante tantas horas y las nalgas le dolían demasiado. Sin embargo, aunque no dijo nada, Andy sonrió ampliamente, leyéndole el pensamiento.

—Pararemos en cuanto la noche esté cerca.

—Gracias, sois muy amable.

Andy le dedicó una sonrisa y en lugar de apartar la mirada, siguió con sus ojos puestos sobre ella, algo que le incomodó:

—¿Qué ocurre? —le preguntó la joven.

—¿De verdad estabais enamorada de Irvin Mackenzie?

Iona intentó que sus mejillas no se tiñeran de rojo, pero le fue imposible.

—Me ha tratado con mucho respeto —respondió indirectamente.

—Entonces debo daros la enhorabuena. Sois la primera mujer que enamora a mi amigo. Es todo un logro, sin lugar a dudas.

Iona sonrió tristemente y se encogió de hombros.

—Pero eso ya da igual, señor MacLeod, pues mi destino ya está sellado.

—Me parece que tengo algo que ver. Lo siento, jamás fui al castillo Mackenzie con la intención de echar a perder vuestros planes.

—Es culpa del destino, no vuestra, señor.

El guerrero sonrió:

—Llamadme Andy, por favor. No soy un hombre al que le guste el trato formal.

Iona le devolvió una leve sonrisa:

—Entonces llamadme Iona. Si vamos a viajar juntos durante unos días, podremos dejar a un lado tanta formalidad.

—De acuerdo, Iona. —Andy dejó pasar unos segundos antes de seguir con la conversación—. Aún recuerdo la boda de tu hermano Math. Lamento mucho lo que te sucedió. Quedé muy

sorprendido cuando tu padre me lo dijo y pidió mi ayuda.

La joven no supo qué responder. Sabía que el guerrero solo intentaba entablar conversación para que desviara su atención hacia otra cosa que no fuera Irvin, pero pensó que hablar de la violación que sufrió ese día no era precisamente el mejor tema del que hablar.

—Si no te importa, preferiría no hablar de ello.

En el rostro de Andy se dibujó una expresión apenada.

—Lo siento, no era mi intención molestarte. —Y cuando la joven le sonrió levemente, cambió de nuevo de conversación—. ¿Sabes? Esta es la segunda vez que saco a los Mackenzie de un buen lío.

Iona lo miró realmente interesada.

—¿Qué ocurrió?

Andy sonrió al ver que había captado toda su atención, así que siguió con su relato el resto de la tarde:

—Logré salvar a la esposa de Malcolm de una muerte segura...

Y tras una larga conversación que le hizo olvidar el dolor de pantorrillas, Iona por fin paró el caballo en el lugar donde habían decidido pasar la noche. Desechó la ayuda del guerrero MacLeod y con sumo cuidado se acercó al centro del círculo donde habían comenzado a montar las tiendas. A diferencia de los Mackenzie, Iona comprobó que los MacLeod iban a pasar la noche en tiendas de campaña en lugar de hacerlo a cielo descubierto, algo que agradeció, pues el cielo oscuro amenazaba lluvia y el intenso frío del norte lograba colarse entre las pieles que la cubrían.

Iona apenas lograba sentir su nariz con aquel frío y guardaba sus manos entre los pliegues de la tela con la intención de calentarse algo más hasta que los MacLeod encendieran un fuego. La joven los miró mientras trabajaban en completa sintonía los unos con los otros, pues mientras un grupo de guerreros buscaba leña para el fuego otro montaba las tiendas a una rapidez que le sorprendió.

—Ya sé que una tienda de campaña no es el mejor lugar para una dama, pero hasta que lleguemos a tierras Mackay este será nuestro techo —dijo señalando al cielo.

Iona se encogió de hombros.

—No pasa nada. Eres muy amable al desviarte hacia mis tierras y perder tiempo.

—Nunca se pierde tiempo junto a una dama tan hermosa —le dijo mirándola a los ojos y haciendo que se sonrojara—. Soy un guerrero, y mi deber es proteger a damas como tú.

Iona sonrió, incómoda por tanta atención de ese guerrero que, aunque no quisiera reconocerlo, era realmente atractivo. Aún recordaba los comentarios de las doncellas de su castillo cuando lo vieron por primera vez y, a pesar de que para ella Irvin era más hermoso que él, debía reconocer que el laird MacLeod no debía tener envidia a ningún otro hombre. Pero los encantos que el guerrero intentaba mostrar no hacían que su cabeza se perdiera por él, pues sus pensamientos estaban únicamente en ese hombre que se había quedado en el castillo Mackenzie y del que tal vez jamás volvería a tener noticias.

Iona tragó saliva al verse observada por Andy, aunque este rápidamente apartó la mirada hacia sus hombres. Se alejó de ella para ayudar a encender un gran fuego que pudiera calentarlos en esa fría noche y cuando por fin las llamas ondeaban, el laird dio una palmada. Tras esto, fueron a ayudar a los guerreros que montaban las tiendas y en cuestión de minutos, el campamento estaba levantado.

Iona se sentó en una piedra cerca del fuego mientras con la mirada barría el lugar y durante

unos momentos, sintió que se le encogía el corazón. A su alrededor tan solo había hombres a los que no conocía de nada y que podrían hacer cualquier cosa con ella, por lo que echó de menos la presencia de Irvin junto a ella para calmarse. Sin embargo, se obligó a pensar que durante la tarde la habían tratado con el máximo respeto y que no debía temer a nadie, aún así se sentía pequeña ante todos ellos.

—Mis hombres prepararán enseguida una estupenda cena —le dijo Andy acercándose a ella.

Iona se levantó entonces y señaló hacia las tiendas.

—La verdad es que no tengo hambre. Estoy más cansada que hambrienta.

—¿Segura? El conejo que van a preparar estará delicioso.

La joven se encogió de hombros.

—Estoy segura de ello, pero no tengo hambre. ¿Cuál será mi tienda?

—He decidido que sea una de las más cercanas al fuego, justo al lado de la mía. —Andy le señaló una de ellas—. Esa estará bien. Y espero que no te importe que yo esté cerca. Los Mackenzie me encomendaron tu protección.

Iona asintió y le sonrió levemente.

—Así está bien. Gracias, eres muy amable.

Tras despedirse, Iona caminó lentamente hacia la tienda que le habían proporcionado. Sentía que los músculos de todo su cuerpo habían estado en tensión durante demasiadas horas y ahora el cansancio se estaba volcando sobre ella. Cuando por fin estuvo fuera de la vista de los guerreros MacLeod, Iona suspiró largamente. La joven se dejó caer de rodillas al suelo hasta sentarse sin importarle la humedad de la hierba. Tenía miedo, más que nunca, pero no quería reconocerlo. Junto a Irvin se había sentido más protegida que nunca y ahora que no estaba junto a ella ni iba a estar tenía la sensación de que el mundo le quedaba grande.

Recordó el rostro y el cuerpo del guerrero que había logrado penetrar en sus pensamientos una y otra vez y maldijo su suerte por haber dejado que Andy apareciera en el castillo Mackenzie. De no haber sido así, todo habría sido demasiado distinto.

Poco a poco, la pena volvió a aparecer en su corazón y fue envolviéndola lentamente hasta que no pudo aguantar más y comenzó a sollozar, dejándose llevar por la zozobra y el miedo a lo desconocido que la esperaba en cuanto llegara a las tierras de su padre. Las lágrimas corrieron deprisa por sus mejillas y antes de que se diera cuenta, el sueño había logrado vencerla.

## Capítulo 19

A pesar de que sus hermanos y sus cuñadas habían hecho todo lo posible para que Irvin se sintiera mejor durante toda la tarde y parte de la noche, el joven no había podido pegar ojo durante el poco tiempo que lo dejaron solo en su dormitorio. Ni siquiera la borrachera a base de whisky había logrado tumbarlo, pues su mente y su corazón estaban pendientes de Iona. No había logrado dejar de pensar en ella desde que la había visto cruzar el umbral del portón y durante todas esas horas tan solo se había preguntado una y otra vez cómo estaría. Sabía que la habían dejado en buenas manos y que Andy la cuidaría y respetaría hasta que la dejaran de nuevo en el castillo Mackay, no obstante, no podía evitar sentirse nervioso, pues conocía muy bien a su amigo.

Irvin sabía que la belleza de Iona no le había pasado desapercibida a Andy y conociendo la trayectoria de su amigo temía que intentara engatusarla con buenas palabras. Y lo que no lo había dejado dormir era el pensamiento de que tal vez su amigo le arrebatara lo que debía haber sido suyo.

—Maldita sea... —refunfuñó por enésima vez cuando dio otra vuelta entre las sábanas.

Estaba harto de encontrarse allí tumbado y no hacer nada, por lo que decidió levantarse cuando el primer rayo de luz apareció en el horizonte. Necesitaba descargar todo el nerviosismo que había dentro de él y sabía que los guerreros comenzarían a entrenar en cuestión de minutos, aunque se advirtió a sí mismo que debía ir con más cuidado, pues el día anterior finalmente había pedido disculpas a Sloan por lo sucedido cuando los MacLeod abandonaron el castillo.

El guerrero se lavó la cara con el agua de la jofaina y tras eso se vistió con prisa. Sentía que las cuatro paredes de su dormitorio se hacían más pequeñas y amenazaban con volverlo completamente loco. Por lo que cuando se colgó el cinto a la cadera, abrió la puerta y salió sin mirar atrás. La cabeza le dolía por culpa del alcohol, pero sabía que también se debía a las vueltas que le había dado a su problema con Iona. Había intentado averiguar la manera para ir a por ella y llevarla de vuelta al castillo Mackenzie sin causar una guerra entre los clanes, pero no había logrado descubrir nada.

Irvin bajó las escaleras deprisa y se dirigió hacia la puerta de salida, pero la voz de su hermano lo detuvo antes de poner un pie fuera de la fortaleza.

—Dime que no vas a causar el mismo revuelo de ayer...

Irvin se giró hacia el lugar de donde provenía la voz y vio salir a Malcolm de entre las sombras. El joven refunfuñó y suspiró largamente:

—¿Me vas a seguir a todas partes?

Malcolm se encogió de hombros y se acercó lentamente a él.

—Tan solo intento cuidar de mi hermano pequeño.

Irvin resopló.

—No necesito que nadie me cuide.

—No has dormido, ¿verdad?

Irvin se tomó su tiempo para responder.

—Nada.

Malcolm se acercó más a él hasta ponerse a su misma altura. Le puso las manos en los

hombros y apretó con fuerza.

—Puede que tú pienses que no necesitas a nadie, pero en estos momentos ni Alec ni yo vamos a dejarte solo, hermano —sentenció con firmeza—. Ya sé que no quieres ver a nadie, ni que estén detrás de ti todo el día. Créeme, te entiendo, pero no voy a dejar que te conviertas en lo mismo que yo hace años. Aún a día de hoy me cuesta dejar a un lado esa forma de ser tan negra, y no pienso permitir que tú caigas.

Irvin miró fijamente a su hermano y supo al instante que tenía razón. A pesar de que solo habían pasado unas horas desde que Iona se había marchado la tarde anterior, el joven ya sentía que todo a su alrededor estaba tan negro como su alma y él siempre había sido una persona alegre a la que apenas le afectaban con profundidad los problemas, pues siempre lograba sacar una sonrisa. Pero en ese momento le costaba tanto que sentía que ya no era el mismo, así que apoyó él también sus manos en los hombros de Malcolm y asintió:

—Gracias, hermano.

—Daría mi vida por cualquiera de vosotros —afirmó Malcolm antes de sonreír—. ¿Vamos a pelear?

Irvin sonrió.

—De seguro Sloan estará esperando vengarse por lo de ayer.

Ambos salieron del castillo más relajados y cuando vieron llegar a varios de los guerreros, no tardaron ni un segundo en desenvainar sus espadas para comenzar a luchar.

—¿Se te ha pasado ya el cabreo o quieres que te dé una paliza? —se burló Sloan cuando llegó unos minutos más tarde.

Irvin lo miró y levantó su espada contra él.

—Creo que la paliza te la estaba dando yo, amigo.

—Más quisieras... —respondió Sloan cruzando su espada con la de Irvin.

Al instante, ambos se enzarzaron en una nueva pelea, aunque más suave que la del día anterior.

En el patio tan solo se escuchaba el sonido de las espadas de unos y otros mientras los guardias esperaban el turno de cambio para irse a descansar. Archie era uno de los que se encontraban en lo alto de la muralla mirando con una sonrisa la pelea en el patio y a pesar de que vio más o menos bien a su amigo Irvin, supo que dentro de él había una pena inmensa.

Poco a poco, la luz del día fue iluminando más el interior del castillo y el patio, pero los guerreros que luchaban era casi ajenos a ello, pues estaban tan concentrados en la pelea que apenas miraban el movimiento a su alrededor. Con una sonrisa, Archie se dispuso a bajar de la muralla para descansar unos minutos antes de comenzar con más actividades, sin embargo, cuando dejó su puesto, sus ojos se dirigieron inconscientemente hacia el frente y su sonrisa se quedó congelada al ver aparecer un contingente de guerreros que marchaban directamente hacia el castillo Mackenzie.

Los guardias se miraron entre sí durante unos segundos antes de girarse hacia el patio y vociferar:

—¡Viene alguien!

Archie se volvió al instante hacia el frente y entrecerró los ojos para intentar divisar los colores de los kilts de los guerreros que se aproximaban con paso lento al castillo.

Irvin, Sloan y Malcolm se habían unido en una pelea entre los tres cuando escucharon el grito de advertencia de Archie. Los tres levantaron la cabeza al mismo tiempo hacia la muralla para después mirarse entre ellos con extrañeza. Nadie había avisado de la llegada de guerreros al clan,

y después de lo sucedido con los mercenarios debían ponerse en alerta.

—Sloan, ve a avisar a Alec de la llegada de forasteros —ordenó Malcolm.

El guerrero asintió con preocupación antes de correr hacia el interior del castillo. Mientras tanto, Malcolm e Irvin corrieron hacia las escaleras de la muralla para ver llegar a los extraños y cuando se reunieron con Archie y los demás, este los miró con cierta preocupación y sorpresa antes de comunicarles:

—Son los Mackay.

Irvin sintió que su corazón de repente saltaba, pero no de alegría, pues sabía que Iona no estaría entre ellos, sino de preocupación al pensar que los miembros de ese clan llegaban ante ellos para declararles la guerra. El joven miró con preocupación a su hermano mediano, pero no supo interpretar su mirada, que rápidamente se dirigió hacia el pequeño valle que los separaba de los forasteros.

—¿Qué querrán? Tan solo hace un día que Andy se ha marchado, no creo que vengan a declararnos la guerra.

Irvin entrecerró los ojos para intentar ver con más claridad los colores de sus kilt con la esperanza de que descubrir que Archie se había equivocado, pero no fue así. Los colores verde y azul le indicaron que, efectivamente, se trataba de los Mackay. Al mismo tiempo, estos sacaron el estandarte de su clan para mostrárselo, una mano sujetando una daga, y en él vieron algo que sorprendió a todos:

—Llevan un lazo blanco —informó Irvin con extrañeza.

—Eso quiere decir que vienen en son de paz —dijo Alec a su espalda con voz entrecortada.

El laird se acercó a ellos y dirigió su mirada hacia el mismo lugar que los demás. Cuando Sloan había llegado a su despacho y le había comunicado que venían forasteros no había podido evitar sentir un pinchazo de temor en su pecho. Pero ahora que sabía que no querían atacarlos, pudo respirar tranquilo.

—¿Qué pueden querer? —preguntó Irvin de nuevo retóricamente.

Alec esperó unos segundos antes de responder.

—No lo sé, pero si están aquí en son de paz es porque no se han cruzado con los MacLeod, así que no saben que Iona va camino de sus tierras.

Irvin giró la cabeza con rapidez hacia él.

—¿Crees que vienen a buscarla aquí?

—Por lo que dijo Andy, Gavin Mackay la estaba buscando, así que no me extrañaría que la casualidad lo haya traído aquí justo un día después de que su hija se haya marchado.

Irvin sintió un escalofrío y un tirón en su estómago cuando una idea cruzó por su mente:

—Entonces puede ser que su prometido esté en la comitiva que se acerca...

Alec suspiró y apoyó una mano en el hombro de su hermano pequeño.

—No lo sé, Irvin, pero intenta mantener la calma.

Su hermano lo miró con los ojos muy abiertos y, finalmente, asintió, aunque con el cuerpo tan tenso que parecía haberse quedado petrificado.

—¡Abrid el portón! —ordenó Alec cuando los Mackay se hubieron acercado lo suficiente.

Al instante, este comenzó a abrirse lentamente y mientras tanto, Irvin dirigió la mirada hacia la comitiva recién llegada. Ahora sí podía ver los rostros de los Mackay con claridad y fijó su mirada en la primera fila de guerreros. Dedujo que el que parecía ser más avanzado en edad era el padre de Iona, pero pudo adivinarlo no solo por eso, sino porque el brillante broche que pendía de su manto indicaba que era el laird de los Mackay. A su derecha, un joven muy parecido al jefe

cabalgaba con los ojos también fijos en él, como si hubiera adivinado que él sabía algo de la que era su hermana, Iona. Sin embargo, a la izquierda del laird iba un hombre cuyo rostro llamó poderosamente su atención. Iona se lo había descrito en alguna ocasión y nada más verlo supo de quién se trataba.

—Malditos sean todos los infiernos... —refunfuñó Irvin sin poder apartar la mirada de él, que observaba todo con desdén.

El guerrero levantó entonces la mirada y la fijó en él, como si lo hubiera escuchado maldecir, y para su sorpresa, esbozó una pequeña sonrisa que le mostró su falta de algunas piezas en su dentadura. Irvin frunció el ceño y apretó con fuerza los puños. ¿De verdad pretendía Gavin Mackay casar a su hija con ese hombre? Algo le decía que sí, que ese guerrero era Hamish Mackay y no podía creer que Iona fuera a compartir su vida con él, un violador que se había aprovechado de la soledad de la joven para atacarla.

—Tranquilo, hermano —le dijo Malcolm cuando lo escuchó rugir.

—Ese desgraciado es el que violó a Iona y con el que van a casarla —dijo entre dientes para que solo lo escuchara él.

—Bueno, con suerte se irán pronto de aquí —respondió.

—Vamos abajo —ordenó Alec.

Los tres hermanos descendieron por las escaleras de la muralla y se dirigieron al centro del patio para recibir a los recién llegados. Alec y Malcolm podían mantener la calma a la perfección, pero Irvin no podía dejar de mover los dedos sobre la empuñadura de su espada, completamente nervioso por tener ante él al padre de Iona y al hombre que se la había quitado para siempre.

Los Mackay comenzaron a entrar por el portón lentamente, mirando a un lado y otro del patio, como si temieran ser atacados en cualquier instante. Sin embargo, Alec mostró su más sincera, aunque tensa, sonrisa al verlos aparecer. Esperó a que el laird hubiera desmontado de su caballo para acercarse a él y recibirlo con un apretón de manos.

—¡Gavin Mackay! Qué sorpresa verte en mis tierras. Bienvenido.

El aludido sonrió levemente y le devolvió el apretón de manos al tiempo que su hijo y el prometido de Iona se ponían tras él.

—Muchas gracias, Mackenzie —respondió, tenso—. Lamento haberme presentado en tus tierras sin avisar, pero lo que me trae por aquí es un asunto urgente y bastante grave.

Alec tragó saliva y simuló una expresión sorprendida.

—No te preocupes. A los Mackenzie siempre nos gusta recibir a gente nueva en nuestro castillo. —Y antes de entrar en materia, señaló a los dos hombres que había tras él—. Veo que vienes acompañado.

Gavin se giró hacia ellos y señaló a cada uno al tiempo que los presentaba:

—Este es Math, mi único hijo varón; y él es Hamish, el prometido de mi hija.

Irvin carraspeó con fuerza cuando estuvo a punto de atragantarse con su propia saliva. El joven apretó la mandíbula con fuerza al tiempo que clavaba la mirada en Hamish. Este, a su vez, lo miró con cierto deje de diversión, pues no llegaba a entender el motivo por el que lo observaba con esa expresión.

—Encantado de recibirlos en nuestro castillo. Ellos son Malcolm e Irvin, mis hermanos. ¿Por qué no pasamos a mi despacho y hablamos del motivo que os ha traído a nuestras tierras?

—Por supuesto —aceptó Gavin—. Además, tenemos la garganta seca, pues llevamos casi tres meses de viaje por todas las Tierras Altas.

—Ya me imagino... —susurró Alec antes de indicarles el camino hacia el interior del castillo.

Los recién llegados lo siguieron mientras que Malcolm e Irvin se quedaron a la retaguardia para ser ellos quienes cerraran la comitiva al tiempo que los demás guerreros Mackay eran recibidos por los Mackenzie.

Unos minutos después, los hermanos y la familia de Iona se encontraban en el despacho del laird en completo silencio. Una intensa incomodidad se había extendido entre unos y otros y todos se lanzaban miradas intentando adivinar los pensamientos del que tenían enfrente.

Irvin había decidido quedarse unos pasos más alejado del grupo, pues le estaba costando demasiado soportar respirar el mismo aire que Hamish, que se encontraba sentado frente a Alec. Malcolm se quedó a su lado con la intención de calmar los ánimos si llegaban a caldearse cuando hablaran del tema que los ocupaba.

—Y bien, Mackay, aquí podemos hablar tranquilos... —comenzó Alec sin poder evitar una mirada rápida a Irvin.

Gavin dejó escapar el aire y se inclinó hacia adelante para apoyarse ligeramente en la mesa.

—Hace casi tres meses que estamos buscando a mi hija Iona —dijo sin ser consciente de la mirada que se dirigieron Irvin y Malcolm—. Desapareció después de comprometerla con Hamish.

Alec asintió en silencio, pues estaba preocupado por el cariz que tomaría la conversación cuando confesara que la habían tenido en el castillo.

—Iona se oponía a la boda con Hamish, y supongo que por eso abandonó el castillo. Desde entonces la hemos estado buscando por todas las Tierras Altas sin poder dar con ella.

—Si tu hija escapó porque no quería casarse, deberías aceptarlo, Mackay —lo cortó Irvin sin poder contenerse.

—Pero ¿qué dices, Mackenzie? —intervino Hamish por primera vez con el rostro contraído por la ira.

—Lo que has escuchado —lo miró retándolo—. Si Iona no te quiere, deberías aceptarlo.

Gavin frunció el ceño y miró a Alec.

—¿A qué viene esto, Mackenzie?

Alec suspiró y unió sus manos mientras dirigía una mirada a Irvin antes de devolvérsela a Gavin.

—Te voy a ser sincero si es lo que deseas, Mackay.

—Adelante.

—Nosotros no sabíamos que tu hija había desaparecido, pues nuestras tierras no colindan y hace tiempo que no teníamos visitantes. Sin embargo... —Alec tragó saliva con dificultad— no nos ha sorprendido tu visita.

—No entiendo a dónde quieres llegar.

—A que tu hija ha estado en este castillo sin que nosotros supiéramos quién era en realidad.

Gavin dio un manotazo en la mesa.

—¿Qué?

—Tranquilo, padre —intervino Math con suavidad—. Déjelo hablar.

Gavin respiraba con fuerza, pero su rostro no era tan iracundo como el de Hamish, que parecía estar a punto de explotar frente a ellos. La vena del cuello hacía ya rato que se le había hinchado e Irvin vio que le estaba costando demasiado mantener la calma, algo que le hizo odiarlo más pues ya se podía imaginar cómo iba a tratar a Iona cuando esta fuera su esposa.

—Me gustaría que fuera mi hermano quien os lo contara... —dijo Alec llevando su mirada

hacia Irvin.

El aludido se sorprendió por el ofrecimiento y aunque estuvo a punto de rechazarlo, cuando todas las miradas se dirigieron a él, solo pudo adelantarse unos pasos y comenzar su relato.

—Hace unas semanas la encontré en medio de un bosque de nuestras tierras a punto de ser atacada por uno de esos mercenarios que habéis enviado en su búsqueda. Y...

—¿Mercenarios? —preguntó Math con sorpresa—. ¿Qué dices? Nosotros no hemos enviado mercenarios para buscarla.

Irvin frunció el ceño y miró a Alec sin comprender.

—¿Lo dices en serio, Mackay? —preguntó el laird Mackenzie.

—Por supuesto. La hemos buscado nosotros sin intermediarios. ¿Por qué nos hablas ahora de mercenarios?

Irvin abrió y cerró la boca varias veces sin decir nada, pero segundos después, cuando recuperó la voz, volvió a explicarles:

—Será mejor empezar por el principio. Mi hermano me envió a los límites de nuestras tierras porque varios clanes se habían quejado de la presencia de mercenarios que robaban en sus granjas. La casualidad hizo que descubriera a Iona a punto de ser violada por uno de esos mercenarios que antes de morir me confesó que era a ella a la que buscaban, que alguien los había contratado para encontrarla.

Math miró a su padre con la sorpresa dibujada en su rostro.

—¿Quién puede querer buscarla? No lo entiendo, padre.

—Yo tampoco, hijo.

—¿Y qué más, Mackenzie? ¿Nos vas a contar todo con pelos y señales o vamos a ir al grano? —refunfuñó Hamish de mala manera—. ¿Dónde está mi prometida?

Irvin apretó los puños y estuvo a punto de lanzarse contra él de no ser porque su hermano Malcolm volvió a ponerse a su lado y carraspeó para llamar su atención y se tranquilizara.

—La traje al castillo para protegerla de los mercenarios e intentar descubrir el motivo por el que la perseguían. Ella me dijo que era Mackay, pero jamás mencionó que fuera la hija del laird. Hemos sufrido varios ataques de los mercenarios, pero Iona siempre pensó que los había enviado su prometido.

Hamish frunció el ceño ante el ataque de Irvin y al instante se levantó de la silla y lo encaró con rabia.

—¿Estás insinuando algo?

Irvin dio un paso hacia él, poniendo en alerta a Malcolm.

—Solo digo lo que Iona pensaba.

—¿Y por qué dices el nombre de mi prometida con tanta familiaridad, Mackenzie?

Irvin apretó los puños. Durante unos segundos de silencio estuvo a punto de no responder, pero cuando abrió la boca para hacerlo, Alec lo interrumpió:

—Será mejor que todos nos calmemos. Antes has preguntado por tu prometida. Ha estado con nosotros durante semanas —dijo Alec obviando el hecho de que la joven quiso ser una sirvienta más para evitar más conflictos—, pero hace un par de días vino de visita un gran amigo nuestro, Andy MacLeod.

Gavin asintió.

—Fue invitado a la boda de mi hijo, lo conozco.

—Eso nos dijo porque en cuanto vio a tu hija la reconoció al instante. Fue entonces cuando supimos que Iona era hija de un laird y no de un campesino, como creíamos. Andy nos dijo que

habías acudido a él en busca de ayuda y si alguna vez la encontraba, que la llevara de vuelta a vuestro castillo. Y así ha sido.

El silencio que siguió a sus palabras fue sepulcral. Gavin y Math se miraron entre ellos con sorpresa y extrañeza antes de volver a mirar a los Mackenzie, que estaban expectantes.

—¿Estáis seguros de lo que habéis dicho? —preguntó Math, que fue el primero en recuperar la voz.

Irvin frunció el ceño, sin comprender a qué quería llegar.

—Las cosas han sido como las hemos contado.

—Pero no es cierto eso último...

—¿Nos estás acusando de mentir, Mackay? —intervino Malcolm.

Math negó y levantó las manos en señal de paz antes de seguir.

—No me refiero a vosotros, sino a lo que has dicho de MacLeod. No hemos vuelto a verlo desde que estuvo en mi boda, y ni mucho menos hemos ido a su castillo a pedir su ayuda.

Irvin sintió que su corazón se aceleraba de golpe ante aquella revelación. Una idea difícil de creer cruzó por su mente y no pudo evitar que sus manos comenzaran a temblarle, sintiéndose incapaz de hablar.

—Pero él dijo que le habíais pedido que os la llevara... —dijo Alec sin comprender—. De hecho, ayer partieron del castillo en dirección a vuestras tierras.

—Nosotros jamás habríamos pedido eso. Al contrario, no pondríamos la vida de mi hermana en peligro con un desconocido. MacLeod es nuestro vecino, pero nuestra relación no es tan estrecha como para pedirle eso. Os mintió.

Los hermanos Mackenzie se miraron entre sí estupefactos. Andy era amigo suyo desde que eran unos críos y aquella revelación hizo que su amistad se tambaleara de golpe.

Alec observó que su hermano Irvin estaba a punto de abandonar el despacho para correr hacia las caballerizas y abandonar el castillo en busca de Andy, pero el hecho de que su amigo tal vez les hubiera mentado hizo que se quedara callado durante unos segundos. Tiempo que Malcolm decidió intervenir en su nombre:

—¿Y por qué iba a mentarnos nuestro amigo?

Los Mackay se encogieron de hombros ante su pregunta, pues no tenían respuesta. Sin embargo, la voz de Irvin fue la que contestó a Malcolm, poniendo palabras a lo que ya corría por la mente de Alec:

—Porque fue él quien envió a los mercenarios; porque fue él quien la violó y porque es él quien quiere quedarse con ella.

## Capítulo 20

Malcolm se quedó atónito ante las palabras de su hermano pequeño, pero interiormente se negaba a pensar que Andy MacLeod, ese amigo que había salvado a Aily de la muerte, era un traidor y les había mentado. Simplemente, no podía creerlo. Y los Mackay estaban tan sorprendidos como él.

Irvin les dio la espalda y caminó por el despacho como si de un león enjaulado se tratara. El hecho de que Iona estuviera en ese momento en manos de su violador lo hacía hervir de rabia por dentro. Deseó poder salir en su busca y matarlo con sus propias manos por haber sido capaz de violar a una mujer indefensa y por haber engañado a todos delante de sus narices.

—Maldito sea... —murmuró Irvin—. Lo voy a matar...

—A ver, Mackenzie, ¿estás diciendo que fue MacLeod el que violó a mi hija? —Y después se volvió hacia Hamish—. ¿Es verdad que no fuiste tú?

El aludido se mostró indignado.

—Ya lo dije cuando Iona me acusó.

Irvin resopló ante sus palabras.

—Reconozco que aunque accedí a vuestra boda fue porque pensaba que reamente habías sido tú. ¿Por qué, entonces, querías casarte con ella?

—Porque la quiero —respondió Hamish.

—¿Tú qué sabrás lo que es amarla de verdad? —vociferó Irvin sin poder evitar lanzarse contra él.

Malcolm reaccionó al instante y logró pararlo, pero Hamish no se quedó atrás y también intentó atacarlo. Math se puso en alerta al instante y también pudo pararlo a tiempo antes de que desenvainara su espada.

—¿Qué pasa, Mackenzie, acaso te has encaprichado de mi prometida?

—Me parece que están sacando las cosas fuera de lugar... —intentó intervenir Alec antes de que Irvin lo cortara.

—¡No! ¡Déjame responder! —vociferó antes de volverse hacia Hamish, que lo miraba con rabia intentando soltarse de Math—. ¡Sí, la amo! Me parece una mujer extraordinaria que tú jamás podrías valorar porque no sabes ni lo que es eso. Y estoy seguro de que en cuanto estuviera entre tus brazos lo primero que harías sería darle una paliza porque eres incapaz de contenerte.

Hamish bufó.

—¿Acaso tú sí puedes contenerte?

—Conmigo ha sido más feliz en unas semanas que contigo una vida entera.

Hamish frunció el ceño, borrando la sonrisa de sus labios.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que de no ser por la aparición de Andy en el castillo, nos habríamos casado en poco tiempo.

Gavin se puso delante de Hamish y miró a Irvin con los ojos muy abiertos.

—¿Te has aprovechado de mi hija, Mackenzie? —preguntó, airado.

—Jamás me aprovecharía de ella, Mackay. La amo y lo único que quiero de ella es su

felicidad. Por eso la dejé marchar con Andy, porque sabía que si entre nuestros malditos clanes se levantaba una guerra por nuestra culpa, Iona nunca sería feliz. ¡Preferí dejarla marchar a luchar por ella! ¡Y ahora por mi maldita culpa está en manos de un desgraciado que a la primera oportunidad intentará violarla de nuevo!

Cuando Irvin acabó, logró soltarse de su hermano y les dio la espalda, incapaz de sostener por más tiempo su mirada. El dolor, la pena y la rabia corrían por sus venas por no haber sido capaz de verlo venir. Jamás pensó que Andy sería un violador, pues siempre había tenido a las mujeres que quería, pero ahora que Iona estaba en sus manos, la preocupación por ella amenazaba con volverlo loco.

El joven se pasó una mano la cara para intentar calmarse cuando sintió que alguien apretaba su hombro para llamar su atención. De soslayo vio que su hermano Alec se ponía en alerta y se giraba hacia ellos, por lo que al girarse y ver que se trataba de Gavin, no se sorprendió. Durante unos segundos pensó que sacaría una daga y se la clavaría, pero lo que nunca esperó fue su pregunta:

—¿De verdad amas a mi hija?

En el rostro de Irvin se dibujó una expresión de sorpresa, pero al instante asintió:

—Por encima de mi propia vida, Mackay.

—Olvidas que es mi prometida, Mackenzie —dijo Hamish con rabia.

En ese momento, Gavin se giró hacia él y le respondió:

—Eso está por ver —Y antes de que dijera algo, siguió—. Lo más importante ahora es encontrar a Iona. ¿Qué camino tomaron?

Alec se adelantó para hablar:

—El que lleva al norte. Suponíamos que irían a vuestras tierras, pero después de esto... tengo dudas.

—La llevará a las suyas —lo cortó Irvin—. Estoy seguro de ello.

—Entonces debemos ir tras ellos cuanto antes —indicó Gavin.

Irvin negó con la cabeza antes de acercarse a él y mirarlo fijamente.

—Andy no sabe que lo hemos descubierto. Si vamos los Mackenzie y los Mackay juntos, sospechará que sabemos todo y puede que le haga daño a Iona. Sugiero que vayamos tan solo los Mackenzie.

—¿Me estás pidiendo que no vaya a rescatar a mi hija de las manos de ese desgraciado?

—Os lo pido porque él creerá que vamos como amigos y no buscando a Iona. Con él debemos hacer las cosas bien. Ha sido muy inteligente lo que ha hecho, demasiado premeditado, y estoy seguro de que actuará así en todo momento. Por eso, si os ve llegar, sabrá enseguida que vais a atacar e Iona estará en medio.

Malcolm dio un paso hacia ellos y se puso ante Gavin.

—Ya imagino que no confiáis plenamente en nosotros, pero te pido que en esta ocasión, por tu hija, no dudéis. Andy nos conoce desde que éramos pequeños y no sospechará.

Alec se adelantó y siguió:

—Mientras tanto, podéis quedaros en el castillo el tiempo que haga falta.

Hamish refunfuñó:

—Yo no voy a dejar que sea otro quien rescate a mi prometida. Ese es mi trabajo.

Gavin se giró hacia él, iracundo.

—Tú harás lo que yo ordene, pues es la vida de mi hija la que está en juego.

Hamish lo miró ceñudo y después llevó su mirada hacia Irvin, que esbozó una amplia sonrisa

socarrona e intentaba aguantar las ganas de reír.

—Está bien, Mackenzie —cedió Gavin volviéndose de nuevo hacia ellos—. Traed a mi hija con vida, pero si le ocurre algo, tú pagarás por ello.

Irvin no mostró sentimiento alguno cuando lo señaló, sino que se limitó a asentir.

—De hecho, creo que es mejor que vaya yo solo —sugirió Irvin al cabo de unos segundos.

Malcolm lo aferró del brazo y lo obligó a girarse hacia él.

—¿Te has vuelto loco? No vamos a dejar que vayas solo.

—Tal vez así piense que he cambiado de opinión y he decidido ir a por ella.

Alec negó con la cabeza y se acercó a él.

—Iremos los tres, hermano. Cada vez que hemos tenido un problema, hemos luchado juntos. Tú lo has hecho por Malcolm y por mí, y ahora nos toca devolverte el favor. Traeremos a Iona con nosotros y mataremos a Andy por traición.

Después de cabalgar durante gran parte de otro día, Iona iba acumulando cansancio. Apenas era consciente de lo que la rodeaba, pues a ese cansancio había que unirle su desesperanza ante su inminente boda con Hamish. No obstante, a pesar de eso tuvo la sensación de que al mediodía se habían desviado ligeramente de su destino, pero al no conocer bien el terreno, no dijo nada para no interrumpir.

La noche anterior, Iona apenas había podido dormir. Tras un sueño ligero instantes después de entrar en su tienda, despertó sobresaltada y ya no pudo volver a dormir en toda la noche. En medio de su sueño, tuvo la sensación de que alguien había entrado en la tienda y había tocado su pantorrilla desnuda, pero cuando despertó y miró a su alrededor, descubrió que tan solo estaba ella. Sin embargo, ya no pudo relajarse y dormir, pues temía que alguno de los guerreros MacLeod desobedeciera a Andy e intentara propasarse con ella.

Por eso, casi un día después apenas podía mantener los ojos abiertos sobre el caballo.

—Pararemos a dormir en esta zona. Aquí parece que estaremos resguardados del frío —indicó Andy antes de bajarse del caballo.

El guerrero la miró y le sonrió amablemente. Iona le devolvió una sonrisa tímida y aceptó su mano cuando la ayudó a desmontar.

—Veo que estás cansada...

—La verdad es que no podía más —respondió con un suspiro.

Iona vio que Andy mantenía la mirada sobre ella durante varios segundos más hasta que la apartó y le señaló unas piedras.

—Allí podrás sentarte a descansar mientras montamos las tiendas.

—Gracias.

Sin dudar ni un solo instante, Iona se dirigió hacia ese lugar y se dejó caer sobre ellas. Poco le importó la dureza de las piedras, pues cuando recostó la espalda sobre una de ellas no pudo evitar dejar escapar un largo suspiro de alivio.

Iona cerró los ojos unos instantes, pero cuando sintió sobre ella una mirada penetrante, los abrió y miró a su alrededor en busca de la persona que la miraba. Pero cuando dio con ella, la incomodidad que le hizo sentir provocó que apartara los ojos al instante.

Andy MacLeod la estaba mirando con fijeza desde el otro lado del campamento que estaban levantando e Iona tuvo la sensación de que algo había cambiado en él, como si no fuera el mismo que días atrás había aparecido en el castillo Mackenzie. En más de una ocasión durante el día lo había descubierto observándola, pero intentó llegar a la conclusión de que lo hacía para protegerla, como había prometido a los Mackenzie y a su propio padre, no obstante, Iona estaba

comenzando a pensar que tal vez se estaba excediendo en su meticulosidad para protegerla, pues le incomodaban tantas miradas.

Al cabo de unos minutos, cuando ya todo estuvo montado, Iona necesitó esconderse de tanta mirada para pensar. Apenas tenía hambre, por lo que se levantó para hacer lo mismo que la noche anterior, dirigirse a su tienda sin cenar.

—Si sigues comiendo poco, enfermarás antes de llegar al castillo Mackay.

La voz de Andy la detuvo y apretó los puños con fuerza. El hecho de que el laird MacLeod no quitara ojo de todos y cada uno de sus movimientos había comenzado a enfadarla, pues se sentía observada a cada segundo, y eso no le gustaba.

Iona se volvió hacia él intentando esbozar una sonrisa, aunque en sus labios solo se dibujó una extraña mueca.

—Lo sé, pero no tengo hambre y estoy tan cansada que creo que no aguantaría sin dormirme durante la cena.

—Como gustes. Mañana dejaremos las tierras Mackenzie, así que ya estamos más cerca de las Mackay.

Iona asintió y se dirigió de nuevo hacia la tienda, y cuando llegó, no pudo evitar lanzar un suspiro de alivio ante aquella intimidad. Esa vez habían puesto las tiendas más cerca las unas de las otras, por lo que Andy MacLeod estaría demasiado cerca de ella, algo que la incomodaba. Iona se sentó en el suelo y aunque cerró los ojos unos instantes, se obligó a no quedarse dormida. Necesitaba pensar en algo para escapar de nuevo de los mandatos de su padre, pues no se veía capaz de pasar toda su vida con Hamish.

Y en el momento en el que iba a darse por vencida, la voz de uno de los hombres de Andy llamó su atención:

—Señor, ha llegado Robert.

Iona frunció el ceño. ¿En medio de la oscuridad se presentaba un nuevo guerrero de Andy? ¿Y cómo había adivinado que se encontraban allí? Con curiosidad, la joven se acercó con sumo cuidado a la entrada de la tienda y se asomó a través del pequeño hueco que quedaba entre las telas que impedían ver quién había en el interior.

Desde allí logró ver gracias a la enorme fogata que habían prendido y los rostros de los guerreros se iluminaban con ella. Iona pudo distinguir a Andy entre todos ellos, que se levantó de su asiento al instante y se acercó al hombre que le había hablado.

—Habla más bajo —exigió—. ¿Qué quieres, que te oiga?

¿Acaso se referían a ella? Iona entrecerró los ojos para ver mejor y al instante de entre las sombras emergió la figura de un hombre que no había cabalgado con ellos en ningún momento. La joven recorrió su imponente cuerpo y, para su sorpresa, las ropas del hombre no parecían indicar el clan al que pertenecía. Iona intentó adivinar si había algún color en su ropa que le hiciera creer que era MacLeod, sin embargo, no había rastro de algún tipo de clan. Con extrañeza, Iona levantó más la mirada, aunque se exponía a ser vista desde fuera, pero no le importó. Sentía verdadera curiosidad por ese hombre misterioso que había aparecido de la nada y, al instante, se quedó petrificada.

—¿Has tenido algún problema para llegar hasta aquí? —preguntó Andy.

—Ninguno, todo está bastante tranquilo entre los Mackenzie —respondió el recién llegado.

—Muy bien. Ahora prefiero que te quedes entre nosotros. Puede que necesite tu ayuda cuando nos desviemos por completo.

—¿Y la chica?

—Durmiendo en su tienda —señaló Andy.

Iona, al instante, se apartó de la entrada para evitar ser vista, pues si la descubrían espiando estaría perdida. Su corazón latía con tanta fuerza que temía que fuera escuchado desde la posición de Andy y sus hombres. *No puede ser*, se dijo. Aquello no podía ser real. Ese rostro se había grabado a fuego en su mente semanas atrás cuando ese mismo hombre, junto a otros guerreros, atacaron el campamento que Irvin había levantado, momento en el que ella estuvo a punto de perder la vida por salvar al guerrero Mackenzie. Ese rostro fue el que vio cuando ese mismo guerrero escapaba de la lucha en la que sus compañeros mercenarios habían muerto. Y ahora se encontraba allí, hablando con Andy como si se conocieran de antes, como si fueran amigos. Pero ¿por qué? No entendía qué tenía que ver Andy con los mercenarios que la habían seguido a ella, pero lo que escuchó después fue la respuesta a todas sus preguntas:

—¿Crees que los Mackenzie se darán cuenta del engaño?

Iona volvió a asomarse para ver cómo Andy negaba en rotundo.

—No lo creo. Somos amigos de toda la vida y han creído todas y cada una de mis palabras. Jamás sabrán que el que envió a los mercenarios fui yo.

La joven se tapó la boca para evitar que el grito de rabia, frustración y miedo saliera de su garganta:

—Ha sido un plan perfecto —siguió Andy—. Ellos siempre pensarán que devolví a la muchacha a su familia.

Iona vio sonreír al mercenario.

—¿Y qué harás con ella?

Andy soltó una risotada.

—Disfrutar de su cuerpo una y otra vez como el día de la boda de su hermano. Y lo mejor de todo es que creerán que el violador fue el idiota de Hamish. Yo solo me aproveché de su insistencia para dejar caer sobre él todas las sospechas.

Robert sonrió y le dio una palmada en el hombro.

—¿Nos dejarás probar a la muchacha? Cuando la vi, descubrí que era muy hermosa.

Iona sintió que sus manos temblaban sin control ante lo que estaba escuchando, pero la respuesta de Andy la hizo gemir de rabia:

—Dejaré que todos mis hombres la prueben después de que yo ya la haya saboreado de nuevo.

El gemido de Iona llegó levemente hasta ellos y ambos se giraron en la dirección de la tienda de la joven, que estaba a unos siete metros de ellos. Apenas vieron movimiento, pero en el interior de la misma se estaba librando una batalla para que Iona no perdiera el control sobre la situación. Se había apartado con prisa de la entrada a la tienda para evitar ser vista. Ese gemido escapó de su boca sin que se diera cuenta, y cuando vio que ambos hombres se giraban hacia ella, temió por su vida.

Iona sentía que el miedo intentaba apoderarse de ella, pues el descubrimiento que acababa de hacer había sido tan revelador que incluso llegó a decirse que todo formaba parte de un sueño. Sin embargo, tras pellizcarse para comprobar que estaba despierta, descubrió que todo lo que había escuchado era real, que la traición de Andy también lo era y que había sido él y no Hamish quien la había mancillado en la boda de su hermano.

—Dios mío, ayúdame —murmuró con el cuerpo temblando.

De sus ojos comenzaron a caer lágrimas por la rabia al pensar que Irvin la había dejado marchar en buenas manos y que jamás sabría que Andy lo había engañado para llevársela.

Iona se tumbó unos minutos cuando todo comenzó a dar vueltas a su alrededor. Se dijo que no podía permitirse dejarse llevar por el pánico, sino que debía hacer algo para escapar de las garras de los MacLeod. ¿Serían conscientes los guerreros de Andy las verdaderas intenciones de su laird? ¿De verdad serían capaces de participar en ese engaño al clan Mackenzie o tal vez aún no sabían nada? Fuera como fuera, Iona estaba rodeada de todos ellos y escapar le resultaría realmente difícil.

Alguien más se unió a la conversación de Andy con Robert, pero las voces se aplacaron tanto que desde allí no podía escuchar lo que decían, pero poco le importaba ya. Había escuchado más que suficiente, lo justo para saber que debía escapar de allí cuanto antes.

Iona recordó las miradas que Andy le había ido dedicando a lo largo del día y sintió verdadero asco ante ellas. ¿Cómo podía un guerrero manchar su propio honor por una violación? Andy podía haber tenido a todas las mujeres que él quisiera, pues recordaba cómo todas las doncellas suspiraban por él, pero ¿por qué la había elegido a ella y más en esas condiciones? No tenía respuesta para todas las preguntas que se arremolinaban en su mente, por lo que se dijo que debía esperar a que todos los guerreros se fueran a dormir para escapar de ellos.

Al cabo de un par de horas, cuando el sueño amenazaba con dejarla caer sobre la hierba, el silencio fue extendiéndose por todo el campamento hasta quedar en el más absoluto mutismo. Poco a poco, Iona se había ido sintiendo más segura de sí misma y se había obligado a expulsar el miedo de su cuerpo, pues solo así podría escapar de allí y regresar junto a Irvin para contar toda la verdad.

Iona sacó la cabeza de la tienda para ver que no hubiera nadie cerca y tras comprobar que todos estaban dormidos, salió sin hacer ruido. La joven intentó recordar el camino que habían traído desde el castillo Mackenzie para regresar por el mismo, por lo que se dirigió hacia una de las salidas del campamento. Con sumo cuidado, caminó a través de las tiendas de los guerreros intentando no tropezarse con los cordones que sujetaban la tela, por lo que cuando superó todas, lanzó un suspiro de alivio.

Un caballo, al verla, relinchó levemente, por lo que Iona se alejó de ellos antes de que hicieran más ruido que pudiera alertar a los guerreros de que había movimiento en el campamento. Miró hacia el camino que iba a tomar y la oscuridad de la noche le hizo dudar y temer por lo que pudiera encontrarse, pero prefería mil veces enfrentarse a una manada de lobos que a Andy MacLeod.

Sin embargo, cuando se hubo alejado tan solo unos metros del campamento, una voz profunda la detuvo e hizo que su corazón se detuviera de golpe.

—¿A dónde vas, preciosa?

Iona se giró lentamente hacia la voz y a pesar de la poca luz que llegaba hasta allí gracias a la hoguera, lo reconoció. Se trataba del mercenario que había llegado al campamento unas horas antes y que había intentado matar a los Mackenzie en más de una ocasión. Este mostraba una sonrisa ladina que le hizo temblar de miedo por verse descubierta y sabía que todo estaba a punto de cambiar.

—¿Te has quedado sin habla, preciosa? —arrastró cada palabra mientras dejaba su apoyo en el árbol que había a la izquierda de Iona.

La joven dio un paso atrás al ver que este se acercaba a ella, haciendo que la sonrisa del mercenario aumentara.

—¿Estabas intentando huir? —preguntó mirándola de arriba abajo.

—No te acerques a mí —exigió Iona en un arrebato de valentía.

Robert rio levemente, provocando escalofríos en la espalda de la joven, que, antes de que diera un paso más, se giró y comenzó a correr en la oscuridad. Al instante escuchó los pasos apresurados del mercenario tras ella y segundos después se vio impulsada hacia el suelo.

Iona lanzó un gemido de dolor cuando chocó contra las piedras del camino. Sobre su espalda, el peso de Robert casi la ahogaba, pero este se movió enseguida y la aferró del brazo para levantarla.

—¡No me toques! —vociferó intentando soltarse tras darle una patada en la espinilla.

El mercenario gruñó y retorció su brazo con fuerza, haciéndola gritar de dolor. Iona sintió cómo sus piernas dejaban de sostenerla, pero Robert la obligó a mantenerse erguida en una postura que le provocaba dolor.

—Eres demasiado escurridiza, preciosa —dijo el guerrero en su oído—, pero ya no escaparás más de nosotros. Tu querido Irvin Mackenzie ya no puede salvarte.

Iona gimió cuando el hombre la empujó de nuevo hacia el campamento sin soltarle el brazo. Apenas podía ver el camino, pues sus ojos estaban anegados en lágrimas de frustración por haber sido descubierta y de miedo por lo que pudiera pasar a partir de entonces.

Robert tenía razón. Irvin ya no estaba allí para protegerla y durante unos segundos lo odió con todas sus fuerzas por no haber luchado por ella. Lo culpó de que ahora estuviera en manos de unos desgraciados que estaban dispuestos a violarla sin miramientos.

—¡MacLeod! —vociferó Robert antes de llegar a la tienda donde dormía el laird—. ¡Despierta y ven a ver esto!

Iona apenas podía moverse, pues si lo hacía estaba segura de que le rompería el brazo, así que esperó a que la tienda de Andy se abriera, algo que no tardó en suceder.

Cuando Andy levantó la mirada y vio lo que había ante él no pudo evitar una expresión de sorpresa en sus ojos. Al instante, elevó una de sus cejas y se acercó a ellos lentamente, mirando primero a Iona y después a Robert.

—¿Qué está pasando?

—Tu putita intentaba huir del campamento.

Andy frunció el ceño y miró a Iona. Caminó hasta ponerse a su altura y le tocó la mejilla.

—¿Es eso cierto?

La joven apartó el rostro e intentó soltarse, logrando que Robert apretara con más fuerza.

—Arderás en el infierno, Andy MacLeod.

El aludido soltó una risa y le pidió a Robert que la soltara. Cuando Iona se vio libre, se tocó el brazo adolecido y cerró los ojos un instante, pero Andy la aferró del pelo y la acercó a él, quedándose a un par de centímetros de su rostro.

—Puede ser que finalmente mi alma acabe en el infierno, pero antes de morir pienso ultrajar tu cuerpo una y otra vez y miraré mientras mis hombres hacen lo mismo que yo.

—Me parece que escuchó nuestra conversación... —dijo Robert.

Andy sonrió y chasqueó la lengua.

—Muy mal, querida. Si no hubieras escuchado nada, habrías vivido en la ignorancia y feliz unos días más hasta llegar a mi castillo, pero ahora... tendré que castigarte.

—Irvin te matará cuando descubras lo que has hecho —le dijo la joven intentando no mostrar el miedo que había en su interior.

Ambos hombres rieron con fuerza y Andy la soltó de golpe, haciéndola trastabillar.

—Querida, si los Mackenzie se enteraran alguna vez de lo que he hecho, los mataremos a los tres. Y de paso me quedaré con su clan y sus tierras... La verdad es que me sorprende que nunca

hayan sospechado que era yo quien enviaba a los mercenarios. No son tan inteligentes como creía. Ha sido tan fácil engañarlos...

Andy dio un paso hacia ella con una sonrisa maliciosa, pero Iona se alejó de él, aunque su espalda chocó contra el inmenso pecho del mercenario, que llevó sus manos a los brazos de la joven para sujetarla con fuerza. Iona dio un respingo al sentir de nuevo su fuerza y dirigió su mirada al frente, a Andy, que acortó la poca distancia que los separaba al tiempo que sacaba una daga de su cinto y se la mostraba a tan solo un palmo de su rostro.

—¿Cuál es el mejor castigo que debo imponerte por intentar escapar? —preguntó pasando la hoja por la mejilla de Iona.

La joven tembló entre los brazos de Robert, al cual escuchó reír, y cerró los ojos con fuerza para que las lágrimas no salieran de ellos. Sintió bajar la punta de la daga lentamente hasta su garganta. La respiración de Iona se hizo más fuerte y cuando escuchó reír a Andy, abrió los ojos.

—Se me ocurre algo muy placentero, pues apenas puedo contenerme hasta llegar a mi castillo —siseó—. Pero voy a aguantarme y puesto que has despreciado la tienda que amablemente te he cedido, dormirás a la intemperie atada a ese árbol.

Andy señaló uno de los árboles más cercanos al fuego.

—Eso sí, claro, sin tu capa.

Iona lo miró con los ojos muy abiertos. Con el paso de las horas el tiempo había empeorado y hacía más frío que el día anterior. Si le quitaban la capa, no sabía cómo podría soportar toda una noche a la intemperie, y lo peor de todo era que el cielo amenazaba lluvia.

—Deja que me vaya, por favor —suplicó—. Deja que regrese con Irvin.

Andy lanzó una carcajada.

—¿Con el bueno de Irvin? Jamás. Tu vida está ligada a la mía y espero que disfrutes del viaje hasta mi castillo porque cuando llegemos, no saldrás de él jamás.

# Capítulo 21

Irvin, Malcolm y Alec habían cabalgado durante todo el día y toda la noche junto a varios guerreros del clan que se habían ofrecido a ayudarlos contra los MacLeod. A pesar de que los Mackay se habían quedado como invitados, una parte de Alec temía que estos se levantaran en armas contra los Mackenzie en su ausencia e hicieran daño a sus familias, por lo que querían acabar con ello cuanto antes y regresar de nuevo al castillo.

El pequeño de los hermanos estaba preocupado. Apenas podía pensar en otra cosa que no fuera en el estado en el que podía encontrarse Iona. Se sentía enfadado consigo mismo por haber dejado a un lado sus sentimientos y haber dejado escapar a Iona, todo por el clan. Pero se dijo que haría lo que fuera para liberarla de Andy, y si hacía falta, daría su vida por ella. Semanas atrás le había prometido que la protegería de lo que hiciera falta, y le había fallado, pero no cometería el mismo error dos veces y aunque Andy fuera su amigo desde pequeños, le haría pagar con creces su traición.

—Haremos lo siguiente —La voz de Alec lo sacó de sus pensamientos—. Los hombres se quedarán en un lugar apartado y fuera de la vista de los MacLeod para evitar enfrentamientos.

Irvin frunció el ceño y miró a su hermano.

—¿Hablas en serio? Creía que íbamos a luchar.

—Intentaremos solucionar esto por las buenas, haciéndole ver a Andy que te lo has pensado y quieres que Iona vuelva al castillo aunque eso suponga la guerra con los Mackay. Él nos ha engañado, y nosotros haremos lo mismo. Y cuando Iona esté a salvo, los atacaremos.

—Pero... —se quejó Irvin.

—Intentarás controlar tu ira de la misma forma que nosotros, hermano. Para mí tampoco es fácil reconocer que nuestro amigo es un maldito traidor. Se lo haremos pagar, pero cuando Iona esté a salvo. ¿Qué crees que puede pasarle a Iona si Andy descubre que lo sabemos todo?

Irvin soltó el aire con fuerza. Sabía que su amigo sería capaz de matarla delante de ellos tan solo para hacer daño, pero le costaba reconocer que Alec tenía razón.

—Maldita sea, está bien. Iré yo solo.

—Ya hemos hablado de eso, Irvin —intervino Malcolm de mala gana—. Iremos los tres, y cuando le demos su merecido a ese bastardo también será entre los tres.

Irvin lo miró largamente mientras inspiraba profundamente para calmarse. Estaba deseando llegar cuanto antes al lugar donde estuvieran los MacLeod, y por ello, Alec había enviado a Sloan para que inspeccionara con sumo cuidado la zona.

—Espero que no se haya desviado mucho —dijo Irvin.

—Estoy seguro de que tan solo un poco para disimular, pues si se desvían por completo, Iona se daría cuenta. Y no le conviene a Andy entretenerse con la negativa de nadie.

—Como se haya atrevido a tocarle un pelo... —dijo el joven entre dientes.

Alec y Malcolm se miraron entre sí, conocedores del carácter mujeriego de su amigo, pero no quisieron decir nada, pues pensaban lo mismo: que era capaz de violarla de nuevo si ella se resistía.

—Ya viene Sloan —los avisó Alec.

El guerrero cabalgó con prisa hasta ellos. Dirigió una mirada rápida y seria a Irvin antes de

hablarle a Alec.

—Están cerca de aquí. Levantaron un campamento para pasar la noche y muchos de los guerreros ya están en pie para marcharse.

—¿Son el mismo número de guerreros o hay más?

—Me ha parecido que son los mismos.

—¿Te han visto? —preguntó Irvin.

Sloan negó.

—¿Qué más has visto? —preguntó el pequeño de los hermanos.

El guerrero carraspeó, incómodo.

—Nada...

Malcolm enarcó una ceja y se adelantó a sus hermanos.

—¿Quieres tragarte mi puño?

Sloan suspiró y negó con la cabeza antes de dirigir su mirada a Irvin.

—Tienen a Iona atada a un árbol, y no tenía buen aspecto.

Irvin rugió por la rabia y se alejó de ellos mientras apretaba las manos en la cabeza.

—Desgraciado... Por Dios que voy a matarlo.

Alec se acercó a Irvin y puso una mano en su hombro.

—Lo haremos, pero primero tenemos que fingir que seguimos siendo amigos.

Irvin se volvió hacia él y asintió.

—Sloan, quedaos aquí y si en una hora no hemos vuelto, id a buscarnos —dijo Alec.

El guerrero asintió y vio cómo se preparaban para marchar, deseando que regresaran cuanto antes.

Iona había pasado la peor noche de su vida. Esa había sido incluso peor que el día de la violación, pues entonces había perdido el conocimiento, mientras que esa noche había estado consciente en todo momento. Desde que Robert la ató al árbol apenas había podido moverse ni un solo centímetro, pues si lo hacía, las cuerdas se apretaban más contra su cuerpo, impidiéndole respirar con normalidad.

Había intentado desatar los nudos en varias ocasiones, pero estaban tan bien hechos que jamás podría liberarse. Lágrimas de frustración habían caído en más de una ocasión por sus mejillas, pero ahora que la luz del día estaba sobre ellos, se obligó a no derramar ninguna.

Iona miró de un lado a otro con la intención de tomar alguna piedra afilada entre sus manos, pero apenas podía moverse, ni mucho menos pronunciar palabra alguna. Robert la había amordazado cuando la joven intentó gritar varias veces durante la noche, por ello no pudo pedir ayuda a cualquiera que anduviera cerca y pudiera escucharla.

Un nuevo escalofrío recorrió su cuerpo. Jamás había pasado tanto frío como en esa noche. No había dejado de tiritar y tenía la sensación de que los dientes se le iban a romper de tanto apretarlos.

—¿Has pasado buena noche, querida?

Iona levantó la mirada hacia Andy y lo traspasó con sus ojos. El guerrero avanzó hacia ella para quitarle la mordaza e Iona intentó morderlo.

—Vaya, vaya, querida. Desconocía ese carácter tan fuerte. Pero, tranquila, te domaré en cuanto llegemos a mi castillo.

—¿Por qué haces todo esto si puedes tener a cualquier mujer a tu lado?

Andy sonrió de lado y se agachó junto a ella.

—Ninguna me provoca la excitación que tú logras renacer en mí.

—Las cosas no se toman a la fuerza —rebatíó Iona intentando soltarse de nuevo.

—A mí me encanta tomarlas así —dijo acercándose al oído de la joven—. Aún puedo recordar el miedo que desprendías cuando tomé tu cuerpo y el tacto de tu piel desnuda bajo mi mano.

Iona giró la cabeza intentando no escuchar sus palabras, pero Andy la tomó del rostro y la besó con furia, violando su boca de manera abrupta mientras la sujetaba para evitar que despreciara su contacto.

—Señor... —Robert carraspeó detrás de él para llamar su atención.

—¿No ves que estoy ocupado? —gruñó Andy mirando hacia él—. ¿Qué quieres?

Robert dejó escapar el aire lentamente antes de comunicarle lo que sucedía.

—Los Mackenzie se están acercando al campamento.

El corazón de Iona saltó de repente. La joven abrió los ojos desmesuradamente y una expresión de esperanza se dibujó en su rostro.

Andy giró la cabeza hacia ella y vio que la rabia lo corroía por dentro antes de modificar su rostro a una expresión maliciosa.

—Si yo fuera tú, borraría esa felicidad porque Irvin Mackenzie morirá esta misma mañana.

Iona tragó saliva antes de levantar el mentón con orgullo y responderle:

—Yo no estaría tan seguro...

Andy se levantó y apretó los puños con fuerza, intentando contener sus ganas de abofetearla hasta que le dio una daga a Robert y le dijo:

—Desátala y llévala a mi tienda para que no la vean. Y espero que uses toda tu fuerza para que no haga ruido.

—Tranquilo, lo pasaremos bien —sonrió el mercenario antes de agacharse junto a ella para amordazarla y comenzar a desatar sus cuerdas.

Al cabo de un minuto, la obligó a levantarse y ató sus manos a su espalda para evitar que pudiera moverse con libertad y, haciendo caso omiso a sus gritos a través de la mordaza, la arrastró hacia la tienda, apartándola del campo de visión que tendrían los Mackenzie.

Irvin se obligó a sí mismo a calmarse. Le temblaban tanto las manos que estaba seguro de que no podría empuñar una espada en caso de necesitarla, pero la preocupación que sentía por Iona lo hacía temblar ante la posibilidad de que la hubieran vuelto a violar. La culpabilidad no lo había abandonado, pues era un sentimiento tan fuerte y tan profundo dentro de él que no estaba seguro de si Iona lo perdonaría después de todo.

—Mantened la calma —pidió Alec.

—Creo que es otro quien tiene que mantenerla —respondió Malcolm mirando de soslayo a Irvin.

Este lo miró ceñudo.

—¿Y si se tratara de Aily, qué harías? ¿Cómo estarías?

Malcolm resopló.

—Peor que tú, hermano —admitió antes de esbozar una sonrisa—. Te admiro.

Irvin puso los ojos en blanco y negó con la cabeza para fijar su mirada al frente. Menos de diez metros los separaban del campamento levantado por los MacLeod y los tres hermanos vieron cómo varios guerreros formaban una fila para evitar dejarlos pasar mientras que al cabo de unos segundos, Andy apareció tras ellos con una amplia y falsa sonrisa en los labios.

—¡Amigos! No pensé que querríais venir a acompañarnos a la frontera —bromeó cuando los vio desmontar de sus caballos.

—No venimos a eso, Andy —dijo Alec con fingida amabilidad.

—Entonces, ¿qué os trae por aquí?

Irvin carraspeó y dio un paso al frente.

—Desde que os marchasteis del castillo he estado pensando en Iona —comenzó el joven— y tras hablar con mis hermanos, he decidido que prefiero enfrentarme a una guerra por ella que perderla para siempre.

Andy lanzó una risa.

—¿Me estás diciendo que estás dispuesto a enviar a tu clan a una guerra por ella?

—Tal vez esa guerra nunca exista —respondió Irvin con el cuerpo cada vez más lívido—. Una vez me case con ella, hablaré con los Mackay y les explicaré todo. Si entonces deciden entrar en guerra, sea, pero no puedo imaginarla con otro hombre.

Tras sus últimas palabras, una sonrisa maliciosa se dibujó en los labios de Andy, que dio un paso hacia él, adelantándose a sus hombres.

—Pero ya os expliqué que Gavin Mackay me pidió que llevara a su hija si la encontraba alguna vez. ¿No eres consciente de que si haces eso, me expones a mí a una guerra también?

—No si los Mackay jamás descubren que sabías dónde estaba —intervino Malcolm—. Es un plan perfecto.

—Andy, ya sé que eres un hombre de honor —dijo Alec con cierta dificultad—, pero entiende a mi hermano y entiende que no nos importe entrar en guerra por él, pues haríamos lo que fuera por la familia.

Andy fingió sopesarlo durante unos momentos hasta que finalmente negó con la cabeza.

—Lo siento, amigos, pero no puedo hacerlo. Lamento que hayáis venido hasta aquí para nada, pero no voy a arriesgarme.

Andy comenzó a darse la vuelta e Irvin no pudo evitar un bufido de rabia que Malcolm intentó contener aferrándolo por el brazo.

—Al menos déjame verla una última vez —suplicó tras ver que los guerreros MacLeod llevaban las manos a la empuñadura de la espada.

Irvin vio suspirar lentamente a Andy, sabiendo que lo que pretendía era dominarse, y cuando se dio la vuelta para responder, estuvo a punto de desenvainar su espada para clavársela, pero se contuvo:

—Eso no va a poder ser, amigo —respondió el líder MacLeod.

Irvin frunció el ceño y tragó saliva. El enfrentamiento estaba cada vez más cerca, pues sabía que estaban acorralando a Andy para que confesara.

—¿Y eso por qué?

—Porque está descansando. Llevamos un par de días de camino y anoche estaba agotada, así que será mejor que os vayáis.

—Bueno, podemos quedarnos hasta que se despierte —sugirió Irvin llevando la mano a su empuñadura—. ¿O acaso te molesta nuestra presencia en nuestras propias tierras?

Y aquellas palabras fueron las que le hicieron ver a Andy que lo habían descubierto. El laird MacLeod vio un brillo especial en los ojos de Irvin y al instante, se puso en guardia. Miró a Alec y Malcolm y vio la determinación en sus rostros antes de girarse hacia sus hombres y decir con simpleza:

—Dadles una paliza. Especialmente al más insistente.

Cuando la mirada de Andy se posó en Irvin, este vio que esbozaba una sonrisa maliciosa, pero apenas tuvo tiempo de responderle, pues los guerreros del que había sido su amigo se lanzaron

contra ellos con los puños en alto. Eran al menos una decena de hombres contra tres y a pesar de que en número los superaban, los Mackenzie pudieron defenderse de ellos con presteza.

Pasados unos segundos, Irvin perdió de vista a sus hermanos, que fueron rodeados por los guerreros MacLeod y entonces se decidió a lanzarse contra los que lo rodearon a él. Pudo defenderse con rapidez y agilidad de los primeros ataques de sus adversarios. Estaba acostumbrado a entrenar con varios hombres en el castillo, por lo que aquello no era algo nuevo para él, pero en parte le dolía luchar contra algunos hombres que conocía desde hacía años y a los que tenía aprecio.

—Maldito Mackenzie —dijo uno de ellos—, aún recuerdo cuando te burlaste de mí por no entrenar cuerpo a cuerpo en nuestro clan. Desde entonces hemos aprendido mucho.

Irvin esbozó una sonrisa burlona al tiempo que esquivaba el puño de otro guerrero.

—¿Lo dices en serio, MacLeod? Hasta ahora no lo he visto...

El aludido rugió de rabia y se lanzó contra él con toda su fuerza impresa en los puños. Logró alcanzar la barbilla de Irvin, que se vio impulsado hacia atrás, logrando recuperarse al instante, pero los MacLeod no le dieron tregua y se lanzaron contra él todos los que había a su alrededor.

Segundos después, Irvin no daba abasto para parar los golpes de sus adversarios. Desesperadamente, intentó desenvainar su espada, pero no tuvo tiempo para ello. Una patada fuerte en la espinilla le hizo trastabillar y el que tenía frente a él aprovechó para llenarle la cara de golpes. Segundos después, Irvin tenía la sensación de estar flotando, pues apenas sentía los golpes que aún seguían propinándole los MacLeod, pero sí pudo escuchar el rugido de rabia de su hermano Malcolm cerca de él hasta que poco después todo quedó en silencio:

—¡Parad!

La voz de Andy se alzó entre la de sus hombres y poco a poco todo volvió a la normalidad. En medio de una nube de dolor en el suelo, Irvin vio que los MacLeod se alejaban de él y sus hermanos, que también estaban heridos sobre la hierba, aunque no tanto como él.

El joven vio cómo las botas de Andy se acercaban lentamente a él, disfrutando de ese momento. Instantes después, el laird MacLeod se agachó junto a él y lo aferró con fuerza del pelo, levantándole la cabeza para mirarlo a los ojos. En ese instante, Irvin tosió con fuerza, haciendo reír a Andy:

—Querido amigo, no has debido insistir tanto. Ahora Iona es mía y jamás volverás a verla, aunque me acordaré de ti cada vez que la monte.

Irvin rugió de rabia e intentó levantarse, pero un fuerte dolor en las costillas lo aplacó.

—Jamás pensé que los Mackenzie fuerais tan idiotas. ¿Cómo se os ocurre presentaros aquí los tres solos? Pero, tranquilos, no voy a alargar mucho nuestra despedida.

Andy soltó el pelo de Irvin y lo dejó caer mientras tuvo otro ataque de tos.

—Atadlos a un árbol y que los cuervos hagan el trabajo sucio. —Miró a los Mackenzie—. A pesar de este revés, aún sigo teniendo aprecio por ellos y no quiero que su sangre manche mis manos.

Segundos después, los guerreros MacLeod aferraron con fuerza a los Mackenzie mientras Alec y Malcolm intentaban resistirse, pero Irvin tan solo se dejaba llevar, pues un intenso dolor en sus costillas le hacía resentirse. Cuando el joven sintió a su espalda el tronco del árbol gimió de dolor, pero no pudo hacer nada para evitar que lo ataran. Cerca de él escuchó el gruñido de Malcolm cuando uno de los MacLeod volvió a golpearlo y al instante el sonido de sus propias espadas llamó su atención, obligándolo a abrir los ojos para ver cómo las tiraban cerca de ellos, pero lo suficientemente lejos como para no poder alcanzarlas.

—¡Andy, te juro por mi vida que no verás muchos más amaneceres! —vociferó Malcolm. El aludido chasqueó la lengua y sonrió.

—Vaya, pensé que aún estabas en deuda conmigo por haber salvado a tu esposa.

—¡La deuda la saldaré cuando vea cómo te desangras delante de mí!

Andy lanzó una carcajada.

—No creo que vayas a ver un nuevo amanecer Mackenzie —dijo cuando escuchó graznar a un cuervo—. Me parece que hay quien está deseando arrancarte los ojos.

Malcolm intentó soltarse, provocando la risa de los MacLeod, que se alejaron de ellos al instante para recoger rápidamente las cosas y salir de esas tierras cuanto antes.

No sabía cuánto tiempo había concurrido, pero junto a aquel mercenario los minutos pasaban como si fueran una eternidad. En varias ocasiones había intentando escapar de sus manos para correr hacia Irvin y pedirle ayuda, pero Robert siempre parecía leer sus pensamientos.

—Menuda fierecilla se lleva MacLeod... —susurró a su oído cuando le puso la punta de la daga en la garganta.

Iona gruñó con la mordaza puesta y estuvo a punto de gritar a través de ella, pero el intenso movimiento que había cerca de allí la paralizó. Desde la tienda podían escucharse las voces de los guerreros MacLeod animando a sus compañeros para pelear con más fuerza y hasta allí llegó el apellido Mackenzie, algo que la hizo temblar. ¿Y si los MacLeod eran mayor en número que los Mackenzie?

A su oído llegó la risa de Robert, que la empujó hacia la salida de la tienda y la obligó a mirar el espectáculo que había frente a sus ojos a unos metros de allí. Vio cómo los guerreros de Andy luchaban contra los tres hermanos y a pesar de que sus ojos buscaron desesperadamente al resto de hombres Mackenzie, supo que no había nadie más.

Iona gimió e intentó soltarse, pero el mercenario la apretó contra él con más fuerza.

—¿Qué pasa, quieres ir con tu querido Irvin? ¿O tal vez quieres acabar como él?

Las lágrimas recorrían las mejillas de la joven, desesperada por lo que acontecía unos metros más adelante y con la frustración de no poder hacer nada para ayudar. En un momento dado, vio cómo un guerrero pateaba las costillas de Irvin, haciéndole gruñir de dolor y provocando la risa de Robert, que volvió a resguardarla de la vista de los demás.

—He pensado que tú y yo podemos divertirnos mientras regresa MacLeod... —dijo antes de mordisquearle el lóbulo de la oreja.

Iona hizo acopio de todas sus fuerzas y logró darle una patada que hizo que la soltara de golpe. Mientras Robert gruñía, Iona intentó escapar de la tienda, pero apenas pudo dar unos pasos, pues el mercenario la aferró por el pelo y tiró de ella, haciendo que gritara de dolor. Después la giró hacia él y le dio una bofetada que la hizo tambalearse, pero no llegó a caer al suelo, pues Andy apareció de repente y logró aferrarla a tiempo.

—¿Se puede saber qué pasa aquí?

Robert se irguió todo lo que pudo y respondió:

—Esta maldita zorra ha intentado escapar.

Iona bufó de frustración al no poder ser ella la que pudiera responder. Al instante, Andy la giró hacia él y la miró con una sonrisa.

—No pasa nada porque ya no tienes quien pueda salvarte. Tu querido Irvin está a punto de morir y ser comido por los cuervos, así que guarda tus fuerzas para más adelante, pues nos marchamos en unos minutos.

Iona lo miró en silencio. Estaba anonadada ante aquella noticia. Había tenido la esperanza de

que Irvin la rescatara de sus garras, pero cuando miró hacia los guerreros MacLeod, vio cómo arrastraban el cuerpo de su amado hasta un árbol y desde la distancia pudo ver que apenas le restaba un aliento de vida.

Las pocas fuerzas que le quedaban para escapar la abandonaron de golpe y todo su cuerpo se puso a temblar. No podía creer que Irvin estuviera a punto de morir por su culpa y cuando vio que sus hermanos estaban desesperados porque este les respondiera, sintió que no pudo más y la oscuridad se cernió sobre ella.

## Capítulo 22

Malcolm estaba agotando sus fuerzas mientras intentaba deshacer algún nudo de la cuerda que los ataba al árbol, pues en su cintura llevaba escondida una daga que podría ayudarlo a desatarse del todo si lograba tener un poco de movimiento en sus brazos.

—¿Llegas a los nudos? —le preguntó a Alec.

Este lo miró de reojo y de mala gana, pues el nerviosismo estaba haciendo mella en su incansable paciencia.

—¿Tú qué crees?

Malcolm rugió de rabia.

—¡Maldita sea! Llevo una daga escondida en el cinto que no han visto.

Los MacLeod hacía ya varios minutos que se habían marchado, dejándolos solos y a merced de los cuervos que parecían relamerse con la cantidad de sangre que corría por sus rostros.

—Voy a intentar alcanzarla desde aquí.

Malcolm asintió sin dejar de intentar arrancarse las cuerdas que lo amarraban, sin embargo, la voz de Irvin los sacó de su intento por escapar.

—Vais a morir por mi culpa —sonaba tan débil que Malcolm sintió un sobresalto en su corazón.

El mediano de los hermanos, que estaba más cerca de él, lo miró y vio la debilidad de Irvin.

—Aquí nadie va a morir mientras mis pies sigan en esta maldita tierra —tronó Malcolm—. Aguanta. Sloan estará a punto de llegar.

—Solo quiero pedir os perdón por haberos traído aquí. Además, no hemos podido rescatar a Iona; si no muero aquí, me matarán los Mackay.

—Irvin, escúchame —le pidió Alec en tono de orden.

El aludido lo miró a duras penas y el mayor de los hermanos sintió un vuelco al corazón.

—Nadie va a matarte ni nadie va a morir más que Andy. Cuando padre murió, juré protegeros, y eso es lo que voy a hacer. Vamos a deshacernos de estas malditas cuerdas, vamos a recuperarnos unas horas y todos juntos iremos a por los MacLeod.

—Dicho así suena incluso bonito —se burló Irvin antes de que un ataque de tos lo sacudiera.

—Maldición... —gruñó Malcolm antes volver a intentar moverse—. Irvin, escúchame. Iona está en manos de una persona perversa que lo único para lo que la quiere es para satisfacer su cuerpo. No podemos dejarla en manos de Andy, así que aguanta.

Irvin asintió, pero fue tan débil que segundos después caía preso de la inconsciencia y su cabeza caía hacia adelante.

—No... ¡Irvin! —vociferó Malcolm—. ¡Irvin!

Sloan caminaba de un lado a otro con nerviosismo. El tiempo que Alec le había dado para regresar estaba a unos minutos de acabar y aún no habían vuelto, por lo que estaba seguro de que algo había ido mal. Los demás guerreros también mostraban su nerviosismo y apenas hablaban los unos con los otros. Sloan se asomó entre unos matorrales a la espera de verlos aparecer, pero al estar todo desierto, se giró hacia sus compañeros.

—El tiempo que nos ha dado Alec ha llegado a su fin. Vamos a ver qué ha pasado.

Los demás asintieron y se encaminaron hacia sus caballos. Montaron y en cuestión de minutos

marchaban rumbo al campamento MacLeod. Sloan, que ya sabía con anterioridad dónde estaba, se puso lívido al ver en la distancia que sus enemigos habían desaparecido y le preocupó ver tres bultos atados a un árbol grande.

—No puede ser...

—¿Es el jefe? —preguntó un sorprendido Archie a su espalda.

—Sí —respondió antes de espolear al caballo para llegar cuanto antes.

La distancia a la que se encontraban, a pesar de que no era mucha, parecía ser eterna y cuando estuvieron más cerca de ellos, vio levantar la mirada a Alec y Malcolm, pero Irvin mantuvo la cabeza gacha. Sus rostros llenos de golpes sorprendieron a todos y Sloan no pudo evitar un escalofrío al tiempo que desmontaba y corría hacia Irvin, pues este no se movió ni un ápice.

—¡Rápido, desatadnos! —vociferó Alec.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Sloan.

—Andy sabe que lo hemos descubierto y nos ha echado encima a sus hombres —explicó al tiempo que se acercaba a Irvin y entre él y Malcolm lo tumbaban.

—¿Está...?

—No te atrevas a terminar —lo amenazó Malcolm con la mirada cargada de ira—. Con él han sido más salvajes por querer a Iona.

Sloan asintió y con la ayuda de su laird y su hermano mediano comenzaron a desnudar a Irvin para ver hasta dónde llegaban sus heridas. Vieron que su costado estaba comenzando a ponerse morado, pero a simple vista no parecía nada grave.

Sloan, con la ayuda de sus pequeños conocimientos sobre curación, ordenó a varios guerreros que patrullaran la zona en busca de ciertas plantas que servirían para la inflamación de la piel y también de los órganos internos que pudieran haber sido afectados por los golpes.

—Ya sé que no eres Roona, pero ¿cómo está? —preguntó Alec.

Sloan lo miró y esbozó una pequeña sonrisa.

—Si los golpes no han afectado a su ya de por sí poca inteligencia, despertará pronto, y espero que entonces nos explique qué pasa con Iona...

—A ti lo único que te voy a explicar es cómo te arrancaré eso que llevas de adorno entre las piernas —bromeó Irvin con voz débil.

Sloan lanzó una carcajada.

—Cómo te gusta dormir, amigo —le dijo ayudando a Alec a incorporarlo.

—Cuando tenga fuerza, te haré lo mismo que los MacLeod me han hecho. A ver si aguantas.

Alec lo aferró con fuerza de los hombros.

—¿Cómo te encuentras?

—Como si una manada de vacas me hubiera pasado por encima... Ni los Ross fueron tan salvajes cuando me encerraron en su castillo —dijo en referencia a lo sucedido con la familia de Isla.

—¿Crees que puedes levantarte y cabalgar?

Irvin lanzó un suspiro.

—Si me das una hora, creo que podré hacerlo.

Alec asintió y se levantó para dar instrucciones a sus hombres sobre lo que iban a hacer a continuación, pero Irvin no le hizo caso, sino que llevó una mano a su rostro para acariciarse la frente. La preocupación por Iona se hizo más fuerte, pues después de ver lo que Andy fue capaz de hacerles teniendo en cuenta sus años de amistad, no quería imaginar lo que pudiera ocurrirle a la joven.

Irvin suspiró y abrió los ojos de nuevo, dándose cuenta de que había alguien agachado junto a él. Levantó la mirada y se encontró con la de su hermano Malcolm, que lo miraba con una expresión rara en el rostro.

—¿Ocurre algo? —le preguntó casi con miedo.

Pero Malcolm no respondió enseguida, sino que se lanzó a sus brazos y lo abrazó con fuerza, haciéndolo gemir por el dolor de sus costillas.

—Como vuelvas a darme un susto parecido, pienso suplicar para que dejen que sea yo quien te mate.

A pesar del dolor, Irvin esbozó una sonrisa y le devolvió a duras penas el abrazo.

—Como sigas así, Malcolm, llegará el día en el que te veré llorar como un niño —intentó bromear con voz queda.

El aludido lo soltó y lo miró de soslayo antes de levantarse.

—Creo que los MacLeod no te han golpeado lo suficiente... Tal vez yo lo haga cuando volvamos a casa.

Irvin sonrió y se encogió de hombros, pero a pesar de ese gesto, su preocupación no lo abandonaba. Iona volvió a colarse en su pensamiento y, aunque algo le decía que Andy esperaría a llegar a su castillo para forzarla de nuevo, no las tenía todas consigo.

Hacía ya más de dos horas que habían levantado el campamento y no habían parado ni para darle agua a los caballos. Iona miró a su alrededor y descubrió preocupación en los rostros de los guerreros, pero sobre todo en el de Andy, que aferraba con tanta fuerza las riendas de su caballo que tenía los nudillos blancos.

Le habían permitido a Iona cabalgar en un caballo ella sola, pero le estaba costando seguir el ritmo de viaje con las manos atadas. Por suerte, hacía rato que le habían quitado la mordaza y se encontraba mejor, pues durante unos momentos pensó que no podía respirar, ya que cabalgar con ese trapo en la boca le impedía tomar aire tranquilamente.

Y a pesar de que apenas la habían mirado durante esas horas, Iona tenía miedo. Estaban a punto de abandonar las tierras Mackenzie y cuando lo hicieran, estos tendrían más problemas para protegerla de los MacLeod. Con la esperanza de encontrar a los Mackenzie tras ellos, la joven miró hacia atrás, pero tan solo encontró un extenso valle por el que nadie transitaba en ese momento.

—Ya te he dicho que Irvin está muerto —refunfuñó Andy a su lado.

Iona dirigió su mirada hacia él y frunció el ceño.

—Irvin es fuerte y con la ayuda de sus hermanos se habrán liberado de tus cuerdas —le respondió—. Si yo fuera tú, temería su ira.

Andy acercó su caballo al de Iona, que tembló de miedo a pesar de que en apariencia parecía bastante tranquila. Con rapidez, la aferró del pelo con tanta fuerza que estuvo a punto de hacerla caer del caballo.

—El recuerdo de Irvin Mackenzie voy a borrarlo de tu mente en cuanto llegemos a mi castillo. No pienso permitir que pienses en él ni un solo segundo y aunque sea a base de golpes, lo lograré.

—Las buenas personas nunca se olvidan —le dijo Iona—. El recuerdo de las malas, como tú, se olvida en cuestión de minutos.

Andy apretó con fuerza su pelo, tirando de él con rabia, pero sin llegar a responder a sus palabras. Finalmente, la soltó e Iona tuvo que sujetarse con fuerza a las riendas del caballo para no caer, pero no mostró debilidad ni un solo segundo. Todo lo que le estaba ocurriendo la estaba

fortaleciendo de tal manera que incluso en ese momento se sorprendía a sí misma. Nunca había tenido la fortaleza suficiente como para enfrentarse a nadie, aunque sí para responder, pero jamás se había mostrado tan combativa. Durante esos meses había tenido que aprender demasiadas cosas completamente sola, y una de ellas era a defenderse. Y en esos momentos haría lo que fuera para ponerse en su lugar.

—Si seguimos a este ritmo, atravesaremos la frontera en muy poco tiempo —le comunicó Andy a sus hombres.

—Pero, señor, necesitamos parar unos minutos —intervino el hombre de confianza de MacLeod—. Los caballos están cansados de esta marcha tan rápida y necesitan descansar aunque solo sea un rato. Salimos tan aprisa del campamento que no nos dio tiempo a darles agua y refrescarlos.

Andy sopesó su petición y finalmente, tras dirigir su mirada a los animales, asintió:

—Está bien. Más adelante hay un río. Pararemos allí para descansar y reponer fuerzas. A partir de entonces, no volveremos a levantar campamentos en la noche y no pararemos hasta llegar a nuestras tierras.

Los guerreros asintieron y se mantuvieron en silencio hasta que llegaron al lugar que Andy les había indicado. Uno de esos guerreros ayudó a Iona a desmontar antes de que Robert apareciera y la aferrara con fuerza del brazo.

—Espero que no seas mala y no intentes huir.

—Lo haré en cuanto tenga oportunidad.

El mercenario sonrió de lado y la atrajo hacia él.

—Estoy deseando el momento en el que MacLeod te deje a nuestra merced.

—Eso solo ocurrirá en tu mente —respondió Iona intentando no mostrar el temblor de sus manos—. Antes prefiero morir.

—Tranquila, no creo que sobrevivas después de lo que tengo pensado hacerte.

Iona lo miró de mala manera y lo ignoró por completo para observar los movimientos de todos los guerreros. Estos se afanaban por darse prisa en comer algo y en darles agua a los animales. En ese momento, Iona se dio cuenta de cómo le rugían las tripas. Desde el mediodía anterior no había probado bocado y hasta entonces no había echado de menos la comida. Sin embargo, se obligó a no mostrar debilidad y se dijo que no debía pedir ni un trozo de ese delicioso queso que hacía que la boca se le hiciera agua.

Al cabo de unos instantes, uno de esos guerreros se acercó a ella y le tendió un poco pan y un trozo pequeño de queso. La joven lo miró sorprendida y el hombre se limitó a encogerse de hombros:

—Órdenes del laird.

Durante unos segundos, Iona no pudo evitar mirar la comida con cierto reparo, pues temía que Andy la hubiera envenenado. Sin embargo, tenía tanta hambre que no pudo evitar hincarle el diente y comérsela en cuestión de segundos. Tras ella, Robert rio al verla comer, pero Iona siguió ignorándolo. Desde el lugar en el que estaba sentada tenía acceso a la vista de todos los hombres y se dijo que tal vez para atrasar su llegada al castillo MacLeod debía hacer algo con los caballos. Pero ¿qué? No podía hacerles daño, pero estaba segura de que había alguna manera de hacer que los animales se asustaran y se alejaran de allí.

No obstante, cuando Iona miró hacia el lado contrario a los caballos sintió que su corazón comenzaba a palpar con fuerza. Intentó encubrir el respingo que la azotó con un escalofrío, para evitar que la descubrieran e intentó disimular hacia dónde se dirigía su mirada agachando la

cabeza. Pero sus ojos se mantuvieron hacia el horizonte, en el mismo camino por el que habían cabalgado hasta allí. No estaba segura, pues la distancia era mucha, pero creía haber contado al menos una treintena de hombres que se acercaban a gran velocidad hacia ellos.

Rezó para que se trataran de los Mackenzie y al creer que así era, una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios.

—¿Se puede saber de qué te ríes, furcia?

Iona levantó la mirada y la posó en Robert al tiempo que su sonrisa se hacía más amplia.

—De que me parece que serviréis de comida a los cuervos antes de lo que pensáis.

El mercenario frunció el ceño y miró por encima del hombro de la joven. Una expresión de horror se dibujó en su rostro al ver lo que se acercaba a ellos. Al estar más cerca, pudo distinguir los colores del clan Mackenzie y los tres jinetes que cabalgaban al frente con los rostros ensangrentados indicaban que así era.

Robert miró a los guerreros MacLeod y fue consciente de que aún no habían visto a los hombres que se acercaban, por lo que se levantó con prisa y se puso a gritar desesperado:

—¡Los Mackenzie! ¡Vienen los Mackenzie!

Andy se sobresaltó al escucharlo y levantó la mirada del trozo de pan que estaba degustando. Al instante, tiró la comida al suelo y se levantó para desenvainar la espada, pero en su rostro se formó una expresión de miedo al ver que los superaban en número. Seguidamente, corrió hacia Iona, que intentó huir de él, pero no llegó lejos, pues Robert se interpuso y la empujó contra el laird MacLeod.

—Jamás serás de Irvin. Antes prefiero matarte —dijo con ojos enloquecidos.

Y en ese instante, Iona no pudo evitar que el horror la invadiera. Vio que sería capaz de hacer lo que fuera para evitar que regresara junto a los Mackenzie y durante unos segundos se dio cuenta de que tal vez sería ella la que moriría ese día.

Andy la sujetó con fuerza y la puso delante de él, como escudo, mientras el resto de sus hombres hacían formación y se preparaban para luchar. El sonido de las espadas al desenvainarse provocó un escalofrío en Iona, a la que Andy empujó para colocarla en primera fila y así los Mackenzie la vieran antes de llegar.

Poco tiempo tuvieron que esperar para que estos los alcanzaran, quedándose a una decena de metros de ellos para dejar allí los caballos. Iona sintió que su corazón saltaba al ver el rostro ensangrentado de los tres hermanos, pero especialmente el de Irvin, del cual no podía apartar la mirada. Y este tampoco de ella.

Cuando Irvin desmontó, su mirada recorrió a los guerreros MacLeod antes de posarla sobre Iona. Necesitaba comprobar que estuviera en perfectas condiciones y cuando vio que así era, al fin pudo respirar con normalidad. Le había costado un inmenso trabajo llegar hasta ese lugar, pues el costado le dolía tanto que a veces le cortaba la respiración, pero no había podido quedarse por más tiempo a recuperarse. Así que él mismo había dado la orden a los demás para ponerse en marcha y alcanzarlos antes de que estos atravesaran la frontera.

Ante aquella invasión, Andy tiró del cabello de Iona hacia atrás y puso el filo de su espada en el cuello de la joven, que no pudo evitar lanzar un grito de pánico al creer que la iba a matar de un momento a otro frente a los Mackenzie.

—¡Irvin! ¡Si la quieres, acércate tú solo!

Un murmullo cada vez más intenso se extendió entre los guerreros recién llegados. Sin embargo, y antes de que sus hermanos pudieran decirle algo, Irvin se adelantó al resto de guerreros con los brazos en cruz, mostrando sus manos completamente desnudas.

—Irvin, espera —lo apremió Alec.

No obstante, el joven no lo escuchó, sino que siguió unos pasos hacia adelante y paró a unos tres metros de ellos. Desde ahí, miró fijamente a Iona a los ojos y esta le devolvió una mirada desesperada.

—Aquí me tienes, MacLeod —dijo con voz contenida por la rabia—. ¿Por qué no la sueltas y luchas como un hombre de verdad en lugar de enviar a tus guerreros para que hagan el trabajo sucio?

Andy sonrió y movió la espada por el cuello de Iona, haciéndole un pequeño corte en la base. La joven se quejó y cerró los ojos con fuerza antes de abrirlos de nuevo y posarlos sobre Irvin. Este no apartaba la mirada ni un solo momento de ella y cuando vio sus ojos perlados en lágrimas, necesitó de toda su fuerza de voluntad para no desenvainar la espada y cortarle el cuello al que había sido su amigo.

—Iona... —Escuchar su nombre de labios de Irvin sonó como un canto angelical en medio de aquel infierno—. ¿Estás bien?

La joven asintió como pudo. La voz del guerrero sonaba contenida e iracunda, pero Iona sintió tanto cariño por su parte que ya no pudo contener más las lágrimas. Cuando estas comenzaron a correr por sus mejillas, Irvin estuvo a punto de correr a limpiarlas con su mano, pero se mantuvo quieto en el sitio y miró a Andy para terminar con eso cuanto antes.

—Qué bonito, amigo —se burló Andy—. ¿Sabes? Aún me sigo sorprendiendo de que te hayas enamorado de ella. El gran Irvin Mackenzie está enamorado...

Los guerreros MacLeod comenzaron a reír ante las palabras burlonas de su laird, pero a Irvin no le importó. Apretó los puños con fuerza y miró a Andy con el ceño fruncido y con tanta profundidad que esos ojos habrían atemorizado a cualquiera que se cruzara con ellos. Sin embargo, Andy sonrió. Este conocía demasiado bien a Irvin y sabía que lo que más temía era la burla de los demás en cuestiones amorosas, por lo que cuando lo vio contenerse supo que iba por el camino correcto. Quería hacerlo enfurecer, perder el control, desviarlo del camino correcto y cuando se hubiera dejado llevar por la rabia, asestarle el golpe de gracia.

—Me parece que habéis venido hasta aquí para nada porque Iona vendrá igualmente con nosotros. ¿O prefieres a los Mackenzie? —Andy apretó con más fuerza el filo de la espada contra su cuello, poniéndola en un gran aprieto.

La joven miró a Irvin desesperada. Quería responder la verdad, pero temía la ira de MacLeod si no contestaba lo que él quería oír.

—Di la verdad, Iona —le pidió Irvin entrecerrando los ojos.

Y a pesar de que no dijo nada más, la joven supo lo que quería que hiciera.

—Con los MacLeod estoy mejor que con los Mackenzie —le había costado un mundo pronunciar aquellas palabras, pero le sorprendió ver que el rostro de Irvin apenas mudaba ante esa afirmación, como si no la hubiera escuchado.

No obstante, causaron la risa en los MacLeod, especialmente en Andy, cuya risa sonaba atronadora en sus oídos.

—¿Has visto, Mackenzie? No te quiere.

—Yo a ella sí y no se imagina cuánto me arrepiento de haberla dejado en tus sucias manos. — El joven miró a Andy entrecerrando los ojos—. Bajaría al infierno a por ella si hiciera falta y ahora haré lo que sea para llevarla de regreso a mi hogar.

Andy volvió a reír, pero era una risa diferente, casi obligada, pues en su interior sentía demasiado profundo el rechazo de la joven a pesar de sus palabras. Los miró a ambos y vio que

el gesto de miedo a la muerte y a la separación había desaparecido de sus rostros y no pudo soportarlo. Empujó a Iona hacia Irvin y la acercó un metro más a él sin dejar de tirar de su cabello.

—Ella es mía. Fui yo quien le arrebató su virtud, así que me pertenece.

—Iona no es ningún objeto que puedas usar y tirar a tu antojo —respondió Irvin fervientemente mientras se ponía alerta para desenvainar la espada en cualquier momento.

—¡Jamás permitiré que sea tuya! —vociferó desesperado moviendo la espada peligrosamente—. ¡Morirá antes de que vuelva a pertenecerte!

Irvin vio con horror cómo Andy aferraba con más fuerza la espada al tiempo que tiraba del pelo de Iona para dejar su cuello completamente a la vista de todos. Sin embargo, no logró su objetivo, pues una daga cruzó el valle y se clavó directamente en el hombro del laird MacLeod. Al instante, su grito de dolor rompió el silencio a su alrededor y la espada cayó al suelo sin que pudiera evitarlo.

—Todo tuyo, hermano —profirió Malcolm al tiempo que bajaba la mano con la que había lanzado la daga.

Cuando Iona se vio libre, se apartó y miró su ropa, manchada con la sangre de Andy. Todo a su alrededor quedó en completo silencio e Irvin, aprovechando la estupefacción de los MacLeod, sacó con rapidez su espada y la clavó en el centro del pecho de Andy mientras lo miraba directamente a los ojos. El que fuera su amigo intentó llenar sus pulmones de un aire que ya le era negado y lentamente bajó la mirada hacia su pecho.

—El que traiciona a los Mackenzie, recibe la muerte como regalo —murmuró Irvin entre dientes al tiempo que giraba la espada dentro del cuerpo del laird MacLeod.

Andy lanzó un gruñido apenas audible, como si intentara responder a Irvin en medio de su agonía, pero de su boca tan solo escapó un borbotón de sangre que manchó toda su ropa, llegando incluso a salpicar la del guerrero Mackenzie, que sacó la espada de su pecho y dio un paso atrás para verlo caer al suelo mientras este agonizaba.

—Ahora sabes lo que hace un Mackenzie cuando intentan robarle lo que es suyo —le dijo antes de escupirle.

En medio de una gran cantidad de espasmos, Andy lanzó el último suspiro de vida, quedando todo en completo silencio.

Segundos después, el resto de guerreros que había allí levantaron sus espadas y se lanzaron contra ellos. Irvin, que ya estaba preparado, aferró con fuerza la mano de Iona, que parecía estar petrificada, y la empujó hacia él para besarla rápidamente y vociferar por encima del griterío MacLeod:

—Ponte detrás de mí y no te alejes.

Al instante, ambos se vieron rodeados de los guerreros Mackenzie, que intentaron contener el ataque MacLeod al tiempo que los protegían a ellos de los enemigos.

Iona miró a su alrededor con expresión aterrada, pues los colores de ambos kilts se entremezclaron y con los rápidos movimientos de unos y otros no tenía claro quién era Mackenzie y quien MacLeod. Su cuerpo temblaba como una hoja de otoño y maldijo en silencio por no ser como Aily y conocer el manejo de la espada como ella, o tal vez de una daga con la única intención de ayudar a los Mackenzie o defenderse si Irvin se alejaba de ella.

Iona fijó su mirada en la amplia espalda del hombre al que amaba y lo vio luchar contra uno de los hombres que habían participado en la tunda que habían recibido los tres hermanos horas atrás. A pesar de sobrepasarlo en musculatura, Iona comprobó que las heridas de Irvin estaban

haciendo mella en su fuerza y su adversario parecía ganarle terreno hasta que por culpa de la caída de un guerrero que chocó contra él, Irvin pudo matarlo.

Pero el guerrero no tuvo respiro, ya que al instante otro guerrero MacLeod lo intentó atacar por la espalda, pero el joven, que lo había visto de soslayo, se giró y paró el golpe con presteza.

Iona vio que la lucha encarnizada se producía unos metros más adelante, por lo que, desobedeciendo a Irvin, comenzó a alejarse de ellos, pero en ese instante un rostro conocido le salió al paso entre la multitud. Robert, el mercenario que había contratado Andy para encontrarla, la vio y se lanzó contra ella tras herir en una pierna a un guerrero Mackenzie.

—¡Maldita zorra! —lo escuchó vociferar.

Iona miró hacia su espalda y vio todo despejado, por lo que, sin apartar su mirada de la negra de Robert, caminó hacia atrás para intentar alejarse de él.

—¡Pienso sacarte las tripas! —gritó Robert con la espada en alto corriendo hacia ella.

Iona sentía que estaba petrificada. Quiso gritar para llamar la atención de Irvin, pero de su garganta salió tan solo un gemido, y cuando el guerrero estaba a dos metros de ella con la espada en alto para clavársela, de su ombligo salió la punta de otra espada. Iona dio un respingo y solo vio el rostro de su salvador cuando Robert cayó fulminado al suelo.

## Capítulo 23

Irvin la miraba respirando con cierta dificultad e irguiéndose completamente clavó la espada en el suelo y acortó la distancia entre ellos para envolverla entre sus brazos.

A su alrededor la lucha duró poco más, pues los Mackenzie superaban en número a los MacLeod y lograron reducirlos en cuestión de minutos, pero eso a Iona no le importó. Lo único en lo que podía pensar era que en esos momentos volvía a estar entre los brazos de Irvin y le daba igual que los guerreros Mackenzie los vieran. Durante esos días había pasado tanto miedo que aceptó sin dudar la protección que volvía a brindarle Irvin.

—No vuelvas a alejarte de mí, por favor —le pidió el guerrero a su oído.

Iona se separó levemente de él para mirarlo a los ojos y, sin rencor en su voz, le dijo:

—Me separé porque así lo quisiste, porque era lo mejor para tu clan.

Irvin apoyó la frente en la de Iona y tomó su rostro entre las manos.

—Estaba tan equivocado... Jamás debí dejarte ir, poniendo por delante al clan, pero tenía miedo por mi familia. Creía que tu padre nos declarararía la guerra y...

Iona puso un dedo en sus labios para que no siguiera hablando.

—Gracias por venir a salvarme —le dijo con lágrimas en los ojos—. Y siento mucho el daño que os han hecho por mi culpa.

La joven recorrió su rostro con la yema de los dedos, mirando cada herida que le habían provocado los MacLeod cuando los golpearon en el campamento, pero el guerrero atrapó su mano y besó su palma.

—El mayor daño era pensar que estaban en sus manos y no podía hacer nada para salvarte cuanto antes. ¿Estás bien ahora?

Iona asintió.

—Sí, siempre que tus brazos me rodeen.

Irvin sonrió y volvió a abrazarla.

—Eso no pienso dejar de hacerlo jamás.

—¿Y si mi padre os declara la guerra? —preguntó, preocupada.

—Si lo hace, nos defenderemos, pero me dio la sensación de que le tenía cierta inquina a ese Hamish.

Iona frunció el ceño y se apartó de él para mirarlo a los ojos.

—¿Los conoces?

El guerrero dejó escapar una risa.

—Ese es el motivo por el que descubrimos que Andy era un traidor. Tu padre llegó con tu hermano y Hamish a nuestro castillo justo un día después de que os marcharais. Él nos dijo que nunca había pedido la ayuda de los MacLeod, y por ello vinimos a por ti.

Los ojos de Iona se llenaron de lágrimas contenidas.

—Pero entonces mi padre me casará con Hamish cuando llegue.

Irvin negó con la cabeza.

—No pienso dejar que lo haga. Esta vez no —afirmó con rotundidad—. Y si tengo que volver a luchar por ti, lo haré, pero jamás te dejaré en manos de ese desgraciado. A menos que no quieras casarte conmigo...

Iona lo miró, emocionada, y volvió a abrazarlo con fuerza.

—Eres el único con el que aceptaría casarme.

Los brazos de Irvin la arroparon de nuevo y el joven dejó caer su barbilla en la coronilla de Iona mientras sonreía. Casi todo había terminado, y aunque no quería decírselo, quedaba la parte más difícil para él: pedirle su mano a Gavin Mackay.

—¿Estás bien, Iona?

La joven se separó de Irvin y miró a Alec, que la observaba con el cansancio reflejado en el rostro.

—Sí, muchas gracias por todo.

—Es lo menos que podíamos hacer por la mujer a la que ama mi hermano.

Iona sintió que se sonrojaba y desvió su mirada a Malcolm, que estaba algo más alejado que Alec y, para su sorpresa, sonrió ampliamente, provocando que la joven frunciera el ceño.

—¿Qué ocurre? —preguntó Irvin siguiendo la mirada de Iona—. ¡Vaya, hermano, tanto te alegra la muerte de Andy!

—No, lo que me alegra es la espera del momento en el que le digas a todos que amas a esta mujer —confesó—. Creo que no podré esperar a ver sus caras...

Irvin puso los ojos en blanco.

—¿De verdad disfrutas tanto con esto?

Malcolm lanzó una carcajada.

—Como un niño...

Tan solo quedaba una hora para llegar al castillo Mackenzie y a pesar de que Iona no podía aguantar más sobre el caballo y necesitaba caer sobre una cama y descansar un día entero, temía que llegara también el momento en el que tendría que enfrentarse a su padre.

Los Mackenzie habían cabalgado hasta allí haciendo varias paradas para recuperar fuerzas, no solo por ella, sino también por Irvin, cuyas heridas eran más profundas que las de los demás y a veces el dolor en las costillas era tan fuerte que apenas podía respirar. Pero a pesar de todo eso se sentía feliz. Iona por fin estaba entre sus brazos y haría todo lo posible para que su padre aceptara su proposición.

Ambos cabalgaban en el mismo caballo y cuando sintió un escalofrío de la joven, la apretó más contra él y depositó un beso en la base de su cuello. Iona giró la cabeza y lo miró sonriendo.

—Ya sé que estás tan nervioso como yo, no disimules.

Irvin rio suavemente y la besó en los labios.

—Te voy a ser sincero —le dijo en voz baja para que solo lo escuchara ella—. Tengo tanto miedo de que tu padre me rechace y comience una guerra por mi culpa que casi preferiría dejar ahora el grupo y escaparnos tú y yo solos.

Iona sonrió y se dejó caer sobre su pecho.

—Yo temo el momento en el que vea a Hamish. Lo he odiado durante tanto tiempo por creer que fue él quien me violó que solo de pensar que volveré a verlo me llena de vergüenza. Supongo que tengo que pedirle perdón por acusarlo injustamente, pero quiero que entienda que no deseo casarme con él.

Irvin acarició su vientre lentamente.

—Yo estaré contigo y no dejaré que te haga daño. Lo vi un poco agresivo.

—Y lo es —afirmó Iona—. Siempre ha estado metido en problemas.

—Pues si quiere problemas conmigo, los tendrá.

Iona lo miró de nuevo.

—Temo que te haga daño. Estás herido.

Irvin lanzó una carcajada.

—Creo que estoy empezando a pensar que la muerte me esquivo... Si no he muerto ya con todo lo que me ha pasado a lo largo de mi vida, creo que no lo haré nunca.

Iona sonrió y volvió a mirar al frente, al castillo que ya estaban a punto de alcanzar. Desde allí pudo ver con claridad a los guerreros apostados en la muralla y sus caras de felicidad al ver que su laird regresaba.

Iona se impregnó de esa felicidad, pues los guerreros que cabalgaban junto a ellos comenzaron a vociferar de alegría al ver a sus compañeros. Sin embargo, la euforia que sentía Iona desapareció de golpe al ver aparecer un rostro muy conocido entre los guerreros Mackenzie.

Hamish dirigió su mirada hacia ella al instante y la joven tuvo la sensación de que intentaba adivinar sus pensamientos. Iona se puso lívida entre los brazos de Irvin, como si aquella postura fuera una vergüenza para ella.

—Tranquila, Iona —susurró el guerrero—. Estoy contigo, no lo olvides.

—No me gusta su mirada.

Irvin dirigió sus ojos hacia él y chasqueó la lengua, contrariado.

—La verdad es que parece que quiere matarme por tocarte.

Iona quiso apartar la mirada de él, pero Hamish parecía haberla atrapado entre su sentimiento rabioso e iracundo y no le permitía ser ella misma. Finalmente, el sonido del portón al abrirse llamó su atención, sobresaltándola. Este poco a poco comenzó a mostrar lo que había en el patio interior del castillo y cuando Iona vio el rostro de su amado hermano, estuvo a punto de saltar de alegría.

Una amplia sonrisa se dibujó en los labios de Math al verla, pero se mantuvo quieto, esperándola. El portón le mostró también a su padre, cuyo rostro aliviado distaba mucho del que ella había visto antes de huir del castillo, pues lo último que recordaba de él era su rostro iracundo por su violación y por su negativa a casarse con Hamish. Pero ahora parecía ser un hombre completamente diferente, incluso amable.

Iona no pudo evitar levantar una ceja al ver aquella estampa tan extraña ante ella, pero cuando Hamish apareció de nuevo en su campo de visión y se puso al lado de su padre, el rostro de la joven volvió a tensarse. Tras estos aparecieron Isla y Aily con los niños y sus rostros aliviados pasaron a la preocupación cuando vieron los rostros de sus maridos, aunque Isla no pudo evitar una exclamación de sorpresa al mirar a Irvin, en cuyo rostro apenas quedaba un centímetro donde pudiera verse el color de su piel.

Hamish, al ver la cara del que ya consideraba su enemigo, sonrió, aunque intentó disimularlo y esperó a que los caballos atravesaran el portón y llegaran hasta ellos.

Irvin condujo el caballo hacia un lado, junto a sus hermanos y desmontó para ayudar a Iona a hacerlo. Esta le tomó la mano y cuando intentó apartarla, Irvin apretó con fuerza para no soltarla. Los ojos de la joven se abrieron desmesuradamente e intentó soltarse desesperadamente.

—¿Qué haces?

Irvin sonrió.

—Ahora verás.

—¿Estás loco? Si te ve mi padre...

—Estoy loco, sí —afirmó con una amplia sonrisa—. Y quiero hacérselo ver a tu padre.

Irvin tiró suavemente de la mano de Iona, cuyo rostro parecía estar más rojo que el del guerrero, y con la cabeza gacha llegó hasta su familia.

—Me alegro de verte bien, hermana —dijo Math cuando llegaron a su altura.

—Yo también, hermano.

El joven la abrazó y se mostró sorprendido cuando descubrió que Irvin no soltaba la mano de su hermana. Lo miró antes de separarse de ella y vio que este esbozaba una pequeña y pícaro sonrisa. Math no pudo evitar devolvérsela, pues nunca había estado de acuerdo con el pacto que había hecho su padre con Hamish, que jamás sería un buen marido para Iona. Finalmente, se separó y volvió a su lugar.

Iona miró entonces a su padre y no supo qué decir. Durante unos momentos ambos se sostuvieron la mirada y la joven tragó saliva con fuerza, pero, sorprendiéndola, su padre la abrazó.

—Pensé que no volvería a verte, Iona.

La aludida tembló entre sus brazos y boqueó varias veces sin saber qué responder:

—Siento mucho todo esto, padre —dijo finalmente separándose de él para mirarlo a los ojos.

—Hemos estado buscándote por todas las Tierras Altas durante todos estos meses.

—Lo sé, y he de decir que he estado bien y que los Mackenzie me trataron de forma apropiada cuando me encontraron.

Gavin sonrió y asintió.

—Ya he podido comprobar que son hombres de honor. Prometieron traerte y aquí estás.

—Hemos hecho lo que nos hubiera gustado que hicieran por nosotros —respondió Alec un poco alejado de ellos, pero atento a todo lo que ocurría.

Gavin le dedicó una sonrisa.

—Padre... —Iona no sabía cómo decirlo—. A pesar de lo que ha pasado y después de varios meses, sigo pensando lo mismo.

Hamish comenzó a ponerse nervioso al lado de su padre, pues había creído que la joven lo saludaría nada más verlo.

—¿A qué te refieres? —preguntó aun sabiendo la respuesta.

Iona carraspeó.

—A que no deseo casarme con Hamish.

—Pero ¿qué estás diciendo, Iona? —saltó el aludido—. He estado buscándote todos estos meses, así que no vengas con lo mismo.

Iona lo miró con cierto miedo por la rabia que exudaba por todos los poros de su piel.

—No deseo casarme con él porque amo a Irvin Mackenzie —dijo a su padre a pesar de que su mirada estaba puesta en Hamish—. Y él me ama a mí.

—¡Esto es una ofensa, Mackenzie! —vociferó Hamish dando un paso al frente y con la mirada puesta en la mano del guerrero que sujetaba a la joven—. ¡Ella es mía! Su padre me lo prometió.

—Y de la misma forma que lo prometí, ahora me retracto —dijo Gavin con suma tranquilidad.

Hamish lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué? Eso no es posible.

—Sí, lo es —sentenció el laird Mackay ante el silencio que sucumbió a su alrededor—. Yo soy su padre y puedo decidir sobre mi hija. He visto cómo la tratas e Iona no es un premio o un trofeo, y merece algo mejor. Por el contrario, el joven Mackenzie ha hecho lo imposible por ella, ¡mira su rostro!, algo que tú no habrías hecho jamás.

—¡No me dejasteis ir a por ella!

—Jamás lo habría permitido —rebatió Gavin con energía—. Te lo repito, Hamish, no permitiré que te cases con mi hija.

Irvin dio un paso al frente para aprovechar el momento.

—Espero que a mí sí me lo permita.

—¡Ni hablar! —vociferó Hamish fuera de sí.

Pero Irvin le respondió con una amplia sonrisa, aunque sin apartar su mirada de las manos del guerrero, que parecía estar a punto de sacar la espada y usarla contra él.

—Claro que sí, Mackenzie —sentenció Gavin—. Sé que sabrás cuidarla como se merece.

—Con mi propia vida —afirmó Irvin.

—¡A ver si es verdad! —gritó Hamish al tiempo que desenvainaba la espada.

Todos a su alrededor hicieron lo mismo y sacaron sus armas para atacar en caso de ser necesario. Iona lanzó una exclamación de sorpresa al tiempo que Irvin la ponía detrás de él.

—Si quieres tener a Iona será por encima de mi cadáver. Te reto a un duelo.

—No... —pidió Iona.

Irvin dio un paso hacia él y asintió.

—Mañana en este mismo patio, Mackay. Y espero que no hagas trampas e intentes matarme antes de tiempo.

—Tranquilo, Mackenzie, te mataré en cuanto comience el duelo.

## Capítulo 24

Alec miraba de mala manera a su hermano pequeño. Había pedido reunir a toda la familia en el salón donde solían reunirse todos mientras los Mackay se encontraban en otro lugar, excepto Iona, que había suplicado estar con ellos lo que restaba de día.

A pesar del cansancio que tenía y la necesidad de tumbarse sobre una cama para descansar, la joven no quería dejar pasar la oportunidad de estar junto a Irvin durante la tarde. No podía creer que hubiera aceptado la petición del duelo y a pesar de haber intentado hacerle retroceder en su decisión, no había podido conseguir nada.

—Yo tampoco estoy de acuerdo con el duelo, Irvin —dijo Alec—. No solo porque me parece que Gavin ha dejado las cosas claras respecto a vuestra futura boda, sino porque no me fío de Hamish.

—No me gusta ese hombre —siguió Malcolm—. Sus intenciones no son buenas y no hace falta decir que hará todas las trampas posibles. Con eso me refiero a que sabe que estás más débil de lo normal. De hecho, no entiendo cómo puedes estar de pie después de todo lo sucedido estos días.

Irvin le dedicó una sonrisa al tiempo que se apoyaba en la jamba de la ventana. Hacía unas horas que se había dado un baño y cambiado de ropa, por lo que parecía otra persona, y aunque se había limpiado la sangre del rostro, las heridas y los golpes recibidos aún afeaban su rostro.

—Te cuesta reconocer que soy más fuerte que tú, hermano —rio—. Tú ya habrías caído presa de la debilidad.

Malcolm le dedicó una mirada rencorosa a Irvin y se sentó en un sillón.

—Tus hermanos tiene razón —intervino Iona, nerviosa por lo que sucedería al día siguiente—. Deberías descansar. Mi padre también ha intentado que no luchéis, pero no has hecho caso.

Irvin le dedicó una sonrisa. Estaba realmente preciosa esa tarde. Tras bañarse para quitarse la sangre y el polvo del camino, Isla le había cedido uno de sus mejores vestidos al tiempo que una de las doncellas había trenzado su pelo, dejando unos mechones sueltos. El rostro ovalado de la joven lo miraba con amor y terror, pero se dijo que valía la pena luchar por una mujer así. Y si moría, se iría con la felicidad de saber que era amado por ella.

—Iona, ¿qué crees que hubiera pasado si lo rechazo?

La joven frunció el ceño y se encogió de hombros.

—¿Crees que Hamish se hubiera quedado con los brazos cruzados?

—Tal vez —dijo, dudosa.

Irvin sonrió con ternura.

—Un buen guerrero no puede negarse a un duelo, y menos uno como este. —Después miró a sus hermanos—. Vosotros sabéis que es cierto, así que no podía mirar a otro lado y negarme porque Hamish lo contaría allá donde fuera y mi reputación como guerrero se vería afectada.

—Pero tal vez se podría solucionar hablando... —sugirió Iona sabiendo que Irvin se reiría de ella.

El guerrero le volvió a sonreír.

—¿Cuántas veces lo rechazaste?

—Infinidad de veces...

—Entonces Hamish no es una persona que prefiera hablar. Ya está hecho, pero no os preocupéis. ¿Es que no confiáis en mis dotes como guerrero?

Isla suspiró y se levantó para acercarse a él.

—Sabes que no es eso, cuñado, pero tememos por ti.

—Mackay no va a hacerme nada.

Alec se acercó también a él y le puso una mano en el hombro.

—Aily es muy buena con el arco, podría subir a la muralla y atacar a Hamish si obtiene ventaja.

Irvin elevó una ceja y miró a su cuñada, que le dedicó una sonrisa.

—¿Harías eso por mí?

—Me lo tengo que pensar, pero puede que sí —bromeó.

Irvin lanzó una carcajada antes de mirar a su hermano y negar con la cabeza.

—¿Crees que podría seguir viviendo si me ayudáis así? Es mi lucha, y tengo que ser yo quien la empiece y acabe.

Iona soltó el aire de golpe. Se sentía frustrada por aquella situación y tenía miedo, mucho miedo. Sabía que Irvin era uno de los mejores guerreros del clan, pues lo había visto luchar en varias ocasiones, por lo que estaba segura de su habilidad con la espada y su fuerza corporal, pero también conocía a Hamish, y sabía que este no era de fiar. Algo le decía que Irvin tenía la necesidad de mostrar su valía ante todo su clan y también ante su futura familia. Su padre y Math no lo conocían y aunque este había demostrado con creces que haría lo que fuera por ella, Gavin siempre quería más, por eso solo había insistido poco y con la boca pequeña.

Pero nadie parecía tener en cuenta que se encontraba herido, ni siquiera Irvin quería recordarlo. Por ello, Iona temía por su vida.

Dio unos pasos por el salón, dándoles la espalda a los Mackenzie, pues no quería que vieran la preocupación y las lágrimas en su rostro. La joven se abrazaba a sí misma en un vano intento por darse calor, pues parecía que todo su ser se había quedado frío desde que habían aceptado el duelo. Además, no quería dar la sensación a los demás de que no confiaba en Irvin. Y cuando las manos del guerrero tocaron sus brazos, Iona apretó los ojos mientras de su boca salía un sollozo.

—Lucharé y venceré. Y cuando lo haga, nos casaremos cuanto antes, pues no puedo esperar más y que otro vuelva a intentar ocupar mi lugar.

Iona se volvió hacia él y posó en sus ojos su mirada lacrimosa.

—Ningún otro lo ocuparía —susurró.

Irvin sonrió de lado y acarició el rostro de la joven intentando contener las ganas por besarla, pero al encontrarse allí sus familiares no quería dar más libertad a las bromas de Malcolm.

—Debemos descansar —sugirió—. Todos. Olvidad el duelo hasta el amanecer. Solo Dios sabe lo que ocurrirá.

Iona no había podido dormir en toda la noche. A pesar del cansancio, su cuerpo se había negado a dejarse llevar por él y a caer en manos de Morfeo. ¿Cómo podría haber dormido si tenía una presión que le oprimía el pecho, amenazándola con ahogarla?

Los Mackenzie le habían cedido esta vez una de las habitaciones de invitados y no pudo creer que hubiera podido dormir en colchones tan duros hasta entonces. Su padre y hermano dormían en las habitaciones contiguas mientras que Irvin se encontraba al otro lado del pasillo. Y no se molestó en preguntar dónde estaría Hamish, pero sí se entretuvo a colocar una mesa delante de la puerta para evitar intromisiones en el dormitorio, pues temía un ataque si su primo lejano se dejaba llevar por la rabia.

Pero a pesar de la preocupación por Irvin, Iona se sentía feliz, como si su cuerpo flotara en una especie de embrujo, pues aún no podía creer que su padre hubiera cedido a casarla con Irvin en lugar de con Hamish, ya que había insistido tanto antes de su huída que no pudo evitar preguntarse qué le había hecho cambiar de idea.

Por todo ello, los primeros rayos de luz en el horizonte no la sorprendieron durmiendo. Iona se levantó con ellos y se puso un vestido que también le había regalado Isla, pues ella no tenía nada con lo que poder cambiarse a diario. Echó de menos la ayuda de alguna doncella, pues los cordones en la parte de atrás del corsé siempre le habían costado mucho trabajo atarlos por sí misma. Sin embargo, sonrió cuando por fin pudo conseguirlo. Con esmero, peinó su cabello, aunque era tanto el nerviosismo que tenía que al ver cómo temblaban sus manos estuvo a punto de lanzar el peine contra el tocador.

Al cabo de unos minutos, respiró hondo y se decidió a salir del dormitorio. Sentía que aquellas cuatro paredes la estaban asfixiando y no podía seguir allí por más tiempo, pero cuando abrió la puerta se llevó una desagradable sorpresa. Hamish estaba en el pasillo esperando a que ella saliera.

Iona dio un respingo al verlo allí y miró desesperadamente a un lado y otro del pasillo, pero estaban completamente solos.

—Han bajado todos a desayunar antes del duelo —le informó al ver su interés por encontrarse a alguien.

La joven tragó saliva y se decidió a encararlo como solía hacer en su castillo.

—¿Qué quieres, Hamish? No está bien que nos vean aquí solos.

—¿Acaso temes que tu querido Irvin se enfade?

Iona frunció el ceño.

—Eso no debería importarte.

—¡Pues sí me importa! —exclamó dando un paso hacia ella—. Tu padre me prometió tu mano antes que al Mackenzie, te acepté incluso cuando supe que te habían mancillado.

—¡No seas cínico, Hamish! Aprovechaste el momento porque estabas seguro de que mi padre no sabría qué hacer conmigo. Nadie querría casarse con alguien que no pudiera entregar su virtud.

—¡Me rechazaste muchas veces!

Iona gimió por la rabia.

—Porque no te quiero. ¿No lo entiendes? Lamento no corresponderte, pero no puedo mentir en lo que siento. Amo a Irvin. La vida me ha traído a él y he sufrido mucho para poder casarme con él.

E intentando ablandar su corazón, le dijo:

—¿Por qué no te retiras del duelo?

Hamish lanzó un resoplido.

—¿Y dejar el camino libre y fácil para el Mackenzie? Jamás.

—Entonces no tenemos nada más que hablar, primo.

Con las manos temblorosas, Iona se alejó de Hamish a punto de correr por el pasillo. De hecho, necesitó de toda su fuerza de voluntad para no hacerlo, pues temía que sacara su espada y la matara para vengarse por la humillación de haber sido rechazado de nuevo.

Bajó las escaleras con prisa y casi voló hasta el salón para ver una vez más a Irvin, pues ella tenía el estómago cerrado y no podría comer nada. Sin embargo, cuando llegó ante la puerta del salón, esta se abrió y tras ella descubrió al hombre que amaba. Irvin le dedicó una sonrisa y le

acarició el rostro con ternura. Ella quiso besarlo, pero al ver aparecer detrás de él a su padre, se contuvo y dio un paso atrás.

—Ya vamos al patio. Es hora del duelo.

Iona frunció el ceño.

—¿Ya? Pensaba que podríamos haber pasado unos minutos juntos antes de...

—Me habría gustado mucho, pero lo haremos después del duelo.

*Y espero que así sea*, pensó ella con el corazón encogido por el miedo. Toda la familia Mackenzie salió del salón y tomó el camino hasta la puerta. Iona los siguió, pegada en todo momento a Irvin, notando la necesidad de sentir junto a ella su fortaleza y hombría. Iona lo miró de reojo y apenas vio rastros de duda o miedo, sino que estaba más serio de lo normal y mostraba una confianza en sí mismo que solo con verlo cualquiera se habría echado atrás del duelo para evitar enfrentarse a él.

Intentó que nadie viera que sus manos temblaban y se limitó a escuchar la conversación que mantenían los tres hermanos hasta que sintió que alguien tomaba su mano. Iona giró la cabeza y descubrió a Aily junto a ella. Esta le mostraba una sonrisa verdadera, aunque tensa, y apretó de nuevo su mano. Iona se sorprendió al verla con el arco en la mano y varias flechas colgadas a su espalda, como si ella también fuera a entrar en la lucha, pero supuso que debía acostumbrarse a esa forma tan peculiar de vestir en una mujer.

—Apenas hemos podido hablar, pero me alegro de que estés de vuelta.

—¿No estás enfadada conmigo?

—No. Si te soy sincera, estuve a punto de hacer lo mismo que tú cuando mi padre me prometió a Malcolm. Y ahora soy muy feliz a su lado.

—Pero él no parece ser como Hamish...

Aily sonrió y asintió.

—Eso es cierto. Ese hombre me ha dado escalofríos cada vez que lo he visto estos días, pero piensa que Irvin es un excelente guerrero.

—Ya, lo que pasa es que no puedo dejar de temer por él.

—Pues no lo hagas. Además, estos días en los que habéis estado ausentes, los Mackay entrenaban con los nuestros y he visto cómo lo hace ese tal Hamish. Digamos que no alcanza a un Mackenzie con facilidad.

Aily sonrió y la animó a seguir y, juntas, caminaron hacia la salida del castillo. El frío de la mañana traía consigo una ligera llovizna que al cabo de unos minutos hizo que la ropa de los allí presentes estuviera mojada. Pero eso no era importante para Iona. Tras despedirse brevemente de Irvin, este la dejó junto a Isla y Aily y se marchó al centro del círculo que los Mackenzie y los Mackay habían preparado para la lucha.

Iona miró de reojo a Math, que le sonrió amablemente, y recordó cuando eran pequeños y su hermano siempre la abrazaba cuando tenía miedo. Eso necesitaba en ese momento, un gran abrazo y un mensaje de aliento de su hermano, de cuyas palabras no dudaba.

Sin embargo, la presencia de Hamish le hizo olvidar cualquier otro pensamiento, pues acababa de llegar el segundo en discordia con el rostro tan iracundo que si hubiera podido matar con la mirada, más de uno habría caído en ese momento.

—¿Estás preparado, Mackay, o te arrepientes?

—Jamás me arrepentiría de algo así. Esto es para defender lo que es mío.

Irvin chasqueó la lengua.

—Me parece que aún no has entendido que Iona no es tuya, pero tranquilo, cuando mueras lo

sabrás.

Hamish se acercó al centro del círculo.

—Tienes mucha confianza en ti mismo, Mackenzie.

El joven sonrió.

—La tengo cuando mis adversarios no son tan buenos como yo con la espada.

—Eso no lo sabes —refutó Hamish.

—Solo digo lo que los demás van comentando por el castillo.

Hamish apretó los puños con fuerza mientras Irvin sonrió aún más. Había conseguido lo que quería, desestabilizarlo mentalmente.

—¿Y si empezamos ya?

—Estoy de acuerdo, Mackay...

Irvin desenvainó su espada al tiempo que todo a su alrededor quedaba en completo silencio. Iona unió sus manos en su pecho y comenzó a rezar como nunca lo había hecho y cuando Hamish sacó también su arma, cerró los ojos para no ver lo que sucedía a su alrededor.

El viento de la mañana parecía traer consigo el olor al miedo, su propio miedo y el de muchos en ese patio, pues Iona pudo ver que el rostro de Alec estaba más serio de lo normal, incluso su hermano Math parecía estar dispuesto a entrar en batalla al momento.

Y segundos después, Hamish fue el primero en atacar. El sonido del cruce de espadas la sobresaltó y se juró no parpadear ni un solo segundo hasta que la pelea terminara.

La ligera lluvia comenzó a calar la ropa de los combatientes, haciendo que se pegaran a sus cuerpos y dificultaran ciertos movimientos. El pelo de Irvin caía mojado frente a sus ojos, aunque no le impedía ver con claridad, y desde allí Iona pudo verlo aún más atractivo que antes, pues ese rostro serio y concentrado calaba en lo más profundo de su corazón.

La camisa del guerrero se pegó a su piel por culpa del agua y desde su posición podía ver cómo los músculos se contraían a medida que Irvin frenaba cada golpe de espada o era él quien atacaba a su adversario.

—¿Ya estás cansado, Mackay? —se burló Irvin al cabo de unos minutos cuando vio que Hamish respiraba fuertemente.

—Descansaré cuando te corte la cabeza.

—¿Y cómo piensas hacerlo? Lo digo porque tu espada parece que no está muy afilada...

Hamish rugió de rabia al escuchar las burlas de Irvin, por lo que perdió por completo la concentración y se limitó únicamente a atacar, lo cual provocó que su adversario pudiera hacerle un profundo corte en el costado, justo bajo la axila. Hamish lanzó un grito de dolor y se alejó de él unos pasos para comprobar el estado de la herida.

—Eres un desgraciado, Mackenzie.

—Tal vez sí, pero estamos en un duelo. Creía que sabías que acabarías primero herido y luego muerto.

Iona sintió un escalofrío al mirar hacia la herida de Hamish, por lo que desvió su atención hacia Irvin, que miraba a su adversario con los brazos bajados y ligeramente abiertos, esperando otro ataque que no tardó en llegar. Casi podía oler la rabia que rezumaba el que había sido su prometido. Cada ataque estaba destinado a matar a Irvin, no a cansarlo como este estaba haciendo. Y al cabo de varios minutos, Iona se dijo que el duelo estaba durando más de lo necesario.

—¿Te rindes, Mackay? —preguntó Irvin cuando lo vio trastabillar.

—Jamás.

Irvin sonrió y se encogió de hombros para después tomar la iniciativa por completo en el combate. Se estaba comenzando a cansar de tanto juego y quería terminar cuanto antes para casarse con Iona. Así que atacó una y otra vez a Hamish, haciéndolo ir hacia atrás continuamente, pues apenas podía contener los golpes de espada de Irvin.

Y al cabo de unos minutos, de una estocada, el pequeño de los Mackenzie logró hacerlo tropezar y tirarlo al suelo. Al instante, colocó la punta de la espada en su garganta y lo miró desde arriba con una sonrisa pícaro en los labios.

—Te doy la oportunidad de vivir o morir. No deseo derramar más sangre por esto, así que tú eliges. ¿Renuncias a Iona de una vez por todas o prefieres morir?

Hamish lo miró desde el suelo con la ira dibujada en sus ojos. Durante unos segundos llevó su mirada a Iona, que creyó empequeñecerse, y cuando volvió a mirar a Irvin, esbozó una sonrisa.

—Es toda tuya. No vale la pena perder la vida por una mujer como ella.

Irvin frunció el ceño, pero no quiso agregar nada más, pues estaba deseando acabar con ello.

—Entonces espero que salgas de nuestras tierras en cuanto ensilles tu caballo y no vuelvas por aquí.

Hamish no respondió, sino que se limitó a sonreír, instante en el que Irvin apartó la punta de la espada de su cuello. El joven se giró hacia Iona y posó su mirada sobre ella. Una sonrisa se dibujó en su rostro y la esperanza apareció de nuevo en el rostro de la joven, pues por fin podrían casarse, algo que no lograba creer aún. No obstante, cuando Irvin dio un paso hacia ella, algo se movió muy rápidamente detrás de él, llamando la atención de todos.

—¡Irvin, cuidado! —vociferó Malcolm cerca de Iona, que se había quedado anonadada ante la traición de Hamish.

Este se había levantado con prisa y, tras tomar de nuevo su espada, la levantó para clavarla en el centro de la espalda de Irvin, directa al corazón, sin que el joven se diera cuenta. Sin embargo, antes de que Hamish pudiera lograr su objetivo, una flecha cruzó el patio y se clavó directamente en la frente del guerrero Mackay, haciendo que su espada cayera al suelo, segundos antes de su cuerpo.

Irvin se giró hacia Hamish en el momento en el que este caía a sus pies. Su corazón se había sobresaltado al escuchar los gritos de su hermano, pero no le habría dado tiempo a defenderse de ese ataque, pues su mirada se había perdido en la de Iona, que se había quedado petrificada.

Todas las miradas se dirigieron entonces hacia la dueña de la flecha que había logrado salvar a Irvin, y Aily bajó lentamente el arco ante la atenta mirada de todos. Al instante, dejó escapar un suspiro mientras miraba a su marido y a Irvin alternativamente.

—No soporto que alguien tenga el poco honor de atacar por la espalda —dijo con simpleza.

Malcolm sonrió levemente y acortó la distancia con ella para atrapar sus labios con fiereza.

—Mañana volveré a maldecir que lleves arco y espada, pero hoy te doy las gracias —susurró contra sus labios.

Aily sonrió y se apartó de él, sonrojada por haber sido besada delante de todos, pero poco le duró su espacio. Iona se lanzó contra ella y la abrazó con fuerza, mostrándole que aún temblaba por lo que acababa de suceder.

—Creo que me faltará vida para agradecerte lo que has hecho.

—Es lo menos que podía hacer por mi cuñado. Él me ha defendido a mí muchas veces.

Iona sonrió y se separó de ella justo en el momento en el que llegaba Irvin.

—Muchas gracias, cuñada.

Aily se encogió de hombros y les dejó espacio, acercándose a Malcolm.

En ese momento, Irvin se giró hacia Iona y la miró durante unos instantes que parecieron eternos hasta que, sin importarle quién había alrededor, acertó la distancia con ella y la abrazó con fuerza.

—No me des más sustos así, por favor —le pidió la joven contra su cuello.

—Jamás.

Irvin la apretó contra él, sintiendo aún su temblor y su miedo, y aunque él no quería reconocerlo, también había temido por la seguridad de la joven si Hamish lo hubiera llegado a matar.

—Te amo, Iona —susurró—. Te amo como nunca creí que pudiera amar.

—Yo también, Irvin. Te debo mucho.

El joven sonrió y negó antes de separarse levemente de ella.

—Soy yo quien te debo a ti, pues me has ayudado a encontrar un camino tan bonito en el que, por primera vez en mi vida, no me importa lo que opinen los demás. Y quiero que todos lo sepan.

Iona frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

El guerrero sonrió enigmáticamente y se separó de ella. Dirigió una mirada a Gavin y Math antes de aferrarla de la mano y dar un paso al frente, mirando a todos sus compañeros allí reunidos en el patio. Iona lo vio tomar aire y carraspear antes de comenzar a hablar:

—Queridos amigos y familiares aquí reunidos. Ya sé que algunos de vosotros podéis imaginar lo que siento hacia Iona Mackay, pero quiero que todos lo sepáis de mi boca.

—¿Qué? —susurró Iona en un desesperado intento de que callara, muerta de la vergüenza—. Te voy a matar...

—Todos me conocéis y muchos, por no decir casi todos, habéis sufrido mis burlas por haberos visto caer en el amor como bobos porque siempre pensé que jamás me pasaría a mí. Y cuando vi por primera vez a Iona sentí que algo dentro de mí cambiaba de repente. Y sí, la amo. Así que si tenéis algo que decir, espero que sea en este momento y de frente en lugar de burlaros a mis espaldas.

Irvin miró a sus compañeros como si los estuviera retando, uno por uno, mientras a su alrededor se hizo un completo silencio. Los Mackay lo miraban con cierto aire burlón, excepto Gavin y Math, en cuyos ojos casi creyó ver orgullo. El corazón de Irvin latía con fuerza y cuando comprobó que sus amigos y compañeros no se burlaban de él, no pudo evitar enarcar una ceja, sorprendido.

—Está bien —dijo en voz alta—. Y si su padre sigue pensando lo mismo, me gustaría casarme con Iona en cuanto llegue el párroco.

—Por supuesto que sí. Eres un gran hombre de honor, Mackenzie.

Irvin asintió.

—Vayamos a tomar algo en honor de los futuros esposos —dijo Alec con cierto aire burlón.

Irvin lo miró de reojo y se dio la vuelta para seguir a su hermano. Sin embargo, a su espalda comenzó a crecer un intenso murmullo que dio paso a infinidad de carcajadas dirigidas a él.

—¡Esto es solo el comienzo, Irvin! —escuchó vociferar a Sloan.

Irvin miró hacia atrás con el ceño fruncido y vio carcajearse a todos sus compañeros mientras algunos de ellos le hacían gestos obscenos para burlarse de él. El joven dio un paso hacia ellos para contestarles, pero la mano de Malcolm lo detuvo. Irvin lo miró y lo vio sonreír ampliamente, intentando contener la misma carcajada que los demás.

—¿Tú también? —preguntó de mala gana.

Sin poder aguantarla más, Malcolm rio y le dio una palmada en la espalda.

—Has sembrado risa y ahora recoges carcajadas, hermano —respondió—. Y sí, estoy disfrutando tanto que me uniría a ellos de no ser porque mi deber es acompañar a Alec al salón.

—Maldita sea... —refunfuñó Irvin antes de llevarse la mano a la entrepierna por encima del kilt y hacerles un gesto obsceno a los demás que provocó aún más carcajadas—. Espero que sigáis riendo cuando os los corte.

—¡Afila tu sable para la noche de bodas! —gritó Archie entre la multitud.

—¡Después de la pelea contra Mackay seguro que se le ha desafilado! —escuchó de otro, pero Irvin no les hizo caso, sino que se giró en dirección al castillo con una sonrisa en los labios.

Estaba feliz por primera vez en su vida, y si debía soportar las bromas de sus amigos, lo haría, pues ninguno podía empañar lo que sentía en ese momento. Al fin tenía la sensación de que había encontrado su sitio, que por primera vez se sentía parte de algo y le importaba de verdad a alguien, aunque sabía que sus hermanos siempre habían estado ahí. Y ahora sabía que todos los días tenían un porqué para levantarse y otro para acostarse, pues a su lado tenía a la mujer más maravillosa que había conocido jamás, y junto a ella sentía un arropo que nunca nadie le había proporcionado.

# Epílogo

Clan Mackenzie, diciembre de 1610

Los gemidos de dolor podían escucharse desde el otro lado de la puerta. Hacía ya más de diez horas que Iona había entrado en trabajo de parto y Roona se encontraba con ella en el dormitorio. Isla y Aily también estaban con ella para apoyarla y ayudar en lo que pudieran hacer. Sin embargo, todos sabían que el dolor tenía que pasarlo ella.

Irvin apenas se había separado de la puerta de su dormitorio y a pesar de la insistencia de su hermanos en que el momento del nacimiento podía alargarse, se había negado a marcharse de allí ni tan siquiera para comer. Por ello, Alec y Malcolm se habían quedado con él para hacerle compañía y ayudarlo en los momentos más difíciles cuando un nuevo gemido llegó hasta ellos.

—Esto es una maldita agonía —gruñó Irvin dejándose caer al suelo.

Sus hermanos se miraron entre sí con una sonrisa en los labios y se sentaron junto a él en el suelo.

—Me alegra ver que al final te tienes que tragar tus propias palabras —dijo el mediano.

Irvin lo miró sin comprender.

—Cuando Aily se puso de parto y yo estuve a punto de tirar todo al suelo a cada minuto que pasaba, me dijiste que era un exagerado. Y ahora eres tú el que no puede aguantar más tiempo a este lado de la puerta.

Irvin gruñó por lo bajo y Alec le dio una palmada en la espalda.

—Han pasado muchas horas y estoy seguro de que el bebé está a punto de venir a este mundo.

Irvin lo miró hasta que dejó escapar una risa.

—Estoy seguro de que no quiere venir tan solo para no verle la cara a Malcolm.

El aludido frunció el ceño y entrecerró los ojos.

—O tal vez se arrepiente de haber elegido a un padre tan poco atractivo que no ha heredado la belleza de su tío Malcolm... —respondió el aludido.

Irvin sonrió de lado antes de chasquear la lengua.

—No creo que sea por eso. De todos es sabido que soy el más guapo y simpático —respondió Irvin con deje burlón.

—Eso habría que preguntárselo.

Los tres hermanos rieron, aliviando en parte la tensión acumulada durante todas las horas de espera.

Al cabo de unos minutos, Isla salió de la habitación limpiándose el sudor de la frente y enarcó una ceja al ver a los tres allí sentados.

—Vaya, esto sí que no me lo esperaba. Si queréis os traigo una copa de whisky... —sugirió con ironía.

—Si es tu deseo, cuñada... —bromeó Malcolm.

Isla lo miró entrecerrando los ojos.

—¿Qué te parece si eres tú el que me trae una palangana con agua y trapos limpios? —le preguntó burlándose de él.

Malcolm se quedó callado durante un momento, hasta que Isla volvió a hablar:

—Gracias, Malcolm, sé que los traerás en menos de cinco minutos.

Con mala cara, el guerrero se levantó del suelo y al pasar por su lado le dedicó una mirada gélida, aunque en su interior lo hacía por bromear.

—¡Ah, Malcolm! —siguió Isla con una sonrisa en los labios—. Y trae una botella de whisky y unos vasos, pero no te emociones. Son para nosotras.

—¿Cómo está Iona? —preguntó Irvin, levantándose del suelo.

Isla suspiró.

—Cansada. Llevamos muchas horas con el trabajo de parto y Roona ya no sabe qué hacer para calmar el dolor. —En el rostro del guerrero se dibujó una expresión de agobio—. Pero no te preocupes. Nos ha dicho que el bebé está bien colocado y todo en orden. Tan solo tarda en llegar porque Iona es madre primeriza y todos sus huesos tienen que abrirse.

—¿Pero cuánto puede tardar en nacer? —preguntó, desesperado.

—Puede que unas horas más o tal vez unos minutos. No lo sabemos. Cálmate.

Irvin lanzó un resoplido.

—¡No puedo calmarme! ¡Necesito que se le pare el dolor! Me consume escucharla de quejarse.

Isla sonrió antes de mirar a Alec. Este le guiñó un ojo e Isla se acercó de nuevo a Irvin.

—¿Sabes? Cuando he salido no ha sido para pedir nada. Si he enviado a Malcolm era para hacerlo enfadar. Iona me ha pedido que te diga que pases. Y aunque Roona se ha negado en un principio, al final ha aceptado.

La boca de Irvin se abrió por la sorpresa.

—¿Entonces puedo entrar?

—Si quieres ver a tu esposa...

El guerrero no necesitó escuchar más para moverse. Casi corrió hacia el interior del dormitorio en el que habían engendrado a su bebé y donde había visto cómo crecía el vientre de su adorada esposa. Pero ahora Iona mostraba una expresión de dolor a pesar de que intentó enmascararla con una sonrisa cuando lo vio entrar.

—¿Estás bien? —preguntó sentándose en la cama.

Aily e Isla decidieron marcharse del dormitorio y darles un momento de intimidad a pesar de que Roona se encontraba también allí.

Iona asintió y le tomó la mano.

—Ahora que estás conmigo estoy mucho mejor.

—¿Por qué no ha nacido aún? —se quejó—. No quiero que sufras más.

Iona sonrió, aunque una nueva contracción la obligó a arquear la espalda y aferrar con tanta fuerza su mano que Irvin se sorprendió. En su rostro se dibujó una expresión de dolor, pues jamás pensó que su esposa tendría tanta fuerza como en ese momento. Al instante, su frente se perló de sudor, como la de Iona, y solo pudo soltar el aire contenido cuando la contracción paró y la presión de la mano de la joven disminuyó.

Irvin carraspeó, incómodo, y miró a Roona, que había visto claramente su rostro de dolor. La mujer esbozó una sonrisa, aunque intentó esconderla bajo una tos mientras que Irvin volvía a mirar a Iona.

—Cada vez duran más y son más fuertes —le dijo la joven casi sin aliento.

—Eso es porque queda poco para que el bebé nazca —respondió Roona—. Ya veo su cabeza, así que tienes que prepararte para empujar. ¿Te ves con fuerza suficiente?

Iona titubeó unos momentos, pero cuando dirigió su mirada al hombre que amaba, no tuvo dudas. La joven asintió con firmeza y respiró hondo antes de que Roona gritara:

—¡Empuja!

Iona hizo lo que la curandera le pedía y apretó con todas sus fuerzas al tiempo que un dolor lacerante azotaba sus entrañas.

—¡Otra vez!

Volvió a hacer lo mismo varias veces más hasta que finalmente, a los oídos de Iona e Irvin llegó el melodioso llanto de un bebé. Ambos miraron hacia Roona, que sonreía ampliamente mientras envolvía al primer hijo de la pareja.

—Es un niño —dijo con emoción contenida.

Antes de marcharse del dormitorio la mujer depositó al bebé en los brazos de Iona que, aunque estaba exhausta y débil por el esfuerzo, no dudó ni un solo segundo en apretarlo contra él con suavidad y darle la bienvenida al mundo.

—Dios mío, es tan pequeño —susurró Irvin sin poder creer lo que veían sus ojos.

—Pero llegará a ser tan grande como su padre —dijo Iona con una sonrisa.

Irvin lo miró, emocionado. Por primera vez en su vida, Iona vio con ojos lagrimosos al guerrero y cuando levantó una mano para acariciar suavemente su pequeña cabecita, estuvo a punto de morir de amor.

—¿Estás de acuerdo en que se llame James? —preguntó Iona.

Durante meses habían pensando en varios nombres para niño y niña y finalmente ambos se habían decantado por el nombre de uno de los primeros lairds del clan Mackenzie, aquel que dio esplendor e importancia al clan.

—James Mackenzie —susurró Irvin—. Es un nombre de grandes vencedores.

Iona asintió y acarició su rostro.

—Te quiero tanto...

—Eres la mujer más valiente que he conocido nunca, Iona —le dijo antes de besarla en los labios—. Te amo aún más después del milagro que has hecho.

La joven sonrió y levantó los brazos para tenderle al niño.

—¿Quieres que lo tome?

—Claro, que sí. Es tu hijo.

—Pero no quiero hacerle daño —dijo casi sin voz.

Iona lanzó una leve risa.

—Tú jamás le harías daño.

Con gesto dudoso, Irvin tomó al pequeño James entre sus brazos y lo apretó levemente mientras que con una mano cogía los pequeños dedos del bebé. La emoción lo envolvió y sintió un pequeño pinchazo en el pecho. Ese bebé se unía a su familia y ahora su protección también dependía de él, y durante unos momentos dudó sobre si estaba a la altura del momento.

—Serás un gran padre —le dijo Iona como si hubiera leído sus pensamientos.

Irvin sonrió y volvió a mirar al bebé. Los pequeños dedos de este apretaron su mano e Irvin no pudo evitar más aguantar las lágrimas de felicidad. Segundos después la risotada de Iona llegó hasta sus oídos y cuando levantó la mirada hacia ella, vio que intentaba aguantar la risa:

—¿De verdad estás llorando, Irvin?

El guerrero sonrió levemente y asintió.

—Sí, pero no se lo digas a mis hermanos.

# AGRADECIMIENTOS

Mil gracias a todas las personas que habéis leído la trilogía Mackenzie y habéis dejado vuestra valoración en la plataforma, además de haberla promocionado en todas vuestras redes sociales... De verdad, sin vosotr@s nada de esto sería una realidad y aún tengo que pellizcarme para comprobar que es real. Gracias por haber puesto mis novelas en lo más alto de las listas de Amazon y gracias por seguir dándome ánimos con vuestros mensajes.

Para mí escribir esta trilogía ha sido todo un reto literario, y me alegro de que os haya gustado y hayáis disfrutado tanto como yo al plasmarla en papel.

Nos vemos en futuros libros...

# OTROS LIBROS DE LA AUTORA

[Brumas de fuego](#)

[La leyenda del guerrero](#)

[El lobo de Escocia](#)

[El highlander maldito](#)

# Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Epílogo](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[OTROS LIBROS DE LA AUTORA](#)